

TESIS DOCTORAL.

***“LA FILOSOFÍA PESIMISTA EN LA OBRA DE
EMIL M. CIORAN”.***

*Presentada por José Luis Ibáñez Sierra.
Dirigida por el Doctor D. Fernando Savater.
(Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid).
Vilviestre del Pinar (Burgos), Septiembre de 1.996*

- “Pues si uno no es el centro del mundo, ¿qué es?.

- Es.”

A MANERA DE PRESENTACIÓN O PREFACIO

CIORAN: Algo más que una oscura noticia.

... “Michele Molinos, Aragonese,
por haber intimado tanta gloria a la nada,
por haber dado al fin
de la verdadera y perfecta
aniquilación
una oscura noticia.”.

(“Una oscura noticia”, Fragmento, en J.A. VALENTE. *El inocente seguido de treinta y siete fragmentos*, Eds. Orbis, 1.985, p. 105.)

Entre las desventuras que suele acarrear determinada formación académica se encuentran, por un lado, esta de repetir siempre lo mismo, o lo que es igual, alimentar la rutina, y aquella que trata de ocultar la disidencia.

No es privativa, esta manera de hacer, de esta época nuestra, pero, en absoluto se salva por consagrar estas prácticas.

Al escribir estas líneas anteriores, pienso en otros hombres más que en Cioran, materia, si se me permite, aunque con deseo precipitado de disolución, de este trabajo que ahora presento. El, Cioran, quisiera no estar en boca de nadie, carece de reversibilidad funcional, incluso doctoral, y esperamos que él sepa bien disculparnos este atrevimiento por hurgarle en sus escritos. (Al escribir estas notas, aún no había fallecido nuestro autor, y la petición anterior o como quiera entenderse nuestro deseo, es absolutamente inactual.)

Cuando, en ocasiones, ha salido su nombre en alguna conversación con amigos, casi siempre la pregunta era: “Pero, ¿quién es ese, quién es?”. Lo que en principio podía parecer decepción por el desconocimiento -la desilusión del Panteón - resultaba ser y daba paso a la idea de que es bueno no-ser-conocido, o no padecer o tener patente de ser.

No escribe Cioran acerca de todo, sobre lo divino y lo humano, sino que escribe pasmado, irritado, alrededor de la incontenible energía del hombre, de su insufrible versatilidad.

Vivir en el anonimato y poder decir:

- “Me gustaría hacer algo hermoso.
- ¿Hacer, hacer algo?.
- Bien, pues sí; hacer algo hermoso: desaparecer.”

PARÁFRASIS DEL PESIMISTA.

1A: UNA APUESTA POR LA DECEPCIÓN.

“Hizo tres ejercicios
de disolución de si mismo
y al cuarto quedó solo
con la mirada fija en la respuesta
que nadie pudo darle.”...

(“Biografía sumaria”, Fragmento; en J. A. VALENTE, *El inocente seguido de treinta y siete fragmentos*, Eds. Orbis, p. 19.

Y con sus palabras comenzamos:

“Liberarse de la obsesión de sí es el imperativo más urgente.” (CIORAN, “CT”, p. 25, M. A. Eds.).

Algo que parece muy recomendable para la pérdida de las nociones. Pocas prestaciones pueden caber con esta afirmación a lo que equivocadamente se ha dado en llamar “sociedad egoísta”. ¿Un ataque al hombre inocente, al hombre “inviabile”?

Quizá apunte el hombre “despreocupado” y no precisamente en el sentido tradicional del término. Ninguna concesión a la importancia del papel del hombre en el mundo. Nada a considerar, pero sí, nada que considerar.

Actuar para que se diga que aquí estamos, hacer para que nos recuerden, “escribir para que nos quieran” (García MÁRQUEZ), esos son los argumentos que se adhieren (al bagaje) a la ofensiva -como todo bagaje- de que realmente el mundo tiene un sentido:

“Todo el secreto de la vida se reduce a esto: no tiene sentido; pero todos y cada uno de nosotros le encontramos uno”. (CIORAN, “OP”, p. 11, Tusquets Editores).

Aparecen en toda época y momento, se constituyen en legión influyente, están aquí y ahora...

En realidad, son una expresión defensiva, la argamasa del acicate...de siempre.

¿Cuántas más veces nos muerde (el sobresalto) nuestra sinrazón, que no el aventurado acomodo de nuestra condición?

Sobresaltados -o felices, diríamos en ocasiones- por la pregnancia (o prestancia) de nuestra identidad (por el brillo de nuestra identidad como logro en el mundo) desconfiamos de este símil duradero de dicha y nos vertemos en la duda: carece de toda credibilidad de gozo inalterable nuestra estancia.

Es una inundación sentimental que se refrena difícilmente, y de la que la exención en épocas o personas, parece más bien confirmatoria de la regla:

“Siempre que pienso en el hombre, la compasión anega mis pensamientos. Y así no puedo, en modo alguno, seguir sus huellas. Una fractura en la naturaleza nos obliga a meditaciones fracturadas”. (CIORAN, “OP”, p. 17, Tusquets Editores).

Desde luego, sumergirse en el hombre, parecería como si produjera asfixia, fenómeno de laxitud indeseada.

Es un desbordamiento efectivo de renuncia lo que el hombre provoca -o produce- en sus congéneres. Parece imposible que nadie se entretenga en encontrar algún allegado que le produzca neutralidad, cuando sabe que le proporcionan perturbación.

Los pasos hacia el hombre, son abismos. Mi reflexión sobre él permanece en el orden de la discontinuidad. Trabado cualquier contacto, nunca se nos escapará que se basa en una lógica furtiva, aquella del astillamiento.

¿Qué decimos, qué pensamos que es la vida?:

“...¿Y qué es la vida sino el *lugar* de las separaciones?”. (CIORAN, “OP”, p. 40, Tusquets Editores).

Podría convenirse que el mar de conjeturas que tratan de aprehenderla desemboca en una sintética expresión cercada (nimbada) de un cierto abatimiento conceptual y que recorre todos los idiomas, y ya en estos, desde las más alambicadas precisiones, hasta las expresiones más tendidas: “así es la vida”. La gran caída, la gran paradoja del tropiezo, es que queremos explicarla y no nos la podemos explicar. Trata la palabra de concebirla y se edita nuestra racionalidad, y, menos nuestro sentimiento en el tiempo; pero, la de cada uno, -¿la propia?- rebañadura de un atónito (átono) devanar, es un pasaje habituado a la consternación, es un no efectivo de lo inexplicable, el hecho más claro de lo que se conoce como no cuajar.

Ni siquiera somos un sucedido, o suceso, en el tiempo, pues éste no apadrina ni siente la recepción de nada ni de nadie, es un no-continente, aquejado, según nosotros y para nuestra conveniencia, de medida y de sucesividad. Para nuestra desgracia, nos hemos distendido en la inraspable hospitalidad del tiempo, carpa de la indiferencia y el soslayo universal.

Caemos en un lugar. Y allí, en él, asistimos a la incontenible procesión de los desligamientos (deslizamientos), al taraceado intermitente, o persistente, de la nada.

¿Es un contrapeso -a algo- la lucidez, a qué trata de contrarrestar, es aquel abismo deslumbrante, al que, pese a su carácter y a todo lo demás, no queremos descender?:

“Un hombre que practica toda su vida la lucidez, se convierte en un *clásico* de la desesperanza”. (CIORAN, “OP”, p. 42, Tusquets Editores).

La lucidez ama la cancelación del emitir. Es la ejerciente prerrogativa de la desumbilicación, con ella anagamos, y a veces logramos, la desimplicación.

El lúcido, o la lúcida, tiene que batirse en retirada de lo que recurrentemente gana cada vez más espacio, el entorno. Su más ardua solicitud se centra en no significarse por ninguna adscripción, en aniquilar cualquier atisbo de simpatía, por ninguna militancia, en, por fin, rehuir la importancia. Para el lúcido, siempre hay una cuenta pendiente que debe saldar, un asunto que merece la pena resolver, sobre todos los demás, y es, a saber: cómo conseguir la “desgravitación” universal, la defección del imantamiento en el mundo.

Y es entonces, cuando vacíos de ánimo, reanudamos el aplazamiento inconcebible de la desintegración.

Hay en estas palabras un deseo de que nuestras preguntas sean no sólo más

certeras, sino más acechantes en el contorneamiento del sentido escondido u oculto de las cosas:

“Uno no puede preguntarse correctamente qué es la vida, sino qué *no* es”. (CIORAN, “OP”, p. 93, Tusquets Editores).

Se consigue más cambiando la pregunta, alterando su petición, saliendo del menesteroso y monótono ritmo del preguntante (del inquisidor). Debemos a nuestros hábitos en el inquirir muchos retrasos. La literatura, la filosofía y las ciencias han podido concentrar en sus respuestas a esta forma de preguntar grandes fragmentos, hermosos, penetrantes y útiles dictámenes, pero no han advertido, o bien han olvidado, que han rozado o han tocado, la intención de (en) una pregunta, pero no a ella misma. Han salvado el propósito, pero no se han disuelto, sumergido en la pregunta. Afectados por ella, no de ella.

Inéditos en la contracorriente, debiéramos despertar del sueño de las explicaciones presentes, satisfactorias, productivas, y acceder al entramado de las explicaciones in-útiles, que tanto tienen que ver con la condenación.

Y ahora, retomando lo que en principio y arriba se afirma, qué no sea la vida, entenderemos que se refiere al hecho de sujetar y limitar todos los reduccionismos habidos y vivos hasta el presente. No es alimentar, con algunas más, el acervo de explicaciones, posiblemente contrarias, sino que se trata de desmayar los halos de suficiencia de que somos portadores, de desbaratar los alcances y proyectos de continuidad que con acendrado tesón acarreamos.

Por lo general, la desgana no ha tenido entre nosotros una historia tan cumplida y permanente como otras fachendas intelectuales de uso y de brillo, pero tiene su asiento de cuando en cuando, aunque breve, al verse soterrada de continuo por cualquier ocurrencia de actividad:

“Mueres de lo esencial cuando te desligas de todo”. (CIORAN, “OP”, p. 226, Tusquets Editores).

La acción, el más recurrente de los (vicios) dislates, la ciénaga en la que chapoteamos los barros, la pleamar de todos, allá donde todas las mareas se consumen...

Cuando se desanuda la acción, se hace imposible tejer en la importancia.

Aparece entonces un hueco en el universo, un vano por el que transita (malvive) la indiferencia.

Aquello que según se dice merece la pena (vale por toda una escritura esta frase, y a la que tendríamos que volver constantemente, desde la lengua y desde la vida) y que es dado al olvido, nos desestriba del curtido alelamiento que nos ciñe.

Ni siquiera pordiosear en cualquiera de las telarañas de lo sucedido. Sin ningún deseo de permanecer por más tiempo en el panorama, ni en sentirse en ningún discurrir:

“Nada más dulce que arrastrarse al margen de los acontecimientos; y nada más razonable”. (CIORAN, “TE”, p. 36, Taurus).

Fuera del neto propio con que nos hallamos en el tiempo.

Una desprendedora “niebla” nos arrebató, nos debiera arrebatar, de todos los instantes, en que, exangües, no sabíamos encontrar el enclave más propicio del definitivo desprendimiento.

Escurrimos, sin memoria (nuestra), del compromiso. Eso es: ¿Cómo vamos a explicar, nuestra inexistente cadencia con aquél?. Si nos acompasamos al solo fluir del deslizamiento, ¿qué asideros nos mantienen en la tensión sin dejadez a que todo compromiso obliga?.

Declararnos sin opción, es una de las primeras muestras que llevan a la irrelevancia, a lo ineficaz, a la inoperancia. ¿En qué consiste, cuál es, el oscuro pacto que com-promete a unos y a otros, a todas las llamadas personas?. Se diría, que a veces, es simplemente, levantar el telón, mantener sin desmayos el escenario y sellar pasa siempre una representación. Pero parece muy dudoso que se resignen tan sólo a actuar; necesitan otro verbo, quieren...crear. El pacto, a lo que sabemos es (frontispicio grabado en todos): más allá, más.

Salirse del pasar.

Una parte muy significativa de nosotros mismos perpetra sin miramientos, y como punto de partida, una demasía, un exceso sin límites:

“La vida se crea en el delirio y se deshace en el hastío” (CIORAN, “BP”, p. 31, Taurus).

Llegados a un cierto punto, nuestra intemperancia nos recuesta en el plano del tedio, donde se anulan los intentos.

El légamo en el que nos revolcamos ofrece un precipitado de masa cuyo molde es el desvarío. Excepto nosotros, la pulsión personal, toda otra presencia parece advertir que un vagido de despropósito conforma al mundo y a su naturaleza en un dislate.

Aquellas subidas pretensiones en que se nos ha arropado siempre, y bajo las que, con afán desmedido, -y ciertamente, descomedido- nos cobijamos, nos despuntaron en un sublime encarecimiento de nuestras actitudes plantares- de las “destrezas” del hombre, ésta del sobrepasamiento es la que más puja- hacia los pináculos de lo cardinalmente desatado en la insania, para una vez, entrevista nuestra impropiedad en tal situación, precipitarnos en el despeñadero sin remisión del hastío.

De una suerte que se creía regida y reglada por la compacidad (lo compacto,...), y de la que siempre se creyó que era indiscutida, se nos ha invitado por la vía de apremio a que propendamos a la aceptación de la más exigua (o infinitesimal) de las banalidades.

Y, bajo la égida de la estética, estimado el gusto, amar del mismo modo la aberración.

¿Quién no ha proferido en su vida, múltiples veces, quejas por el lugar y tiempo que le toca vivir? :

“Buscar cualquier mundo, salvo este, abismarse en un himno silencioso hasta el vacío, lanzarse al aprendizaje de un *otra parte*...” (CIORAN, “CT”, p. 29, M. A. Eds.).

Digamos en principio que la primera formulación, ese primer deseo, es más fuerte en el hombre que cualquier petición que éste hiciera, por ejemplo, a un genio, tal como Aladino valga el caso.

En este sentido, Cioran saca a la palestra una aspiración universal; la única diferencia que

separa al autor de estas líneas de los simplemente descontentos es la de la ruptura con este mundo, y el no convivir en “el otro posible” de la manera habitual, que, debe ser, en muchas ocasiones, lo que nos debe corroer.

En lugar segundo, ¡qué lejos de la confianza de aquellos que piensan en patrias, tierras chicas, lugares...!. Qué alejada esta breve frase del subido y sentimental “echar raíces”, “buscar raíces”, etc.

Y, atención. Para llegar a decir esto, nadie ha podido poner en candelero prácticas de evasión. Esto no lo puede decir un diletante, ni siquiera un desengañado, dado que ambas posturas reclaman una atención pormenorizada por parte de alguien, mientras que Cioran aspira al vacío, al nulo de la contemplación.

El interés de búsqueda que haya en este exilio, en este desterramiento no se resume en el hecho de “aventura en el mundo o en la vida”, tal y como nosotros estamos, quieras que no, acostumbrados a conocer.

Nada va a derivarse de esa “deriva” del mundo. Tampoco parece ser un viaje a lo desconocido con ánimos de alumbramiento, a una nueva civilización, pongamos por caso.

La búsqueda innominada, sin centro, por oposición a una búsqueda de la aparición. Es la desaparición frente al continuo.

¿Quiénes de los que conocemos se lanzan al aprendizaje de “un otra parte”?. Lo que yo sé, me enseña que todos, casi sin excepción, aprenden “de parte de”, “aparte de”, y siempre, siempre, “parte de”.

Se nos dice, también, que lo aprendido es un anclaje, nuestra costumbre. No aprender aquí, de aquí, pues vemos donde nos conduce.

Es un sarcasmo eso de “un otra parte”. ¿Dónde?. No hay otra parte. Sólo hay “formamos parte de”, y eso en los momentos más optimistas y solidarios, leyendas de Estado. Mentar la advocación anteriormente escrita, es sentir, o pedir, la disolución.

Y acerca del cambio, algo por lo que no nos produce pudor derrocharnos e incluso en ocasiones cometer tropelías, se dice que:

“Todo cambia, de acuerdo, pero casi nunca para mejorar.”. (CIORAN, “CT”, p. 34, M.A. Eds.).

La primera mitad de la frase, bien puede llenar de gozo muchos pechos, e incluso el asentimiento primerizo a sus palabras puede ser universal: en esto coincidirán partidarios y detractores de Perogrullo. Pero hasta aquí la segunda parte, la adversativa, que se levanta como un aldabonazo, de reflexión, sin duda.

Cioran no escatima evidencias, no las soslaya, dialoga brevemente con las incursiones que muchos filósofos han hecho en la historia, coincide incluso con ellos. Pero tampoco va a rectificar ni a corregir a nadie.

Simplemente, tira - o encuentra- del hilo. Y lo que sale, parece ser en principio una decepción. Decepción, para muchos, que es preciso conjurar: con los hechos, cifras, resultados, cambios, claro. Y es esto lo que a Cioran verdaderamente le molesta, le reconcome: las transformaciones, y no por lo que ellas dicen o representan, sino por lo que significan de

“cimiento cefálico” en el hombre, de estar por encima de todas las circunstancias. El hombre se halla en una situación de “pasividad significativa” que ha trocado, en su afán de cambio, por la “significativa ignorancia”, cada vez en su vida más insignificante esta última, en beneficio de la primera.

Esta es una frase dirigida a todos los pragmatismos, ahítos de éxito y decisión. Una frase, que sin requisitorias, levanta silenciosa pero firmemente acta de un fracaso, de muchos fracasos, pero sobre todo de aquel que se ha dado en llamar el de la condición humana.

Parecería que esta frase es de un escéptico, y puede ser que así sea. En todo caso, es la de un escéptico a contracorriente de las opiniones al uso, pues, ¿cuántos de los que preguntemos van a dudar de que todos los cambios, por lo general, van a mejor?. Cioran se enfrenta a la encuesta.

Pero todo escepticismo planea con la duda, mientras que nuestro autor lo que hace es tajar, soltar campo a través la evidencia tantas veces maniatada y enmascarada. Nada más opuesto a la práctica política al uso que estas breves palabras. Y no es que el pesimismo tome carta de naturaleza, no. Lo que sucede es que viene a ser como un primer auxilio que venga a desbaratar comunes o remunerados papeles en la realidad. Puede ser que la desconfianza o la duda desmejoren el idilio con el mundo, pero nada más difícil para muchos hombres que sacrificar una convicción teórica. El pesimista, por el contrario, es impagable. El análisis para el escéptico, es ultimador; para el pesimista, acostumbra a ser devastador.

¿Qué se ha impuesto a qué, y quién ha ganado o perdido?. Pues se impone el velo a la claridad, la ilusión a la realidad:

“¿No están los simulacros por encima de la esencia, la trepidación por encima del reposo?”. (CIORAN, “CT”, p. 42, M.A. Eds.).

Pierde esa quietud que se hace inaguantable e incomprensible a los activos del mundo. Ganan aquellos que han consentido en que el movimiento les va a deparar la cumbre-lugar donde se encuentran todos los paroxismos.

Habría que preguntarse el porqué del hombre al situar de esa manera el simulacro y la trepidación. El ruido del hombre, puede no hacer inocultables ciertos aspectos, como puedan ser la “presencia sin inquietudes de ser” del hombre, y como correlato, su probado silencio, su lealtad áfona.

El hombre es afectado y chirriante, fantasma y chirrido por no querer ser testigo de su impresentabilidad en este mundo, de ser un imposible ubicuo. El hombre, o la defección por la vecindad: ese era su estado de gracia. Su ser desgraciado se consume desesperando - y consiguientemente desertando - de la soledad.

Aun espantajo y mudo, quiere figura y voz: es el síndrome de la implantación. El ruido no suplanta al silencio, sino que lo encumbra. Quizás piense que, con máscara y alharaca, ha de apreciarse mejor su ser incompatible.

¿Cómo se produce la escapatoria del cumplimiento?. Con una sentida renuencia de los actos. Pues :

“Nuestro único recurso: renunciar, no sólo al fruto de nuestros actos sino a los actos mismos, constreñirse a la improducción, dejar inexploradas una buena parte de nuestras

energías y de nuestras oportunidades.” (CIORAN, “CT”, P. 46. M.A. Eds.).

No ha sido necesario hacer tantas cosas, o simplemente, esas cosas con las que vivimos, parecen decirnos esas líneas de hace poco. Líneas que parecen más un anatema del pasado que una advertencia saludable para el futuro, en el que, y esto sí es plausible y saludable, no se confía ni se cree.

Terrible presunción la de hombre. Las, ¿cuántas veces? llamadas potencialidades y disponibilidades del hombre se contemplan en plan adusto. Aunque sí hay cosas, lo que se pone en duda es que merezcan la pena; es más, se viene a decir que no merece la pena en reincidir, porque eso sí, parece ser una grave e inconsecuente caída.

¿Y quién nos priva a nosotros, charlatanes incontrovertidos en la naturaleza, del placer de enunciar?. Por ello:

“Renunciemos, pues, a las profecías, hipótesis frenéticas, impidamos que nos siga embaucando la imagen de un porvenir lejano e improbable, contentémonos con nuestras certidumbres, con nuestros abismos indudables.” (CIORAN, “DES”, P. 71, Montesinos Editor).

Formular nos “encanta”, y ello tanto, cuanto más arriesgadamente rigurosa sea nuestra propuesta. La urgencia que nos produce, más que en determinar cualquier hecho, en “contemplar” nuestro dictamen sobre ellos, es un gusto impagable, y ningún recato en este sentido es más insufrible para nosotros.

Satisfechos y orondos con nuestra comprensión de las cosas, comprendemos ante todo nuestra espléndida visión de la explanada por así decirlo.

De la misma manera, nuestras proyecciones, provisiones ilusorias donde existan, “abultan” un tiempo, “adelgazando” la vida en el período que le precede, provocando una absurda elasticidad de aquél, insumiso radicalmente a cualquier concesión. “Apremisar” el tiempo, y lo que es peor, privilegiar una estadía futura, es un puro camelo, acudir a unas resultas, imposibles de todo punto, de nuestra glorificación sobre él.

Es como superponerse a la mención, a la única mención.

Bástenos con entender la paradoja.

Y aún después, los perfiles de la renuncia harían imposible cualquier tipo de encenagamiento:

“La renuncia es la única variedad de acción no envilecedora”(CIORAN, “EMY”, p. 60, Tusquets Editores.).

Debemos repasar la inexhausta lista de acciones, para darnos cuenta del hecho de que no es que estemos en desacuerdo con el autor, sino con la situación de inmovilidad, con la efigie de notables. Ya que no “vemos”, que se nos vea: esa es la aspiración.

Implicarse en cualquier acción, haciéndola buena y buenos a nosotros, es un acto de complaciente generosidad con nuestro planeta. Toda acción huye de lo inmaculado, y sus aspectos sórdidos por mínimos y despreciables que sean, bastan para soterrar las mejores intenciones. Toda acción, como hecho de bondad que siempre suscribe desde perspectivas diferentes, nos condena a la protección y al amparo en un mundo destartado, o mejor, en un

mundo que fue violentado como nombre y para habitación. Hacer algo para estar donde no se nos acoge -ni las piedras son de este entorno - es ser hombre.

Solicitos, dispuestos, nunca llegamos a saber por qué estamos en este o en aquel sentido, por qué elegimos o por qué lo hicimos. Todo menos el abatimiento. Esa franja oscura la explicará la ciencia, pero, ¿qué ciencia no podría hacerse sobre lo que no se hace?

Rechazar desde los compromisos más serios a los pensamientos más ciegos... ¿O todavía es un error, o una fatuidad ignorante, decir :”Yo no creo en nada”, y “todos son lo mismo”? La renuncia no parece el “nihil” sino el “certum” o el “incertum iter”.

Ninguna atadura en la tierra oficial, en la tierra prometida:

“Mi divisa ha sido siempre y continúa siéndolo, no arraigarse, no pertenecer a ninguna comunidad.” (CIORAN, “EPR”, p. 138, Montesinos Editor.).

¿Debilidad del apátrida?. Es, cuando menos, no posible, dado que éste emplea la fuerza en otro sentido, al revés, para encontrar el desagregamiento. Su “vitalidad”, reside en la negación de las afirmaciones, lo que le coloca en el borde de todas las admisiones. No tiene posturas, y su intolerabilidad es de doble filo: proviene de los demás y de él mismo para con él.

Es el ser que “más tiene que dar de sí” y que menos tiene que ofrecer. Abierto a todas las apreturas y estrujamientos, no hay como él para carecer de cualquier cobertura y abrigo. Es de los primeros en advertir la desnudez en que se resuelve su “parada y fonda”. Es el que mejor consume su desaparición en vida. Su mayor ansia, estrangular el universo. Sumido por la asfixia, estima que es un “estado” siempre más complaciente que la respiración obsesa de cada día y en cada persona.

¿En qué grado “hincamos” nuestra fijación o nos confabulamos con un grupo?. La búsqueda del “miedo seguro” nos hace tantear regularidad de adscripción en diversas instancias.

Con singular apego nos sentimos pertenecer a tierras, clanes y grupos, desconociendo la gracia de la soledad.

Creyendo incluirnos, segregamos la única virtud de la que nunca nos vanagloriamos: la del desconocimiento.

Cuando lo interesante es irse, desaparecer del mapa, nos lo componemos de manera diestramente admirable para “enlaparnos”, para soldarnos con orígenes y con creaciones sociales cuya complicidad con el desierto es lo más destacado en ellas. ¿Y quién le dice al hombre, que, pese a todo, su habitáculo es inclemente?. Pero, como recordaba UNAMUNO en un célebre artículo, habrá que “descararse”, en decir lo que creemos que en un momento dado es verdad.

Y un poco más tarde, los deseos de desunción y de “no hacer caso” de nada, nos refieren a marcos de desgana cada vez más amplios, a un acontecimiento perpetuo de desinterés:

“Pretenderse más despegado, más ajeno a todo que cualquiera, y no ser más que un loco de la indiferencia.” (CIORAN, “DIHN”, p. 42, Taurus).

En el lenguaje coloquial, una expresión como “echarse para atrás”, describiría con aproximación este desentendimiento vital acelerado. Pero este retroceso, se prodiga escasamente. Ser venal, muy por debajo, de la insignificancia, acarrear todas las atonías, desprenderse de todos los esfuerzos. Como una propuesta descoyuntada, o para no tener en cuenta, aspirar a una ascesis

sin focalización.

Padecemos cada vez en mayor grado un cierto género de ebriedad de la identificación. Orates desentendidos, el único deseo que nos habita es el de relajar definitivamente nuestras últimas adscripciones.

Y sobre el espíritu, aliento de lejanía:

“Sólo el espíritu tiene la facultad de rechazar lo que es y de solazarse en lo que no es ; sólo él produce, sólo él fabrica ausencia. No tomo conciencia de mí mismo, *no soy*, sino cuando niego. “ (CIORAN, “CT”, pp. 59-60, M.A. Eds.).

El espíritu apuntala las contradicciones, las alimenta, para luego, como armazón, costeras de mina, derribarlas. Ningún espíritu es, si no promueve la absolución de vivir. No, es derogar.

Ahora si tendríamos que hablar de esas tan celebradas alegrías y gozos que proporcionan los aspectos conseguidos, bien hechos, es decir, los llamados placeres de la creatividad, o lo que sin rubor inusual, en ciertos círculos y ámbitos se califica como “aportaciones lúdicas”:

“Todo lo que he concebido se reduce a malestares degradados en generalidades.” (CIORAN, “DES”, p. 133, Montesinos Editor.).

Nuevos repuntes de la importancia que disimulan la poquedad de nuestra ambulación. Porque eso sí, nuestros propósitos acaban haciendo buena a cualquiera de las virtudes. El obstinado argumento que de sí mismo desplegamos convierte en imposible la siempre preterida des-implicación.

Alimentar la demarcación personal promovida en la obra, es de continuo. soportar y alentar el “pathos” más incurablemente enfermizo. Admitir que una concepción al menos - no sabemos las de los demás - es así de reducible, es llamar la atención acerca del valor desatendido de lo intrascendente. Porque, aparte de la perpetua remodelación que de la trascendencia se hace, con lo que ello supone de hurto de su contrario, hemos de entender que por ejemplo, el malestar, que es lo que en estos momentos nos ocupa, es, entre todos nosotros, al menos, coloquialmente, una irrelevancia, que, paradójicamente está omnipresente en todas nuestras explicaciones.

Lo que en todo caso nos puede decir algo sobre nuestras insensatas prioridades o preferencias.

El malestar, aupado a la sublimación.

A la hipocresía, sobre todo, le gustaría destruir la “seguridad social”, esa que consiste en sentirse en cualquier momento encantado y a gusto con lo que se tiene y se es:

“Aparentemente todo el mundo está contento de sí ; en realidad, nadie.” (CIORAN, “CT”, p. 89, M.A. Eds.).

En este sentido - y en otros - fingir, si es que tal cosa puede llegar a ser la hipocresía en ocasiones, es un acierto. Nada más atinado que el fingimiento, que en momentos, nos lleva a la indiferencia y al desconocimiento.

¿Por qué son tan atractivos las apariencias ? ¿Por qué, a veces, son tan envidiados los que rompen con ellas?.

Al contrario de lo que se cree, para hacer más insoportable nuestra aventura en el mundo.

Enfrentarse, sin tachas ni veladuras, con la realidad, es acabar con ella, no consentirla, desvivirse en exceso, podríamos decir. Uno, frecuentemente, lo que más envidia del otro, no es su seguridad vital, sino la pasmosa facilidad que tiene de poder morir en cualquier momento.

Atrafagados (en lanzar piedras que sabemos que apenas van a llegar lejos de nosotros) nuestra postulación se mueve siempre en aquel certero y preciso dicho popular : “a destiempo y a deshora”:

“Todo sucede demasiado tarde, todo es demasiado tarde.” (CIORAN, “EMY”, p. 120, Tusquets Eds.).

Llegar a un sitio absolutamente impuntual, donde nadie ni nada esperaba nuestra presencia, he ahí nuestra primera empresa. Nadie creía en nuestra existencia, mucho menos después de ver nuestros primeros escauceos. Difícilmente entonces, el tiempo en las cosas, se va a acompañar al tiempo de esos auténticos advenedizos que somos nosotros: todo se conjura para la indiferencia mutua.

En ese imposible -frente a frente - encuentro primigenio, que va a forzar encuentros de “transformación “ del medio sin embargo, va a consistir la imposible radicación nuestra, y, pese a todo, mientras nos movemos, la única renuncia que somos capaces de plantear: la de erradicarnos de aquí.

Siempre a destiempo, nos resulta imposible conciliar por eso mismo nuestro equívoco destino con la pausa implacable del tiempo, o, bien, nuestra contrariedad con la trabada inmutabilidad del tiempo.

O la desazón o el establecimiento.

Ese todo, obra y destrucción del yo, acontece, pese a su ininterrumpido fulgor, facturado de retraso, con un cierto débito de incompetencia real, tarado en parte de incomparecencia por virtud de la tardanza, sin séquito.

¿Cómo resistir esto último?.

Vueltos atrás, nos intrincamos en la retrospectiva de la madre de las nostalgias:

“Esa necesidad de escondernos, de huir de la luz, de ser el último en todo, esos arrebatos de modestia en los que, rivalizando con los topos, los acusamos de ostentación, esa nostalgia de lo no nato y de lo innombrado, son otros tantos modos de liquidar lo adquirido por la evolución para reencontrar, mediante un salto hacia atrás, el instante que precedió al sacudimiento del devenir.” (CIORAN, “CT”, p. 92, M.A. Eds.).

Hemos abandonado nuestro argumento a la desidia. Amamos más a Penélope cuanto más sumidos estamos en la noche. Cuando se habla muchas veces de “ huir hacia adelante “, tal vez lo que no se quiere admitir -por aquello de que siempre se ha de vivir mejor ahora que anteriormente se vivía - es que el derecho a la recula, al retroceso, ha sido siempre, o casi, un estigma, y nunca, o casi, un derecho.

¿Quién tiene algo que decir en nuestro mundo al hombre emprendedor ?:

“Ser libre, es emanciparse de la búsqueda de un destino, es renunciar a formar parte

de los elegidos y de los rechazados ; ser libre, es ejercitarse en no ser nadie. “ (CIORAN, “CT”, p. 92, M. A. Eds.).

Hasta al más acanallado de ellos, se le limarán ciertas asperezas. Yo no sé si la empresa por antonomasia -la de estar aquí- ha resultado. Creo que nuestro mundo está goteado y cuarteado desde siempre, que hay demasiada intemperie. Y un solo hambriento, por ejemplo, debiera servir para no encontrarle ya sentido.

Pamplinas y contemplaciones, al destino; casi todas nuestras solicitudes pasan por el llegar a ser.

Y más tarde:

“La tiranía destruye o fortalece al individuo; la libertad lo debilita y lo convierte en un fante. El hombre tiene más posibilidades de salvarse a través del infierno que del paraíso.” (CIORAN, “EMY”, p. 25, Tusquets Editores).

Un cierto tipo de determinismo bifronte parece iluminarse en estas líneas. Con pocas expectativas para la conformidad y el consuelo, estas palabras tratan asimismo de poner de relieve la absurda idoneidad de cualquier definición y el largo abrazo, que no el abismo, entre las categorías de bueno-malo, que no presentan vislumbres de oposición, sino de común y simultánea presencia. Por eso, la tiranía abaja y levanta, hunde y sublima, y aun entendiendo que es una situación indeseablemente extremista, no se la execra de una manera tan pretenciosa como hacen aquellos, o muchos de aquellos, que tienen la gerencia de la libertad. En resumen, es congénere de la limitación, de limitados, pero tan obra del hombre como la magnanimidad cuando está presente. La libertad “fantasmea” al hombre, trata de ubicarle en la espectralidad más ardida y ardiente. No es un punto, sino un cedazo, por donde resbala de la uniformidad y del acomodo. La libertad trata de “deshabitar” este mundo, y de ahí siempre sus tenues convicciones y asientos, y, efectivamente, su beneficiosa labilidad apenas nos detrae de nuestras más frenéticas predisposiciones, que se pueden resumir en una férrea “resistencia de existir”. De vivir, naturalmente, como un fantasma a vivir como un fante, puede dar cumplida idea el significado de los dos términos.

Y, por último, ¿ cuáles son el infierno y el paraíso en nuestro ámbito?. Multiplicados o inexistentes, qué más da, si asistimos cada vez más a su descreimiento.

En tanto en cuanto la salida sea más rápida, por mor de las dificultades, un cierto infierno, es más la evasión que la anómala complacencia de la felicidad que se espera todos los días.

No es oro lo que reluce, sino prisa.

Luego, se diría más tarde de esta manera:

“No es cierto más que nuestro triunfo sobre las cosas, no es cierta más que esa constatación de irrealidad, que nuestra clarividencia establece cada día, cada hora. Liberarse es alegrarse de esa irrealidad y buscarla en todo momento”. (CIORAN, “EAD”, p. 48, Taurus.).

¡Cuántas cosas están arropadas de verdad, cómo proliferan las certezas!. Entre nosotros, la verdad ha aparecido a veces con el prestigio incluso de importación retrasada; en ocasiones,

se la ha blandido como un crucifijo, o con un expeditivo “esto va a misa”.

En momentos, como estimación imperativa, “verdad no hay más que una”; y en otros eventos, los menos forzados como una tenue muletilla interrogativa, que espera asentimientos poco comprometedores, verbigracia, “¿no es verdad?”. Todos estos aspavientos ebrios de verdad, coinciden en la onomástica del descubrimiento, en la celebración anticipada del arrumbamiento, en realidad.

El criterio de verdad es muy restrictivo, tanto, que nos sanciona la incompatibilidad de lo real como conducta. Cuando ya ni siquiera las cosas son tenidas en cuenta en punto o relación de contacto y de trascendencia, un cierto desaire de continuidad se instala entre nosotros.

A medida que superponemos la decepción nos sobreponemos a los atisbos inciertos de la realidad. Aparece entonces una conciencia de la desestimación que se dirige hacia las cosas y hacia nosotros como observadores poco precavidos de ellas.

Lo que el tiempo nos descubre es la infructuosidad de nuestro pergeñamiento y de nuestros intentos de estabilizar un bosquejo institucionalizado entre hombre y objetos; que el turno de irrealidad no es algo en absoluto confinado a lo literario, sino materia común; que el desvanecimiento o la muerte del hombre es la indisipable animadversión hacia las cosas -cuya más celebrada versión es el trabajo-, su antagónica insistencia en ellas.

Al percibir, rodeados de cosas -el tiempo es por ellas y con ellas- nuestro “enlechamiento” imposible con ellas, lo único que permanece es una victoria insustancial, la que se ejerce sobre el menoscabo de las cosas. A nada se llega, nada se consigue con esta prescindencia: lo irreal se abre ilimitadamente a la desposesión.

Ser libre lleva aparejado el reconocimiento de ciertas imposibilidades, como podrían ser las opiniones más acendradas o los comentarios más meditados. Es, en resumen, la caída del pronunciamiento, el derrumbamiento de todo parecer:

“Es libre aquél que ha discernido la inanidad de todos los puntos de vista, y liberado quien ha sacado las consecuencias.” (CIORAN, “DIHN”, p. 87, Taurus.).

Que se nos diga mil y una cosas, hasta bien poco puede importarnos; que el orden nuestro se halle en las coordenadas de la rebatibilidad, es algo difícilmente asumible, una variable que los cálculos humanos no aceptan. Además, aceptamos algo como incontrovertible: el hecho de que siempre hay un punto de vista huérfano de discusión.

Aceptar cualquier inanidad, no es ser precisamente humano. Atados a cualquier defensa, a su sucesión interminable, es agonizar los elementos discursivos con que se cuenta en cada intento racional distinto. Abocados a todos los acervos, nunca pondremos en duda la verdadera inutilidad: lo que nosotros llamamos el placer de intentarlo siempre.

Quien no se oye y aquél que está en el silencio.

Palabras que casi ningún hombre acepta, palabras que, incluso no van dirigidas al hombre. Palabras que acosan al hombre en su vanidad y en su destino. Palabras que no entienden la condición humana:

“En todos los dominios sólo nos intrigan aquellos que, por desfallecimiento o escrúpulo, han retardado indefinidamente el momento en que debían decidirse a

sobresalir.” (CIORAN, “CT”, p. 93, M.A. Eds.).

Palabras, en suma, de las posibilidades enriquecedoras que se abren en la nula participación, en el escaso sentimiento que se posee del destino, en la desobediencia debida a toda cita de la corporación, en la inexistente puntualidad con el esfuerzo.

De cómo no todo el monte es orégano, o cómo el ser deja de importarnos, o de cómo las cosas dejan de ser:

“A un cierto nivel del conocimiento, sólo el no-ser se sostiene.” (CIORAN, “CT”, p. 129, M.A. Eds.).

El optimismo óptico descubre la aridez, el sinsabor de la inconsistencia. Ha convertido la distancia, ha realizado la considerable defensa del ser. Pero ha creído inconmensurablemente en sí mismo un tanto más que en las posibilidades del ser alentado y abrumado por él.

En este umbral intraspasable, mejor, en ese espectro mural, comienza a ser advertido por nosotros el no-ser. El no-ser no habita en esas circunstancias. El no-ser es cosa nuestra y con frecuencia, lo hacemos por incomparecencia o por desidia. El no-ser es el equilibrio del desterrado, la placentera manía de no pensar.

En otros momentos la sola mención que se hace de tan absoluta insignificancia, nos habría dolido y aguijado; estamos hechos a las respuestas:

“Remontar hasta el cero soberano de donde procede ese cero subalterno que nos constituye.” (CIORAN, “EMY”, p. 118, Tusquets Editores).

Hoy, sabemos que tan ingrata y penosa “atribución” convoca las reacciones más incendiariamente solidarias que podamos imaginar. Sentirse nada, nadie, a solas. cualquiera lo tolera y soporta como avalanchas periódicas a lo largo de la vida; pero que lo digan aquellos de quienes nacemos a la importancia, no lo sufrimos. La adulación inversa produce el resentimiento, el cuarteamiento, no sólo de nuestro leve asiento, sino también de su soporte; abre, en suma, las sondas y precipicios.

¿De qué cero, ceros nosotros, estamos pendientes?. ¿Cómo, menos que inanes, podemos desplegar un esfuerzo que motiva un hallazgo, aún más sofocante?.

No es raro ni desmesurado afirmar que nos atragantamos de vacío:

“¡La cantidad de vacío que he acumulado, conservando al mismo tiempo mi estatuto de individuo!. ¡El milagro de no haber reventado bajo el peso de tanta inexistencia!”. (CIORAN, “EMY”, pp. 194-195, Tusquets Editores.).

No creo que nadie pueda desmentir, salvo en condición y margen cuantitativos lo que en primer lugar se afirma. De cualquier forma, la magnitud, con ser importante, no es, ni con mucho, lo más notorio en la advertencia del vacío: esa cualidad de sorpresa abismada, de norma conducente al uso, de inadvertida e inmanejable disolución...¿Por qué nos recuerda ahora mismo el vacío, pasajes enteros de la novela *La lluvia amarilla* de Julio LLAMAZARES?.

Tal vez por el hecho de ser individuo no deja de ser innombrable el vacío; aparece, muy probablemente en la mutua insurgencia entre materias diversas, mundo y hombre, más que en una asumida conciencia de oquedad por parte del hombre.

El vacío es la vigencia sin aspavientos, del mismo modo que todos los entusiasmos condecorados y concelebrados.

El vacío nos somete y refiere a la ingravidez y ese no aguantar cierta variante de pesantez es lo que nos oprime hasta derribarnos en la amargura. Nadie como nosotros para llevar el “peso” de algo. La gratificación, el sufrimiento.

Existiendo no rebasamos lo inexistente.

Entre nosotros, las cosas mantienen un halo de reiteración, una vecindad tan insoslayable, que es fácil promulgar una pendiente hacia la cosificación -tan escrita ya y tan “cosa” en muchos respectos-, o imaginar en ellas una reserva operativa del hombre:

“No se ha escrutado el fondo de una cosa si no se la ha afrontado a la luz del anonadamiento.” (CIORAN, “EAD”, p. 75, Taurus).

Entre nosotros, se dice, no se puede prescindir de ellas, este último juicio autorizado por un casi absoluto acuerdo, no por ello exento de melifluidad, como muchos de nuestros convencimientos.

Pero las cosas no se detienen en un análisis, ni ante el mejor fundado. Siempre son más que nosotros, o por lo menos podemos decir más cosas de ellas, por el prejuicio que hemos enarbolado de hablar excesivamente de nosotros mismos.

Anomalías tales como prisa y urgencia, no las atenazan, como no sean aquellas de desaparecer -carecen de espanto- del horizonte de las urdimbres del hombre, cosa improbable.

Difícil obtener una conclusión de ellas -y esto mismo nos debiera animar a hablar incansablemente con las cosas- salvo esa de reconocerlas como más propensas a una más hermosa forma de aniquilación.

Es una impostura decir que están para nuestro servicio, ellas, las más insondables a nuestras preocupaciones. Como seres estáticos, connotan, despiden, efectos de invariabilidad, y sólo la mutación crónica que el hombre desparrama las conforma en una alteridad silente, aunque más próxima.

Pero las cosas siguen “nadando” no en la corriente del hombre, hechura imposible, sino en el anegamiento del sitio, del puesto, en la primordialidad nunca perdida del anonadamiento.

Las cosas, nada transferida por un exceso.

Bellas y admonitorias páginas las que ha escrito Cioran sobre el vacío:

“El vacío -yo sin yo- es la liquidación de la aventura del “yo”, es el ser sin ninguna huella de ser, un hundimiento dichoso, un desastre incomparable”. (CIORAN, “EAD”, p. 83, Taurus).

Este, establecido en la desposesión y en la abulia, aun sin veleidades adherentes, macera cualquier posibilidad de integración, descarta la fingida o la proyectada expansión del yo.

¿Por qué el vacío y no el yo?. Suprimidos de nuestra incondicionalidad, he ahí donde cualquier resto o señal de cariño o apego debe desaparecer.

Cuando dejamos de devanar como adictos, sobra todo y sobramos, pues hemos dejado

de tolerar hasta lo inalcanzable.

El yo, lastrado en la contemplación de su desenvolvimiento, ignora la deserción y busca siempre la carta de naturaleza de la perspectiva, es decir, nada le es renuente. Un yo solitario, tal como se entiende en el sentido de desprovisto en muchas ocasiones, es un yo pertrechado, aprovisionado, hasta el empacho, pues sólo con la atención de sus personales solicitudes tiene un destajo insaciable.

Es una broma encarnar en el solitario al despojado.

El yo, definido sumido, es un convocante a todos los apremios, y así mismo se requiere con complacida condescendencia. El yo, siempre está haciendo resumen del naufragio.

Y el vacío lo llegamos a proferir -que no a preferir, pues dado que así fuera, la meta sería igualmente tan insana como antes, como con el ser-, por vivir incurables en el abatimiento. Corridos por tantos desplomamientos, aún nos debemos avergonzar de nuestra capacidad de resistencia, y, sólo entonces, en la incomodidad de las últimas fuerzas es cuando se atisban el derrumbamiento, por lo demás no tan inesperado, pues siempre ha estado entre nosotros, pero oculto. No es la inminencia del vacío lo que nos preocupa, sino su retardada e intrínseca divagación: es su constancia intrínseca.

Cómo recuerdan las dos últimas expresiones a Teresa de Jesús y otros autores. Son las resonancias, siempre felices, del desistimiento.

Las ilusiones de ser, de contar algo, quedan desvanecidas con estas palabras que siguen. Derrocados de cualquier "titulación", únicamente nos catalogamos en los censos vivos de la nada:

"Nunca me he tomado por un ser. Un no-ciudadano, un marginado, un don nadie que sólo existe por exceso, por la sobreabundancia de su nada". (CIORAN, "DIHN", p. 158, Taurus).

El hombre es un ser vivo, así se puede leer en los encabezamientos de todas las enciclopedias habidas en el mundo. Esta afirmación que suele encabezar los epígrafes de las llamadas "ciencias naturales", parece toda ella una prefiguración amenazadora, en el sentido de que se cobra la antelación en el vivir.

Fija, si lo advertimos, una categorización en ese vivir aludido, y ello más claro nos aparece cuando a continuación del enunciado sobredicho, se añade de inmediato: otros seres vivos son..., para a continuación con toda una aceptada petulancia científica, afirmar, sin remilgos, que no son seres vivos.

Aquellas fueron las primeras lecciones; las de hoy, por aprendidas de otra forma, serán muy distintas.

Ser vivo, es por partida doble, una gloria funesta; o un maravilloso obsequio retórico que al hombre se asigna; o una redundancia estéril que precisamente es así por partir de la esterilidad.

¡Quién no quisiera abrazar al hombre!. Pero se encuentra con el espectro del que tanto han hablado los barrocos españoles.

Yo reconozco humildad en las palabras de la cita. En ellas se ha hecho un descarte. Se ha roto la baraja. Deshabitando algo más que las afueras. Amando el desalojo.

Buscar una forma de no soportar todo el peso de la gravitación!.

Ni tan siquiera jactarme de no ser, evitar la presunción del desplazado, acumular la experiencia de...fin.

Y si se trata de ruido...:

“Deberíamos tener la capacidad de aullar un cuarto de hora al día, cuando menos, y habría que crear, con ese fin, aulladeros”. (CIORAN, “CT”, p. 140, M.A. Eds.).

No se nos pide mucho para hacer posible el emergimiento de nuestros sinsabores y rabias. Tampoco es malo el método para hacer ver que no estamos ni muy lejos ni en realidad somos distintos de nuestros otros semejantes, a saber, los habitantes del “reino animal, vegetal y mineral”. Quien menos da es el hombre, y aun contando con el riesgo de que ésta sea una afirmación categórica.

Aullar, exhalar, irradiar, verbos que están fuera de nuestro alcance, y ¿aún decimos que es vivir lo nuestro?.

Cuando los lamentos són acordados, pierden todo su sentido. Pero que el gemido, o el berrido que tanto da, tenga contenido, es preciso huir de la lamentación referencial, es necesario escapar de la modélica simplicidad que todo Estado impone. Ladrar de consuno, no es bueno, pues supone hallar la estereofonía del universo.

Y entre nosotros, pensemos: cuánta admirable envidia despierta lo que se ha dado en llamar el lobo solitario.

Revelado como constantemente perseguidos por el desahucio de los demás y de nosotros mismos, lo que se desmorona de continuo es el tratado de la identidad. Por eso...:

“Nuestra época quedará marcada por el romanticismo de los exiliados. Se forma ya la imagen de un universo donde nadie tendrá *derecho úe ciudadanía*. En todo ciudadano de hoy yace un apátrida futuro.” (CIORAN, “SA”, p. 48, Laia y M.A. Eds.).

Expresiones que pueden estar en consonancia con una resolución vital.

Que tal vez, aún, no están corroboradas en todos los espacios y pueden no estarlo, pero sí es constatable que desde que un lejano-en el tiempo- griego las enunció, su importancia ha ido aumentando.

Pero no parecen gustarle al autor los vaticinios históricos, tarea que sin discusión debe quedar reservada a los historiadores.

Lo que Cioran parece querer decirnos es del abandono. De la laxitud de la presencia, de nuestra presencia en una patria-Estado.

Porque, vamos a ver, ¿qué pueden esperar los ciudadanos de los respectivos gobiernos?. Únicamente ser cada vez más expulsados del reino político. También pueden esperar lo que denominaríamos como “participación contemplada”. Pero todo es inútil. No es tan simple explicar como se explica hoy día el “derecho a la evasión” que manifiestan cada vez con más intensidad millones de ciudadanos. Pero la huida, hoy, parece ser la mejor y más presentable carta de naturaleza.

Salir de aquí...

Es, más que nada, el estar, permanecer, el problema:

“Cuando pienso en mis noches, en tantas soledades y tantos suplicios en estas soledades, sueño con partir, abandonando los caminos trillados. Pero, ¿adónde ir?. Hay fuera de nosotros abismos comparables a los del alma.” (CIORAN, “DLS”, pp. 44-45, Tusquets Editores).

Es, en la preocupación, superior al “ir”. Dentro y fuera parecen estar desestimados, son prefiguraciones de vacío, siendo lo sugerente la desaparición, no la intercambiabilidad.

Ocupar, llenar, toda una empresa significa la de ciertos hombres,... pero al lado, el “bulto de la irresolución” en signo, lo que, ni entonces ni ahora, se puede apostillar de insignificante. Entonces, con lo primero que hay que acabar es con ese reconocimiento; si realmente, y sin precedencias, algo hubiera que hacer, aquello sería lo de radicalizar la indiferencia. He ahí cómo los políticos pueden absolverse de sus desprestigios, de pasada.

Sumidos, esa es nuestra condición.

Hay presencias avasalladoras entre nosotros, que nos sumen, que nos cercenan:

“El desengaño debe remontarse a las eras geológicas: quizás los dinosaurios sucumbieron a él...”. (CIORAN, “SA”, p. 112, Laia y M.A. Eds.).

Tal vez el desengaño sea geología, cuando ésta no se convierte en nada o se hace simplemente irresistible, inhabitable para los demás. Puede ser que el desengaño sea por la solacioso- opción, por lo incontrastable del lugar.

El desengaño no parece ser un residuo cósmico. El desengaño parecería una extrapolación incesante. El gran problema que tenemos con él, es la imposibilidad de afrontarlo. Sentimos el desengaño por la nostalgia que de él tenemos, pues él sí que no es de este mundo.

El Desengaño, es el extrañamiento.

Nada abraza tanto al ser humano como la decepción, ninguna sombra parece tan larga. Alimentando el ser expectante, alumbramos la ineluctable decepción:

“De todo lo que nos hace sufrir, nada tanto como la decepción nos produce la sensación de que alcanzamos por fin lo Verdadero.” (CIORAN, “EMY”, p. 98, Tusquets Editores).

Como final de camino, si así lo queremos entender, la decepción observa -o contiene- no obstante unas remitencias precoces ante la inaguantable y ubicua bondad del ser. Como elemento conminatorio, es difícil que la decepción tenga par; su capacidad de convocatoria llega a ser ensordecedora, y su aparición viene convenida por la confianza y querencia con las personas y cosas. También la decepción alumbraba el inaprensible contagio con el mundo, la escasa solidaridad con el decurso.

Sí es seguro que nos convenzamos del sufrimiento, pero sobre lo de alcanzar algo más, dejémoslo efectivamente en la sensación de que algo se consigue. Tal vez, concedamos demasiadas expectativas incluso a la frustración.

Y cuando se trata de considerar otros aspectos, se habla así:

“Sólo el grado de nuestro desengaño garantiza la objetividad de nuestros juicios;

pero, siendo como es “la vida” parcialidad, error, ilusión y voluntad de ilusión, hacer juicios objetivos, ¿no es justamente pasar del lado de la muerte?”. (CIORAN, “EPR”, p. 51, Montesinos Editor).

La decepción amarga la complacencia -conviviente- con las cosas. Cualquier desencanto nos aparta de una cierta servidumbre comprensiva y roto el vínculo del “vaso comunicante” entre persona y hecho, queda la desconsideración, siendo ésta y el desinterés mutuo lo que a partir de ahora va a presidir la ignorancia del careo, de la abstracción.

Sólo cuando somos absolutos desconocedores de cualquier viabilidad, se aguanta con paciencia cualquiera de nuestras afirmaciones, que, por lo demás, alcanzan la certeza a la que se puede aspirar en este reino.

Si la “vida” reúne esas que con frecuencia autosuficiente se conocen como negatividades, es más que difícil que pueda “sostener” la objetividad. La seguridad, alarde del objetivo, se encuentra totalmente lejana del campo de nuestras premisas. La vida, error oscuro, limitación intrascendente, génesis de ilusión, deviene paradigma de insignificancia, y por todo ello, es garante de inobjetividad. ¿Por qué entonces el afán de delimitación, de precisión, de orden que presupone?

El pensamiento completa nuestra realidad, pensamos; cumple con ella, es, en muchos sentidos, lo más deferente con respecto a nuestras relaciones con la naturaleza. Pero, nuestro mirar se queda en simples “atenciones” para con ella, nunca tenemos en verdad “carta de naturaleza” en la ya citada, somos algo resbaladizo, demasiado fluyentes para el silencio natural. Lo único pleno, el solo plenario, es la intranquilidad y el desasosiego.

Nuestro peligro es atenemos siempre a algo. Y sobre todo, a las consecuencias, el colmo de la objetividad: tenemos servida ya la muerte.

Lo verdaderamente acechante no está afuera, sino dentro de nosotros:

“El abismo está en nosotros y fuera de nosotros, es el presentimiento de ayer, la interrogación de hoy, la certidumbre de mañana”. (CIORAN, “DES”, pp. 63-64, Montesinos Editor).

Nosotros hemos profundizado con nuestro interés la sima. Y lo peor no es el pozo, sino los alientos que imprimimos a nuestra salida, vista además como superación.

Ningún habitáculo nos llega a producir tanta desazón como el propio palpar. Y este autohoradamiento no nos conduce sino a un perfil de oquedad en el tiempo.

No puede haber inmunidad cuando cumplida y sobradamente se comprende. Llevado a las relaciones interpersonales, viven más en nosotros los antagonismos que las amistades:

“No hay posición más falsa que la de haber comprendido y permanecer vivo”. (CIORAN, “DIHN”, p. 177, Taurus).

A trancas y barrancas, continuar, es soportar el papel del forzado. Agotar, mentidamente, los plazos de una complacencia ilusoria.

En ese procaz fingimiento, la vida se adorna de una contextura insufrible de espera. El marco saciante de la irrepitibilidad que cada instante guarda con respecto al anterior y al

subsiguiente, parece congelarse en expresiones límites, tales como “agarrarse a la vida como a un clavo ardiendo”, sobrevivencia y otras más.

Comprender, es, entonces, dejar atrás, limar el tiempo, suplir cada vez más desganadamente la historia...

Comprendo y hasta aquí. Basta.

Experimentar el pasmo llega a ser un elemento disuasor de cualquier presencia. Con todo y ello, y ser la estupefacción una marca que conmina a la segregación, lo más importante son los detritos que acompañan inevitablemente al supuesto de admiración y de sorpresa ante el mundo:

“Que nadie entre aquí si ha pasado un solo día al abrigo del estupor”. (CIORAN, “EMY”, p. 116, Tusquets Editores).

Se nos pide un extrañamiento que, curiosamente debe incidir en los medrosos del acontecimiento. Cruzar las puertas del asombro y hurtarlas aun por un día, no es un visado de tránsito recomendable para este mundo. Quien no se deleite con el pasmo no es de este mundo. Avezarse, aun en mínimos a este “plano previsto” es ejercer una labor de obturación del mal deslumbramiento que estos parajes ofrecen.

Caer por estos lares es evitar la persuasión de la costumbre, es decir, evitar el avituallamiento del mundo; por el contrario, reconocernos como inhabitables respecto a nosotros mismos y respecto al medio, es una de las premisas de salvación que debemos oponer. Si entramos, si estamos, nada de interrogarse por el “susto” que es lo usual, lo culto, hasta lo filosófico. Alelamiento, estafermo...

El reconocimiento lúcido de que uno de los abismos que más conmueven al hombre, como puede ser el de la esterilidad, no aporte un grado de gozo inusual e inédito en los humanos, es uno de los planteamientos con más auténtica raigambre -o encarnadura- en Cioran. Por este motivo:

“Si supieran los hijos que no he querido tener la felicidad que me deben!”. (CIORAN, “EMY”, p. 23, Tusquets Editores).

Pocos, o ninguno, agradecidos comentarios nos merece nuestra presencia en este lugar. Aparecer e inmovilizarse en la infelicidad, esa parece ser la mayor de nuestras inquietudes, por otro lado en cualquier instante defraudadas.

No consentir en el advenimiento de la desdicha, estar en el descubierto de la cooperación, es, al menos, el primer deshilachado en el tejido de nuestra habitación. Procrear, por fin, es un feliz entredicho.

No son escasas las citas que nuestro autor dedica al desentrañamiento de la lucidez, y numerosas son las ocasiones en las que viene expresada y confirmada. Multiplicadora de ajeneidad, como un turbión nos arroja fuera del mundo:

“La lucidez absoluta resulta incompatible con la existencia, con el ejercicio del aliento. Y, debemos reconocerlo, un espíritu desengañado, cualquiera que sea el grado de emancipación respecto al mundo, vive más o menos en lo irrespirable”. (CIORAN, “EPR”, pp. 98-99, Montesinos Editor).

En general, mejor, siempre, la clarividencia es un desafío a la estabilidad, el encanto del desequilibrio controlado, y, muy raras veces, el desmoronamiento de la voluntad y el abrazo de la impotencia.

La lucidez, con frecuencia, se convierte en cima, en “guinda” intelectual; rebosante en méritos de inteligencia y en últimas palabras, se prepara su personal connivencia y adelanta con obstinada seguridad sus discrepancias con el marco crítico elegido; más que de ser, se trata de la valoración que uno se hace de esa visión. Por eso, en muchas ocasiones, es un agónico compromiso con la vanidad.

El “yo lúcido”, contrariado, agudiza en él la sensación de reinsertión ineluctable que tienen todas sus “miradas”, y es ahora cuando justamente lúcido comprende la inoperancia, y es ahora cuando quisiera abandonar la existencia, cuando totalmente se desalienta. Pero esto lo hace por la implacable “sordera” del universo, por la densidad de la indiferencia en que se apuesta, por la imposible porosidad entre él y el otro.

¿Cuándo alcanzamos la lucidez absoluta? Tal vez al desaparecer de nuestras pretensiones con él.

No está nada claro que exista un mapa cualquiera de existencia, de respirabilidad, fuera de este lance en que vivimos. Quizás, ni interese, ni que nadie ame cualquier extrapolación. Posiblemente el desengaño es una bendición, una recompensa, sin esperanza.

Si no todos los lúcidos, algunos, ¿qué nos han transmitido?. Bagajes de aceptación, de simplicidad por tanto; por último, dilemas optimistas.

Nada parece acordar el explayamiento de la lucidez con el ronroneo de los órganos:

“ ... ya que la lucidez absoluta es incompatible con la realidad de los órganos”. (CIORAN, “TE”, p. 173, Taurus).

Sucede que la lucidez está fuera del juego, al menos de ese juego para el que se engrasan y conjugan todos los órganos. Salida de la extralimitación, nada le va a recordar en su herida amplitud pasados plegamientos o adherencias que apeteciera algún órgano. No. Carente ya, y ausente por siempre de cualquier prurito, se alarga sin conciencia, sin fe, sin deseos.

Nada que ver tampoco como trasunto de “llegada a los extremos” ni de cuenta de “resultados”. Nada que la ligue con una realidad incitante.

Afloradas -y puestas en escena- las funciones, revestidas de furor práctico, ni la más nimia de las concesiones le es permitida a la derivante fuga de la lucidez, como salvada y salida al caso del naufragio de las cosas.

La adicción a los órganos, sugiere, sobre todo, cualquier otro imposible reconocimiento. El cielo se cifra, como una de las fases más atractivas, en el reposo orgánico.

Mientras, la lucidez, en la escombrera de lo propio y de lo ajeno, revuelve en nada.

No conocemos ninguna sociedad donde habite o se residencie la lucidez. En tanto en cuanto ésta nos puede asaltar u obligar, apenas nos podemos sentir en el caso de la identificación y defensa de cualquier modelo social. La mayor aridez se abre con la lucidez:

“La lucidez es el único vicio que hace al hombre libre: libre en un desierto”.
(CIORAN, “DIHN”, p. 17, Taurus).

Como todo desmán, no podía por menos sino estar agregado a un vicio. Se automatiza en cierto o en gran modo el saber, y se tantea a golpes o se pergeña la lucidez. ¡Un vicio que nos lleva a ser libres!. Es plausible toda desviación. Claro, que el tributo que se cobra toda accesión es el de la impostura que comporta toda imposible gregarización. Perdidos en imposibles rutinas -lo rutinario es el acompañamiento compacto, pleno- el hombre se despide en los últimos fulgores de la connotación. Lo que aparezca a partir de ese momento, ahora no nos interesa, pues desde luego, y caso de que “sobreviviera”, no es humano.

Y seremos lúcidos, si huimos, si sangramos huida.

Aquella frase hecha -uno de los síntomas de la placidez con que nos asentamos en el universo- de que mata la curiosidad...:

“La curiosidad, nunca se recordará lo suficiente, es el signo de que se está vivo y bien vivo, la curiosidad realza y enriquece constantemente este mundo, busca en él lo que en el fondo ella misma no cesa de proyectar, la curiosidad es la modalidad intelectual del deseo. De ahí que su ausencia -a no ser que desemboque en el nirvana- sea un síntoma alarmante”.(CIORAN, “EPR”, p. 173, Montesinos Editor).

No sé cuál sea el grado, o la cualidad, de la curiosidad en nuestro tiempo. Aquella está más que nunca ofrecida en la seriación que ofrecen los medios, propagadores casi siempre de la inclusión que se desea. ¿Qué opinamos de todos los departamentos de información existentes, sean más o menos integrantes?. ¿Son homologables o parangonables con la curiosidad?. Todo el que informa tiene la disposición de hablarnos excesivamente de él mismo en los acontecimientos. Hay, en toda información, una predisposición a la exhaustividad de distinto signo que nos llega a acongojar, a dejarnos sin pulso. La sociedad informada, mejor que las restantes, es un emporio de la laxitud. Esta no es comparable con la indiferencia que despierta la práctica que consiste en la indigente “farmacología” que ejerce todo poder respecto de la información para con sus administrados como ahora se dice: se inyecta lenguaje, no verdad.

Hay bancos de palabras, las palabras están cargadas de valor, olvidando que nada hay más ajeno a ellas que la pertenencia.

No queremos entrar en el trasiego infamante de muchas variantes de información, y cuya lamentable dilucidación acaba ventilándose en apropiados tribunales de ética de las profesiones o instituciones. Son las coberturas morales de todo exceso. Pero debemos hablar del fenómeno de recogimiento y aceptación subsiguiente que toda información comporta; y en efecto, aun reconociendo que la amplitud y la profundidad sean aspectos que la información promueve, el hecho es que, simultáneamente, asistimos a la claudicación de la repetición, a los sinsabores del apaciguamiento. Lo peor de ella, que nos pertrecha para discutir últimas instancias.

Pero, la curiosidad...ésta, no afronta “orgullos cómplices” como los de la información, no es consabida. Ni mucho menos patrimonial como en ocasiones se distiende ésta. El ser curioso es un ser no expectante, es decir, no espera nada a cambio. Sabe que no está abierto a la reciprocidad, pues él es únicamente el que “se encanta”, el que quiere, el que puja.

Además, el curioso es el ser menos desprendido que podamos censar, en el sentido de que todo le importa y a todo hace, pero al tiempo está “descolgado” de todo crédito por la pertenencia

y es el más generoso de los desadheridos.

¿Quién tiene curiosidad en este mundo?. Aquellas personas que tienen incapacidad manifiesta de solapar nada, quienes mantienen siquiera fresca la única ambición disculpable: la de sorprenderse. Mi sorpresa, - o mejor, siempre me contorneará la sorpresa- debe ser “inapropiada”, en el sentido de que aprehendida, patentizada, deja de tener interés por ella misma, volatilizándose por entero al ser suplida por el sorprendido “hallador” -hallazgo- hombre. El asombro ha mermado su capacidad, ha declinado su creación antropológica valiosa, sí, pero ha omitido dejarse llevar por la corriente -donde todo es “susto”- en beneficio de la estancación, de lo estanco. El temblor y el sobrecogimiento ceden el paso y el terreno a la remuneración del sistema.

Padecer la normalidad, o lo que es lo mismo, sentirse inerme, cubierto de explicaciones, revela el ya largo, inacabable y agotador principio del fin, que como una predicción más forma ya parte del paisaje de nuestro desastre.

Un ideal que tienda a cumplir la desrealización se advierte en las palabras que vienen a continuación. En ellas-aborrecemos la demarcación:

“El ideal sería perder *sin sufrir por ello* el gusto por los seres y las cosas”. (CIORAN, “EAD”, p. 84, Taurus).

Recordando a la ansiedad, se han registrado estas palabras. De nuevo surge el malestar, como resultado de la fluidez que mantenemos entre nosotros y las cosas.

Durante muchos años hemos mantenido que la comunicación era lo más decisivo que podía acontecer a las personas, e incluso es un “leit-motiv” -tema, recurrencia- probadamente abundoso en muchas publicaciones. Hoy, esto como otras cosas, forma parte del espectro de una oferta de las relaciones personales que nos ha dejado inéditos. Hemos perseguido sin duda un aliciente inverso, al revés, un contacto en el desmentido.

Los encuentros se han hecho, se hacen cada vez menos posibles. Aspirar a cualquier cosa nos emponzoña. El encaramiento cotidiano se disimiliza a escalas tan desacostumbradas que sólo un desconocimiento no vigente podría asemejarsele.

El sufrimiento nos retrae de la amargura de los desencuentros; el que sufre, adquiere un valor entre los apestados de aislamiento, tal vez por la necesidad que él tiene de no aplaudir ni a la soledad.

¿Qué castigo se nos inflige al no sernos bienquistos los otros y las cosas?. De momento, hay un ideal que suplanta a cualquier otro: el “ideal” mostrenco de cualquier periodicidad social que se acomoda. No sé si las amputaciones por las que conspira cualquier ideal, valdría contrastarlas con lo salvífico de nuestro progreso. Corren todos por aquiescencias negativas, cuando no feroces.

La sanción que continúa es la del enrarecimiento, o sea, la de proscribirle todas las atmósferas. Con esto no se nos perjudica, es la única segregación a la que tenemos que agradecer algo: nuestra exclusión.

Puestos a rechazar, sin ningún rubor, muchas veces nos convertimos en los últimos -y desafortunados- habitantes del universo; nos gustaría esfumarnos mejor con aquella belleza de resultarnos todo indiferente.

Al arrimo de la impalpabilidad más cruda, corre la suerte del que se desliza sin rozar ni topar con nada ni nadie.

El impulso que le proporcionamos a la existencia, es un acto que siembra culpa; seguramente hace “enrojecer”, aun no siendo visible para nosotros, a todo el universo, y es en estos momentos cuando la postración ofrecería la única señal inequívoca de lo que somos y para lo que estamos:

“Primer deber al levantarse: avergonzarse de uno mismo”. (CIORAN, “EAD”, p. 101, Taurus).

La erección del hombre, su verticalidad, que le hace tan insoportable a sí mismo y a los demás, no es, seguramente un acontecimiento biológico al que están agradecidos todos los restantes seres y cosas, aunque sí es un impacto por el que se sienten agraviados, y, si pudieran, de seguro que pondrían sus medios para corregir y borrar esa incursión del humano, el ser que más ha privilegiado el sentido y el sentimiento, tanto de sí como de lo demás como él dice.

La manchilla proviene por consiguiente de dos situaciones: por el irremisible acto de erguirse y por el sonrojo que produce verse dispuesto para cualquier confrontación.

Nos avergonzamos de las bajezas, en nuestro fuero interno: sabemos que, entendidos o disculpados, el elemento de confortación que añaden los hace casi inofensivos, y de ahí que repitamos tan frecuentemente hazañas abyectas. Pero si se nos pide que abduquemos de nuestra posición más rozagante, esgrimiremos “consecuentemente” todo el conglomerado de avance y progreso que no hubieran sido posibles sin el vicio de la actitud.

El deber, nuestro deber, está absolutamente trastocado, antípoda del que originariamente pudimos disfrutar, o, con más probabilidad, que nunca gozamos.

Con los años, no solamente no experimentamos ningún pudor, sino que la desvergüenza más lenguaraz preside nuestros actos: nunca se ha escrito más que ahora tratando de ahorrarnos nuestra desaparición por el portillo de la historia.

¿Cómo pedir disculpas, cuando arracimados, burlamos cada vez más la oquedad?

Una inquietud destructiva y destructora que nunca se acalla, la del hombre. He ahí una de sus complacencias, que, tan sólo la historia, y de modo limitado, analiza como el reino de los fragores y de los estrépitos:

“Des-hacer, des-crear, es la única tarea que el hombre puede asignarse si aspira, como todo lo indica, a distinguirse del Creador”. (CIORAN, “DIHN”, p. 11, Taurus).

Estas palabras, podrían, manejadas en condiciones, confirmar determinadas aberraciones. Aunque yo no creo que se trate de una defensa de los “bárbaros”, sino más bien de lo desafortunado que puede llegar a ser todo suceso primigenio.

Lo que se dice, creo, es que la sutileza, las luces, la inteligencia, deben dejar de tener servidor. Hay un riesgo profundo en todo lo que se acuña. Las aspiraciones más hondas, vendrían a ser, las que, en sentido más literal, entenderíamos como innatas. El placer del creador es el que se ciñe al reconocimiento, y, si por muchas razones no hemos sido capaces de pasar inadvertidos, lo que podemos hacer por conseguir la única notoriedad soportable, es des-aparecer.

Llegados a la felicidad, cualquier estadía en ella anuncia irremisiblemente la irrestricta insustancialidad de toda incursión. Salir de Capua...:

“No he conocido una sola sensación de plenitud, de dicha verdadera sin pensar que ese era el momento justo de retirarme para siempre”. (CIORAN, “DIHN”, p. 141, Taurus).

Abrir entonces las trampillas del tiempo para que nos dispersen, ganar en absorbencia al mismo Engullimiento, entrar en ningún sitio sin dar fe...

En esos momentos de dicha quisiera uno buscar la concurrencia cómplice de todos los que ocupan un ámbito en el universo, y surgen, como nunca, las tentaciones de celebrar los desposorios con el ser para siempre. Todas las epifanías brillan y poseídas de las mejores intenciones, besaríamos hasta el estiércol. Sería la euforia desatada -y nacida- de un caso insólito de enajenación.

Suele imponerse, sobresale, en un principio, como un señuelo mágico, el techo de la pertenencia, pero de manera seguida, inmediata, también, el truncamiento, la laxitud sin asomo de aspaviento, es decir, el desasistimiento, el final de todas las exigencias.

Nos deben asustar mucho y son dignos de todos los recelos, todos aquellos que siempre están propugnando algo, todos aquellos que animan, que exclaman, que piden, que dicen y valga para todos los ejemplos: ¡Adelante!. Seguir es un verbo dudoso, a no ser que tienda a la paralización, al destino final, y único, de Níobe.

La concurrencia vino a significar, significa, el régimen de todas las carencias:

“La única experiencia profunda, es la que se cimenta en la soledad”. (CIORAN, “EN”, avec Sylvie Jaudeau, p. 15, José Corti Editor).

Las limitaciones y debilidades personales se perciben con una mayor nitidez en los agrupamientos, pese a que casi siempre se dice que el individuo se escuda en el anonimato, -no deja de ser un lugar común-, y esto es así porque la concentración es espectralmente el sufrimiento. ¿Conocéis una cárcel?. En ella, la libertad tiene una espera, que se puede aguantar con mayor o menor garantía; lo que no se soporta es la multiplicada y generosa muestra de infracción con que sin ninguna aleatoriedad tienes que convivir, es el recuerdo y el reconocimiento doloroso de que debemos abonar la transgresión. El descenso, la bajada, es un saldo vengativo. Todo lo que sea una piña, es rencor. El delincuente, -no el asesino- es un blasfemo en sordina, un apóstata, a última hora, de la regresión. Aprender de ellos en el delinquir contra la caída.

Solos, desvivimos en gran manera la rutina del emplazamiento. Y solos, descubrimos la decepción, único y amargo elixir al que podemos acceder. Llegar a descubrir el amasijo en que estamos inmersos, caos fundado, para, finalmente fundirse en las primicias del anonadamiento.

Únicamente a la soledad le están reservados los abismos. Como circunstancia cuya característica más sutil acaso sea la del abandono, nos arrebatada de la pastosa realidad, del espeso contrasentido que supone afrontar la existencia. Calar cuanto antes a las personas para salir velozmente del universo, un poblado que por mucho que nos esforcemos, no nos pertenece, y en el que persistentemente deseamos desalojar a los demás de él.

La soledad será en el desconocimiento, o no será.

Los deseos de compañía están extinguidos, pertenecen al vacío más reluctantante:

“Tanto me colma la soledad que la mínima cita me resulta una crucifixión”.
(CIORAN, “EMY”, p. 13, Tusquets Editores).

Cualquier encuentro incardina el sufrimiento, avanza la peregrinación de la desdicha. La sociedad arma la desventura, y, lo peor de todo, la desgracia no contribuye en nada a ningún desligamiento, sino a estar atado a una cuota de pesar.

Ni siquiera requerirse a uno mismo, y parece como si se hubieran terminado todas las interrogaciones. El vacío es el reino, y la soledad es un ejercicio de desenquistamiento. Sencillamente, la soledad no se aviene. Creo que ya ni siquiera la “cita socrática” conviene.

Si, sanos de participación, exclamaremos ya, con serenidad debida: esto es el colmo...

**2B: SOBRE VAGOS ESTUDIOS, O EL CONOCIMIENTO EN
ENTREDICHO.**

“Todos los que tienen puntos de referencia en el espíritu, quiero decir de cierto lado de la cabeza, en zonas bien delimitadas del cerebro, todos los que dominan su lenguaje, todos aquellos para quienes tienen las palabras sentido, cuantos creen que existen alturas en el alma y que hay corrientes en el pensamiento, los que son espíritu de la época y han dado nombre a esas corrientes de pensamiento, pienso en sus trabajos precisos y en ese chirrido de autómatas que a todos los vientos da su espíritu, -son unos cerdos”. (J.A. VALENTE, “Crónica II, 1.968”, Homenaje a A. Artaud, en *El inocente seguido de treinta y siete fragmentos*, Eds., Orbis, p. 87).

Las reflexiones de nuestro autor, siguen desgranándose:

“Después vino el saber para incapacitarnos definitivamente. El principal reparo contra el saber es que no nos ha ayudado a vivir”. (CIORAN, “CT”, p. 26, M.A. Eds.)

Un cierto efecto inmovilizador posee el saber, o al menos puede tullecer en su aparición. Es una epifanía marcada por la demolición y el mal asiento. Bulle el desasosiego con él.

¡Cuántos prestigios se vienen abajo, cuántas ilusiones cimbras en la carrera de la vanidad!. El saber nos ha maniatado, ha sido una brújula pernicioso, paralizante. La recusación del saber inserta en la última frase es ilustrativa del afán rémora de todo saber, de los anclajes que precisa, del efecto sustraccional que supone.

Y si no nos ayuda a vivir, ¿qué pinta el saber con nosotros?. ¿Qué especie de peso, de lastre, tenemos que soportar sin ninguna contrapartida positiva de mejora de vida?.

¿El porqué de esta carga?.

Aquellos que fueron empujados a no saber -y son muchos, y cada vez seremos más- están condenados a un grado más insoportable de “infierno” sobre la tierra, y esto es de asentimiento universal. Pueden luchar, y sublevarse, y formar una marea incontenible de justicia, como así será, pero su suerte final aparece más ligada a la secesión que de ese saber realicen “los que saben”.

No aceptaríamos fácilmente que de estas palabras se derivase una consideración del escindido, envuelto las más de las veces en una complejidad aparente:

“Un espíritu sólo nos cautiva por sus incompatibilidades, por la tensión de sus movimientos, por el divorcio de sus opiniones y sus tendencias”. (CIORAN, “BP”, p. 188, Taurus).

(¡Pero cuánto debe la importancia que se atribuye el hombre como tal, y a su misión, el uso generosísimo de esta palabra!. Hasta el punto de que, desde hace un tiempo, una de las manifestaciones, expresas o no, que provocan más desdén y que destilan mal gusto, es la de simplicidad, el de figurar, quieras o no, como simple). El escindido, es el precipitado de herencias poco compatibles, y por el que sobrevuelan un escepticismo pragmático y ajustado a los tiempos y una amargura, propia por lo demás, de no llegar a más. Es el escindido, por otra consideración, quien, más dado a conservar lo inamovible de sus preeminencias y desdoblamientos, acuña las más rentables de las incertidumbres que despacha, sin sonrojo, desde el bazar de las inquietudes al uso. Tratante de intereses, recuerda en mucho a la figura del

“empresario de ideas”, dibujada por Cioran en este “Breviario...”, y en las páginas 185-187.

Pero el espíritu que nos subyuga, en nada se relaciona con ese detentador de ambivalencias rentables. Aquél, es imposible habitante de las voluntades propias y ajenas. Nada menos apegado a la clarividencia que se desea que se reconozca, o a la influencia que se espera que empape a los demás.

Si hay alguien sobre el que descansara dicho espíritu, lo que hace planear una duda casi insoluble sobre nuestra receptividad para el caso, uno de los aspectos que con más premura trataría de resolver, sería aquel de la suspensión de la decantación por estos pagos, o lo que es lo mismo, por vivirse y desvivirse en la disidencia.

Tal espíritu, que goza de todos los desórdenes, parece no tener un aposentamiento frecuente entre nosotros, más dados a las impagables certeza y seguridad, en que nos movemos. Es difícil que demos nuestra anuencia a que se nos rebaje en el concepto de importancia debida que creemos merecer (de hecho, la tragedia que vivimos, consiste en sentir que nos deslizamos hacia un océano de la indiferencia, que recuerda -en cuanto a proceso- a aquella misma que abandonamos desde el principio, y, dentro de la naturaleza) y mucho más arduo es que, determinada aquélla en términos de insignificancia, viene a ser algo que se nos hace irreprimiblemente insufrible.

Un espíritu descoyuntador, sólo eso.

Sobre el saber hay esculpidas máximas de todo género, desde las que celebran y halagan la bondad de él, hasta las que lo condenan y rechazan con extrema y suma fuerza:

“Lo que sé arruina lo que *deseo*”. (CIORAN, “EMY”, p. 187, Tusquets Editores).

El popular y ambiguo: “el saber no ocupa lugar”, no deja de ser sino una peligrosa incitación a cualquier empresa, la arrebatada y asumida rapacidad que tenemos para con el espacio; ese espacio que debemos manosear y ocupar porque no nos tentamos ni sabemos tocar en nosotros mismos.

Ese saber que arrumba y que construye, hecho a veces de paradójicos esfuerzos, que fatigan y que consuelan, ese saber, repetimos, tapa, ciega, obtura, la salida, la única salida (escapatoria) placentera que nos debiera centrar.

Esa acumulación incesante y persistente de la llamada sabiduría, tan bien vista, tan poco conocida, tan celosamente custodiada por sus intérpretes, ¿a quién sirve, a quién pertenece?.

No sabemos si los estragos debidos a su pérdida o destrucción serían mayores que los ya permitidos y realizados en su nombre. Esta manipulación del saber a pocas bandas, es lo que hace desconfiar profundamente de los avances del hombre. Avances, que, se dice, si aminoran la animalidad, consagran el dogma de la humanidad. Cambios tan arbitrarios no han desterrado ni mucho menos nuestras inquinas y nuestros exacerbamientos.

Por qué el saber ha proscrito al deseo, es algo, no que mereciera ningún retroceso ni que se rescribiera la historia, sino más bien que se echara tierra sobre la tierra para siempre.

Fuera de consideraciones, pues ya sobran la mayoría, por no decir todas, desdorar deseos por intervenciones, dice bien quiénes somos.

Parece ser que lo nuestro es estar abocados al conocimiento, vencidos al saber:

“No vivimos sino por carencia de saber. Desde el momento en que *sabemos*, ya no nos abastecemos de nada más”. (CIORAN, “CT”, p. 129, M.A. Eds).

Con dócil admiración resignada se dice por estas tierras: “no te acostarás sin saber una cosa más”. (El sello auspicioso que confiere toda sentencia). Es el respeto exclusivo e intrínseco de toda escolarización social.

Saber se convierte en desvivirse. Y se desvive uno por la inversión de vida con todo aprendizaje. ¿Qué es saber, qué es el saber?. Son cuestiones de momento carentes de perplejidad de griego. El asombro hoy es una posición enfadosa, y en todo caso se reserva para los acosos externos que pueda sufrir una intimidad bien pertrechada. O para la novedad. De los otros. Y cuanto más la amemos -a la novedad- más nos extrañaremos.

Entre nosotros, son mayoría los que podrían responder a “qué es saber, qué es el saber”. Y esto es así por la práctica demolición del interés reflexivo de nuestro tiempo.

Hay, hoy, sobre todo, prisa por responder. Nuestra respuesta al saber está más autorizada que nunca, en el sentido en que nuestra adscripción es redundante.

Corremos tras el saber con el sentimiento de que lo que realmente se da es una reciprocidad de aquiescencias. Y cuando esto no es así, es decir, cuando el saber no es plagario de sí mismo, lo que hace es desmentirse y descuidarse.

Creo que la proyección de cualquier pensamiento no adquiere mayor grandeza que el reverdecimiento estacional de cualquier flor. Frente a los que creen que el saber es recogida, los que pensamos en una sustracción.

Lo que más nos sacude y nos expande es la inherencia melódica del dolor:

“Sufrir significa *meditar* una sensación de dolor: filosofar, meditar sobre esa meditación.

El sufrimiento es la ruina de un concepto; una avalancha de sensaciones que intimida todas las formas.

Todo en filosofía es de segundo orden, de tercero...Nada *directo*. Un sistema se construye de derivaciones, pues él mismo es lo derivado por excelencia. Mientras tanto, el filósofo no es más que un genio *indirecto*”. (CIORAN, “OP”, p. 29, Tusquets Editores).

Nada como él que abre el portillo de todas las aflicciones. El esfuerzo por entender esta multifacética irrupción, consume, y abre en expectativa permanente, el interés redoblado y multiplicativo del sufrir. Este, tratado de explicar, provoca “una preocupación ulterior”, la de la filosofía. Incapaz de mitigar nada, sí es capaz, no obstante, de “enlazar” como pocas la dispersión de la pesadumbre, de recoger los sueltos de desgracia y arracimarlos para su comprensión. Sabe entender, no se sabe si a veces mejor o peor, el hato de las desventuras, y, como nadie, no vuelve la cara a lo que se le aparece.

El que sufre, experimenta un anegamiento que no hace lugar a cualquier otra consideración; es lo incuestionable por antonomasia, dedica su tiempo a macerar en su propio y particular infortunio, y carece de tiempo y ganas que no sean para ahondar en su circularidad. Nada hay fuera de él, incluso el tiempo padece de él, al no orbitarlo en su rodera...

Decir, o creer, lo que se dice de la filosofía o de los filósofos, no es sino reparar en el reverso que es necesario aplicar “a la inmunidad de la importancia”. La filosofía llega tarde, es incluso renuente y no deja de ser visible en ella un evidente grado de desafectación por nuestra parte y con la referencia que se debe establecer con otras vivencias.

Como producto de nuestra maceración en el tiempo, igual que tachonada costra que festonea o jalona nuestro paisaje, así es lo que se dio y vino en llamar, parafraseando a alguien “figura, ritmo, gesto o palabra en el tiempo”: las creaciones del espíritu, hitos de la demolición que por otra vía emprendemos:

“Las creaciones del espíritu son un indicador de lo insoportable de la vida. Exactamente igual es el heroísmo”. (CIORAN, “OP”, p. 52, Tusquets Editores).

Los grandes artífices del desconsuelo, en contra de lo que dicen, como casi común respuesta de que aman la belleza, lo que en verdad están promoviendo es que se quiera y se adore su detritos personal permutado en valor de uso universal; lo que en verdad ardorosamente desean es un descargo de su territorialidad, un desembarazamiento que alivie todos sus temores, y que preferiblemente se descargue sobre los hombros de los demás. El creador es el máximo exponente y aireador de la escatología.

Creamos por des-alentar.

De aquella misma manera el héroe se atribula permanente e incansablemente de su perdurabilidad. Y nunca dirimirá sino un embate que le corona de indistinción, si en la congelación o en el reino del abatimiento (destronamiento).

Así que abrimos los ojos cuando se nos va cerrando nuestra relación:

“Toda lucidez es la consecuencia de una pérdida”. (CIORAN, “OP”, p. 104, Tusquets Editores).

Sentir que la limitación estrecha la condescendencia con el irrenunciable hábito de permanecer y que, más que eso, probablemente apunta a alumbramientos esclarecedores. Por primera vez, perder comienza a ser advertir, y a un mayor arrebató en la desencarnadura que tanto nos atraviesa, le correspondería (como contrapeso de luminoso equilibrio) la más avasalladora de las desnaturalizaciones, el más oscuro de los desequilibrios de la redundancia universal: el filo de la lucidez.

La lucidez, como un bajarse de los trayectos de la esperanza, como un don (regalo) enfebrecido que viene acarreado por el internamiento de la debilidad y el grito de lo exangüe en la extraña confortabilidad de lo saludable:

“La lucidez es el resultado de una mengua de vitalidad, como cualquier falta de ilusión. Darse cuenta de algo va en contra de la vida; tenerlo claro, todavía más. Se es mientras no se sabe que se es. Ser significa engañarse”. (CIORAN, “OP”, p. 161, Tusquets Editores).

De la misma manera que disminuyen o decrecen los arrestos, así se acrecen y amplían los umbrales que dan pie y lugar a una mayor y mejor penetración en el meollo de las cosas. Dados al concurso vital, a la competencia genética, cualquier merma en ese tráfico (tráfico) supone un arrebatado deslinde de la acuidad.

Columbrar la impostura es la adivinación del abandono.

No sabemos muchas veces el porqué de ciertos enconos. ¿Cómo explicar el rencor? :

“La historia de las ideas es la historia del rencor de los solitarios”. (CIORAN, “SA”, p. 10, Laia y M.A. Eds.).

Si al caso nos referimos, parece como si aquél fuera una rumia, más bien que para todos, para quedarse solo, cual hermeneuta productivo, como propositor autocomplaciente. Lejos del hombre el planteamiento de enigmas, conocida -como lo sabe- su limitación. El rencor de muchos hombres que “piensan”, que tienen a gala idear, se manifiesta en la morosidad tremendamente complaciente de la ortodoxia y de la heterodoxia.

Es un rencor egoísta, que va a disparar sus invectivas para la propia autoafirmación más que para demoler vigentes o pretéritas convicciones. Quisiera ser un anulador de futuro, de otros futuros, y en muchos respectos es un fanatismo elegante y dorado. Lo que más conmueve de este solitario es su papel de adorador de íntimas especulaciones. No hay, al final, otra destrucción que la de la propia individualidad.

Son mal recibidas las ideas, eso ya lo sabíamos; también conocemos que es uno de los aspectos que despierta menos condescendencia, a pesar de lo que se afirme en contrario:

“Sólo los espíritus superficiales abordan las ideas con delicadeza”. (CIORAN, “S.A.”, p. 12, Laia y M.A. Eds.).

En la distinción aparecida entre espíritus superficiales y profundos, ambos no dejan de ser objeto de un gran varapalo: el primero por su maravillosa disposición reverente a toda consideración; el segundo, por su probada proclividad a la creación discursiva.

¿Desdén por la especulación, desprecio de la simpleza?.

O de como la deferencia hacia las pirámides conceptuales (pináculos intelectuales) aleja cualquier suspicacia crítica, y al tiempo, promociona un elemento irracional cual es cualquier variante de devoción. Resulta ser una consideración negativa. La pura memez ha colocado en los altillos de la fama y del favorecimiento a multitud de insufribles.

De todo esto nace un respeto inmerecido, que, sin distinción, llegan a poseer la mayoría de las formulaciones teóricas. Y digo inmerecido, porque si algo necesitan las ideas, es una desideación permanente, un revuelco insidioso.

Habría que analizar con más crudeza y más esfuerzo el sentido que, casi siempre, concedemos al término condescendencia. Con frecuencia, se nos aparece como una de las pamplinas más reveladoras, pero la inferencia a veces se detiene interesadamente, aduce parálisis.

La aventura del juicio comienza con el asentamiento, una vez que la única evidencia incontestable se manifiesta con toda su crudeza: o quedarse o marcharse:

“Emitir, sobre cualquier cosa, incluso sobre la muerte, juicios irreconciliables, es la única manera de no jugar sucio”. (CIORAN, “EMY”, p. 164, Tusquets Editores).

El juicio puede querer hacer más o menos sutil, placentero, soportable el establecimiento, pero no deja de ser sino una construcción apañada a una indeseabilidad, con lo que de posible

matiz complaciente -o poco juicioso, o mucho, cualquiera sabe- tenga esto.

Otro interesante matiz de los juicios, es la fácil comprobabilidad de la satisfacción que produce en nosotros, lo que hace que sean considerados como tales tanto las auténticas barrabasadas y dislates, como la más afinada de las consideraciones. Tanto como presupone de encadenamiento lógico, lo tiene -dicho encadenamiento- a la obligada dinámica de exilio en el mundo. El juicio sirve, por tanto, muchas veces, como entretenimiento de un desterrado.

Ante la avalancha que siempre son los hechos, cualesquiera de nuestros pronunciamientos tiene que huir de validez unilateral, tratar de “moverse” en la irresolución, hurgar en la irreconciliabilidad de los asertos...

Que no suceda aquí, dirá alguien, como a aquel herrero que de tanto machacar se le olvidó el oficio:

“No hay meditación sin una inclinación hacia la machaconería” (CIORAN, “DIHN”, p. 56, Taurus).

Aunque la pérdida de la ambición gnoseológica no nos depararía posiblemente una mayor desventura que la que nos señala; y, en todo caso, nuestra falta de voluntad, de empresa y de energía para atesorar el conocimiento, no probaría sino una inclinación que siempre hemos soterrado: la de la inacción. Si nuestras pruebas, tanto tiempo impecables, largamente bien acogidas, nos conducen con bastante periodicidad hacia todo tipo de catástrofes, no parece muy lícito admitir que se vaya a ser más infeliz sin su presencia que con su destierro.

Pero vivimos con lo que tenemos, y en esta absurda conformidad, si vemos que toda reflexión trata en un cierto punto y momento de “martillar”. Parecería como si la razón obtuviese un asentimiento, o su aceptación en base a un dilatado proceso de requerimientos, como si hubiera algo en ella que, partiendo como parte de nosotros, la motivara con un matiz de repugnancia hacia todo posible destinatario. Toda meditación va a descubrir nuestra inoperancia, lo incómodo de nuestro asiento, el imposible larvamiento en el mundo.

Lo sorprendente, es que aparezcan objeciones u objetores de la ciencia:

“Objeción contra la ciencia: este mundo *no merece la pena ser conocido*”. (CIORAN, “SA”, p. 28, Laia y M.A. Eds.).

Esta, ha venido a ocupar un lugar de alzada relevancia en todos los planos, acumulando prestigios desplazados de ámbitos por pérdida de interés. Uno de los aspectos que mejor ha explicitado la ciencia es el del rechazo de interesadas adhesiones. Nacida para la réplica, es portadora de una paradoja asumida: apenas nadie le replica en sus planteamientos, y por ello puede permitirse los lujos de las extremosidades.

Probablemente no haya nadie que “quiera” tanto al mundo como la ciencia. Y aquél, en otras ocasiones, circunstancias, puede ser totalmente deformado o desconsiderado por ésta.

Su impulso es devastador y devastadoras son sus imposiciones, por lo que en cierto modo hay que agradecerle su papel. De todas las formas, pasión neutral no le falta para formular en cualquier caso y momento las desatenciones que le convengan.

En verdad la objeción que se plantea es doble: contra el ánimo científico en primer envite, y enfrentada, en segunda instancia, a la amargura de un conocimiento estéril. La ilación de lo

extraño. Se refiere a como lo que no nos compete, somos capaces de buscarle una relación. La más extraña de las operaciones que hacemos, es razonar.

Nuestras ocupaciones perpetran la inclusión de imposibles, la sumisión a referentes impensables, sin destino posible entre nosotros:

“Estamos entregados a una falsificación de infinito, a un absoluto sin dimensión metafísica, sumergidos en la velocidad a falta de estarlo en el éxtasis”. (CIORAN, “CT”, p. 48, M.A. Eds.).

Propugnan, aquéllas, insondables, buceos en la miseria del lleno, ya que conformarse parece el excluyente del hombre. Pareciera como si la adherencia del ser a este mundo se cumpliera a base de añadidos cumplidos con lo imposible.

¿Por qué esa entrega denodada a un infinito y a un absoluto inventados desde nuestra precariedad?. Quizá habría que apuntarlo al hecho, ya de por sí demoledor por él mismo, de nuestra presencia en estas tierras. No vemos pasar, nos gusta pasar.

Bellas, hermosas y dignas palabras las que cierran la frase que ahora comentamos.

Casi, casi, forja Cioran un nuevo medio, tan importante como los clásicos y ya conocidos, y que desde luego, aspira a suplantar por el nuevo el medio velocidad.

Y abandonar el abandono, y sorber los tuétanos de la rapidez, ha sido todo un cambio admirable y glorioso, qué queréis que os diga, al fin y al cabo de nuestra civilización. Mas yo lo veo como la gota caída de pesimismo.

No existe la más mínima posibilidad de que haya afecto posible entre la duda y la humanidad. Campo vedado para ésta, en su conjunto, espigarán sus frutos mórbidos los marginados como resultado de todas las desaprobaciones, los que vienen inoculados de todas las desconfianzas:

“...Sería tenerla (a la humanidad) en demasiada estima creer que pudiera jamás elevarse en su totalidad a la duda reservada, en general, a algunos réprobos de elección”. (CIORAN, “CT”, p. 57, M.A. Eds.).

Marcados por su peso insoportable, arrostrarán todo el cúmulo de conformidades que sus coetáneos no han decidido explorar. A veces se convierten en una avanzadilla (o vanguardia) hinchada de responsabilidad, y es este cariz de sobrellevar la duda, lo que la convierte en una resolución compartida pero mediocre. Sólo cuando se la enfrenta con su incompañada y aplastante gravitación, ofrece unos resultados de exasperación muy difíciles, o imposibles, de compartir por las mesnadas de la complacencia.

Las palabras que vienen citadas a continuación, han sido repetidas hasta el agobio en discusiones que trataban de conseguir el sentido más noble del compromiso:

“¿Y cómo cultivar parábolas ingeniosas cuando se debate uno en las últimas perplejidades del intelecto?”. (CIORAN, “CT”, p. 57, M.A. Eds.).

Conducidos a un notorio grado paroxístico, pierden su impostación todas las ingeniosidades, sean livianas o graves; de manera que lo que se denomina obra deviene en lo que podríamos llamar posibilidad ilustrativa de exasperación, que en la mayoría de los casos queda cegada.

Habría que decir que esa pasión por escribir -en la que muchos admiten que mucho se divierten, y otros confiesan reconocer como una laceración- obtura casi siempre esas sorpresas terminales que se apuntan más arriba, y que no obstante, abrirían los caminos del estallido.

El hombre acaba elaborando planteamientos que acaben con su asentamiento. En gran parte cuando concurrían aspectos inabarcables para el hombre, y al mismo tiempo se creía en la consistencia dada por una futura expansión infinita, el hombre se atemperaba con los mitos:

“Una civilización empieza por el mito y se termina con la duda”. (CIORAN, “CT”, p. 58, M.A. Eds).

Para surcar el universo, nada mejor que ellos; eran el viaje que rendía cuentas, después de muchas singladuras, a la razón.

A la descubierta, la realidad fue entrevista. El tacto y el manoseo de ella hicieron posible el resto, es decir, la fuga indefectible que producen las cosas que son objeto de conocimiento. La duda entonces, tiene su reino. Es la última atribulación que esperábamos.

¿Podemos hablar de pensamiento sin que asistamos en ese justo instante a un cuarteamiento de todo el ámbito circundante?. ¿Qué clase de armazón es esta que posibilita todos los derrumbamientos?. ¿Cómo es que el pensamiento declina actividad decantadora?. Debiera poseer siempre un carácter de informalidad, de nulo cumplimiento.

La historia del pensamiento, es, más que nunca, la historia de la gran preservación:

“Quien quiera mantener su pensamiento en equilibrio, intentará no tocar ciertas supersticiones esenciales”. (CIORAN, “CT”, p. 63, M.A. Eds).

Un leño podrido, que como tal al arder, produce poco calor, y da humo, sobre todo humo. Esta es la historia de muchos pensamientos con un signo nada perturbador. Donde no anida la superchería, ese es el lugar -aunque no tenga ninguno- del escéptico.

¿Quién discute las “supremacías”, “valores sublimes”, “elevaciones” y otras zarandajas, que, según algunos, distinguen al espíritu de la Carne?. De ninguna manera lo voy a hacer yo:

“El Espíritu es el gran beneficiario de las derrotas de la carne. Se enriquece a costa suya, la saquea, se regocija de sus miserias; vive del bandidaje. La civilización debe su éxito a las proezas de un bandido”. (CIORAN, “SA”, p. 16, Laia y M.A. Eds).

El parasitismo y el expolio ejercidos cerca de la carne hacen vivir al Espíritu. Anegarse de vida no soporta la palidez de aquélla en otras existencias.

Es necesario empatizar el desequilibrio entre ambos, llevar a cabo la ósmosis vengativa que prime uno sobre la otra, habilitar la diferencia, congregar dualismos dudosos.

El Espíritu es una explicación parasitaria en muchas ocasiones. Nunca abdicará de su propósito fundamental: su permanente “mimo” del anclaje. ¿Es concebible un espíritu en la desolación?. Nacido del expolio, nadie piense que va a abandonar jamás una compostura, tan admirable como posee, de rapiña. Se distingue perennemente por sufragar la absorción. ¿No es algo que no nos gusta oír, que, mientras la carne concierne a la dispersión, el espíritu, no obstante, concita la adhesión?.

¿Hay de qué alegrarse?. Lo dudo. Nuestros acervos se levantan sobre rimeros de represiones y sufrimientos, y los jugos amargos debieran presidir toda degustación.

La delectación ante las “obras” se basa en las posibilidades de circunstancias, debiera tener siempre en cuenta el catálogo inacabable e inabarcable de todas las fierezas anónimas que podamos imaginar. Si todos los miedos son posibles, seguro que lo son gracias a que fueron posibles todas las crueldades.

De acuerdo con el rendimiento que uno, cualquiera, pueda sentir ante una acabada perfección determinada. Pero también debe uno rendirse ante la pléyade rotunda de miseria que acarrea.

Exégesis frente a alumbramiento...:

“Todo comentario a una obra es ramplón o inútil, pues todo lo que no es directo es nulo”. (CIORAN, “SA”, p. 18, Laia y M.A. Eds).

No debemos exprimir el sentido ni “aluvionar” la intuición Nada peor que un patrimonio de la opinión.

Siempre es uno de los ejercicios más saludables, vaya que sí, la desautorización del adepto. Buena parte del gremio de los comentaristas, puede ser motejada de inmovilista en su peor acepción: aquella para la que no es objetable la devoción.

Lo que yo estoy haciendo ahora mismo, cuando trato de desvelar un sentido en el sentido del autor, ¿no es la más burda y torpe de las veleidades?. Transitar por los pasos de otro, es perder esa precaria compostura que aún nos restaba en este lugar. Dar de lado, esquivar la ausencia.

Para aquellas personas que se adscriben con singular denuedo a incorporaciones novedosas -y son muchas, aquéllas y éstas- no debe de constituir ningún desdoro la afirmación anterior; antes bien, es un precinto de lujo y de distinción consumistas:

“Una moda filosófica se impone como una moda gastronómica: se refuta igual una idea que una salsa”. (CIORAN, “SA”, p. 25, Laia y M.A. Eds).

Es un placer de los tiempos, la aberración de la duración. La contemplación es una pérdida de la identidad “trizada” de muchos de nuestros contemporáneos. El sosiego, una de las palabras más activas y gloriosas de nuestra “edad de oro”, tan denostada por otros conceptos, es un interregno soliviantador que mina la “sed de acción repercutida” en que nos sentimos, muy a veces a nuestro pesar, inmersos.

El proceso de nuestras reprobaciones no conoce límites, habiéndose ampliado esplendorosamente en la modernidad a todo lo que ofrezca capacidad de resistencia o renuencia al fenómeno más extendido entre los más que nunca, mortales de hoy: el “fenómeno incorporación” o ismo de la concatenación.

¿Qué trata de abanderar el hombre?:

“Nadie puede prescindir de apoyos disfrazados de eslóganes o de dioses”. (CIORAN, “DES”, p. 19, Montesinos Editor).

En ese intento, lo que parece interesar es la denegación de la propia asistencia, lo que

parece apuntarse es la recurrencia al abandono, a otro abandono. Es el problema de aguantar mejor los ajenos alegatos que nuestros fallidos soportes. En estos, se halla mejor la dispersión y la difuminación. Lo terrible son las acusadoras propias preguntas, y más aún las de los sueños.

Enarbolar a los otros, lo otro, siempre es una superchería bastante menor -léase sino esto, en todo tipo de aportadas citas- que introducir las propias cosechas, y a este respecto mucho tendríamos que hablar de la hipócrita pulcritud del “nos” literario.

¿Quién no tiene de cuando en cuando que hacer una proclama?. Nos perdemos por los fondos del patrimonialismo, y más que convertirnos en poseedores de algo, nos asentamos como deudores de reconocidos fundamentos o prestigios.

Seguir la propia cuenta parece ser tan imposible que se viene a caer en el “tumbo o derribo social” que, para justificar su existencia se fortifica de acervos verbales o divinos.

El motivo de esta relampagueante reflexión viene dado al comentar parte de la correspondencia de Rilke, que Cioran tanto admirara antaño, y que en el momento de escribir este artículo en recuerdo de Scott FITZGERALD, tanto detesta:

“Jugar al espíritu puro raya en la indecencia”. (CIORAN, “EPR”, p. 151, Montesinos Editor).

Pero esa propensión a dicho juego, no parece ser privativa de poetas. Dentro de nuestras inclinaciones, siempre reservaremos un hueco, una pizca, a la delectación que produce la expansión hacia sí o hacia los otros, del espíritu puro.

No inficionado, no maleado, su gran incapacidad consiste en no notar que toda elevación es secuela de una caída, esta sí cada vez más irrefutable, por lo que queriendo huir de lo fútil se encandila en los fangos de la laboriosidad sutil y evanescente. Esto es lo que hay, nos dicen las cosas. Pero nosotros, de entereza obstinada, nos las arreglamos para limpiarnos de todo polvo y paja. Adheridos a todos los polvos, creemos al pensar, sublimemente, espantar algunas motas...

Tanto si preguntamos a unos o a otros acerca de lo que es para ellos “lo esencial” -prescindiendo de la claridad con que lo utiliza Cioran (?)-, nos encontraríamos con posturas que van desde la sobriedad -en el empleo oral- a la malversación de las palabras:

“No debería institucionalizarse lo esencial: la Universidad es el espíritu de luto”. (CIORAN, “EPR”, p. 161, Montesinos Editor).

Y así para algunos lo esencial sería la vida, el trabajo, la oración, la familia, el sexo, el robo, el crimen... y para muy pocos, el estado, la ciencia, la religión, el arte, la filosofía... Visto lo cual, no es un placer esplendoroso vincularse a tamañas elecciones, sobre todo en cuanto se opta, se elige, se escoge, se secciona.

Pero observada nuestra “desventura de empleo”, habrá que reducirse al menos en el desacuerdo con lo existente por ahora.

Hemos hecho una institución, o al menos hemos desarrollado el marco, donde la ambigüedad cubre, exorna la esencia, concediéndole un cierto matiz hagiográfico siempre interesante para cautivar las devociones que sobrevengan. ¿Cómo, sobre lo impreciso extenso, sobre el equívoco, se puede edificar cualquier panteón?. Y existen muchos, y proliferan cada vez más, como si el pleonasma mereciera en cada decurso histórico el aplauso de nuestra inútil

repetición. Celebramos el misterio de decir casi siempre lo mismo -el casi queda limitado a variantes fonético-sintácticas.

Y ya quedándonos en la filosofía como mayor y más persistente acogedora, dispensadora, o tesorera de planteamientos esenciales, Cioran rememorando la persona de Gabriel Marcel, nos recuerda lo luctuoso que es llegar a conocer e interpretar a cualquier autor, sembrar escuelas y levantar sistemas. Que hay quien se las pinta muy bien para esto, que hay quien aparece como profeso atareado de esos menesteres, es lo que él lamenta, disintiendo del lugar, agujero de transmisión, parece apostillar.

Lamentar nuestra pérdida de conocimiento, ¿no hay nada más oscuro?.

De estas palabras sí se desprende aquello -por otro lado tan falso- de que el sufrimiento está repartido:

“Una constatación que puedo, muy a mi pesar, hacer a cada instante:

Solamente son felices quienes no piensan nunca, es decir, quienes no piensan más que lo estrictamente necesario para vivir. El pensamiento verdadero se parece a un demonio que perturba los orígenes de la vida, o a una enfermedad que ataca sus raíces mismas”. (CIORAN, “ECD”, p. 75, Tusquets Editores).

No es sostenible. La felicidad no plantea nada, ni problemas, ni furias, ni dudas. Es, la sin discusión, la ausencia del altercado. Conspira siempre, y en profundidad, a favor del anonimato y de la innombrabilidad. Imposible ser feliz si pregunta, y mucho menos, si se pregunta. La felicidad, por mucho que se esfuercen sociólogos, políticos, filósofos y poetas, no se reconoce en momento alguno. Y no está lo recóndito en ella, no, está en esa inmensa solicitud de pronunciamiento, en esa incurable zozobra que nos produce nuestro deslavazamiento en el cosmos.

Esperábamos del mundo una vorágine de atenciones en nuestro surgimiento, y lo que apreciamos es, por el contrario, un eclipse del visitante, siendo este desquite de aquél al viajero, la señal más inequívoca de la muerte. Las loas, los parabienes y las prendas con que el mundo nos recibe, no pueden ser más excluyentes y definitivas.

La insaciabilidad del que llega palidece totalmente ante la plenitud de la insuficiencia. Así debe ser, o es, el mundo.

Puestos en ello, incluso ahora podríamos ser felices, caso de reponernos de la sorpresa de la bienvenida, de desecharla, de evitar su envolvencia alucinatoria.

Y si es cierto que algunos aceptan el apelmazamiento, el abotagarse como un síntoma claro de hacer lo más impenetrable, o presente posible, la irremisibilidad, otros ponen pie en el camino de discutirla, por medio de la porosidad del viviente.

Nadie se libra en, o de, nada por el pensamiento, o al menos no es liberador un pensamiento que no entiende, ni explica, ni aplaca, la obcecación de la muerte.

No conozco el grado o nivel de bienaventuranza en el mundo, pero si sé y siento el martilleo incesante de la infelicidad en aquél. La prueba del sufrimiento se encuentra, equivocadamente, para nosotros, en la desaparición. Fue mucho antes. ¿Por qué nunca se habla de complot, de insania, o simplemente, de indiferencia celular, alzando nuestra constitución?.

Y, tomando al pensamiento, éste comete un error de bulto, la pretensión de dilucidar la relación intempestiva entre hombre y mundo, algo así como buscar la temperación entre irreconciliables. Un pensamiento captor, prensil, que acaba resbalando en la muralla del tiempo.

Una cosa parece ser problematizar la existencia -lo que en último término nos llevaría a hablar de la tan cacareada y apetecida complejidad, orgullo cultural y tecnológico de la época- y otra muy distinta apreciar los problemas, fundirse con ellos:

“El pensaba (se refiere a Chestov), justamente, que los verdaderos problemas escapan a los filósofos. ¿Qué hacen ellos, en efecto, si no es escamotear los verdaderos tormentos”. (CIORAN, “EN”, avec Sylvie Jaudeau, p. 11, José Corti, Editor).

Sanciona, el filósofo, pero no todos, eso es claro, ciertos ejercicios, y no participa del movimiento perturbador del tiempo. Es un ausente que ejerce, es un diletante con buena acogida, al que incluso sus despistes le dan buena parte de su fama, aspecto este último que en cualquier otra dedicación no se motejaría sino de práctica chapucera.

¿Cuántos filósofos aman la decepción, el extravío, el vacío, el hundimiento...?. Porque son justamente esas situaciones, componentes muy presentes en nuestros estados.

¿Por qué se les escapan los problemas, a ellos, y a sus críticos, que se jactan de que todo está bien aprehendido?.

Por la compartimentación en que los consideran, por la ambigua soledad con que los retienen, en resumen, por su inusitado ataque a la finalidad, muy visible en todas sus especulaciones.

¡Ese espíritu de revancha que parecen poseer los filósofos cuando hablan del mundo y de sus pertenecientes!.

Parece toda una filosofía nacida de la consternación y no del placer. Que ellos sean tristes, vaya; que quieran inculcarnos una gravedad innecesaria e inútil, ya es otro cantar.

Entre los filósofos abundan los irredentistas, todos aquéllos que echan de menos el escaso papel que desempeña la filosofía; debieran estar orgullosos de ello, y se encuentran apesadumbrados, lo que muestra una vez más su nulo sentido del presentimiento de la fuga y la banal inobservancia de la duda.

Es, de los pocos seres que esperan una retribución universal.

Y si su agudeza es remisa para auparse a los problemas, ¿qué suerte de prestidigitación nace de esa peregrina habilidad para embozar el castigo!. La ilusión se ha tornado en el espejo de las transparencias, y la palabra, comprometida en el tiempo - no es lo mismo que con el tiempo- viene a ser la más atroz de las dilaciones.

Ocultar el sufrimiento es el aditamento más paralizador en el tiempo, lo que lamentablemente sirve para catalizar nuestra infortunada atadura con aquél.

Primer escarceo: liberar a la filosofía del “estigma de la gravedad”:

“La filosofía sirve de antídoto contra la tristeza. Y hay quienes creen aún en la profundidad de la filosofía”. (CIORAN, “SA”, p. 27, Laia y M.A. Eds).

Segundo tiento: en muchas ocasiones adolece de una presentación formularia, recetaria

incluso en ciertos “sistemas”, y acaba convirtiéndose en crítica vulgaridad.

Tercer acercamiento: produce, hondo pesar, vaya que sí, la atribución de último escalón del conocimiento, el concedido a la especulación filosófica. Como apuntaba muy bien Cioran y a propósito del mismo motivo, se quiere con ello asumir la “jerarquía de las perplejidades”. (CIORAN, “SA”, p. 27, supra), o también la suma de la dedicación al templo de la angostura.

Pero, sin posos: la filosofía se desenvuelve entre el alegre concierto del pensamiento y las pautadas presencias que aquél puede abonar.

Llegado a un punto de imposible intersección con nada ni nadie, el escéptico socava cualquier índice de perplejidad. Es una rumia eficiente de la estanqueidad:

“...Lo que este fanático persigue con intolerancia, es la ruina de lo imposible”. (CIORAN, “CT”, p. 63, M.A. Eds).

La adjetivación es contundente, incluso nada amistosa, lo que nos dice que Cioran no se engolfa ni tan siquiera con un escéptico. Pero, aparte desdenes, irónicos o no, el papel de aquél queda expuesto de una manera plásticamente hermosa. No hay consideración, esta es la tarea del escéptico, entendiendo aquélla en una acepción muy generosa.

Un descenso al irremediable descontento que tenemos de nosotros mismos:

“La suspensión del juicio representa la pendiente filosófica de la irresolución”. (CIORAN, “CT”, p. 64, M.A. Eds).

Toda una caída de la que podría llamarse “solución de continuidad” en la que tan confortablemente, al parecer, estamos instalados.

¿Es el nuestro un tiempo marcado por el escepticismo?. La apariencia puede deslumbrarnos a este propósito, pero como siempre no es constitutiva de ninguna seguridad. Si preguntamos aquí y allá, hallaríamos un inabarcable ejército de “escépticos”, auténtico mercenariado inducido por la inversión mediática, real poder desde hace tiempo, y de hoy mismo.

Nada más opuesto al escéptico que el tan bien tenido y considerado “placer de los descubridores”. El escéptico es una exención del viaje, un guiño mortal, una zancadilla, a la aventura.

No conozco a nadie que quiera callarse entre aquellos “escépticos”. Tomar la palabra es el objetivo de la aldea, pero renunciar a ella o despedazarla es harina de otro costal.

Nada se saca adelante, este es el paradigma escéptico:

“El escéptico intratable, atrincherado en su sistema, nos parece un desequilibrado por exceso de rigor, un lunático por incapacidad de divagar”. (CIORAN, “CT”, p. 66, M.A. Eds).

La expectativa de cualquier amalgama subvierte todo fundamento de credibilidad. El arrimo, la pasión por encontrar la dulce comprensión de nuestro ego discursivo, el placentero estar al socaire de siempre un oyente, nos reduce a las ataduras de una defensa de la situación. De la misma forma, el escéptico atesora y abandera las balizas de la decepción, de la entomología conceptual.

Si lo nuestro al menos hubiera sido deslizarse... pero no, perseguidos por un “fatalismo del adrede”, pusimos los pies en la tierra (casi nunca es una expresión justificable, salvo en el amor) y levantamos hermosos tabernáculos de la intervención. Empezamos a levantar la gran mentira: la tierra era nuestra:

“Vivir equivale a la imposibilidad de abstenerse; vencer esa imposibilidad es la tarea desmesurada que se impone...” (CIORAN, “CT”, p. 66, M.A. Eds).

¿Por qué no pasar por la abstención?. ¿Por qué necesitamos decir, hacer?. Tal vez la gran miseria nuestra, son nuestros pronunciamientos. Nos gustan los calvarios, nos halagan. Uno de nuestros males: no soportamos la privación. Participar en esos imposibles adrede, es lo que nos mantiene. Vivir es afrontar una equivocación, la de la topografía en primer lugar.

¿Por qué el hombre necesita izar las alabanzas, para sus congéneres?:

“Hacer la apología del espíritu es una prueba de inconsciencia, de la misma manera que hacer la apología de la vida es una prueba de desequilibrio”. (CIORAN, “ECD”, p. 29, Tusquets Editores).

Con frecuencia, lo que explicaría esta extraña conducta, pudiera ser lo que calificaríamos como preservación del entramado, como garante visual del tejido de la sociedad, es decir, también, como un condonador de torpezas, y así los denominados artistas son queridos por su factor de disculpa humana, la exculpación del género.

Ellos arrostran, a veces muy a gusto, (con) todo el cargamento de incongruencias de que es portadora la vida del hombre.

No hay mecenas -inversos y tan logrados ellos- que se les pueda comparar, pues permanentemente, le devuelven la esperanza y la fe en el hombre, a este mismo. Nadie puede presumir como aquél de los servicios prestados, y para un Alejandro, un Cortés, un Napoleón, observemos la pléyade de felices y complacidos constructores del espíritu que nos ornan.

La ponderación es una apuesta que acaba enajenando y los artificios de exquisita valoración remedan rudamente o en precario, originales mundos de ineficacia y quietud.

En cuanto al panegírico que se hace a la vida por la parte de algunos, viene desmentido de forma apabullante por los hechos que la constriñen.

Y si esto no bastara para alertarnos, ¿qué no diríamos del pavor que recíprocamente se infligen persona y mundo?.

Porque ese miedo tenaz, agarrado a nuestra piel desde la aparición de ésta y que tan borrosamente aparece en los sueños, ¿cómo explicarlo?.

Hasta en la defensa de la vida, te puedes hoy quedar solo. Cuánto más, si escogemos el camino apologético de aquélla. ¿Por qué, la vida, con tantos valedores como la sustentan, retrocede tanto, vale tan poco?. Si terrible es la constatación de este hecho, no menos debe serlo qué es lo que lo hace omnipresentemente cotidiano.

Hablar de la condición humana es hablar de un incumplimiento; pero es la historia también de la indefensión de los hombres con respecto a otros hombres, notoriamente tratada por determinados analistas, y en consecuencia es una falla (quiebra) antropológica. Es una secuencia truncada de los deseos (del deseo).

Sobre la condición humana prima y prevalece una conciencia muy fuerte y oscura de la más oportuna de la desaparición. Dicha condición siempre aparece lastrada por la amenazada carencia de la continuidad. La condición humana amaga, pero no sacia, nuestra subjetividad.

Celebrar la vida más bien como un don de la recusación.

Una destrucción del escéptico sin paliativos:

“La duda se revela incompatible con la vida, así, el escéptico consecuente, obstinado, ese muerto vivo, termina su carrera en una derrota sin analogía con ninguna otra aventura intelectual”. (CIORAN, “CT”, p. 67, M.A. Eds).

La vida es una secuencia de afirmación, y la mayoría de sus manifestaciones arrinconan ferozmente los intermitentes y heterodoxos supuestos de duda. La duda favorable, la que se admite, es aquella que no vulnera la indiscutibilidad del sistema, la que se resuelve en plausibilidad.

La duda manifiesta una vigencia incontenible de la inocultable escisión que siempre alentamos incluso en el mejor de los instantes en este mundo. Lo más pernicioso de ella, lo que únicamente la puede deslegitimar, es tal o cual pretensión de asiento, siendo como es término de “impautación”.

¿Qué vale su irresolución, en el marasmo (ascendente fenómeno de una nueva cultura)?:

“...la última soledad a la que ha llegado, erguirse como amigo y como cómplice de las hordas”. (CIORAN, “CT”, p. 74, M.A. Eds).

Buscará -encontrará, mejor- lo único que nunca ha tenido: la amistad.

Pero tanto ésta como la complicidad no se gregarizan. No puede con lo presente. Su debilidad es percibir la equívoca (alegre) interlocución en el mundo, con el mundo. Sí, tal vez (uno) su trabajo sea arrastrar el polvo del mundo.

La duda es el “en vilo” persistente; la negación, es un pulso con las cosas:

“El drama del que duda es mayor que el del negador, por la razón de que vivir sin finalidad es más incómodo que el vivir por una mala causa”. (CIORAN, “CT”, p. 76, M.A. Eds).

Con la negación aún podemos asestar de alguna manera, un golpe a la realidad; en la duda, la parálisis es el arredramiento.

Plantea siempre la gran demanda. Quizá su auténtica situación sea la del que, más que explicar -aunque lo haga, claro que sí- quisiera que alguien explicara las ingerencias -también la suya- en este mundo. No aspira a la sorpresa, cuanto al estado del desvalido, que aun estando así, puede ser sobrevenido (cogido) de nuevo, una y otra vez en este mundo:

“Lo que busca no es la verdad, es la inseguridad, la interrogación sin fin”. (CIORAN, “CT”, p. 78, M.A. Eds).

O la pasión más operante -tal vez menos conocida- en el escéptico. ¿Quién fuera a sospechar que es un diletante de la suspensión, un sarcástico coronado de aversión a la seguridad (certidumbre), un enésimo burlador de la afirmación?.

En lo mejor del escéptico, hallaremos la incitante plenitud de lo malogrado. En su pregunta incesante sobrenada (late) el imposible locativo de la verdad en nuestro mundo. No es la mejor adecuación para el mundo la del hombre, y por ello la verdad es inencontrable para este ser. Nuestra pregunta se orienta hacia la angustia, que de otras cosas puede ser paradigma, aunque no de verdad.

Nada más odioso para el hombre al que le ha tocado vivir este mundo, que la exageración y la desmesura:

“Atrincherarse, contenerse, es la gran tarea de todos. Y justamente a eso se niega el escéptico”. (CIORAN, “CT”, p. 79, M.A. Eds).

Cuando está inmerso en ellas -trabajo, historia, aventura- está fuera de este mundo.

Permanecer es la orgía que el sinsentido nos tiende. Atrapados, nos dedicamos con furia idolátrica a cebar la inmutabilidad. Y todas nuestras obras adquieren el relieve del sobrepasamiento, lo que al mismo tiempo les confiere un perfil inidentificable con el reino de las cosas, que, curiosamente nosotros, muchas veces denotamos como ámbito hostil.

El hombre comprometido con la trascendencia, es un enemigo para el mundo y para el hombre.

No libra combates el escéptico, ni tampoco defiende arduamente nada. Soliviantarse con nadie ni con nada, puede ser una de sus conductas. Riñe muy poco:

“El escéptico desdeña la rebelión, y no está dispuesto a rebajarse a ella”. (CIORAN, “CT”, p. 80, M.A. Eds).

¿Dónde se “echa” más empeño por parte de los hombres, en la elaboración teórica o en la recurrencia a la duda?. Sirven demasiado, esa es su mayor desgracia:

“El gran valor práctico de las certezas no debe ocultarnos su fragilidad teórica”. (CIORAN, “CT”, p. 81, M.A. Eds).

Acostumbrados a no sufrir mermas en la contrariedad, lo que es hecho posible por la solidez telúrica de la certeza, no ponemos en marcha ni tan siquiera un proceso sumario de duda. Agarrados al positivismo que da toda certeza, la única desazón que nos invade, es, si en algún momento del desenvolvimiento del tiempo, este desmintiera mínimamente un asentimiento en el que nos habíamos volcado, y que no concebimos en absoluto que no sea un acontecimiento vivido por nosotros. Es decir, lo que más nos duele es no poder con el tiempo.

Los placeres discursivos lo son en la medida que acaban con la polisemia del discurso:

“El escepticismo que no contribuye a la ruina de la salud no es más que un ejercicio intelectual”. (CIORAN, “SA”, p. 55, Laia y M.A. Eds).

¿Cuál es la ruina de todo, de cualquier ejercicio?. El de ser una propuesta de seguimiento, el de una sentimentalidad del acompañamiento.

La precariedad del ejercicio consiste en su proclama de la notoriedad del afecto, bien se refiera este término a la persona interferida, bien a una tendencia emotiva.

Un escepticismo que ostenta la “porosidad”, la ósmosis de la desintegración. ¿Quién, si

no el escéptico, se desunche de cualquier pesebre?.

Una actitud de soberano desinterés, un desfondamiento, tal la del escéptico, nos constriñe a todos los quebrantamientos.

Como una buena técnica -la de aquellos pintores de la Italia del XVI y XVII- del esfumamiento...

El desprecio es una notoriedad:

“El escéptico debería prohibirse el desprecio, que supone una complicidad con la certeza, una toma de posición en todo caso (...) La clarividencia de que presume es su propio enemigo.” (CIORAN, “CT”, p. 83, M.A. Eds.).

Debería no haber en nuestra condición, pero es el último resquicio de la importancia que para nosotros, pese a todo, tiene el otro. No tanto importa el destinatario del desprecio cuanto la irreductibilidad del “aún queda alguien a quien dirigirme, a quien avistar”. En el fondo, se aprecia mucho de sí mismo, es el ser con menos soledad del mundo. No sigue en esto el viejo adagio, que dice con cruda duteza: “El mejor desprecio, es no hacer aprecio”.

La clarividencia no le separa, le une.

Lo único que hace la duda es presidir una acción contra sí misma:

“Debemos reconsiderarlo todo, hasta los sollozos...”. (CIORAN, “SA”, p. 102, Laia y M.A. Eds.).

Nada tan desamorado de la duda como las buenas costumbres. No parecen ser las de mala fe las acciones dudosas, sino más bien al contrario. Dudo en -y de- la plenitud. Pero tampoco me atrevo a sistematizarla.

Sólo admitimos “la esquivia” si se presume identidad. El extrañamiento nos conviene.

No son, las cosas, importantes. Es importante quien habla de ellas y nunca calla. “Re-ER” la existencia. Una mejor manera de raerla.

La liquidación del orgullo viene conducida en las primeras impresiones:

“Siempre he deplorado tanto mis adhesiones como mis fobias.

Que no haya podido yo participar en la orgía de la abstención;”. (CIORAN, “DES”, p. 170, Montesinos Editor).

Sentirse ahíto, en cualquier circunstancia y por cualquier coyuntura, no deja de recordar con perfiles más alarmantemente anómalos aquella fábula que el Arcipreste de Hita trae a colación acerca del parto de los montes (Vid. en Arcipreste de Hita, *Libro del Buen Amor*, Ed. CASTALIA, col. Odres Nuevos, estrofas 98-101. pp. 51-52, Madrid 1.987). Alimentar los resabios, e incluso encontrar sus sustituciones paulatinas, proporcionadas a la medida de ¡recién! descubiertas decepciones, es una de nuestras más exigentes habilidades. No vamos a lamentar tanto la pérdida de quien sustentaba afición o aversión, cuanto vamos a sentir la erradicación de dichas manías.

Bienquerencias y malquerencias, tan incipientes ellas, sufren la acogida de la obstinación. Convertimos un problema de vida en una cuestión de enquistamiento.

Asiduamente, resumimos nuestros merecimientos en términos de implicación.

Nos imaginamos siempre poblando este mundo de -y con- nuestras distinciones. Dedicados tiempos los que hemos querido vivir. El hombre es el hombre preocupado. Lo grave es que detestamos asimismo nuestras ausencias.

Deben existir épocas en la vida en las que estar instalado en certezas mollares debe ser el hábito, y el éxito sin duda también:

“El medio más seguro para no equivocarse, es socavar certidumbre tras certidumbre.

De lo cual resulta también que todo lo que cuenta fue hecho fuera de la duda”. (CIORAN, “DIHN”, p. 19, Taurus).

Se trata de asegurarse una cierta credibilidad que ataje la protesta cósmica que suscita la presencia humana, del ejemplar humano. Lo realmente preocupante para el mundo debe de ser el grado de imperturbabilidad máxima que encarna el ser humano con su desembarco.

Un paradigma de la estupidez humana se encuentra incluido en la etiqueta de intocabilidad con que protocolizamos nuestras relaciones con la naturaleza, y de ahí la insania mediante la cual la operamos.

¡Cuánto más “feliz” si el hombre se derribara y desarraigara de continuo!. Hay un error profundo en toda perseverancia, y también en ese largo camino de adscripción hacia las virtudes equívocas. La peor de las certidumbres será no admitir la inoportunidad de nuestro asiento y no tomar cartas en el asunto. Equivocarse es participar.

Absortos, más que asqueados, de nuestras obras, la única duda que aparentamos ejercer, es aquella del dicho, menos que desazonador, borroso, del “no somos nada”. Es la única, e impresentable, duda que yo he visto en el hombre.

Resueltos en dudas, caídos de la cabalgadura de la afirmación, que viene a ser un poco toda la historia, afrontamos siempre, mal que nos pese, un mal lugar, un excéntrico territorio que se escurre irreparablemente, mientras nosotros nos escoramos hacia la pretenciosidad del “estante”, del residente.

Creo que se pueda decir que tenemos cobrada aquella noción si consideramos el hecho del desprecio universal a que se someten unos y otros hombres:

“Mientras mayor es el sentimiento de nuestra insignificancia, más despreciamos a los otros, e incluso dejan de existir en cuanto nos ilumina la evidencia de nuestra nada”. (CIORAN, “CT”, p. 82, M.A. Eds).

Sentimos la insignificancia al contarnos viviendo y al contarnos entre los demás.

¿Cómo se llega a la idea de insignificancia?. ¿Cuál es el instante, el detonante, cuándo esto ocurre?. Debe de aparecer en los aledaños de la consumación de lo incierto, en la gran magnificencia y esplendor de lo lábil. Me siento insignificante en un complot casual, no urdido, en una urdimbre que no soporta mi peso. Ah, si fuéramos tan atemperados como las arañas!. Pero, no.

Recogemos irreconocibles presencias. Medra en nosotros progresivamente la idea de la

liviandad. De ahí al desbocarse del despojamiento, nada.

¿Por qué nos ocultamos así?. Tal vez para expresar nuestro disentimiento con la propia presencia nuestra en estos ámbitos:

“Es menos por reacción de defensa que por pudor, por el deseo de esconder su irrealdad, que todos los humanos llevan una máscara. Arrancársela es perderlos y perderse. Decididamente no es bueno demorarse bajo el Árbol de la Ciencia” (CIORAN, “CT”, p. 151, M.A. Eds).

No es, quizás, querer pasar desapercibidos por este mundo, lo más importante, sino dar muestras, con otra ocultación, con cualquiera, del desagrado de nuestro aposento.

Lo que nos importa es super-vivir. Super-vivir es enmascararse, hacer vida del ocultamiento.

Entretenerse en el conocimiento es hacer agónica la adscripción, desvirtuar nuestra estancia.

¿Cuántas palabras de nuestro entorno guardan aún el “prestigio y prestancia” de misterio?:

“Misterio, palabra de la que nos servimos para engañar a los demás, para hacerles creer que somos más profundos que ellos”. (CIORAN, “SA”, p. 15, Laia y M.A. Eds).

Pero la consistencia y duración no son términos que convengan al hombre en el mundo.

¿Qué es el misterio, por qué él, y no cualquier otra cosa la que nos sirva para embaucar?.

El misterio es la clausura, la supresión del atractivo hacia otros mundos que no tengan por qué ser forzosamente estos. Una clausura que más que cerrar, abre la irreprimible vocación de ser idénticos. En eso parece residir el misterio, más que en el hallazgo de la identidad.

Lo inadmisibile de todo misterio es su banda dogmática, es su parloteo inquisidor de conformidad. Indudablemente, lo que más puede dañar al misterio, es el silencio.

Sobre algo que nos compete inabarcablemente: la pasión y el sentimiento, se oye hablar así:

“Sólo las pasiones simuladas, los delirios fingidos, tienen algo que ver con el espíritu, con el respeto de uno mismo; los sentimientos *sinceros* suponen una falta de consideración hacia sí mismo”. (CIORAN, “SA”, pp. 82-83, Laia y M.A. Eds).

Arrimar la pasión y el delirio es un acto de informalidad, de figuración emotiva o emocional, que busca ante todo la representación, sin entender que es sensiblemente la ausencia quien nos cataloga y delimita.

En la exageración, en los límites de todo escritor, en su exasperación formal, en suma, en su vocación y encandilamiento romántico vemos lo mejor de toda obra, la que denota menos propiedad.

Apostar por la vaciedad en la designación, por la vacuidad de la metonimia.

Somos “más” en el sueño, y aunque probablemente desaparezcan ciertos efectos curativos, sería lastimero buscar su interpretación. No hay nada tan peligroso como realizar los

sueños.

Ser uno mismo empieza por “no pertenecer”, por, cada vez más, no estar a nuestro alcance.

Ser uno mismo, es “des-nutrirse”, “des-umbilicarse” de esta asistencia que es el mundo. Nada expresa mejor la decepción del hombre ante el mundo que el clamor lanzado al viento inconstante, el grito que rebota en la infinita expansión del mundo.

Introducir el otro, es renovar la descompostura, plantar -sembrar- la preocupación. La alteridad bien puede ser una tendencia hasta virtuosa, pero supone asimismo un desacierto y desatino en este mundo.

El otro es una falta de conocimiento.

¿Qué es un amor, un pensamiento, una postura, sinceros?. Asistir a la ceremonia.

La duda, referida ahora a una secuencia -como es la de la música- que no es en absoluto denostada en otros comentarios, ceñidos al mismo tema. La duda o el descortezamiento perpetuo:

“Quizás esperé demasiado de la música, quizás no tomé las precauciones necesarias contra las acrobacias de lo sublime, contra el charlatanismo de lo inefable...”. (CIORAN, “SA”, p. 89, Laia y M.A. Eds).

Descansar de la desconsideración racional que suponen lo sublime y lo inefable. La música no es eso, pero puede llegar a ser eso. Logreros de la satisfacción no, sino de la desestima.

O bien dudar de que podamos asentar todo, hasta también sublime e inefable, en conceptos.

Lejos, muy lejos, estas líneas de las muy correctas y firmes extracciones que podemos aportar del fenómeno de la escritura:

“Escribir y venerar son cosas incompatibles :quíerese o no, hablar de Dios es mirarle *por encima del hombro*. La escritura es la revancha de la criatura, su respuesta a una Creación improvisada”. (CIORAN, “EPR”, p. 231, Montesinos Editor).

Lo más bello de este texto es que se encuentra maravillosamente abierto a la objeción, una de las pasiones nunca trucas de Cioran.

Muchos escritores rechazarán estas palabras porque perderían lo único que los justifica y deleita: el fervor asistido. También quedarían desveladas sus supremacías de ficción, asunto con el que afianzan su aposentamiento en el diccionario enciclopédico tal o el libro de texto cual. Lo más repugnante de un autor, es que nunca va a estar dispuesto a discutir o revocar su lugar. Agarrado a una inmoderada inmodestia, es el gran compatibilizador. De ahí que existan tan pocos escritores.

Hablamos de otro tipo de escritura: de aquella en la que no se compagina el escarbamiento con el reclinatorio, donde la complacencia y el conforme no se instalan ni siquiera en reductos íntimos, y donde la pleitesía y el rendimiento pertenecen a otras actitudes, a otros vagos gestos literarios. Hablamos de la escritura sin afinidades, de la que difícilmente encuentra

asiento (solidez), de una escritura sin márgenes, cada vez más inidentificable. A partir de la ausencia en ella de cualquier premisa, escribir va a convertirse en un resarcimiento más allá de nuestras orillas, en un grito incierto ante lo inopinado y lo aleatorio. Pocos desaciertos tan profundos como avanzar conclusiones en lo que se escribe: he ahí un género -muy abundante por otro lado- de esterilidad. El que escribe está desmintiendo con la constancia del que respira y vive.

Prodigarnos en demasía, esa es nuestra cruz:

“Lo que comúnmente se llama “tener aliento” es ser prolijo”. (CIORAN, “EAD”, p. 107, Taurus).

El afán deliberatorio que nos persigue desde siempre con el mundo, puede hacer posible que nos convirtamos en unos interlocutores que aún no han encontrado sus correspondientes: charlar sería el acomodo indigente, esos signos que se lanzan a la busca del contertulio que se perdió o que aún pretende hallarse tras la pérdida primitiva.

¿Cuántas explicaciones se han dado del Universo?. ¿Cuántos sistemas gravitan sobre nuestras cabezas, de forma incómprensible?. Podemos decir, muchos. Pero, ¿qué se puede decir de ellos?. Que han detallado concienzudamente el albergue del hombre, su estancia, sin parar mientes, casi nunca, si hay lugar, si ha lugar para el hombre. Se ha supuesto -por parte de algunas religiones y personas- que éste no es nuestro sitio, y como correlato de esperanza se levanta otro: no hablamos de mentiras -no está a nuestro alcance polemizar- sino de elecciones. Y es ahí cuando desaladamente comienza su empresa. No antes se puede decir del hombre que tenga aliento, como apunta el “titánico” aforismo.

Convencionalmente somos prolijos para que se nos entienda: esto en términos generales ocurre así, aunque ejemplos los tenemos al contrario. Desalentados, nos apuntamos entonces a una carrera que surta la explicación pertinente y que sirva para explicarnos. Pero nada puede explicar -aunque hay figuras que sí lo sustentan- la pasión por explicar, esa verborrea que tiene que cargar con el desdén cósmico y con el desafecto crónico que padecemos.

Ocuparse en tantas cosas, y entendiendo de ellas, parece más una proliferación hacia la esterilidad que hacia cualquier otro objetivo:

“¿Qué decepción que Epicuro, el sabio que más necesito, haya escrito más de trescientos tratados. Y qué alivio que se hayan perdido”. (CIORAN, “DIHN”, p. 38, Taurus).

O, si se prefiere, existen o hay fertilidades elaboradas a golpe de insania. En momentos, resultan cual vesania didáctica.

Perder las ganas por la descripción, sellar las presencias, topar con la ineficiencia de cualquier recurso, señal o signo... Epicuro, como cualquier otro, ¡doblemente viviente!, es un escarnio para quien confía alguna vez en la redención que segrega todo destierro.

No imbricarse en una herencia, a la sombra, a las ubres de ella, poder decir por una sola vez “no hay destino”, por una coincidencia innombrable tener esa capacidad de desandarse hasta llegar a la desunción primitiva. El alivio está en la desaparición, pues no hay espada de Damocles tan desbaratadora como la que supone ser testamentario de un acervo cultural.

Los libros son objeto de pasiones varias, pero que sin ánimo de reductibilidad, se ciñen a dos más constantes, cuales son: un cierto género de amor devoto por lo que está impreso y un determinado empalago (desasosiego) por lo que ciframos que no nos han proporcionado:

“No es posible decir nada de nada. Por ello es ilimitada la cantidad de libros”.
(CIORAN, “DIHN”, p. 76, Taurus).

Así pues , amor y tedio, que incluso en momentos, aparecen de consuno.

Los libros dicen vecindad, pero en igual medida, alejamiento.

Toda nuestra creatividad, todo nuestro esfuerzo, se ha volcado en la línea de la explicación. Se le ha concedido nula importancia a la inexplicabilidad, o, jactanciosamente, se le ha aplicado un modelo de plazos: lo que ahora no se entiende, se entenderá, o la ciencia, la genérica ciencia, proveerá. Pero lo inexplicable vive, y es el ejercicio, o el hecho, más saludable para evacuar el mundo, mundo “lleno” de iluminaciones y muy parco en opacidad. No vivimos el negro del mundo, su oscuridad, ese todo sin participación.

Atiborrados de decir -nosotros a eso lo llamamos atisbos de pleno, de plenitud- hartos de las comunicaciones más privilegiadas, odiadores de la trivialidad -que tan estúpidamente consideramos como onerosa- nos “libramos” de la incomunicabilidad, opción repudiada, pero aguardada siempre. La novedad no es la nada, sino la inseparable persistencia en nada.

3C: “LA FUGA DEL SER, O LA PENDIENTE DEL SER”.

“Tienes que ser, como mínimo, corazón sin ansia”.

En la frase siguiente, surge una correlación con ciertas frases del idioma común, que gozan de un predicamento indiscutible:

“Mientras más se es, más se quiere”. (CIORAN, “CT”, p. 27, M.A. Eds).

Todo debe rondar por la miseria del ser. Esta debe ser la gran obsesión: ser. No hay ningún tipo de adquisición que se le pueda comparar, ninguna ambición es par con ese “deseo fluyente de una vida”. ¿Se trata entonces de ser más?. Se trata de ser más ser que lo que nuestro desamparo nos hace creer. Pero no se trata quizá de “ser porque sí”, dada nuestra inconsistencia en ello, sino de ser más o algo más que lo que apenas es, es decir, un suspiro de ser, o también, sentirse en la convalecencia de aquella enfermedad que consiste, o llamada, en no ser. Ser más que..., en principio nos puede inducir a pensar en fatiga, incansabilidad, puede ser un reposo, un apaciguamiento, siempre pesimista, que se procura al huir de la inconsideración que reportamos.

Y entonces sobreviene el querer más y más, que tanta reciedumbre tiene en los concienzudos analistas de la sociología.

En este “más se quiere”, predomina más el afán que la cantidad: el afán de abalanzarse sobre el ser (para ser). La opción del “más se quiere” es una paradoja: de ahogo del otro, de respiro en el otro.

Más intensa que la percepción de si me encuentro en una razonable acomodación o en un espacio de dislates, es la advertencia de que lo que me está impeliendo es la proyección del que busca (del buscador), de un acendrado reencuentro con la incomodidad, que traspasa sin solución de continuidad todos los arredramientos:

“Es curioso que en cuanto adviertes que los seres son sombras, que todo es inútil, te alejas del mundo para encontrar el único sentido en la contemplación de la nada, cuando podías quedarte perfectamente en las sombras y en la nada de cada día. ¿De dónde viene la necesidad de superponer a la nada efectiva una nada suprema?”. (CIORAN, “OP”, p. 86, Tusquets Editores).

Me muevo en la medida en que me arrojan de la inviabilidad. Y traspones el mundo, nadando en la nada, ciénaga nada extraña o ajena en la imbricante conciencia de cada día.

Parece cada vez más notorio que la única y verdadera sacralización que nos interese desde siempre, es la del impulso. Como perturbador no vemos que moverse sea uno de nuestros males.

¿Qué hace posible el desdén, el solapamiento desdeñoso, de una nada que nos compone y convive, que nos soterra y que nos circunvala, y el abrazo y el abrigo de una otra nada que nos abrume?.

No hay que descartar que la nada que nos recepciona adquiera todo el carácter de mera transitoriedad, en un fiel trasunto de lo que le sucede a la vida. En este sentido se podría decir que esta nada habitual de que disfrutamos sea la más ajena de las que podemos imaginar. Somos, en gran parte, perseguidores de una nada que anhelamos, y en poco o en nada coincidente con la que identificamos o disfrutamos. El hallazgo de ella, en tanto que propósito, se asemejaría en gran manera con el impulso que se delató más arriba. La real travesía del desierto en nosotros, apunta sin dudarle, a otro mundo y a otra nada.

Pero, por otro lado, siempre quedaría pendiente en aquella superposición de nada de que habla nuestro autor, la admisión y el reconocimiento del baldío universal.

Si en otra ocasión, y más arriba, se decía que ser venía a indicar propuesta (sumergimiento, espiral, vorágine) de engaño, ahora se nos anuncia que ser es un inabarcable (inagotable) síntoma de inmoderación. Que, siendo, nos proveyamos de decantación probada, no haría sino precipitar la más herida de las compunciones:

“¿Ser?. Una falta de pudor”. (CIORAN, “OP”, p. 190, Tusquets Editores).

¿Para cuándo evaluar e introducirlo en la historia, el desatino de la irrupción?. Somos, ya que inmutables en nuestra presencia, el sonrojo del universo. Por verlo y conocerlo, me estimaré.

Aquí, entre nosotros, la excelsitud ha estado en reavivar, y conformar cada vez más exquisitamente el reino de la dependencia:

“Poder disponer absolutamente de uno mismo y rehusarse: ¿Hay don más misterioso”. (CIORAN, “BP”, p. 53, Taurus Ediciones).

Siempre se ha dicho, y parece que para siempre, que “necesitamos de otro”. ¿Por qué no nos preguntamos si en el reino natural hay quien cumpla, de manera equivalente, esa exigencia?. El sonrojo que nos produciría tal constatación -negativa, sea dicho de paso- nos arrebataría definitivamente cualquier certeza de superioridad que hasta entonces manteníamos sobre los otros seres, nos depondría de la tara de inquilinos del peldaño último en la escala de la evolución. Ni el más indigente o carente de los seres, acudiría para comprometerse en ser, en ser más, al socorrimento de la más infectante de las condiciones del hombre: la interrelación.

Por otro lado, dejando de ser, ejercida esa dejación, es cuando sobreviene un más claro y crudo enzarzamiento consigo mismo; segregarse de esa dilución universal, desvanecerse en otros deliquios, difuminarse en la -y única- versión propia, desdibujarse del trazado universal (seguido, corriente, parece que habitual...).

Aceptarse con determinación y repudiar y rehuir esa misma disposición. Abrir la decisión y cancelarla decididamente.

El asunto importante no es sólo el misterio del don, sino de quiénes o cuántos acceden a esa dádiva de la consumación.

Aspirar al desborde y al traspasamiento de los límites.

El precio reparador, debido a la aparición en relieve de la importancia que nos otorgamos sin empacho, es una atadura sin precedentes. Nacer es una inatacable y vocacional pandemia:

“Nadie se libera si se obliga a ser alguien o algo (...). Nadie se cura del mal de nacer, plaga capital si es que existe una”. (CIORAN, “CT”, p. 50, M.A. Eds).

¡Qué lejos esas primeras palabras de nuestros asentimientos más comunes!. Ser alguien, ser hombre, ese parece ser el paradigma. Cada vez, reconozcámoslo, estamos más maniatados.

¿Cuáles son nuestras esperanzas?. Cualquier planteamiento educativo, según esto, y ello es así, obstruye e impide vivencias liberadoras, que no liberalizadoras, con las que, por cierto, parecemos estar muy satisfechos; orondos, a fuer de suficientes, nos complacemos en nuestro

destino, nos “envivimos” con una constancia envidiable de todo punto, nos “envidamos” en suma. Nuestra tenacidad arrima unas recompensas, ese parece ser el resultado. Nosotros, elegidos para hacer, ¿qué hemos hecho?. Tristeza de pertenecer a una relación.

Cualquier anuencia con aquél -se dice-, sano deseo de llegar arriba, o simplemente, de llegar, es sembrar amarras, cobrar una dependencia, alejar la liberación, en suma. El esfuerzo es un ahinco destructivo.

Para casi todos los hombres, el mal latente y presente siempre, es el acuciante morir. Para Cioran, mantener la vida, sostenerla, es el mal persistente.

Estamos acostumbrados a oír lo contrario: la ecuación de ser, es mejorar; y la libertad, es una ampliación en el ser. Ser, en definitiva, es liberador. Ser, preposición cosas, nos lleva a una ontología de la limitación, de la supervivencia.

La mayor desfachatez consiste en admitir que uno no es hasta que no llega a “ser algo”. La mayor pena no es oír: “¿qué va a ser de ti?”, sino escuchar que alguien te lo proponga y te tenga en cuenta.

El olvido del ser, el gran esfuerzo pendiente.

Dejarse ver notoriamente entre todos los seres, ya resulta una impostura y presunción insoportables, pero, dejémoslo correr:

“Hacerse valer era, y es su sueño. Es difícil creer que haya sacrificado el paraíso por simple deseo de conocer el bien y el mal; por el contrario, es perfectamente posible imaginarlo arriesgando todo para ser alguien”. (CIORAN, “CT”, p. 86, M.A. Eds).

Lo peor sucede cuando se reclama como la única inserción válida en el universo. cuando, por ejemplo, de lo que se trata, es de impostar el hombre desterrando cualesquiera otras presencias que podamos imaginar.

Es la “inveterada presencia” lo que le anima. Incapaz de hacer mutis, prevalece en él un amor a escenario que es inextinguible.

¿Qué hombre acepta el contenido de la conformidad?. ¿Quién el contenido neutro de ser, su impasibilidad?:

“Que cada quien se contente con lo que es: ¿no es acaso tener predilección por la tortura y la desgracia querer ser mejor a toda costa?”. (CIORAN, “CT”, p. 136, M.A. Eds).

Quien prefiera y decida ser, prefiere y decide pasando por encima de muchas cosas. Preferencia y decisión confluyen en el ser, en ser. Ser, el anhelo más hundido, la clave de todos los soterramientos.

Y un paradigma mostrenco: ser alguien, ser mejor. La elección que hacemos de nuestras desgracias, tiene el propósito no de hacernos mejores, sino de crecer en virtud, afán y modelo de ir siempre por delante. Lo que más nos conmueve de la virtud, no son tal vez sus hechos, sino sus pretensiones. El más virtuoso, es el mayor de los expectantes.

Las ambiciones proporcionadas por las “magulladuras” y el “cilicio” acaban en la completud del ser, aspiración totalmente desdeñable a tenor de la marginación a que necesariamente debiera someterse aquél.

Tal vez nuestra angustia provenga de mimetizar al primer hombre, de, hasta la saciedad, reproducir conductas:

“Todo ser que se *manifiesta* renueva a su manera el pecado original”. (CIORAN, “SA”, p. 110, Laia y M.A. Eds).

Manifestamos repetición, ruido, reiteraciones suficientes ya de una vez. La entidad nos viene dada, somos, más que nada, el bagaje.

Dar ostensibles muestras de presencia parece más que una presunción, un don de unanimidad entre los humanos, hasta el punto de que un retraimiento -por tímido que este sea- nos conduce a la orilla del mundo, objeto añadido tan despiadado o más que la propia presencia en aquél. Uno de los grandes despropósitos actuales es el de aprender esto: que estar es ser.

Dar fe no deja de ser una caída.

Sobre cada ser... sobre el progreso, más, sobre la trascendencia, más, sobre la oportunidad, más, sobre la conveniencia:

“Sobre cada ser pesa la amenaza de un retroceso hacia su punto de partida (como para ilustrar la inutilidad de su recorrido, de todo recorrido)...”. (CIORAN, “DES”, p. 15, Montesinos Editor).

Pero, quedémonos con el ápice de la enumeración: el progreso y la trascendencia.

El progreso es un resarcimiento, y siempre tiene un interés de ojo vuelto hacia atrás, y puede no resultar equívoca la prescindencia que hagamos de él. Con éste, siempre barajamos el temor y recordemos a este respecto que temor e infelicidad vienen a ser una identidad apenas con reticencias.

Ocurre con la trascendencia, que por su innegable preocupación, por su multiplicado esfuerzo entre los hombres, nada parece fácil, no es reducible a desentendimiento o a simplicidad.

Trascender no es evocar, sino más bien inventar. Y una invención fiera y ciegamente impuesta a nuestra conciencia.

Nada más difícil que mirar en el silencio. Sé poco sobre la trascendencia, excepto que se apoya en testimonios que sería imprudente considerar como absolutamente descabellados. Para mí es la duda persistente, lo que la convierte en algo agudamente destructor y desolador.

Esta tendencia o dirección que al progreso y a la trascendencia los hacen “arribar”, bien que a distintos espacios, está sumida en las más grandes perplejidades y desconfianzas, y de ahí que se formule en igualdad de rigor, si realmente esto no es sino un retorno al punto de arranque.

¿Qué presunciones son aquí las favoritas, cuando no es posible advertir cuáles son las más certeras?

“Alegando comprobaciones”,... podemos decir, son ciertos y claros los avances. Y dudosos, y conflictivos y parciales, podemos añadir sin discusión. Y la conclusión no nos debe llevar a la paradoja, pues para ello, para comprobar su existencia, no hacía falta tal, dado que nuestra partida era desde ella.

Darnos cuenta de un camino inverso, en el que lo que desencanta es la reversibilidad y

lo adverso por gratuito. Es la conciencia del sin remedio la que nos alimenta, la imprevisible superfluidad.

La tragedia está en a quién le vamos a contar nuestros adelantos y esperanzas.

Cuántos, sentirán perder con más inquietud el factor de importancia, que el elemento de beneficio!:

“Producir es accesorio; lo importante es conocer el fondo propio, ser uno mismo de manera total, sin rebajarse a ninguna forma de expresión”. (CIORAN, “DES”, p. 52, Montesinos Editor).

Lo que se dice: la producción no es un planteamiento exclusiva y finalmente reducible al dualismo medios-fines. Debe haber algo más que aceptados postulados o propósitos. Toda conformidad conceptual no es afín con el rigor, en los términos al menos que nosotros la -y lo- tratamos. Lo que sí se desploma con esta primera afirmación de Cioran, es, justamente una afirmación ya más que histórica, teológica. Es, la lucha contra toda creencia.

¿Qué se nos recuerda y dice?. El propio conocimiento que nos permitirá alejarnos de cualesquier otros, por muy benefactores que ellos sean. Gozamos de un yo demasiado ajeno.

También la condicionabilidad nos atenaza, nadie parece poder eludir un compromiso tan estrecho e ineluctable con los otros; por último, el sesgo impávido parece estar reñido con la efervescencia de la acción que todos padecemos, o que necesariamente tenemos que aportar en el común reparto: la actividad nos pliega.

Pero, ¿qué es lo importante?. Conocemos sólo la solemnidad diversa, a este efecto. Ser uno mismo... hay una absoluta prohibición en torno. No fluir, calcificarse, te arrancarán del mundo...

Cerrado y sin resquicios, obra hacia la impenetrabilidad y la incomunicación. Sin huida, sin escapatoria, sin que nadie sienta el menor rubor porque la pala del universo nos envíe a los escombros de la periferia sin nombre:

“Ser es estar acorralado”. (CIORAN, “DES”, p. 105, Montesinos Editor).

Estas palabras me traen a las mientes aquellos versos de Miguel de Unamuno, más que célebres, hondos y certeros. (Cf. en *Antología poética*, Miguel de Unamuno, Colección Austral, 5ª Edición, pp. 70-71).

Una de las cuestiones que se nos suscitan es la de hasta qué punto, el alrededor, cualquier alrededor de contacto, puede de hecho producir ese acorralamiento citado. Los demás, tendrían - aun sin querer en ocasiones- una vocación opresiva, siempre al referirse al otro, lo que llamaremos la individualidad cercenada, o tal vez, socialmente inconseguida.

En otro sentido, la imposible coexistencia del ser con la connotación, nos alargaría a la soledad, estado del que es difícil precisar si es más nocivo que el de la “solidaridad entendida”, concepto este por otro lado el más habitual entre nosotros. En descargo de la soledad, decir de ésta que es menos punzante y agresiva, apenas entiende de urgencia.

Ser, en cualquier caso, es una cerrazón, difícilmente una apertura.

Finalmente, nada de evasión, nada de intemperie, sino el mito de la concurrencia, el más

notable y querido entre nosotros.

También ser pudiera corresponderse con llenarse (ahitarse) o completarse de circunstancia; lo que no quiere decir que en muchas ocasiones sean aborrecidos, o sea, que podemos entender que el auténtico motivo del hombre pudiera muy bien ser el de oponerse a toda circunstancialidad, con lo que corroboraría su nota más privativa: manantial de disgusto.

Ser, como sustanciación del cerco. Pensemos en aquellos primeros hombres, y en los de siempre, y en los de hoy, concitados por ninguna esperanza y sí por el acaso. ¿Quién duda que la herencia humana está perennemente atravesada, desde siempre, por esa especial paralización que todo asedio arrastra?

En otra ocasión, el comentario de Cioran viene proporcionado en virtud del recuerdo de una admirada cita de TALLEYRAND:

“Somos nosotros mismos cuando movilizamos todos nuestros defectos, nos solidarizamos con nuestras flaquezas y seguimos nuestra *“inclinación”*. En cuanto buscamos nuestro “camino” y nos imponemos algún modelo noble, nos sabotamos, nos extraviamos...” (CIORAN, “DES”, p. 173, Montesinos Editor).

Se nos ha pedido siempre, desde diferentes perspectivas, y en principio no vamos a discutir que sea acertado o erróneo, que seamos conformes a nosotros mismos, lo que en principio puede significar un índice de veracidad, aunque por mucho que nos admiremos, no toda la veracidad. Ser nosotros mismos no puede ser -con todo y tan sólo- una aspiración de llegada.

Las preguntas sobre el ser que he leído son excesivas, son un exceso, no existe una correspondencia con las demoras que suponemos, y que manifestamos. Advierto siempre una impenitente morosidad en ser. Y los empeños metafísicos no cesan, pese a todas esas connotaciones no ya tan invisibles.

Tal vez, sino la educación, sí unos inveterados ritmos educacionales, han propiciado ese desplazamiento del ser más fieramente real, más firmemente asentado en nosotros.

El catálogo de vicios, debilidades y lastres, no es un dechado para arrumbar.

La omisión de las limitaciones nos puede conducir a un “ser esmerado”, pero no a un ser considerado en sentido estricto, si es que esto puede afirmarse. Con frecuencia, somos desde la restricción.

¿Quién se evade hoy de “su camino”? Se evaden. después de ser expulsados del botín social los de siempre, a los que luego con disimulada aserción se llamará descarriados, y todos, los que aún mantienen la privacidad. Lo que llamamos fuero interno es uno de los reductos, cada vez menos significativos, por otro lado, de la inclinación.

El verdadero extravío está en el modelo universal, unánime. Se dice, con cierta decepción, que tal pueblo sólo aspira, por ejemplo, al dinero, para retomar una expresión actual ejemplificadora, que adora el becerro de oro. Pues bien, los que así se lamentan lo hacen por su incapacidad para sustituir ese “modelo” por otros que están in mente. Sienten, sobre todo, antes que nada, la aceptación ajena que la propia. Ellos, en el fondo, siempre tienen sus proyectos.

Después de todo, nos medimos por la añoranza de la incomparecencia:

¿"Para qué nos agitamos tanto?. Para volver a ser lo que éramos antes de ser". (CIORAN, "EMY", p. 64, Tusquets Eds).

Bullir es uno de nuestros destinos más aleteantes y andar azogados uno de los pasatiempos más rentables y prometedores.

Alimentados de prisa y de urgencia, creyendo hallar el sentido en las cosas que nos afectan, no nos damos cuenta que somos un retorno nada plausible. La nada más callada nos aguarda. Todo, en verdad, ha sido un movimiento en falso, una alarma creativa, una asendereada renuencia al ser, de ser.

Un gesto desproporcionado el hombre.

No hay consonancia posible entre lo manifestado por estas palabras y lo que generalmente se solicita y exige: estar arrellanados en la consciencia de los hechos, retreparse en la magnífica seriedad de cada día...En resumen, amar y atender a las circunstancias:

"Ser consciente es una calamidad; ser doblemente consciente es padecer una doble calamidad, cuya expresión inmediata e inevitable es el hastío..." (CIORAN, "EPR", p. 203, Montesinos Editor).

Estar "avisados" de la importancia de nuestro pensamiento, de nuestra reflexión, ser conscientes, entraña sobre todo, un estiramiento inusitado de la capacidad personal, en tanto en cuanto no sólo hay que comprender el objeto propuesto, cuanto luego preguntarnos qué hacemos nosotros tratando de comprender aquél, o por qué precisamente este y no otro. Es decir, se está primando un vigor compulsivo cada vez más exigente.

En nuestros días impera un cierto tipo de diálogo, de compromiso y concierto, de comprensión pese a todo, que hace posible una dialéctica del reencuentro y de la reunificación imposibles. Se nos han pasado por el filtro de esas reconciliaciones las arenas más gordas de la injusticia y de la mentira, y también de este gesto se dice que es ser consciente.

Pero darse cuenta de los intersticios de la vida, es sentir el azote de una endemia ya indisociable. Alcanzar un mayor bagaje de su sentido, es desembocar forzosamente en el sofoco de la reiteración, en la organicidad de lo consabido que aplasta. Vivir como de rigor.

Todos los alientos que se depositan en ser, acaban en vaharadas malignas:

"Todo lo que es engendra, tarde o temprano, la pesadilla. Intentemos, pues, inventar algo mejor que el ser". (CIORAN, "DIHN", p. 106, Taurus).

Las expectativas más fecundas de uno cualquiera de nosotros terminan por imponer el fastidio propio y ajeno. Cualquier iniciativa respalda el desmoronamiento.

Ese afán por figurar en los anales de la importancia, ese deseo impertérrito de escribir la crónica, nos proporciona, no una deformación de nosotros mismos, sino más bien una exacta medida de nuestras posibilidades. Pocas jerarquías tan bien trenzadas como las de la ambición.

Obstinados en la carrera de ser, la consumación a la que damos paso, no nos agota como así fuera deseable, pero nos diluye en todas las contigüidades que se puedan ambicionar.

A medida que se es, lo que se libera es la expansión irrefragable de una entidad, lo que

se difunde espesa la vacuidad y hay una generosa e inerme supeditación a las reglas de la acción. La incursión en la ontología ha sido el debate propuesto durante todos estos siglos, y ahora nos tocaría, sin penas para la reflexión, cancelarlo. La aventura no ha sido capaz de paralizarnos pues nos creamos (y creemos) hechos para la proyección. Y no es que hayamos traspapelado actitudes diferentes, ya que plasmamos con una gran dignidad nuestros intereses. El oprobio bien puede aproximarse a lo que perfectamente encajaría como nuestra divisa. Puestos así, y dado que es una dudosa conversión universal y unánime a la renuncia, debemos “aspirar” al menos a la deserción.

Así de terminante es el descarte del goce:

“No gozarás nada; , tal es la orden que nos apremia en todo encuentro, en toda ocasión de olvido. Existir sólo tiene sabor si uno se mantiene en una embriaguez gratuita, en ese estado de ebriedad que, al faltar, despoja al ser de lo positivo”. (CIORAN, “CT”, p. 121, M.A. Eds).

Se le ha despedido sin emoción ninguna. Se le ha despojado de su status de abultada existencia. Sabíamos de su rareza, pero Cioran nos certifica acerca de su irreconocibilidad.

La recusación del goce se extiende a toda plenitud, a toda pretensión de contundencia. En las hechuras del tiempo no parece haber un momento de reposo del placer.

La existencia sabe con el desentendimiento. O al menos la existencia no es un acta de presencia, valga la cacofonía.

Borrachos de ausencia, la participación se descubre como una de las grandes lacras que cabe evitar a todas luces.

Dicho esto, uno parece que se enfrentaría a todos los usos y prácticas “bienvenidos” de este mundo, pero nadie hasta ahora ha sido capaz de convencernos de que ese uso social tan extendido -el de la participación- sea ni siquiera con mucho, el mejor de los posibles. Nos convencemos y aquietamos con frecuencia al oír decir, de este y otros aspectos, que es el menos malo. Y es que ni siquiera creemos en nuestras deficiencias. Y lo nuestro no es un problema de fe, sino el que se halle entre nosotros la fe misma, su sola mención.

Y lo malo es que casi nunca estamos “ebrios”. Y no es que el estarlo sea una virtud, pero al menos ello sí supondría el reconocimiento de una falta. Falta de extrañeza, de ajeneidad, falta de interés por el mundo. No es una falta debida, sino una falta agregada, aupada. Y ese parece ser el destino del hombre: el de un titán o un atlante inversos, sin cargas, peso ni mundo que soportar, pero que sin embargo los aguanta. Un Prometeo maltratado por la expectativa.

Esa torpe alianza que tenemos con lo que nos rodea...esa nuestra obcecación con lo circundante, hace que lo existente se diluya en tramos cada vez más delgados y por ello mismo más inconsistentes:

“Sentirse existir es empecinarse en aquello que es manifiestamente mortal, es dedicar un culto a la insignificancia, irritarse perpetuamente en el seno de la inanidad, buscarle tres pies al gato”. (CIORAN, “CT”, p. 139, M.A. Eds).

Hemos compartido de tal forma la existencia que fácilmente se nos ha desbaratado, se nos ha escurrido entre los dedos. Perdemos de nuestro existir cuando lo (o nos) entregamos.

Y cuando estamos más contentos con nuestro papel, de nosotros se dice que nos

ahogamos en la minucia, en la trivialidad de hechos sin complicaciones, en resumen, que vivimos los apartados de la irrelevancia. Por eso, ¿quién presume de plenitud cuando se vive en los alardes de lo nimio?

A no ser por el goce de la ambición, el hombre se despedazaría infinitas veces en cada momento.

Nuestro debate está inmerso en la imposibilidad de la importancia que constantemente nos atribuimos. Queremos, pese a todo, pasar a la historia. Una de nuestras pasiones es la penosa irrevocabilidad del argumento.

Cualquier afán de dilucidación por parte del hombre no es sino adquirir presupuestos vanos y grotescos. Cimentar lo risible.

De celebrar algo, la inacción:

“Cada día es un Rubicón en el que anhelo ahogarme”. (CIORAN, “SA”, p. 104, Laia y M.A. Eds).

O César inverso. La difícil respirabilidad del hecho ambiente, la casi imposible pertenencia al ritmo opaco, sin reticencias, de las cosas.

Perder las amarras y relaciones umbilicales con el mundo, ejercitarse en el marasmo, desatosegarse, morir sin un empeño...

Todo el llamado entramado vital parece que se conjugara para hacer pasar por absolutamente inatacable la afirmación que sigue:

“Existir es un plagio”. (CIORAN, “DES”, p. 85, Montesinos Editor).

Esta afirmación puede tener mucho de tributo admirativo o de registro agradecido a otras propuestas ya enunciadas por distintos autores o varias corrientes, lo que en cierto punto la exime de un matiz coyuntural de provocación o de adheridas reverencias.

Más que nada, en clave de vocativo largo, lo que se pide y hace es apelar a una discusión, que por su propia entidad nació gravada, y que por la importancia de su abordaje se ha convenido en parar, en detener, de forma que una discusión viva ha devenido en parálisis.

Sólo por el hecho de reproducir renuencias críticas, plagiamos directamente nuestra incompetencia en determinadas consideraciones.

La repetición, la insistencia, y sin siquiera llegar a la saciedad, tienen la mejor reputación que imaginar podemos; mucho del existir se encuentra en aquellas dos condiciones.

El detalle empeñado en la similarización nos hace pertenecer a la “regularización de la onda” en la que cada situación viene a ser copia, no peregrina, sino reproductora de la anterior. Puede que así sea el retorno más que una novedad una implantación. La conformación es una de nuestras huellas menos inéditas.

Re-hacer siempre, la iteración como propósito, plasmar. Existir como negatividad de la prohibición. Todo plagio es, antes que todo, un asentimiento hacia uno mismo.

Una tesitura que apenas ofrece quiebras es la del hallazgo en el que se compromete uno hasta el más sacrificado de los empecinamientos. Y es que no hay tesoros:

“Busco lo que *existe*. Mi búsqueda no tiene objeto. Vayamos al Juicio Final con una flor en el ojal...”. (CIORAN, “DLS”, p. 89, Tusquets Eds).

Esta sí que va a ser una indagación en balde. Proyectados hacia el encuentro, no hay encuentro; volcados hacia la interacción, difícilmente hallamos oponente. No hay pareja, es una suposición -muy beneficiosa, se dice- el enlace.

El elemento “co-” es absolutamente ficticio, toda una invención. Lo que existe es nada. Mejor, vararse. Acreditar un aroma fugaz.

El “allanamiento” que con harta frecuencia se practica con respecto a tantos seres, so capa de que lo que hay aquí nos está dado, nos pertenece, es una positivización de presencia, de nuestra presencia:

“La existencia sólo posee legitimidad o valor si se es capaz de discernir, en el nivel mismo de lo ínfimo, la presencia de lo irremplazable”. (CIORAN, “EPR”, p. 143, Montesinos Editor).

Corrientemente, nos congratiamos con nuestro orden, porque, de manera lamentable, no queremos advertir nuestro fracaso en la incursión, y es entonces cuando conferimos el estrago latente a todo lo que vive, aspecto este último que curiosamente somos remisos en conceder a los demás, y en atribuirnoslo en exclusiva a nosotros “solitos”.

Peor que la guarda de un secreto es la pervivencia de la publicidad de la destrucción en que, como en sordina dulce nos movemos. Es cierto que destruyendo nos legitimamos, pero el abuso humano del hombre está en arrastrar al cataclismo a todos aquellos elementos naturales que no obedecen sino a la pasividad más admirable. Culpable de entrometimiento es incapaz de adivinar que el único habitante que está fuera de quicio es él mismo, y que en consecuencia, lo único que le restaría por determinar, es tratar de comprender o alcanzar la inmutabilidad perpetua.

Que nadie debiera “auparse” como sobreexistente, no es algo que no estén dispuestos a reconocer la mayoría de nuestros contemporáneos. Pero el placer por empantanar se sobrepone a cualquier otra consideración. Para la mayoría de nosotros, existir es penetración, absorberencia; lo menos que debiéramos aplicar es el criterio del “reparo de los estados”, pero no, incursos en re-validar la naturaleza, atravesamos torpemente la existencia de los otros y de lo otro, atiborrándonos de inmiscusión (¿se nos permite la palabra?) y recelando siempre de nuestra efectividad.

La decepción no permanece quieta, se ahonda, se desplaza, vive en un desengaño aún más promisorio:

“Ninguna solución, pues, dentro de la existencia. Se puede incluso ir más lejos y rechazar la idea de solución, hundirse cada vez más en ese *impasse* capital que anula todas las preguntas, y todas las respuestas: el hastío”. (CIORAN, “EPR”, p. 218, Montesinos Editor).

La única contrapartida garantizada por su parte es la inconclusión, el ilimitado seguimiento que ofrece al hombre, único animal conocido que plantea, que problematiza y que busca.

Creíamos que el remedio estaba en nuestro ser persistentes, que la salida se veía como

sucede en determinadas ficciones, al final del túnel; hemos creído mal como en tantas otras cosas y ocasiones. Atisbos hay siempre, pero de fracaso. Decantados hacia esta-de momento- nada muelle experiencia, optamos por otra inquietud, aunque menos apostada por nosotros en principio, la del ínterin que con deslizamiento estremecedor nos conduce al atascamiento, instancia generosa, única en lo que se refiere a la desaparición de cualquier planteamiento o hallazgo. Desaparecemos en una existencia dominada por el “síntoma liso”.

Hablando de las diferencias que se dan entre el sentimiento de la muerte y del suicidio, vienen las palabras de la primera parte de la cita; las otras son a propósito de un fragmento de Leopardi. Sus concomitancias es lo que me ha hecho agruparlas:

“Cuando uno ha agotado su razón de ser, es odioso obstinarse. (...) Durar es disminuirse: la existencia es pérdida de ser”. (CIORAN, “EAD”, p. 63, Taurus).

¿Cuáles son las razones que alientan la obstinación, el dale que dale del vivir?. ¿Por qué la porfía es tan terne?. ¿Cuáles son los intrincamientos que le conceden al hecho un adherimiento, que al menos en palabras, es casi universal?.

Se quiere vivir tan insistentemente, y pese a todo, por la arbitrariedad del único conocimiento que tenemos a mano; nos duele la larga inexplicabilidad, la miseria de nuestra comprensión, la resistencia debida a la escasa grandeza de lo ineluctable. Un “no somos nada” no obedece tan sólo a un callado fatalismo de la resignación. La ira es la savia que alimenta ese murmullo oído ante las catástrofes. La imposible resignación ante el hermetismo de una naturaleza impasible y avara, nos hace desear como mínimo igualatorio un grado semejante de imperturbabilidad.

En realidad se quiere ser, no sé si más, pero sí obviando las trivialidades del ser irremediable, ser en ninguna medida, en la perspectiva cuando menos del ser descubridor y no del ser encubridor. Ser que sepa para no valer.

Nos agarramos, por último, a vivir, porque el desgarramiento y el cansancio del futuro, aún no nos ha colmado.

Pisar la trampa del tiempo.

La paradoja que alimenta la segunda frasecilla nos refiere a la inobservancia de la perduración, del alargamiento.

La presencia está afectada de mengua, de recortamiento, de manera que su insistencia lleva aparejada la minoración, la locutiva y la interlocutiva.

Durar, en las condiciones en que se ofrece, tiene que ver casi siempre más con el sufrimiento que con el placer.

Como vicio inveterado, invita a su extinción de continuar la corriente erradicatoria que todo aquél ha suscitado en los últimos tiempos. Pero la analogía, vista desde lo irónico, desganado, o desde el desengaño, puede no parecer propuesta altisonante. A la luz de ciertas perpetraciones, es indubitable su corrección, su lugar entre los asertos benéficos.

Acabar con la existencia no parece pérdida de ser. Antes bien, el ser se consume en una aceptación, plenitud de nada. Una desaparición tan curtida como las que adolecemos, conlleva una existencia amalgamada de revalorizaciones que prenden el deslizamiento del ser, que hacen

un corcusido de su vaciamiento. La existencia dificulta el ser: una amargura al alcance de pocos.

Perceptores de fiasco , nuestros pasos son intransitables, están cegados para el transcurso universal:

“Una existencia constantemente transfigurada por el fracaso”. (CIORAN, “DIHN”, p. 49, Taurus).

¿Quién se atreve a pensar, en los tiempos que corren, y que nos ha tocado o toca vivir, que el estruendo y la notoriedad, como notas efectistas de todo fracaso, tocan, rozan sólo a los aspirantes -eternos, innumerables- de ser más?. El fracaso es un rasero universal, universales horcas caudinas ceñidas de inevitabilidad en lo que al hombre se atiende. Aparte de lo sonado de algunos, factor estético o de publicidad, el rigor de la transformación de nuestra existencia en fiasco, es una de las pocas pertenencias con que objetivamente nos paseamos por el mundo.

Buscar o poner un remedio a esta impregnación de descalabro es una maquinación de variables para el optimista.

Nunca se apreciará lo bastante que una de nuestras más claras concomitancias tenga que ver con un salir fallido, con un marrar constante en la interacción que presumimos con el mundo.

Dejados, puestos, en la existencia, pero no dejados de ella: he ahí el paradigma de nuestra irresolución:

“Existir es un estado tan inconcebible como su contrario, ¿qué digo?, más inconcebible aún”. (CIORAN, “DIHN”, p. 98, Taurus).

Existimos dentro de la sorpresa general, dentro de la más grande estupefacción que pueden dar de sí el resto de los elementos -animales, plantas, minerales- que se estancan en la tierra. Aparte de una mala pasada, es un auténtico susto para el orden natural.

Colocados como lo nunca visto, no es extraño que nuestras relaciones con los demás componentes naturales sean de insólito tratamiento hacia ellos cuanto menos. Un rechazo profundo se instalará como la mediación más acusada, y un sesgo de advenedizos se propagará por todo, sellando con otra irrealdad la imposible comunicación entre nosotros y las cosas. La muerte es una suma de malentendidos.

El hombre existe, para las cosas, con una acometida hacia la pasividad, que es indisciplinable, y que ninguna garantía de mutis definitivo por parte de aquél, resarcirá mínimamente el vaivén cósmico que experimentaron.

Obstinados en amasar y en perseguir el buen sentido o el sentido común de cada instante, creemos con ello no dejar ningún resquicio requerido al desvarío:

“Toda existencia que no contenga una gran locura carece de valor”. (CIORAN, “ECD”, p. 24, Tusquets Editores).

No es un buen propósito coronar la sensatez; en todo caso, es de los aspectos que requerirían una poda permanente de sus posicionamientos, y eso tal vez por el carácter tópico que destila, como también por la impronta de seguimiento que propone.

La palabra desvío, y así otras, tales como inversión, equívoco, etc, carecen de esa prestancia lingüística que conceden los espacios tecnológicos de consumo- a los que debiéramos

prestar enorme ambigüedad para sembrar el desuso y cebar el desconcierto ante la planta de cualquier acontecimiento- debieran constituir la dieta de desimantación que nos despegue del mundo.

Volverse loco por encontrarse donde uno se encuentra, es posiblemente una de las necesarias prevenciones que debemos arbitrar para hacer imposible el peor resabio de que nos podemos revestir, el de la apacitada normalidad.

Uno de los ideales, el de la flexible existencia, debiera transigir ya tan sólo con el único, tal vez, ideal decente: el de la consunción.

Es grande la regularidad con la que manifestamos nuestro encono hacia el mundo, nuestro "asco", y es esta casi regulada intermitencia la que nos hace y convierte un poco cada vez más en adeptos de este territorio. Cabe pensar que este rechazo pasa por ser una imposible cantinela de reprobación, así como más que una probable -y repleta- constancia de la insatisfacción.

Nuestra protesta siempre parece una propuesta inconclusa de evacuación:

"Odiar al mundo es odiarse, es darle demasiada importancia al mundo y a uno mismo, es volverse incapaz de liberarse". (CIORAN, "CT", p. 125, M.A. Eds).

El odio no desecha la añoranza, la representa tal vez, como otras cosas añadidas a la actitud. El odio es una esforzada preocupación. Odiamos porque "nuestra" realidad está penetrada de irrupciones no previstas. El odio es negarse a la reducción externa, diferente a la que uno se ha hecho respecto de sí mismo y para con los demás. Es una querrela de inducción.

Una de las frases que más convienen al odio es aquella que se formula -como pocas- con gran intensidad: "agarrarse a un clavo ardiendo", que, bien mirada -asunto harto difícil- no desmaya de efectividad. El odio es un ahilamiento, un nudo en el espejismo. Tanto más me odio cuanto más me pertenezco perteneciendo.

El hombre transita su apariencialidad, que no las apariencias:

"Mientras más nos anclamos en las apariencias, más fecundos somos". (CIORAN, "CT", p. 131, M.A. Eds).

Conocida la realidad, ésta, sin dudarle, vendría a carcomerle. De ahí que alimente con esforzada constancia prejuicios de realidad.

Y qué admirada y admirable es para algunos la fecundidadj. Con ese gesto no hacen sino adorar su imposibilidad natural, su imposible comparecencia y en pie de igualdad con lo real.

Qué mal vemos todo aquello que relacionamos con el desatino. Y, sin embargo, de él sí sabemos que es real, y muy probablemente, tiene algo más que ver con la realidad que cualquiera de nuestras más ingeniosas invenciones.

Nuestra fecundidad, por tanto, tiene mucho que ver con el engaño.

Puede ser que cada vez alcancen una mayor veracidad las determinaciones físicas y biológicas que expliquen la presencia del hombre; pero a esas hipótesis, escapará siempre, y no sabemos si alguna ciencia lo aclarará, no el cuándo y el porqué de la caída, sino la pertinencia de CAER, única entre los seres, y que nos adosa al universo, o a parte de él. ¿Quién explica esa correspondencia ser-caer?:

“El espectáculo de la caída es más impresionante que el de la muerte: todos los seres mueren, sólo el hombre está llamado a caer”. (CIORAN, “CT”, p. 155, M.A. Eds).

Probablemente la caída es el añadido del desengaño, o un desafuero recibido por la intromisión duradera -y no tan pasajera como parecía- en este territorio del “mundo” tierra.

La caída es una incursión dentro de la relevancia, el conseguir que la significación sea importante.

¿Quién duda hoy, que la inmersión en el tiempo se consigue mucho mejor y más profundamente en lo que hemos dado en llamar “medios”? ¿Y quién duda de la distancia que hay entre ellos y lo que antes llamábamos plenitud áurea del aislamiento?

¿Qué diferencia los presupuestos de un individuo del “borde social”, de los planteamientos asumidos o recogidos por Horacio, por ejemplo?

Y es que el ahogo que produce todo sumergimiento y cualquier atisbo de convivencia con las cosas demuestra a las claras la inviable recepción que se produjo en los preliminares de la primera confrontación:

“Lo real me produce asma”. (CIORAN, “SA”, p. 31, Laia y M.A. Eds).

O bien la asfixia de una, cada vez más, alambicada abstracción, o bien el “hermoso predominio” de los hechos o cúpula metafórica de los mismos que obliga a una redundancia del sometimiento, o a la fraccionalidad real para conseguir Lo Real. Ambas transiciones de fuerza son rechazadas de forma lapidaria. Pueden ser las únicas constancias de la resistencia en estos momentos.

Acerca de la visión que yo tenga, en la mayor parte de mis contenciosos con la realidad, ha de resultar aquélla mezquina y empobrecedora, y no decimos esto por veleidad afirmativa, sino porque toda visión es un oscurecimiento sometedor, en el sentido de que no se alumbra nada en vano:

“Si se me pidiese que resumiera lo más brevemente posible mi visión de las cosas, que la redujese a su mínima expresión, en lugar de palabras escribiría un signo de exclamación, un “!” definitivo”. (CIORAN, “EMY”, p. 151, Tusquets Editores).

La visión, hecha a los desmanes de la exageración, asume dos valores antagónicos, sin distinguir nunca cuál es el preferente: aprobar o reprobar. Sometida a la lógica de las concesiones y decantaciones, la visión se eterniza en una tarea inacabable de depuraciones inútiles. El especial diacrítico no señalaría la inercia correspondiente y última de la sorpresa, sino el aullido de impertinencia.

Perceptible además, la gruesa ramplonería que proviene de las palabras, que las convierte en obsolescencia neta, queda sólo el gruñido de abandono, idéntico a aquél con que se comenzó la aventura de vivir.

Si ya todo lenguaje es de por sí turbador, imaginemos los términos de alcance significativo que concita toda utopía:

“Quienes usan el lenguaje de la utopía me resultan más extraños que un reptil prehistórico”. (CIORAN, “DES”, p. 99, Montesinos Editor).

Pensemos en el aplazamiento perspectivista de esas querencias, casi tan universales, cuales son las utopías. No hay demanda más insatisfecha que ésta. ¿Cuál es el soporte que las convierte en supervivencias inaceptadas?. Me parece a mí que la adscripción sin discriminar que nos remite a ellas. Con lo que podemos decir que lo peor que la pueda sobrevenir a toda utopía es el reflejo de fe que ella comporta, el acervo de inocentes y culpables que a ella se arriman. Acaba siendo, irremediamente, una propiedad.

Qué lejos la extinción de determinadas propuestas; Nada está aquí por salvarse, sino por envilecerse o degradarse. La mejor “utopía” entonces sería aquella que hablase de la impracticabilidad. O el “silencio maestoso”.

Ni siquiera pasa un momento sin que advierta qué clase de lugar es el que habito; la presencia misma, roe cualquier puente de unión, cualquier tejido que entrevea o sostenga el Edén:

“No existe un solo instante en el que no haya estado consciente de encontrarme fuera del Paraíso”. (CIORAN, “DIHN”, p. 33, Taurus).

Un poco antes, (*Ibidem*, pp. 31-32), se había afirmado por parte de nuestro autor que el paraíso venía a ser “mirar sin *comprender*”. El paraíso como un alelamiento sin cobijo ninguno, a la más fiera intemperie, despojado. Un alelamiento romo, que ni siquiera aspira a tangenciar cualquier género de conocimiento, que como máxima recompensa -que por otro lado no ha previsto ni deseado- aspira a la infinita estupidez que nos puede ser tan debida como la más extrema lucidez, pero que, inevitablemente se nos escapa o se nos hurta, no sabemos en virtud de qué admitida locura.

Esta es una de nuestras mayores pesadumbres: por qué ser así, y por qué declinamos ser así.

La conciencia del desprovisto del mínimo tono de felicidad, de una candidez de tránsito trocada en frenesí irredento de intervención en las cosas, es la conciencia del expulsado por la mirada ingerente.

Siempre pendiente de mi en-ajenación, llega muy tarde -cuando ya no hay remedio-, o nunca, el efecto desorbitante, de ajeno cósmico.

Del hombre no se dice que no merezca la pena o que no valga un higo; se le ubica de momento en un incidente zoológico de cola, ínfimo:

“Vale más ser animal que hombre, insecto que animal, planta que insecto, y así sucesivamente.

¿La salvación?. Es todo lo que disminuye el reino de la conciencia y compromete su supremacía”. (CIORAN, “DIHN”, p. 34, Taurus).

Cualquier pretensión de su antropología unilateral, es vana, y en todo caso su sentido último se encuentra en lo que llamamos reversión. Nunca ha entendido cuál sea su lugar, y que aquél tenga que ver con una no apreciada regresión natural.

El hombre ha adolecido de falta de paciencia, siempre ha tenido prisas, nunca va a consumarse, y de ahí esa su melancolía de la espera, que hace imposible su logro y su disolución. ¿Por qué no nos vemos en el vegetal o en las piedras, por acudir a unos ejemplos con una menor

animación que la del hombre?. No sucede así por el cerco humanitario que aplicamos a todo, por circuir infatigablemente a los que siéndolo, nunca los hemos considerado como semejantes.

La idea de dominación natural, y solapada en ella, la de progreso, es, como mucho, una circunstancia grotesca que, muy bien conviene al ser humano, y dentro de él, ya conocemos el reparto del botín. Dominación y progreso perviven, o persisten, como una plaga de beneficios dudosos, como cualquier vulgar ansiedad que previene la prelación sobre el olvido, como estar nadando en la antelación.

¿Quién quiere “descender” del zigurat vital en que se supone?. Esta es una de las cuestiones, como otra también no menos importante sería aquella de a quién tengo por los extremos superior e inferior. Lo que más nos atrae, la Pirámide y Babel.

Aparte ya del recuerdo oriental, que no cabe desestimar, ¿quién de nosotros -retornando a la pregunta de nuevo- se mutaría de forma plausible en , por ejemplo, dócil équido, empalagosa mosca o vistosa flor?. ¿Quién?. Dejar de ser esto último, no tendría por qué parecernos un cruel inconveniente, o un accidente irreparable, y nos queda aún la oportunidad de mermar el desencuentro hacia el desinterés vital.

Nos salvaremos al socaire de un vicio, de un error, o de cometer un crimen si bien se mira, quien lo mire así: no tener, o al mismo tiempo perder, la conciencia.

4 CH: “LA DESENVOLTURA DEL HOMBRE”.

“Es insoportable y profundamente humano aquél que pretende influir”.

“Camina el refugiado entre escombros. Y en ellos, entre ellos, los escombros de la historia”. (María ZAMBRANO, *Los Bienaventurados*, p. 42, Siruela Eds.)

“En toda llegada hay un instante de incertidumbre o de tristeza: marcharse es un duradero arrebató de felicidad”. (Antonio MUÑOZ MOLINA, *Beltenebros*, p. 73, Eds. Seix Barral).

¡Qué hermosa rotundidad transpiran estas líneas!. Pero rotundidad que no busca afección. ¿Desvió o desvarió?. Sea lo que fuere, lo quiere el hombre:

“Al margen de Dios, del mundo y de sí mismo, ¡siempre al margen!. Se es más hombre mientras mejor se siente, se piensa, se percibe la paradoja, el carácter de no-evidencia que comporta nuestro destino”. (CIORAN, “CT”, p. 30, M.A. Eds).

¡Cuánto no se ha hablado del apartamiento, en las letras de tantos poetas!. No sé si los escritores rendirían entonces tributo a una moda o a su verdad y deseo, pero nos han enseñado que en ellos aquella aptitud era un ideal. No es un ideal lo que estas palabras enuncian, sino una constatación que se está librando-liberando a modo de batalla en una realidad que cada vez podemos decir que es menos nuestra, o que, en rigor, ha pasado por nuestra, pero ya no traspasa, ya no “cuela”.

¿Será el desentendimiento, el descompromiso?. Aquel margen es el compromiso de la lucidez; de, al menos, el camino hacia la elucidación de la paradoja.

Qué no hará el hombre por probar su estada en estos mundos: “dejar huella”, se dice como expresión de un buen pasar y quehacer. No deben ser tan terribles los esfuerzos contados de toda una vida, cuanta la sensación de difuminación sentida en una ráfaga de tiempo.

Y esa sensación, alumbró y abrumbó. Y con su -digámoslo- sutil gravedad nos colma de deslumbramiento. Y esa quiebra abierta en todo un fatigoso transcurso de vida que siempre tiene explicación, basta para plantear el “fuera de juego” en el que nos encontramos, la incontestable ausencia de ser que tenemos. Y puede haber más, y es entonces cuando no es que nos sintamos afuera, sino que estamos afuera desde siempre. Hacer era -y es- nuestro trabajo, el gran cobertor de nuestro destartalamiento.

El reino de nunca jamás, y sin ningún relator con el más mínimo oficio...allá donde la urdimbre es el sobresalto, y la esperanza, es con hasta frecuencia la desdicha:

“El mundo no es más que un Ninguna-parte universal. Por eso nunca tenemos un lugar adonde ir...”. (CIORAN, “OP”, p. 15, Tusquets Editores).

Allá donde la intención es la contienda...

La inadecuación es nuestra respuesta a la temporalidad, y cualquiera de nuestras torsiones es el diseño de una pirueta irremediabilmente condenada a los espasmos de una disolución sin descanso.

Nadie, nada nos recibirá.

Alejarse de la originaria amalgama en (con) las cosas es, como pocos, uno de los trances más fallidos del desdoblamiento:

“Medimos el valor del individuo por la suma de sus desacuerdos con las cosas, por su incapacidad para ser indiferente, por su negativa a tender hacia el objeto”. (CIORAN, “TE”, p. 18, Taurus).

No quedan tan lejos para nosotros, en el tiempo, la acumulación de dictérios que merecía cualquier actitud o conducta que tratara de reificar. El uso de la palabra, y de sus derivados, alcanzó gran fortuna y solvencia, y su suerte declinó cuando, como sucede a veces con otros términos, estos adquieren un tono terminante de inevitable exclusión, al menos por la parte de quien los profiere. Nadie, por lo tanto, quería ser tildado de promotor de reificación, así como, asimismo, y de la misma manera, ninguno deseaba que se le apellidara o marcara con el dictamen de “objetualizador”: son los tiempos del hombre-cosa y de la mujer-objeto, que tanto lugar -y juego- han dejado en nuestra desmedrada adolescencia y madurez. Pues bien, aquí y así estamos, y sin conocer aún si cuánto mejor era estar inscritos en objeto, o, al revés, y de otra forma, librarse, por la interposición de la distancia, cada vez más de él.

Y, con todo, el individuo lastrado de sobreabundancia es aquel que se ve rodeado y plagado de cosas, que vive en la infestación sin solución de continuidad de objetos, y que, al mismo tiempo habita en la solicitud permanente de su diferencia radical con ellos.

¿Cuál es el premio otorgado a quien escamotea la indiferencia?. La adquirencia de la condición. De una condición de apartamiento y retiro en dos sentidos: en tanto en cuanto se quiere que se dilate cada vez más la divergencia del resto de los seres, en un primer momento; y en un segundo lugar, en cuanto se desea una presencia en exclusiva, y, siempre que sea llegado el caso, excluyente del “resto”.

Este “mundo” funciona porque se quieren hacer compatibles una anormal y excitante -siempre- forma de la prevención hacia “lo otro”, -la mayor de nuestras incursiones en la originalidad-, concatenada con una disuasión impenitente que evite lo que más tememos: nuestra, ya muy postergada, regresión.

Caer en los objetos, en (ser) objeto, comporta, cuando menos, varias circunstancias: una, sufragar, no sabemos si en toda su extensión, la nula pertinencia de nuestro planeamiento en el mundo; y dos, en “qué grado queda afectada la tan comentada imperturbabilidad” de los “otros seres” por coextendernos su habitabilidad. Es decir, cuál es el otro malestar que de forma tan fáusticamente mezquina pretenden identificar todos los científico-ambientalistas que en el mundo son y hay.

Seguro que aún los objetos no se han recuperado de nuestra irrupción.

En otro momento, hemos hablado de la condición humana; de cómo todos los esfuerzos parecen pocos para verter siempre en cualesquiera de los actos que se emprendan la impronta de lo fundacional primigenio, es decir, siempre está en candelero la frescura de esa renovación permanente, de la inacabable apuesta por la condición:

“Ser hombre es un drama; ser judío, otro. De este modo, el judío tiene el privilegio de vivir dos veces nuestra condición”. (CIORAN, “TE”, p. 62, Taurus).

O el apuntalamiento del único contexto circunstancial en que creemos, y por el que nos desvelamos.

Y se dice que la sustancia de esta condición es dramática. Tratemos de entendernos. El drama del hombre lo es porque llena un papel muy significativo en la palestra. ¿Parecería aceptable determinar que alguien, o algo, lo empujó, lo depositó, desconsideradamente, en ella?. Si así fuera, no conocemos de ninguna rebelión emprendida contra tal fautor, sino que más bien advertimos que sus fuerzas y furias se dirigen (emplazan) contra sus semejantes.

Es el drama haberse encaminado. Dado sin desmayo a proseguir un inacabable y atrafagado trayecto, nadie le va a convencer de que por otras vías le vaya a ir mejor. El es un convencido de la carrera y de su carrera. En cualquier andadura que se emprenda está el castigo.

Nacer judío es darse a la “fatiga” del mundo, del “recorrido”, y nadie mejor que él para conocer el estragamiento que aquél procura y el deseo inaplacable de apearse que, como fermento inevitable, produce la itineración. Son, los judíos, seres implicados en Distancia, en una doble acepción para el caso: en la lejanía, desde la que vislumbran seres y cosas prescribiendo de manera singular y notable su aprehensión, y en el distanciamiento irremediable que les acomete sin fisuras y descanso respecto a aquéllos, que les conduce, sin error, a la más escindida de las exclusiones.

Más condenado que otros en la anchurosa fertilidad de su condición, reclama asimismo más intensidad dramática, y su costura con el tiempo se encuentra más abierta a todos los desgarramientos. ¿Quién le llenó de electividad, de dilección?.

Más y peor sobreviene por la compañía que por la soledad:

“Sólo se agria uno en la vecindad del hombre”. (CIORAN, “TE”, p. 177, Taurus).

Acedar es una de las ejecutorias más cumplidas del hombre. Sobre las prevenciones que suscitamos, se levantan como fuego proclamado (proclama de fuego) las más bellas e inmovibles requisitorias acerca de la amistad, de la lealtad. Todo resulta inútil; destilamos algo muy diferente desde el hondón, en tanto desde nuestra más cara superficialidad, nos pronunciamos por la confianza.

Venidos al contacto, dados a la interferida, se abre una solícita efusión que sobre todo incluye...el otro. Y siempre habrá quien considere que este incursionamiento en los apegos del de al lado, no den como resultado sino una de las expansiones de más beneficio. No estamos entre los que creen en estas últimas pingües inclinaciones; muy al contrario, pensamos, que todo lo que preste lindes con el hombre, ha de estar sujeto (o sometido) de inmediato a la infamia de una raedera penetrantemente incansable, que con oficio y de manera encomiable arroja a la esterilidad global como briznas y raspaduras de deposición, todos los intentos de incisión en la alcoba recóndita del hombre.

La intimidad apareja la hiel.

Si hay algo que evita nuestro engastamiento en el mundo, aquello es el olvido de la imprecación y del escupitajo al cielo y al mundo; convertidos al retraimiento, dejamos que cualquier tipo de actividad supliera a la blasfemia, que es la antesala de la impresentabilidad, de la retracción:

“En otros tiempos, los mortales gritaban, hoy se aburren. La explosión cósmica de

la conciencia ha sido sustituida por la *intimidación*. ¡Aguanta y revienta!. Esta es la divisa que distingue al hombre moderno...". (CIORAN, "OP", p. 90, Tusquets Editores).

Pasar del estallido de la sangre al lagunamiento del tedio, es uno de los síntomas más claros de adscripción (enclavamiento) al mundo. Nadie parece dudar de que la furia ha sido sustituida por la amistad, y que el correlato ha consistido en pasar del grupo en marcha a la sólida placidez del "en ti mismo", que si en buena medida relaja la culpabilidad, acentúa por otra parte la carencia de un entusiasmo sostenido en mantener al mundo.

Nadie que no sea un iluminado se siente en la obligación de alcanzar con una solución a este disparate de la existencia, pero todos estamos condenados a laminar los desarreglos, a servir a la más eficiente de las resignaciones.

Las esperanzas apuntan a poco; lo que se tiene a las manos, el presente humano, alienta en la prosecución:

"Queriendo ser distinto (el hombre) terminará por no ser nada; ya de por sí no es nada". (CIORAN, "CT", p. 34, M.A. Eds).

Este es el envite de la distinción, algo que tortura confortablemente al hombre, instalándole en la presunción de ser único en el llamado universo. Su andadura es una trampa hacia la nada, aunque después de todo su desilusión no puede no ser, en tanto en cuanto partía de lo mismo a lo que él, afrentado, cree haber llegado.

Y esta es la secuencia que no entiende: que no tiene por qué moverse. Es más: debe desaparecer de la ilusión de cualquier empresa. Ya para el hombre no es tan importante advertir o darse cuenta de algo, cuanto abandonar el camino, desandar el propósito, o si se quiere, el desempeño de comensal-indigente de nada.

La curiosidad hacia nuestros semejantes, no queda exenta de baba o cieno reductor. Explicitados bajo el síndrome de la conformación, apóstoles de la convergencia, acabamos suspirando por la absorción:

"El interés de los hombres civilizados por los pueblos que se llaman atrasados, es muy sospechoso". (CIORAN, "CT", p. 37, M.A. Eds).

Cierto. Y si alguien no lo cree así, puede consultar todas las justificaciones, argumentos y arengas de que están llenas las operaciones de salida hacia "otros mundos".

Muchos conquistadores habrían fracasado, aun contando con sorprendentes intimidaciones bélicas para su tiempo, a no ser que siempre hubieran esgrimido capacidades verbales muy seductoras, o, aún mejor, que fueran obsesos probados del imperio de las palabras. Es lo que podríamos llamar la "ambición de la palabra".

En el "placer" de la aventura que muchos emprenden y tantos más celebran, en ese placer singular que debe encontrarse en los lugares más insospechados, debe importar menos toparse con lo raro del mundo que con la muestra boquiabiertamente ostentosa que hacemos allí de nuestra presencia. Sería el regocijo de la marejada que siempre nos promueve nuestra exclamación propia.

Para paisaje, parece decir el hombre culto, de las ciudades, el mío, el de mi impostura. La pasión por viajar sería entonces, aparte de una moda absolutamente necesaria (cura de lo

indeseable), la ocasión que se tiene de inculpar a otros con nuestras obsesiones, de proyectar nuestra “sombra”.

Aquella pasión nos redime de pensar en nosotros mismos.

Hacer “por” los demás, pensar “por” los demás. No hay ningún correlato en estas frases con la bondad, con la caridad. Hacer y pensar que ya no tienen cabida en uno mismo, y es entonces cuando subrepticamente nos instalamos en el otro. Pero el nuestro, en este viaje, es un interés que viene del vacío.

Y algo, de momento, que hace referencia a los antepasados. Ha llegado nuestro turno:

“Los españoles, por ejemplo, en la cúspide de su carrera, debieron sentirse tan oprimidos por las exigencias de su fe y los rigores de la Iglesia, que se vengaron de ellos mediante la conquista”. (CIORAN, “CT”, p. 38, M.A. Eds).

No me resisto a recordar lo que, según ciertos libros, hizo posible la conquista: el exceso acumulado de energías. La tensión pletórica.

Varias cosas: se suele pensar que, en el cenit, en la cima, en lo más alto de una cultura, la lucidez y la benevolencia han anidado en muchos corazones. No pareció ser este el caso de los conquistadores españoles en América. Otra: la opresión fue manifiesta, hartó cumplida y hartó repetida por sus resonancias. Y una última: si hay un rechazo de lo religioso vía colonización, la mejor marca para los nuevos pueblos, es hacerles donación de algo que tal vez tan indeleble e imperturbablemente estaba marcado en el ánimo de los aventureros: el espíritu religioso.

No es tan cruel la conquista, como la transmisión que se incorpora, o lo que es más claro, hacerlo en nombre de ella. Aquél fue el legado más honesto de aquellos hombres: hacerlo en nombre de la Corona y de la Cruz. Claro que hubo abusos en este terreno. Abusos de los más clarividentes. Así se salvaba la ortodoxia. Más clarividente aún que los anteriores, Lope de Aguirre, se extinguió en su genio; tuvo la desgracia de no contar con apenas mediaciones : mientras las tuvo, fue como los demás, y al carecer de ellas, sobrevino su deriva.

El hombre, ese tipo de hombre que asume, levanta -instala- en sí mismo el sumidero que es el infierno:

“Mirándolo (al hombre ocupado) se adivina la verdadera naturaleza del infierno: ¿acaso no es ahí el lugar donde el tiempo es la condena perpetua?”. (CIORAN, “CT”, p. 49, M.A. Eds).

Nada menos ajeno al hombre que éste, cuando se pone el hombre, puesto en su sitio y lugar.

El tiempo del hombre, cualquiera de ellos, cualesquiera de los nuestros, es un acicate de desconsuelos y desventuras. Y más que tratarse de una condena añadida hecha a base de solicitudes o de la afluencia diversa de vicisitudes, el hecho de vivir es la auténtica condena. El infierno es el compromiso de vivir. Y de una muy generosa lucidez es afirmar que el infierno son los otros, como Sartre proclamó. El infierno es nuestro.

Quiere que su “disparate” se cebe con los demás, ya que está aquí de forma equívoca, quisiera prender a los demás en sus desatinos, que viene a ser la forma más lograda,

por otra parte, de destino:

“Lo que quisiera (el hombre) es que reinara la “anomalía”, la anomalía rutinaria y monótona, convertida en reglamento de conducta, en imperativo”. (CIORAN, “CT”, p. 54, M.A. Eds).

La anomalía vamos a entenderla como una pérdida de la ratificación de los otros. Aunque no necesitara fijar el vaivén que establece en el orden natural y que nos ha llevado a aposentarnos en el planeta que pisamos de la manera que conocemos, le es del todo imprescindible ejercitar su papel de gran alterador y subvertidor de la “inocencia de la tierra”, porque de otro modo permanecería inédita la muesca (señal) que más aprecia: la de su singularidad. Puestos a elegir, la opción que más nos conviene es una apuesta por el desvarío.

Tal vez una de nuestras mejores rectificaciones, pudiera ser aquella de borrar de nuestros afanes el rótulo: “a la atención del hombre”:

“Mientras más queridos somos por el *hombre*, más dejan de interesarnos los *hombres*”. (CIORAN, “CT”, p. 88, M.A. Eds).

Todo lo encontramos -de siempre- muy ajeno. Para nosotros, reticentes más que proclives, el aplauso es el silencio más estremecedor. Si se tratara con ellos de ajustar nuestra notoriedad entre los hombres, los escupiríamos. En el fondo, nos sentimos terriblemente molestos por la reunión, por la concurrencia. Puede que el elogio obre milagros en nosotros, pero nos queremos más solos.

Ni lo que vivimos ni lo que nos proponemos no vivir:

“Ser hombre no es una solución, tampoco lo es dejar de serlo”. (CIORAN, “CT”, p. 89, M.A. Eds).

Ningún resquicio que dé aire a la continuidad, a la perpetuación de una presencia que se estima como definitivamente histórica.

Qué pocas expectativas despierta el hombre en nuestro autor!.

Como un extraño irrelevante, ese es el hombre.

¿Debe quedarse cada cual en su sitio?. ¿Es nuestro lugar auténtico referirnos a los otros?:

“Quizá no debería uno ocuparse más que de sí mismo; es deshonroso, es innoble juzgar a los otros; sin embargo, es lo que todo el mundo hace, y abstenerse equivale a estar fuera de la humanidad. El hombre es un animal lleno de hiel...”. (CIORAN, “CT”, p. 138, M.A. Eds).

Fundarse en uno mismo es colmar de inmediato la saciedad y siempre es posible, poniendo ciertos remedios de relación y de contacto, evitar la saturación sin poros que produce la contigüidad. Más que nada, el otro nos es necesario para retardar el conocimiento de nuestra personal imposibilidad.

Ocupándose de los demás, trata de buscar bajo cualquier apreciación, sea positiva o sea negativa, la red, el entramado del hombre. Por eso, se tiene mayores certezas sobre los improperios y elogios para él que de su naturaleza. Alabanza e insulto, son definitorios, pero nos

queda por definir, aunque mínimamente, el hombre.

Cuando se mete uno en la vida de los demás, lo hace por evitar el propio discernimiento. Ejercer de soslayo es transgredir las otras apariencias, dado que la propia no resiste el más mínimo encarnizamiento. Lo anejo es el caudal, el discurso.

Se han dicho cosas peores del hombre, y este sobrevive con esa larga acumulación histórica de maldades. Y aún queremos entenderlo, sondear en un creciente de iniquidad. No es posible destilar, por ejemplo, la indiferencia, pues devenimos receptores de participación en el desastre.

La defeción en el tiempo es una inflexión interruptora que nos desvanece de los demás y de lo demás:

“Los otros se precipitan en el tiempo: yo he caído del tiempo”. (CIORAN, “CT”, p. 148, M.A. Eds).

¿Hay diferencia entre la inmersión y el desplazamiento?

Quizá la que existe entre la privanza y el anonadamiento, dos maneras, en resumen, de estar y hallarse en el vacío.

Vemos a los otros en la devanada furia del tiempo, nos vemos a nosotros, incompatibles, en la planitud, en la lisura, en todo lo que es inestriable por carecer de tiempo, visiones aquellas del plano y de lo liso de las más horribles y crueles que padecer podemos. Fuera del tiempo, ¿qué hacemos nosotros?.

No es un desconsuelo precisamente el pensar que nos queda todo por hacer. Que debemos hacerlo. Es una forma de vivir, es esa forma que no apreciamos en nadie y que sí, no obstante, queremos para nosotros.

Caerse del tiempo, es perder, perderse. Y ahí puede radicar una de las pocas claves -si no la única- que aún nos quedan para encontrarse.

Cuando caigo del tiempo, dejo atrás, y atrás se oyen todos los derrumbamientos.

Ser borrado del tiempo, caerse de la participación, semejan motivos suficientes de vital excedencia:

“Pero yo, esa es mi convicción, yo fui eliminado del tiempo, con el único fin de formar con él la materia de mis obsesiones”. (CIORAN, “CT”, p. 149, M.A. Eds).

Que nos preocupa el tiempo es un hecho de los más indiscutibles. Innegable que es uno de los fenómenos más irritantes y perturbadores. Pero, convertirlo en nuestra “soledad”, en nuestra meditación, nos hace viable nuestra paulatina y ardiente desaparición. Aprovecharse del tiempo es “inhumano”, en el sentido en que el hombre debe ser un destructor implacable de ese mismo tiempo. Desde el instante en que el tiempo no nos abre a la nulidad, esto quiere decir que auténticamente lo hemos estado perdiendo. Para conservarme en el mundo, nada mejor que la única referencialidad del tiempo.

Una reflexión como aquella de: “el tiempo soy yo”, ha estado y está infinidad de veces al alcance de cualquiera de nosotros. A nuestra manera, esa es nuestra miserable contribución al tiempo. Y también nuestro mayor desaire. Condenados a la necesidad de mantener no una

presencia en el tiempo, sino una discusión sobre el tiempo.

Un tiempo de discurso o decurso vital, mas no discursivo:

“Y es que el tiempo no está hecho para ser conocido sino para ser vivido (...) “Todo análisis es una profanación y es indecente entregarse a él”. (CIORAN, “CT”, p. 150, M.A. Eds).

Un tiempo sin dedicación, como el que participativamente nos toca aguantar. Un tiempo menos cargado de omnipresencia real, o mejor, de sometimiento de lo real del tiempo, de su conversión en tiempo. Analizar el tiempo es anegarse en su dependencia del resto de las cosas.

Analizar el tiempo es remover el status de indiferencia de los elementos que ¿configuran? el universo, es alterar la mutua desconcatenación entre los ya citados componentes, siempre en recíproca ignorancia. Ninguno de ellos se concede importancia ni la concede al resto, y de ahí el papel de entrometida importancia que se concede el hombre.

Lo que se nos plantea ahora es la sucesiva expulsión del hombre de unos ámbitos:

“Haber perdido tanto la eternidad como el tiempo!. El tedio es el rumiar esa doble pérdida”. (CIORAN, “CT”, p. 155, M.A. Eds).

Y, tanto más, si no se han agotado ya todas sus posibilidades de “maravillosa” inserción. El problema es de cómo la ubicuidad, el asentamiento, han dejado de ser interesantes. De cómo también el tedio, la contemplación estéril, parece masticar la impunidad de cualquier posibilidad sin camino, sin aliento...

Proseguir la disolución, esa debe de ser una de las tareas preliminares y consecutivas del hombre en este enrarecido “enmedio” en el que estamos:

“Desde que recuerdo, no he hecho más que destruir en mí el orgullo de ser hombre. Y deambulo por la periferia de la Especie como un monstruo temeroso, sin la envergadura suficiente para aullar en nombre de otra banda de monos”. (CIORAN, “SA”, p. 26, Laia y M.A. Eds).

¿Quién, o qué disfruta con mayor impudor de un tan amplio margen de autoestima y de autocomplacencia?. Parecería que ser hombre es agavillar la importancia donde nada importa, o en otro sentido, arracimar la discontinuidad.

Ser hombre, es ser digno de ataque. ¿Qué soy al no predestinarme a la participación, primera gran hipótesis de trabajo de la creación?. Un habitante ovillado en la desesperanza, una patética irresolución en el borde del universo.

La Especie es la perpetración del círculo.

Casi siempre, la noche en su centro es un complejo dispar (de la vida):

“Con tus venas cargadas de noches, te hallas entre los hombres como un epitafio en medio de un circo”. (CIORAN, “SA”, p. 37, Laia y M.A. Eds).

No hay atisbos, tú no tienes atisbos. Es una enfurecida oscuridad la que nos circula. Más que estar-siendo es un ser-estando, o mejor, “siendo que está”...

Nuestra inopinada estadía entre los hombres es una “refriega” sin fin. ¿Quién le pone un

epitafio a la risa, al deslumbramiento de la ilusión?.

Así, nuestra coetaneidad.

¿Qué podemos decir del rencor, venero de expectativas?:

“Nuestro rencor proviene del hecho de haber quedado por debajo de nuestras posibilidades sin haber podido alcanzarnos a nosotros mismos. Y eso nunca se lo perdonaremos a los demás”. (CIORAN, “SA”, p. 56, Laia y M.A. Eds).

Lo que más le molesta, al rencoroso, es la pérdida de la privacidad, o lo que es lo mismo, mutatis mutandis, la real asimilación, el “estanco social”. Esto, que puede ser hasta plausible, sufre una vuelta de tuerca, y lo que parecía “despido social” pasa a convertirse en ceremonia de la contemplación anhelante y anhelada.

Así que el rencor, es buscada reparación del egoísmo personal, lesionado, y representación informulada de la retribución debida por la adhesión a este mundo. Por ello sienta plaza con tanta generosidad el rencoroso en el mundo.

¿Qué medida daríamos en el mundo, todos, de no ser por las convenciones establecidas?. Noto que no me desembarazo de crueles intuiciones, de presagios inexplicados.

¿Qué no perdonamos a los demás, aparte de la explicación ya reseñada en la cita?. La contrariedad que ellos suponen.

Posiblemente, el mayor rencor está hacia los que viven.

Establecerse, he ahí la malicia, o una de las malicias, del hombre:

“El hombre segrega desastre”. (CIORAN, “SA”, p. 93, Laia y M.A. Eds).

Sus exacciones favoritas son, sobre otras apetencias y concursos, las que se orientan hacia el hombre, hacia otro hombre. Ya instalado, siente como índice máximo de culpabilidad, el no hacer nada. Su destino, su porvenir, está en la interferencia: no en vano siempre se le ha dicho que es un ser “animado”.

Siempre se ha dicho, enfatizando mucho su ejecutoria, que es capaz de los mejores aciertos y de los mayores desastres; pero acelerar su descomposición, pese a los efectos benefactores que esto tendría sobre la faz de la tierra parece hoy, una prematura propuesta asesina. Capaz de todo, debiera obsesionarse con un afán y perfeccionamiento en la reversión, para llegar a enfurecerse con el objetivo de “ser capaz de nada”.

Pero, además, ¿de cuántos infinitos desplantes a la vida se alimenta la que comúnmente llamamos vida?. Todo el caminar del hombre por el mundo parece consistir en esperar en que llegue ese momento del “desanudado”. El dilema entonces está en hacer que se precipite el último desdén y así acabar.

No hay ser que se complazca tanto y tan intensamente en las excrecencias como el hombre. En esa determinación “de pasar”, de dejar paso, es donde se acondiciona el desastre. Es su más saludable emergencia, su ser emergente.

Ese escarceo veloz que anida en las vísceras y que se diluye en persona, incuba malicia de intervención:

“Un espermatozoide es un bandido en estado puro”. (CIORAN, “SA”, p. 110, Laia y M.A. Eds).

Por qué lo quieren salvar o condenar unos y otros, pertenece a la historia de las polémicas. Hasta aquí, sabemos que es una contienda entre Biología y Teología, es decir, un escenario de disputa científico-religiosa. Pero la aprehensión siempre es abierta y el espermatozoide declina la confrontación, al menos en esos túneles académicos.

Si el larvado solapamiento del espermatozoide incide en esa penuria del comportamiento, en esa actitud de desaparición, cual es la del bandido, ¿qué nos deparará su hermanada ligazón?. Aun sospechando una evolución benefactora en el trasiego, cierto contexto de remanente malicia parece ser indesligable en el proceso. Asusta pensar hacia donde nos puede llevar en ocasiones la idea de cultivo, la práctica de ser cultivado.

No podemos olvidar que el hombre hiende con llanto. ¿Quién más prorrumpe en ese estallido?. Ese primer grito demanda silencio de manera dominante, imperiosa. No sé si ya nos encontramos con la sublimación del bandido que todos somos.

La proliferación del gesto humano sugiere la irrupción de eventualidades que tiendan a la descolonización, o al menos a la minorización del hombre. Para nosotros, es un arte inventar exclusiones:

“Para frenar la expansión de ese animal tarado que es el hombre, la urgencia de calamidades artificiales que sustituyan con ventaja a las naturales, se advierte cada vez más y seduce a todos en mayor o menor grado”. (CIORAN, “DES”, p. 42, Montesinos Editor).

Yo entiendo lo de tarado no en los comunes sentidos peyorativos que posee habitualmente, sino en el de significado de insoportabilidad de “pesos muertos”, de cargas sin transferencia posible. La verdad es que llevamos grávidamente la existencia. Pocos compromisos han existido, y existen para aligerarla. Puede haber una relación directa entre animal responsable y animal tarado.

Así las cosas, como lenitivo singular, ansiamos la “querencia del relato de situaciones dramáticas que nos han ocurrido”, como una falsa importación de romanticismo ofertado, como si no pudiéramos prescindir cada uno de nosotros de una experiencia muy particular y personal de desastre.

El mejor descanso es poder aplanar con las más abrumadoras desgracias.

¿Cuál es la calamidad artificial que cotidianamente cuenta con más adeptos?. No sin cierta compasión tendríamos que apuntar a la notoriedad de lo individual, al desprecio de toda contextualización. La única atencencia, o la más sublime, es la de la contextura del egoísta.

Nos desprendemos más fácilmente de la ventura que de la desgracia.

El hombre es una diferencia en su ámbito:

“Lo que es indudable es que está herido (el hombre) en lo más profundo de su ser, podrido en sus raíces. Uno no se siente verdaderamente hombre más que cuando toma conciencia de esta podredumbre esencial...”. (CIORAN, “DES”, p. 50, Montesinos Editor).

La separación es la consustancialidad. No es que la escisión sea una creación en él, sino

su problema más acuciante. Enfermo incurable, su imposibilidad intelectual para todas las convalecencias, es sublime.

La cuestionabilidad siempre activa de cualquier atisbo de bondad que pueda inducir el hombre en el mundo, está más que proyectada en “nuestro” mundo.

Así que el hombre toma conciencia de dicha putrefacción, atiende considerablemente a la muerte, más un hallazgo que una consecuencia lógica, y desestima la vida que es la ausencia.

Recomponer el trizamiento, esa es nuestra existencia.

Y ahora mismo...:

“El hombre es inaceptable”. (CIORAN, “DES”, p. 195, Montesinos Editor).

La misma brevedad del aforismo tiene mucho que indicar acerca del no-querer-decir-nada más del hombre. Lo que alcanza gran fluidez, aunque no expresa, es la poquedad con que se le puede abordar. Es empobrecedor lo que de él podemos enunciar.

¿Cómo justificar todas las exclusiones y discriminaciones levantadas de forma tan arbitrariamente penosa por el hombre?.

La cuestión ahora más importante es cómo soportar la desolación, cómo tragarse la prescindibilidad.

No podemos seguir imaginándolos más netos y más solos.

Expresión tan lapidaria difícilmente puede responder a un enfado incidental, y más cuando en otras ocasiones se insiste en términos bastante próximos a lo ya mencionado.

Se trataría, por medio de estas cuatro palabras, de asegurar la “tenue longevidad” que posee el modelo del ser humano a escala social en su relación probada con otras formas de organización conocidas.

Y es cierto que el proceso evolutivo muestra avances o cambios incontestables, pero más cierto aún es el grado de silencio y postración del resto de los pobladores universales que levantan un mutismo que debiera preocupar mucho al hombre y que le convendría mucho como póstumo aprendizaje. No podemos decir, como otros, que andamos por casa, y me pregunto muchas veces si la naturaleza, caso de poder ejecutarlo, no prorrumpería en carcajada inextinguible si pudiera oír aquellas declaraciones que sobre ella hacemos, y entre ellas las que se refieren a su insensibilidad. Pues qué, ¿alguna vez hemos realizado nuestra vocación natural?.

Todo el mundo natural es un clamor en contra nuestra. Tal vez nadie entendió mejor ese rechazo que el escritor romántico, que fue capaz de intuirlo cuando afirmaba que uno de sus instantes privilegiados era aquel que daba paso al enfrentamiento con una naturaleza encrespada. No a mucho tardar, y quizá por este marco intuitivo, y por otros, y vete a saber si por el mal del siglo, se suicidaba. (Y en un polo distinto, qué bien pudieron comprender este hecho también, el del rechazo natural, los elegantes del XVIII, quienes con profusión voluptuosa supieron rodearse de estricto orden natural en su dorado hábitat, tan en contraste con lo que les rodeaba).

Las cuestiones ahora, podrían ser: ¿quién quiere al hombre?, y, ¿se quiere, se soporta él a sí mismo?.

Suelen faltar palabras para describir al triunfador, aun después de la orgía de ellas

que se acostumbra utilizar:

“Hay algo de charlatán en todo aquel que triunfa, sea en la materia que sea”.
(CIORAN, “EMY”, p. 29, Tusquets Editores).

Una borrachera de términos acordada parece ser el mínimo de nuestra contribución al exitoso. Después, todo es más fácil, y la verborrea se traspasa y trasfunde sin que el rubor perturbe cualquiera de las manifestaciones de exceso verbal. El que llega, necesita contarlo, hallar el eco y la resonancia, y para todo ello ya están dispuestos los currículos más babeantes que podamos imaginar.

Pero apreciamos sobre todo un género de voz, la voz difusora, que nos sabe impregnados en los poros de los demás, precisamente por huir del silencio que no tiene por qué esgrimir ningún mérito. No tener que decir nada, hoy, es lo menos apreciado en el arte y en la vida. Poder hablar donde todo calla, es una profanación.

Uno no sabría qué pensar ante este fragmento:

“Su destino fue realizarse a medias. Todo estaba *truncado* en él: su manera de ser tanto como su manera de pensar. Un hombre de fragmentos, fragmento él mismo”.
(CIORAN, “EMY”, p. 36, Tusquets Editores).

Si bien él refiere a la “suerte” de muchos o de algunos hombres, o si tal vez es una triste reflexión la que el autor hace de sí mismo.

En cualquier caso, el destino, insaludable (insano, insalubre) afán, se ralentiza, se encoge, queda zanjado en sus promesas. Es una suerte de encogimiento del recurso a la enfatización. Ascenso diluido, su vida transcurre en inminente e incesante tajadura. La proyección, el proyecto, sabemos que es una incumbencia inelegida; apareado al corte, y con la ilusión lacerante de la unidad persiguiéndole, el hombre se resuelve en “-tomía”, que al menos no es el peor resultado ante la confrontación de un territorio hecho a todos los desvanecimientos y centrifugaciones, hecho para el abandono y la desaparición pese a todo.

Nuestro destino, una lepra en el universo.

Parece ser cierto que no en todos los lugares se manifiestan de igual manera las sutilezas del averno. Pero, grado más o menos, la casa infernal nos concita:

“En cuanto salgo a la calle, pienso: “Qué perfección en la parodia del Infierno”.
(CIORAN, “EMY”, p. 44, Tusquets Editores).

Y todo lo que se nos aparece como geografía, labor, obra, es un remedo omnipresente, entendiendo que este adjetivo es justamente en su abarcadora significación el infierno.

Porque estar tan en serio, es, con toda probabilidad, una de las mayores condenas a que se puede aspirar.

Toda “nuestra” organización consiste, primordialmente, es decir, entona el juego del afianzamiento, y su contrario es visto con el horror de las grandes decepciones. Ebrio de establecimiento, el habitante de este mundo se consolida como propietario cósmico, lo que nos avisa, de cierto, de la destrucción que nos espera, de la instalación paulatinamente acomodada del llamado Infierno.

Aunque el Infierno sea siempre la persistencia, la tenacidad, la contumacia viviente.

La presión de tener alguien cerca que te recuerde multiplicadas las deficiencias y debilidades propias y de la especie, debe llevar incuestionablemente muchas veces al “síndrome de desaparición”, que en ocasiones afecta al individuo y en otras a la colectividad:

“Podríamos por fin respirar mejor si una mañana nos dijeran que la inmensa mayoría de nuestro semejantes se ha volatilizado como por encanto.”(CIORAN, “EMY”, p. 127, Tusquets Editores).

Como seres incapaces de no tan sólo ser de momento, sino ni tan siquiera de auparnos al trizamiento de la compatibilidad con el resto, encontramos de un superior alivio el esfumamiento parcial a veces, deseable total, en la mayoría de los casos de nuestros congéneres. Posiblemente nos desmayamos por cualquier halago, pero en el fondo, y pese a todos los esfuerzos, alimentamos un pozo de hosquedad del que nos nutrimos.

Nada es tan irracionalmente asumido como cualquier noticia que se nos da de la desaparición de una persona conocida.

No existe ni el más mínimo toque elegíaco por el “*Volaverunt, Quiteria*” de ningún paisano.

Alentar al lado de los demás congéneres, ilumina con mayor claridad las debilidades de la co-presencia, refuerza la fragilidad de imposibles colaciones (o cotejos). Nadie duda ya de que no son precisamente los términos amistosos aquéllos que planean por encima de los hombres. Una estupefacción estéril se apodera de nosotros casi siempre, al relanzarnos entre los humanos. ¿Hay aspectos tan conmovedoramente vitales como los suspiros de alivio?

Nos encontramos más que nunca, y mejor, descargando presencias.

Una imposible comunicación que nos aclare las circunstancias, se abre cada vez más hueco:

“No habiendo sabido nunca lo que busco en este mundo, sigo esperando a quien pueda decirme lo que busca él”. (CIORAN, “EMY”, p. 135, Tusquets Editores).

La permanencia puede hacerse insoportable por varias razones: nada de lo que existe nos compromete, nos liga; por el contrario, son un remedio contra la confortación; por otro lado, el remedo escéptico que proviene de lo problemático contestable, nos impide asimismo acercarnos a una lucidez tolerable.

La sensación de extravío, de descarriados que portamos, es algo tan engrudado en nosotros que es perfectamente plausible entender estos alrededores como un lamentable y perdidoso resbaladero.

Perdida, o no hallada, la justificación de este “caer por” el mundo, de este “campear”, nada mejor que antes de desaparecer, el dirigirse a todos y a nadie, e interrogar por la suerte.

Levantar esa interrogación, es la única que debiéramos practicar en un mundo vuelto de espaldas, y nosotros a él. Una interrogación sin ambiciones, declinante, nula de alicientes, salvo escuchar en los demás el grito de la ausencia.

El gran fingimiento se produce en los sobreentendidos, y aquí lo que sobreentiende

siempre es que estamos para algo. Pues no por algo, sino por muchas cosas, por todas, sobramos.

En la piedra de toque biológica no aquilatamos tanto como se nos ha acostumbrado a pensar. Nuestro cotejo no es sin par:

“Cualquier gusano que se considerase el primero entre sus semejantes alcanzaría inmediatamente el estatuto de hombre”. (CIORAN, “EMY”, p. 154, Tusquets Editores).

Es extraño que hablemos, frecuentemente, tan mal de ciertos reptiles, debido tal vez, a una imponderable subordinación a la tierra, y que nuestra repugnancia crezca en la medida en que este contacto es tanto más insalvable, caso de las serpientes, por ejemplo. Nuestro odio a estos “bichos”, pues así los llamamos, tiene bastante que ver con una más despreocupada adaptación por su parte a los partos de la tierra. Odiamos en ellos su versatilidad, más que su veneno.

Pues bien, otro nivel zoológico que comporta más indispensabilidad con respecto a la tierra que las culebras, los gusanos, que incluso minan el universo, se hace tanto más insoportable cuanto más profundiza en el agujero. En los gusanos vemos unos competidores indecentes, unos activos infatigables que nos disputan incluso con morbosidad la lacra de la laboriosidad universal. Cómo algo tan pequeño, tan viscosamente agarrado a la arena, pueda detentar las labores de desintegración a las que nosotros no accedemos, es algo que no consiente sino el reconcomio más indeseado.

Detestamos al gusano por el estigma galopante que posee de descomposición. Tal vez en la escala zoológica, conocimos ese disfrute de la putrefacción que ellos poseen, y nada, pensamos, que nosotros abandonemos, debe ser usurpado por nadie. Pero, reflexiones previas aparte, imaginemos a un gusano petulante, vano, inflado, poseído de la mayor o menor ductilidad en sus anillos por ejemplo, con referencia a los de los demás...Nada parece desautorizar que esta sorpresiva preeminencia, diste de las que, con frecuencia, pone en práctica el hombre con sus “semejantes”, palabra esta última llena de impostura, y que invalida ella sola todo un idioma.

Un gusano con aspiraciones, abotargado de sobreinterés, eso parecemos resultar. Una gran condolencia debemos sentir, y vivir, por este tan alabado “espíritu emprendedor” del hombre. Y Manrique viene a nuestro recuerdo: “Qué fue de tanta invención / como trujeron”?

Ser en la postración, ser lanzado, asaeteado, gramaticalizado, ser en la turbación, ser inmerso después.

Todo enaltecimiento lo que realmente pretende es sacar de la realidad al encomiado, y también arrancarnos a nosotros mismos de aquélla:

“No hay más que una manera de alabar: atemorizar a quien se elogia, hacerle temblar, obligarle a ocultarse lejos de la estatua que se le erige, forzarle mediante la hipérbole generosa a calibrar su mediocridad y a sufrir por ella. ¿Qué es un alegato que no atormente ni perturbe, un panegírico que no mate?. Toda apología debería ser un asesinato por entusiasmo”. (CIORAN, “EPR”, p. 13, Montesinos Editor).

Al encarecido se le concede un “rincón” y a los comparsas que lo celebran, se les proyecta y destierra en el paroxismo. En ese “altar” de satisfacciones recompensadas, van a oficiarse todos los sacrificios imaginables, y la historia es un testigo desesperado de estas exageraciones.

Cualquier elogio es una comparación depresiva, tanto para el receptor como para el que

sufre el descarte de ese halago.

Los ditirambos dedicados al paso de los “merecedores” de toda época, aplacan la siempre dificultosa e irregular inserción que nos corresponde al respirar, y sazonan todas las transfiguraciones por las que hay que pasar para resistir en este mundo. No sé, si hemos valorado conceptualmente -y orgánicamente- en lo que vale y a lo que se presta el aplauso. ¿Qué es aplaudir?. No siempre es algo glorificante, sino que puede conseguir alturas agónicas.

Es algo muy relacionado con la desobediencia, con la concurrencia -de las pocas veces que el hombre se quiere mostrar con otros hombres- , con el desamor. El aplauso quisiera no dejar nada en su sitio, por lo que, pareciendo -en general- agradecido, lo que pretendiera con su especial ruido (su avalancha), sería conmovir los estatutos del “orden monótono”; es, en verdad, una ensordecedora ratificación de muchas debilidades.

Subir al cielo, jalearse con tal insistencia, que parezca que estamos juzgando a los desaprensivos de la virtud con un rasero de insufrible supremacía.

Decir bien de alguien, loarle, es lo más rayano con la descalificación, que puede no hallarse muy lejos:

No poder prescindir de la gente, o tal vez por eso, nos hace incurrir en blasfemias y maldiciones de todo tipo, que dedicamos con el más reconcentrado encono...:

“Si a mí me impidieran maldecir a la gente, qué trastornos y tormentos, qué complicaciones en perspectiva”. (CIORAN, “EPR”, p. 114, Montesinos Editor).

Abominar de todo contacto, pero calladamente, es rebajar el aborrecimiento a una repugnancia tolerable; hay que imprecarse con todas las energías, desmentir de palabra y obra, ponerse siempre “a mayores” con esa insoslayable presencia que es el hombre, esa ruina constructiva...

Hablar mal es consecuente con el mal advenimiento que somos. ¿Cuál es la razón de esa miserable insistencia en acordarnos de los demás?. Tal vez con un recuerdo tan persistente lo que se pretende en verdad es “empadronarlos” mientras nosotros tenemos la sensación de estar fuera de sus defectos y del mundo; censarlos por sus deficiencias, mientras nosotros “habitamos” el rechazo y el asco. No es difamar lo que importa, sino abandonar a los demás en el comentario. Por recurrencias verbales se puede aniquilar mejor a cualquiera.

Renegar de la semejanza mediante insultos, resulta como práctica, de lo más saludable para encontrar la condenación de nuestros conciudadanos; condenación que nos salva, que nos libra de la pátina del vivir, de la simetría de la vida.

Cioran comenta esto a propósito de aquella cita, tan famosa ya, de Beckett en *Fin de partida*: “El universo entero apesta a cadáver”, como también el traer a colación a Nietzsche , acerca de su idea del “superhombre”:

“...no hace falta ser en absoluto profeta para ver con claridad que el hombre ha agotado ya lo mejor de sí mismo, que está perdiendo la compostura, si es que no la ha perdido ya”. (CIORAN, “EPR”, p. 124, Montesinos Editor).

Le sirvan o no de taburete estos dos autores, lo cierto es que uno de los atisbos menos discutidos de evidencia, es esa extrema lasitud a que ha llegado el hombre, ese adelgazamiento

en el desinterés, ese perfil átono cada vez más persistente que él no deja transparentar, porque, ¿para qué?, pero que nosotros acusamos en nuestra inmortal y progresiva desgana...

¿Ha terminado el plazo de nuestra intervención?. Parece dudoso por ser nuestra asechanza perpetua la inquietud. Ahora bien, el acecho del mundo cada vez está más debilitado, y observamos que hasta el trámite de lo exangüe se ha sacrificado a la actividad.

El hombre lleva ya mucho tiempo exprimiendo actos de presencia en este solar, e incluso, desde momentos remotos para nosotros le ha gustado estrujar lo póstumo, de lo que -con veneración se comenta- incluso ha conseguido un arte.

Se acabaron las relaciones -que en algún momento se creyeron de igual a igual- de privilegio de penetración entre el hombre y el mundo. No es este su sitio, y tampoco esperamos nada distinto de ningún otro.

La vitalidad cortés se ha acabado. Descompuestos, cada vez más somos un tránsito de imposibilidad.

La punta de lanza, pues eso somos, tiene que penetrar, herir, abrir en canal lo mollar, que es el futuro.

Celebrando la pasión de Caillois por el primer encuentro con las cosas, Cioran estipula unas constataciones desagradables para más de cuatro congéneres:

“Pero nos hemos acostumbrado a aferrarnos al porvenir, a colocar el apocalipsis por encima de la cosmogonía, a idolatrar el estallido y el fin, a confiar hasta el ridículo en la Revolución o en el Juicio Final. Toda nuestra arrogancia profética procede de ahí...”. (CIORAN, “EPR”, p. 196, Montesinos Editor).

Y es que arrimarnos a determinadas prescripciones nos convierte en felices distinguidos del desastre. Abrazados al porvenir, instancia demoledora sin par, confiados en sus visajes, despanzurrarnos el tiempo para poder atosigarnos en la bolsa del futuro: es llegar a vivir la constricción como gloria...

Dados a considerarnos como los últimos inquilinos, arraigados en las postrimerías, presos, en definitiva y siempre, de un fin, albergamos las más halagüeñas resoluciones, pensadas desde los más optimistas estatutos. Nunca nos entregamos a las probadas razones de la desaparición; más bien, nos aletargamos en la continuidad.

Desandar las palabras, las razones y la vida, eso es algo que, como acción, ni sabemos ni podemos acometer. Entonces, sólo queda arremeter el orden crispado.

Este breve dictamen que a tantos puede conmocionar aún, está incluido en una breve y compendiadamente hermosa presentación de Guido CERONETTI a su editor francés:

“Pero no tema usted conocerlo: los seres menos insoportables que existen son los que odian a los hombres. No hay que huir jamás de un misántropo”. (CIORAN, “EPR”, p. 225, Montesinos Editor).

Yo recuerdo que en muchos textos de literatura se siguen presentando las prevenciones ante determinados autores con este adjetivo, que además aparece adornado de cierto brillo misterioso ante los estudiantes por el desconocimiento que estos conservan de aquél. La cuestión vista como grave está en tildar al autor de carencias.

Todos los insociables son un magnífico argumento de conflictividad, resuelta con el abandono y el silencio cuando menos. Ya tenemos en quién saciar nuestro trato.

Aquellos que rehuyen el trato con el hombre, son los primeros en reconocerse indeseables para sí mismos y para los demás. Es la primera prueba que nos va a permitir tornarnos irreconocibles, y ante tal derroche de inidentidad, lo que se acaba odiando es el matiz de presencia.

Escapar de la tenacidad que representa el hombre amoldado, siempre resultará menos pernicioso que habitar sus objetivos.

La diferencia entre el misántropo y los demás consiste en el hecho de que aquél ve el destilamiento de la muerte, la vive en su anticipación, mientras los otros la disuelven en pensamiento rezagado.

El grado de insoportabilidad de los hombres, viene marcado por un juego doble de adhesión-rescisión, en el que se siente prendido y que es incapaz de dilucidar, dado que tanto la afirmación como el rechazo son posturas firmes, incontestables. La soledad es un obsequio irrespirable para muchos.

A propósito de la reedición en alemán de *Breviarios de podredumbre*, vienen estas palabras:

“Todo aquello por lo que se sobresale procede de un origen turbio y sospechoso, claramente impuro, de nuestras profundidades, en realidad”. (CIORAN, “EPR”, p. 238, Montesinos Editor).

Convencidos por la nobleza y bondad de lo que hacemos, nadie nos puede persuadir de que cualquier empeño que emprendamos se halla velado por el empañamiento. Es difícil de admitir cualquier tipo de superioridad que provenga de las ciénagas, de los pantanos de nuestra existencia. Y sin embargo, de esos limos corrompidos, de los estancamientos invisibles, proceden las elaboraciones más celebradas, menos proclives a las conjeturas.

Reconocer que de ese marasmo intraspasable, aflora el origen de nuestras más sobadas elucubraciones, ha de proporcionarnos, es cierto, una sombría reconvención sobre la luminosidad e inocencia de nuestras agudezas. Se empieza a optar entonces por la tersura o lo tortuoso, según se determine cada cual por dar lustre a los hechos, o por concederles la sustancia equívoca de la que emanan, respectivamente.

Así, nuestros mayores empujes, éxitos, alcances, nunca tienen un reconocimiento certero del impulso que los hizo posibles; más bien, se les ubica en un Elíseo depurado, como corresponde al sufrimiento que lleva anejo la preñez de toda obra. Es ese gusto por lo inverso a lo que llamamos ser felices.

Los otros guardan y celan parte de nuestra miseria. Es una de las cosas que administran tal vez con mayor competencia:

“Si uno pudiera contemplarse con los ojos de los demás, desaparecería al instante”. (CIORAN, “DIHN”, p. 46, Taurus.).

Advertimos en ocasiones un controlado pudor que desearía entrar en un trajín sin final para espetarnos sus pareceres sobre nosotros, pero son opiniones que redundarían la catástrofe

en que vivimos, y nadie cree ya excesivamente en argumentos retóricos. La sevicia aparece en la penetración que esperan que hagamos de sus pensamientos, en el afán que tienen en que desencadenemos nuestra sutileza para averiguar unos secretos que nunca se quieren bien guardados.

La celada es el descubrimiento. Los otros, en gran parte, son una añagaza. Y un elemento de desestima de cualquier posible trayecto.

En nuestros ojos, casi siempre el impulso-ojos que no ven, corazón que no siente-; en los de los otros, la parada, el error.

En el dechado que es el hombre y la mujer quedaron infringidas todas las disposiciones naturales. Qué hizo posible su papel de arbitrario alterador en la irredimible Naturaleza, no guarda una fácil explicación. En el plano de la conjetura, podría argüirse que la desestabilización del hombre viene producida por la incontenible e insobornable marea de evolución en la que ha decidido adormecerse (instalarse). Acluecarse en un seno de mejora diferenciado, es su crimen:

“La Naturaleza cometió algo más que un error de cálculo permitiendo al hombre: cometió un atentado contra sí misma”. (CIORAN, “DIHN”, p. 75, Taurus).

No parece ser extremadamente difícil corroborar lo que antecede, arriba. El afán de intereses conformadores que despliega el hombre, desdice de modo terminante cualquier otra presencia. La desgracia del hombre es ser, estar presente.

Es un ser que se engolfa en la notoriedad, que se decanta por la afirmación. Es un asentido de sí mismo en un “mundo” poblado de silencio.

El error estuvo en aquella permeabilidad que permitió que el hombre se asomara a la romería de los seres; por la misma razón, haría falta encontrar el portillo que hiciera posible su salida del que se ha dado en mal llamar -contando con su presencia- concierto universal.

Contando con el hombre entre su nómina, a la Naturaleza le toca abdicar. Dada la innegable densidad óptica del resto de los seres de este mundo, en relación con la fibrilar presencia del hombre en este mismo contexto, las dudas cada vez son menos apremiantes respecto a quién debe hundirse en la informidad.

La sola desaparición de una especie, de un metal, por poner dos ejemplos sencillos, bastaría para hacer aborrecible aquella primera acogida que se nos dispensó, y pienso que es muy abyecto pretender borrar mediante cualquier tipo de compensación, como valga el caso, el de la más espléndida aportación cultural, las entretelas de la destrucción que corroen al hombre. Los pros y contras no tienen dimensión.

En apariencia, hasta podría cuadrar como parte de la panoplia de una campaña ecológica:

“Arboles asesinados. Surgen casas. Hocicos, hocicos por todas partes. El hombre se extiende. El hombre es el cáncer de la Tierra”. (CIORAN, “DIHN”, p. 155, Taurus).

Al menos, estoy convencido de que no se discutiría apenas su validez como mensaje en este terreno. Pero sólo en apariencia, pues la ecología, acción sobre acción, se da de bruces con la parsimonia mental que los parrafillos proponen.

La ecología es una declaración, más o menos beligerante según las coyunturas, una manifestación de apoyo a lo que se escinde -el mundo según sus ojos-, una declaración candente, profética, de que aquí se puede vivir de otra forma. Ciertamente, un entusiasmo lleno de excesos. Ese calor en desmentir la destrucción, la contradice de raíz en todos sus planteamientos.

A veces da la impresión de que la ecología juega una partida poco clara: o entra en un periodo de exaltada corrección del sistema, y éste, en un alarde de contrición que le va a venir muy bien acepta el reto corrector, o entra en una inusitada constelación de propuestas utópicas, en una inacabable producción de proposiciones de nueva organización, es decir, entra en el camino de la fertilidad más exasperante...No es la modestia su talante en el carácter, sin duda.

No parece una virtud que siempre tenga algo que decir, nunca se calla.

El último contrasentido estaría en su deseo de establecer el equilibrio, -y aun cuando este fuese parasitario- entre el hombre y las cosas, pero esta consternación de pérdida de papeles haría intocable el lugar predominante del hombre.

Nadie va a discutir que sus "hocicos" sean los más prominentes y avasalladores. Nadie se plantea que hogaño debamos servir a una planta, a un mineral, al mismo aire: diríamos que es un loco.

Y sin embargo, la perturbación la pone en marcha el hombre. Y, si tanto hablamos de paridad con el medio, ¡ y de qué forma tan ligera!, justo es que en coherencia con tamaño pronunciamiento, y cada vez que algún residente natural se extinga, nosotros, en igual proporción y medida, debiéramos autodesaparecer.

Habría que entender en su justo sentido el término de "explosión demográfica", juguete conceptual de ciertos sociólogos, pero que ni mucho menos aborda y agota su semia trágica.

Toda la vida, y este sí que es un dogma que los nuevos teólogos sustentan, se nos está pidiendo que poseamos seguridad y confianza:

"El hombre sólo me interesa desde que ya no cree en sí mismo. Mientras se encontraba en pleno auge, sólo merecía indiferencia. Ahora suscita un nuevo sentimiento, una simpatía especial: el horror enternecido." (CIORAN, "DIHN", p. 174, Taurus).

Y a pies juntillas aprobamos esto, mientras con delectación cualquier sistema puede dormir tranquilo. Hay abanderados del optimismo que no tienen por qué ser mejores que los más ruines de los déspotas.

Tocados por un hálito de mandamiento, nada nos haría desistir de lo que nos impregna hasta los tuétanos: la idea de misión, aun reconociendo que es de las más mezquinas que existen, en tanto en cuanto sólo se concreta miserablemente en un par siempre trágico: éxito o fracaso. Detrás de este Jano inmisericorde, corremos sin remisión.

Crecidos en la idea de llegar siempre a un propósito, somos capaces, igualmente, de dotarnos de contextos de liberación de aquél mismo, y ahí es donde juegan su papel provisor la moral, la política, la filosofía, y otras ciencias: del hombre y para el hombre. Ninguna abstracción mental o corpus que lo ponga en entredicho. Todo -se dice- para que sea mejor, nada para que se descrea, para que se sienta dispuesto a claudicar: reconozcamos que la melodía conceptual ha sido muy tenue y muy lisa. Una escarapela de continuidad es lo que mejor luce el hombre.

Pero, ¿deja de creer el hombre en el hombre?. No lo parece, pues es el animal que menos se recata en el recuerdo. Un autómatas de impudor.

La miseria tiene cuerpo y ojos de inevitabilidad, hasta de fatalidad cortés, para nuestros contemporáneos:

“La presencia de la miseria en este mundo compromete al hombre más que cualquier otra cosa, y nos hace comprender que este animal megalómano está condenado a un final catastrófico”. (CIORAN, “ECD”, p. 159, Tusquets Editores).

Siendo ajena en el pensamiento y en el corazón, núcleo de todos los rechazos, acaba poseyendo un estigma de propiedad vergonzosa para muchos de nosotros.

Su condición de próspera estabilidad, ha perdido paulatinamente su propuesta central de socavamiento, siendo así que los miserables del mundo, por no tener, ya no disfrutan ni de la rebelión, ni, apenas, de ese orden cerrado, cada vez más hermético, de la solidaridad.

Si los pobres no existieran, nuestro resquemor se ocuparía en suscitar otras apariciones valiosas de la humanidad humillada. No hay por qué negar que la inanición nos deporta a aquel primer momento de desentendimiento hacia los piojosos por parte de los saciados, cuando por ejemplo, se disputaban el primer trozo de carne salvajemente entre ellos. Ni por qué ocultar que el hombre es un comensal indeseado.

No creo en el hombre como un buscador de nivelación y equilibrio; opulencia y tiña están muy marcadas en su pensamiento. Se habla mucho del Norte y del Sur: no dejan de ser eufemismos políticos o sociológicos. Apenas se habla de la desgracia terrible que supuso que el hombre ocupara dichos puntos. Las naciones debieran plantearse un perpetuo conflicto de inestabilidad, algo que hiciera posible su desaparición, olvidándose de los aspectos positivos que esta decisión última tuviera que arrostrar, bien en asamblea pacífica o en sesión tumultuaria: así se extinguiría la miseria, la gran miseria.

Ese intento por desasirse de la racionalidad, marcaría uno de los primeros instantes de la disconformidad con que con frecuencia sentimos la imposición de aquélla, de naturaleza, por otra parte, poco enseñoreadora:

“El ser humano debería dejar de ser -o de intentar serlo- un animal racional. (...) El ideal de cada hombre debería ser dejar de ser hombre. Y eso sólo puede lograrse mediante el triunfo de la *arbitrariedad absoluta*”. (CIORAN, “ECD”, p. 189, Tusquets Editores.).

La exigencia de la razón, que no la razón exigente, debiera dar cuenta del cielo de las insuficiencias, de las taras que indica la limitación de nuestro emplazamiento.

Si al menos se gastara en la meditación del animal teta tanto tiempo como se dedica al discurso del animal racional!.

Una de las cuestiones importantes nos refiere, hablando de la razón, a la imposible literalidad que ella va a conseguir del mundo, al repunte de desagrado que mutuamente se profesan. No es una alianza nada fácil la de nuestra razón y la de nuestra pertenencia al mundo.

Filósofos, poetas, pedagogos, políticos, y un largo etcétera de preocupadas mentes se han interesado permanentemente por encontrar el oficio de hombre. Es una búsqueda espesa, de donde sólo puede provenir fatiga. Y un fastidio multiseccular, un imposible anclaje, pleno de

impotencia.

Pero es difícil que el hombre deje de pensar en el hombre, es decir, que no cometa una suerte de arbitrariedad endémica y vieja, cual sea la de incluirle en la nómina de irrealizables. Pues si el mismo ideal, se distingue hoy sobre todo por una pervertida resignación, ¿cómo argüir o demandar su presencia?. Con todo, el ideal más peligroso y destructor es aquel que enuncia el debilitamiento de los demás, el que anticipa crepusculares eventos, que ocultan la ruina terrible de una nueva subjetividad. Proponen un nuevo, antojadizo y peligroso desplazamiento inerte por la historia.

Dejar de ser hombre revoca la naturalidad vivida, aún pendiente. La más poderosa discriminación de este mundo se produce, cuando dejamos de vincularnos con la superstición de ser hombre.

Los nuevos, y definitivos anales, o los novísimos catecismales sin solución de continuidad, serán el antojo y la veleidad, a los que deseamos que no nos hagan ningún favor, pero tampoco ningún provecho.

Con qué deleite nos sentimos a veces dueños y beneficiarios del progreso:

“El “progreso” es el equivalente moderno de la Caída, la versión profana de la condenación”. (CIORAN, “CT”, p. 42, M.A. Editores).(…) “Uno no avanza ni se “perfecciona” impunemente”. (Ibidem).

Y cuánto, también, se oye hablar en su contra, en ese paradigma digno de todas las desconfianzas: “Pero, ¿dónde vamos a parar?”. Sentirse bien y hablar mal: ¿son esas las coordenadas posibles en las que el hombre debe sentirse inmerso al tratar del progreso?. Alabanza y dicitario, esa es la pobreza de nuestro dictamen, de nuestra adscripción a una voz que ha tenido y tiene aún prestigios unánimes.

Cioran, ni se ufana ni se repliega, al oír la mención de la palabra. Tal vez apunta que el progreso lamentablemente ha tambaleado nuestro anonadamiento, y como hecho parcialmente social, nos ha cercenado en el ensimismamiento.

El “continuo” del progreso ahonda nuestra depravación, profundiza la distancia del placer del desencuentro, anima en la cavilación de los objetos que tanto desconocíamos, etc.

Y esas adherencias de todo progreso, los restos de la batalla tan buenamente asumidos, ¿en qué paran?. Aquel “lleno”, cimiento o sedimento que indicaba el vocablo progreso, se conforma como un precipitado de grietas que hacen estallar nuestra seguridad.

Cierto que el verbo avanzar tiene mucho que ver con la palabra que nos ocupa, pero para llegar al sentido de cualquier avance, algo se ha dejado en el camino. Y se abandonan vestigios de uno mismo, sólo vestigios, cuando lo más interesante de ese camino hubiera sido integrarse en el polvo. Y así se llega al final -siempre se llama así, aunque se repita muchas veces el avance- y allí se toman nuevos aires, se emprenden nuevos rumbos, y los jirones y costras cargados en el trayecto anterior, se tapan, y siempre así, pero, inútil, porque la pústula acaba con nosotros, aunque el cáncer-progreso siga.

Frases como “todo tiene un precio”, “quien algo quiere, algo le cuesta”, “hay que hacer un esfuerzo”, y similares, -porque muchas hay-, referidas al trabajo y al dinero, parecen ser los grandes esfuerzos verbales de nuestro tiempo. Y éste sí que es un decir impune en nuestros días.

El relieve del hombre, esa es la cuestión.

En ocasión y lugar diferente, el señuelo se enuncia así:

“Sainte-Beuve escribía en 1.849 que la juventud abandonaba el mal romántico para soñar, siguiendo el ejemplo de los seguidores de Saint-Simon, con el “triunfo ilimitado de la industria.

Ese sueño, plenamente realizado, desacredita todas nuestras empresas y la idea misma de esperanza”.(CIORAN, “EMY”, p. 23, Tusquets Editores).

Probablemente la aseveración de Sainte-Beuve era muy certera en aquellos momentos. También, la afirmación de Cioran se compagina con otras tantas que han surgido estos años, aunque aquellas sean más tenues o reivindiquen un cierto aroma de romanticismo redivivo. Tal vez, con otras cosas, así sea.

Pero hay latencias plenas de desestima en estas cortantes palabras de nuestro autor, pues, ¿quién rechaza sin remisión intenciones y logros concretos?.

Para los mentores y promotores de dicho desarrollo, éste, indiscutido carisma, planea con un encallecido optimismo, la ilimitada proyección de su envolvente marasmo (o “inenvuelta” predisposición) . Un desarrollo articulador de decepción, diferencias, segregación y revueltas, merece cuando menos, ser olvidado y destruido.

Un desarrollo tan constreñido a la obligatoriedad de convivir muchas veces con los objetos más irrelevantes e innecesarios, convierte todos nuestros gestos en objetualización dependiente y ansiosa, y donde cada vez más se suple la acción por el estado.

Ese sueño, conseguido, se dice, está invalidado en todo su discurso, y para ello nada mejor que echar una ojeada a la naturaleza y al hombre. Al mismo tiempo, su idea de implantación es tan soberana que cualquier resquicio de desajuste queda anulado. Acción y salida en el hombre quedan desaupados de interés y sentido. Se ha desvelado el corrimiento de la nadería.

Y en otro lugar diferente, se afirma lo que a continuación transcribimos:

“El concepto mismo de progreso ha llegado a ser inseparable del de desenlace”. (CIORAN, “DES”, p. 29, Montesinos Editor).

Parecería que se nos está hablando de una nueva salida a flote de la identidad, o de una soberana adscripción y así es.

¿Cómo es que el progreso, temible en su incontestabilidad, se ve envuelto en los fragores de la disolución?. La respuesta entra en relación con la insaciabilidad original que, desde el asentimiento tiene la palabra y el hecho progreso. Discutiendo a la naturaleza y discutido, no puede soportar sus contrariedades dialécticas.

La última debelación encarnada por el progreso, sería sin duda, el desanudamiento. No sé si acertamos al decir que la pérdida es lo irreparable, cuando semejaría entonar mejor, que la pérdida real se encuentra en la continuación.

La civilización es un bagaje inextricable, ya insufrible, ya indomeñable. Causa los estragos que conocemos por tener como asentamientos tendencias irreprimibles:

“La civilización, con todo su aparato, está fundamentada en nuestra propensión a lo irreal y a lo inútil. (...) Y que no vengan a machacarnos que ella nos ha curado del miedo. De hecho, la correlación es evidente entre la multiplicación de nuestras necesidades y el acrecentamiento de nuestros terrores.” (CIORAN, “CT”, pp. 44-45, M.A. Eds).

La civilización con su cortejo de hallazgos tiene, como sabemos, investigadores y defensores a ultranza, que son más número que sus detractores. Esta es una evidencia de confirmación social. Con todo, las rumias críticas están ahí, y vamos a repensarlas.

Toda la fanfarria que acompaña a cualquier civilización es un exceso. Lo que se suele denominar con los adjetivos: brillante, floreciente, gloriosa, y con expresiones tales como edad de oro, tiempos clásicos, etc, no es sino una desnaturalización, un desbordamiento. Como producto-avalancha, lo primero con que arrambla es con el hombre quieto, tranquilo. Y este hombre inmóvil que lo fue, se dispara, se proyecta, se descoyunta de su apatía y se unce a la vorágine de la persecución. Persecución que cualquiera de nosotros puede imaginar e incluso sustituir por esa multitud de cosas que nos rodean. Y en esa carrera, el “ser estático” deviene en “ser de cosas”, en un “ser animado”, añadidos que no proporcionan sino futilidad.

Las monsergas, tan abundantes ellas, cifradas en las ventajas que toda civilización proporciona al hombre para librarle de sus zonas oscuras, ocultan la verdadera intención de esos intérpretes: la exorcización de la calma y del abandono en beneficio del frenesí productivo.

La desilusión ante el conocido hecho civilizador es manifiesta. Y la conclusión que establece Cioran es cruda y terminante: el valor en alza del consumo (jerga cada vez más impuesta) alimenta las raíces del miedo. Un dictamen tan descorazonador frecuentemente no nos impide vivir en un marco de ampliado temor, de adquirencia miedosa.

Nadie puede negarnos a cierta parte del mundo el papel de descoyuntadores de la muerte. Después, la hemos disecado en obras:

“El Occidente: una podredumbre que huele bien, un cadáver perfumado”. (CIORAN, “DIHN”, p. 118, Taurus).

Este tipo de afirmaciones parece que sólo las puede rubricar un tráfuga. Un solitario entre un centón de amanerados sociales. Lo más valioso de ella, es que es una afirmación de salida, desentonada, descentrada, desreferencializada.

Es una aseveración de nulo tono, que lleva engarzado a placer el desgaste que enuncia; es toda ella, anodina.

Occidente es la potestad, y cabe preguntarnos si lo que no hacemos por derribar a aquella, supone la complacencia en la instalación en aquél.

Sentirse satisfecho en este humus letal lleva aparejado un desmantelamiento de la fe en el hombre, aparte otras consideraciones, como puedan ser, el orgullo de la firma, la sed de criba de la identidad, y el inatacable estrato del estado viviente.

Y si el dictamen sobre Occidente es hasta escatológicamente irónico y de una previsión terminal, ¿qué, a mayor abundamiento no se podría comentar, de lo que perversamente se da en llamar el resto del mundo?. Aunque ese resto, bajo un modo terriblemente humano, hace tiempo que ya ha depuesto parte de las energías de su presencia aquí, por mor de otro papirotazo que se le está aplicando desde mucho tiempo ha.

El Occidente, (en) su sano juicio.

Asiste el autor lúcido a la percusión de amojamamiento; a las resonancias de la momificación. Egipto, bien pudo dejar muy sellada su herencia en la superficie de este continente-mundo. Sobre los detritos incalculables y sucesivos de nuestro quehacer, levantamos filigranas. Gran parte de la germinación ha resultado huera, y un gesto más vano aún es aplicar pomada a todos nuestros actos. Nada más propio de un orate que escandalizarse ante la corrupción.

Tareas, ocupaciones, encargos, trabajo, en suma, son como ediciones voluntariamente queridas, el orden vicioso que apetecemos:

“Es vicio todo lo que se agrega a nuestros imperativos profundos... (...) Es virtud lo que nos induce a vivir a contra corriente de nuestra civilización, lo que nos invita a comprometer y a sabotear su marcha”. (CIORAN, “CT”, p. 46, M.A. Eds.)

Bajo esta perspectiva, ningún vicio de estos que aqueje a los mortales es nefando. Sabemos desde hace tiempo que lo verdaderamente perturbador es el vago, el desocupado, el parásito, el que, con más afinamiento sociológico se ha convenido en llamar el marginado.

Lo vicioso es vegetar. No lo es, ser un porteador de optimismo, de sana competencia, de un cada vez más exigente dinamismo.

El vicio es la huella; en nuestros tiempos y días, es la atrofia.

El vicio es una carga, un cargamento lleno de obriedad, que tiene como resolución paradójica la de difuminar la inalterabilidad.

Y cuando Cioran nos habla de virtud, está practicando un grado de subversión notable en su entendimiento de la realidad.

La virtud es, no ya una rémora tan sólo, cuanto el haber activo de la pasividad, si esto cumple decirlo de esta última. Hoy, en estos términos planteado el problema por Cioran, un comportamiento virtuoso, sería execrable, lo que no quiere decir ni mucho menos, que salga ganando con ello la civilización.

Nada mejor que boicotear las pequeñas hazañas de cada día, y sería insuperable la situación si nuestro vivir fuese más producto de un mal-vivir que de una oposición emergente.

Deudores de nuestra civilización, sería un error saldar nuestras obligaciones con ella de forma operante. Por el contrario, cumplimos cuando echamos arena a su rueda, sin pasión de esfuerzo, evitando a toda costa el pensamiento de sustituir una civilización “caduca” por otra más “vigorosa”.

Eso es lo que nos está reservado, ese es el objetivo para los que no creemos en ningún objetivo, parecería querer decir el autor de nuestras preocupaciones: la despreocupación destructiva.

Ah, y sin torpemente querer culpar a los extremismos, es claro que la virtud no se encuentra a mitad del camino.

Estas palabras que siguen apenas producen incidencia en la pacatería; más bien se refieren a la empresa moral, a la capitalización celosamente administrada que se hace en

muchas sociedades de la moral:

“Toda la moral no tiene más objetivo que transformar esta vida en una suma de ocasiones desperdiciadas”. (CIORAN, “ECD”, p. 111, Tusquets Editores).

Por otro lado, la moral apunta contradictoriedad, y así si por un lado la desconfianza en el hombre se manifiesta en su restrictividad, por otro, proclama una confianza sin límites en que éste concretará sus expresiones formularias. Goza de una precariedad consustancial: vacila, descrece, recela de la parcela del hombre. Al menos eso llegan a hacer todas las morales con pretensiones. Y otro aspecto antinómico sería aquél del matiz circunvocacional que abandera en un respecto, y su búsqueda por otro, de lo elusivo, de la evasión. Su peor reproche, es que desea coronarse de tangencialidad.

Ser inmoral, por otro lado, incorpora un aspecto plenamente detestable: guarda siempre intereses de incuestionable apegamiento. ¿ Por qué es odioso todo inmoral?. Se tiene muy en cuenta el mal que emite, pero sobre todo produce horror la vitalidad que escupe, que segrega. Es entonces cuando se acepta más dócilmente la moral, porque el inmoral propende a una segunda reproducción de la vida más insoportable que la primitiva.

Entonces la moral puede ayudarnos para propiciar un cierto grado de inacción, pero por esa limitación tan calculada que se establece, es mezquina. No es generosa, se cohibe, se retrae en la desarticulación de cualquier orden. No propugna la disfunción.

Y apaga y condena.

Quien no haga plausible el deseo, quien lo desconciba, merece sin duda esta vida.

Armados y pertrechados de movilidad, no tiene nada de extraño que por diferentes medios prolonguemos los brazos de su supremacía, alargando el ruido y postergando el silencio. Inusitados propósitos que tratan de fraguar el tiempo: prisa, velocidad, rapidez...:

“¿Es realmente para ganar tiempo que se inventaron esos aparatos?”. (CIORAN, “CT”, p. 48, M.A. Eds).

Las respuestas pueden ser contundentes a este respecto, aunque a mí me parece que este tipo de salidas son excesivas, llenas de convencimiento generalizado, lo que las convierte en situaciones irremisibles. No hacer cuenta de tanta rotundidad, eso nos podría curar de muchas “afecciones”.

Si uno de los argumentos del automóvil (pues es a propósito de él la cita) es ganar tiempo, bien merece la pena que analicemos nuestro cansancio. Y más: ¿hemos caído en la cuenta de lo que significa “ganar tiempo al tiempo”?

Es toda una exhibición de la condición humana, de la que excluiríamos a algunos marginados y a ciertos ociosos y para de contar. Es un admirado y deseado estigma de nuestros tiempos. De ahí a entender la utilidad del automóvil, hay un paso muy corto.

Qué miseria, ganar tiempo al tiempo!. Comprimir, apretar el tiempo, es una locura de la supervivencia.

Más que nunca, y para no quedarnos en el Solo, necesitamos decirnos cosas:

“...el amor, pacto tácito entre dos desgraciados para sobreestimarse, para alabarse

sin vergüenza”. (CIORAN, “CT”, p. 89, M.A. Eds).

Toda imagen, toda palabra, en suma, supera al emisor.

Pesan mucho las frases. Y de ellas vivimos. Y cuando las dirigimos hacia los adentros que queremos hacer nuestros, de lo que se trata es de verificar la untuosidad personal, para hacer el Solo algo menos penoso.

Creíamos que la especial confabulación que alumbró el amor se desenvolvía como corolarios de felices. Hay que desconfiar de las notas del amor, pues pueden resultar premonitorias de un campo extenso de halagos dichos sin ningún rebozo o reparo. Lo lenguaraz y lo indiscreto se hallan con harta más frecuencia en la intimidad del solaz entre dos, que en otras circunstancias, aunque así no lo parezca.

No hay mundo de más crédito que el del ciego y obcecado enamoramiento. Amarse no sólo no va a ser la recusación de las debilidades, sino que más bien parece el acogimiento de todas las impronunciabiles derivas que sostenemos.

A vueltas otra vez con el Paraíso, su sola mención lo oculta y desmenuza en la nada. Un mínimo aliento humano es sumamente volatilizador de otras respiraciones. La condición de lábil no guarda correlato con el Paraíso, sino que el hatillo del hombre flotando en el tiempo:

“El paraíso es la ausencia del hombre. Mientras más conscientes somos, menos excusamos el gesto de Adán”. (CIORAN, “CT”, p. 97, M.A. Eds).

El paraíso no es. El hombre tiene una presencia de “investidura” en nuestro mundo, lo que llamaríamos una presencia desnaturalizante, desagregadora de seres. Le ha dado por la exención, y así acaba con la competencia, incluida la de él mismo y para con los demás. El gesto de Adán es nuestra “mejor y mayor” herencia, ese bendito estigma por el que tanto rodamos.

Para hacerse esperar, la historia es el mejor alegato a favor del hombre; como fruta podrida del tiempo, renueva la imposible estacionalidad del hombre:

“Crear en la historia es codiciar lo posible, es postular la superioridad cualitativa de lo inminente sobre lo inmediato, es creer que el devenir es lo suficientemente rico por sí mismo como para hacer superflua a la eternidad”. (CIORAN, “CT”, p. 99, M.A. Eds).

Tal vez es la ciencia-registro que más ama el hombre, y esto es así cuanto mayor sea su contumacia notarial, su alta manía comprobatoria y objetivista.

La idea del esperado y comunitario transcurso sustituye a la soñada pero imposible perpetuidad.

Lo importante, señala Cioran, es que el hombre “ve abrirse ante él una era sin deseo” (*Ibidem*, p. 99). Es decir, unos irregistrables momentos en los que difícilmente pueden palpitar deseos de ningún cariz. Una era inapetente, lejos de esta que vivimos, indeseable por lo demás para aquel supuesto que reclama Cioran.

El hombre promueve aquel tipo de acontecimientos que siempre, retrospectivamente, le condenan:

“La clave de todo lo inexplicable que hay en la historia bien podría encontrarse en

el furor contra sí, en el terror a la sociedad y a la repetición, en el hecho de que el hombre preferirá siempre lo inesperado a la rutina". (CIORAN, "CT", p. 144, M.A. Eds).

De manera ineluctable, aquél vuelve los golpes contra sus espaldas.

La penitencia es algo que le conviene y busca, desde el instante en que supone una distorsión en su práctica vital.

Precisa del arrepentimiento para no aburrirse en la malevolencia.

El miedo a encontrarse sobre todo con un enigma irresoluble, le convierten en un emigrante de diferente facticidad, en un condenado de nueva planta, suscrito a la novedad más estentórea o poco plausible. Sus temores están en el desandamiento, en el desanudamiento de la memoria.

Su única alegría, descargarse de la insistencia.

La elección practicada no deja de ser menos sórdida, por lo menos en el gusto y en los resultados:

"Después de haber echado a perder la verdadera eternidad, el hombre ha caído en el tiempo donde ha conseguido, si no protestar, al menos vivir: lo cierto es que se ha acomodado en él. El proceso de esta caída y de este acomodo lleva por nombre historia". (CIORAN, "CT", pp. 153-154, M.A. Eds).

Tal vez la mayor abyección humana no se encuentre en el "climax" siempre desbordado de cualquier hecho repugnante y detestable, sino más bien en ser comensales de unos acontecimientos en los que está perturbada y equivocada la incursión.

Caer en el tiempo, almohadillarse en él, difícilmente pueden ser considerados como aspectos triunfales. Toda pasión en el tiempo es anulada en la voracidad de la historia. Animales perpetrantes, lo que hacemos casi siempre lo emprendemos por desequilibrar nuestra presencia en el mundo. La única gran manía que padece la historia -y que se puede hacer extensible a cada vez más de las llamadas ciencias- es pretender explicar aún y por último al hombre y a sus sucesos. Que siga dentro de nuestros cálculos lo inexplicable, parece un grave empecinamiento. Mecerse en la historia, como hace el español, como hacen otros pueblos es, antes que nada, buscar desaladamente la muerte.

Hay pocos asuntos que le interesen tanto al hombre como su historia, ese devenir auestas que tanto nos conmueve y atrae:

"La teoría de la doble verdad permite discernir el lugar que ocupa, en la escala de las irrealidades, la historia: paraíso de sonámbulos, obnubilación en marcha. En el fondo, no carece por completo de esencia, puesto que es *esencia de engaño*, clave de cuanto ciega, de cuanto ayuda a vivir en el tiempo". (CIORAN, "DES", p. 9, Montesinos Editor).

Frecuentemente se le espeta a uno, o bien a toda una comunidad, la carencia de firme histórico, de historia labrada. Es un encaje envolvente.

Pero hete aquí que nuestro amigo la entiende incurso en el ámbito de irrealidad, y, ¿qué parte o todo de nuestra seguridad bienquista se nos fractura?. Porque, parece ser, uno de los pertrechos más notorios de la historia es el de la certeza del asentamiento, el de promover la seguridad del pretérito no enteramente baldío.

Lo más insufrible de la historia es que no la podemos contar, y esto referido a personas y a pueblos, nos habla de la profunda insatisfacción de nuestros aposentamientos.

¿Cómo es el carro de la somnolencia de la historia?. Como un vehículo desde el que se capta la reverberación de la importancia, de ser importante. Ahí se encuentra el auténtico “vicariato” del hombre.

Pabilo y cabo de la historia, espacio de ofuscamiento, resumen de “enzezimiento” (sustantivo inexistente “construido” sobre la onomatopeya del sueño), o lo que vale es dormir.

Esa historia que no se pudo interpretar, que tan difícil han puesto para transformarla, esa historia sí sabemos que no es indesmayable al fraude, con proclividad de tantas cosas y no precisamente entre ellas el hombre. ¿Quién se acompasa aún a ella?

No siéndome presentes sus privilegios, ¿por qué acostarme en ella?

Nada, cuando se quiere, queda impune:

“Querer significa mantenerse a cualquier precio en un estado de exasperación y de fiebre”. (CIORAN, “CT”, p. 156, M.A. Eds).

A pesar de su proclamada privacidad, querer es uno de los fenómenos más ostentatorios y públicos, y de ahí que requiera la práctica del arquero.

Nunca tan mayor y sostenido esfuerzo ha tenido además tan extenso y diferente público.

Más que una tacha, la ambición ha pasado por ser un valor destacado, aun sin estar proclamado en las listas al uso de valores, y ahí estriba uno de sus grandes aciertos, en su no inclusión en ninguna casuística. Es un fermento. Pero en su “gloria” está su fracaso, sobre todo cuando se nos habla de ella en aquellos viejos términos de “sana ambición”. No lo es nunca. Lo que realmente ambicionamos es la falta de ser. Y ser, en los momentos que nos toca vivir, admite dos posibilidades: “ser en la desaparición” y “ser en la presencia”. Solamente el segundo preserva nuestra lastimera presencia en el mundo. Al primero es inútil buscarle.

Parece que esta no sea una enumeración gozosa:

“La sexualidad: desmán de los cuerpos, cirugía y cenizas, bestialidad de un ex-santo, estrépito de un risible e inolvidable desmoronamiento...”. (CIORAN, “SA”, p. 84, Laia y M.A. Eds).

Bien al contrario, fricción. El desmán indica la solidez de los cuerpos, no sus requirientes, flaquezas en clave de agudeza, de interpenetración. El desmán lo provoca la suficiencia.

A veces creímos poder sajar la insatisfacción, pero el “pus”, la ceniza, nos hacen desistir -a veces la incontrolable ferocidad del desacuerdo, como en Quevedo-.

Uno de los aspectos más “humanos” de la sexualidad es el del fervor. Pocas cosas más se hacen con tanta fe y convicción. El hombre deposita gran parte de sí en esa preocupante entrega que lo es por no abandonar y abandonarse. “Lo normal es enamorarse”, ahí está el peligro.

Sexualmente se es por acumulación, y nada tan “bestial” como el impulso posesivo del otro, lo que viene a significar superposición afectiva.

Atesorar deseos, acumular respuestas, cegar la fluidez afectiva, eso es enamorarse. ¡Cómo

evitar el torrente lúbrico de un “contenido”!.

Resonante, aun en la intimidad, y sobre todo en ella, ese es el mayor celebramiento de la sexualidad. El “estallido” hacia afuera, en los otros, puede devenir hacia un ruidoso ludibrio. No importa sino la disolución de un quehacer sexual que disfruta del privilegio de lo exánime y de la asignación temporal menos consistente, aunque quizá por esta última constatación sea por lo que el amor puede gozar ante nosotros de alguna consideración.

La sexualidad es un derrumbamiento, un fulgor de precipitación en la modorra del tiempo.

Visto como celebra “lo sexual” la prisa y la urgencia, no cabe ya sorprenderse de los “principios” que gobiernan nuestra apreciada perennidad y que cualquier lapsus de dedicación a aquellos puede degenerar en falta, en pecado de tensión. Siempre hay algo más importante que el hombre mismo: lo que éste tiene que hacer. Y ahí, en ese irredentismo fáctico, es donde se halla su problema y su descalificación.

Si no, abandonar.

Siempre nos rodea y aun nos ahoga, pero con complacencia estúpida, cierto halo de voluptuosidad. Con ella drenamos en parte la decepción:

“Generalmente se encapricha uno de una Eva o de una idea bajo el efecto de un apetito suicida. Qué iluminación sobre la esencia del amor y del fanatismo”. (CIORAN, “EMY”, p. 83, Tusquets Editores).

Tan irrefrenable adhesión a estos dos vértices nos confabula tristísimamente con una vorágine de lo dispuesto, de lo que conoce status, de manera que el “hombre de extinción por servicio prestado” es lo que parece reafirmarse. Cualquier defensa, exagerada o no, de algo, supone una confirmación más de la muerte, y en este sentido es penoso advertir que todavía sigamos creyendo en paparruchas tales como muerte honrosa, heroica, gloriosa, como superiores a sus contraluces -o contrapuntos- de muerte vulgar, violenta o vergonzosa. ¿Hay cosa más abyecta que una muerte “ad hoc”, como es debido?

Esos antojos, esos emperramientos que nos sacuden con regular virulencia, presentan dos santo y seña incommovibles: la mujer y la idea, que nos conducen a un cenit ostentatorio sin precedentes, a una indeclinable obnubilación por la que todo el mundo debe ceder o pasar.

Nada más acabado, y acabador, que servir a estas dos opciones. El amor, entonces, es un acaparador intencional, un sumidero de actos, la prohibición de lo inerte. La idea, el río corrompido de Heráclito.

¿Quién o qué ha podido mandarnos aquí?. Arremetemos constantemente contra un entorno esquivo centrado en su indiferencia hacia nosotros.

La historia de los hombres es la síntesis de esa reiterada muestra de desafecto que el mundo siempre nos reserva y nos renueva sin modificar su pasión primigenia de desdén. Pretendemos arreglar lo que es imposible que se preste a ninguna componenda. Queríamos ejercer de lañadores del mundo y ahí tenemos la descomposición:

“Ser moderno es chapucear en lo Incurable”. (CIORAN, “SA”, p. 21, Laia y M.A. Eds).

Malla o red, confusas, albergan a la Modernidad. La condición del hombre moderno, si sabemos de ella que ha sido, y es aún, muy debatida, pero poco más conocemos de aquélla.

El hombre se desenvuelve en la interferencia, propia y producida, y es ahí donde la ingerencia desempeña el papel de “conocido”, de habitante advenedizo. La suplencia se hace cargo de la situación.

¿Qué es ser rigurosamente modernos, en cierto modo?. Amar la situación. Y, amantes impenitentes, lo que sobre todo nos convence es enredar en lo recurrente, cabalgar en las reticencias.

Si nos pudiera valer, que así no va a ser posiblemente, portarse o actuar como modernos es chapotear en la incontinencia, repetir en la desazón, en suma, en agonizar la insistencia.

Mi espera puede ser aguardar o bien reencontrarme permanentemente con la desaparición. Quien espera, tienta la cancelación. La rima del vivir es desvivir:

“Esperar es *desmentir* el futuro”. (CIORAN, “SA”, p. 64, Laia y M.A. Eds).

Empecemos con que esperar es alterar la comprobación. ¿Por qué estaremos siempre esperando?. Como aquella impenitente sabia respuesta popular, que se refiere a la desesperación, así yo mismo. Pero asimismo, cuando esperamos, nos invade el gozo del desmantelamiento más eficaz, del desmadejamiento más incipiente. También por sobrepasar las tasas de permanencia convencionalmente admitidas en nuestra proximidad, o por “adquirir” tardanzas, dilaciones, retardamientos. Espero y no me conozco; de esa forma, hasta desaparece mi particular aborrecimiento.

Esperar, siempre es una suerte de detención, de “parón” en el discernimiento que “agua” la proyección. No tenemos futuro mientras esperamos, de ahí que gocemos con las expectativas, y muy principalmente con las sobrenaturales.

En otro sentido, la espera “descarga” de todo bagaje el futuro y desdice su papel productor, porque eso es lo que es el futuro, un remedo creador.

¿“Qué estoy esperando?”, parece decir el hombre. No parece haber espera que valga la pena.

Pasa por ser una de las acusaciones, o de las carencias, más penosas de nuestro tiempo el afirmar de alguien que no tiene futuro. Para casi todos, es la introspección más acuciante.

Pero rendirse a la evidencia de la prestancia de la sucesión -el futuro rozagante- añade perturbación:

“Sólo un desequilibrado piensa en el futuro”. (CIORAN, “DES”, p. 17, Montesinos Editor).

Pues el futuro, ¿qué es?. No vamos a preguntar el “clásico” qué nos depara, dado que esa no es una pregunta, sino una especiosa exclamación.

Sabemos que es un despeñadero de interrogantes. Probablemente -pensamos- el futuro es más -u otras- cosas. Pero difícilmente es una situación o posición. El futuro no tiene acepciones.

Pensar en lo que voy a ser, en lo que seré, no me exonera de nada, no me aporta exención

ninguna. Todo lo contrario, pues empiezo el camino del “atendimiento pletórico”.

Privado en desmesura, pienso en el futuro.

Y más sobre la espera, hocico irreverente y anhelante, quilla de nuestra acción:

“Un poeta español me envía una tarjeta de felicitación en la que aparece una *rata*, símbolo, me dice, de todo lo que podemos esperar del año. De todos los años, podría haber añadido”. (CIORAN, “DES”, p. 81, Montesinos Editor).

Para nosotros, no es lo insólito una rata, o en el extremo -si se quiere de repugnancia zoológica- un jilguero. Para nosotros el grado de insoportabilidad se encuentra en la felicitación, en el vaticinio de prórrogas faustas.

Existe, por otro lado, la consideración banal y apresurada -ya un lugar común como otros- de creer que la rata es no sólo dentro de la escala animal -otra presunción- de los más detestables seres, sino también de pensar que al tiempo, seamos superiores a élla. Aun quedándonos en el campo de la metáfora, aquel animalillo es menos sugerente en el desprecio que cualquiera de nosotros.

Cuando tanto esperamos del tiempo, cualquier banalidad adquiere importancia, de manera que lo notable ya no es el transcurso esperado ni lo que en él se da, sino la súplica de la reconsideración (es decir, poder hablar sin importancia ni importarnos), del roer sin pausa a la redundancia.

Esperamos del tiempo no porque no haya otra esperanza, ni haya lugar para ella -aspectos fundantes, no fundados-; esperamos del tiempo para zanjarlo, para no acabar en él.

¿Qué valedores nos podrían mantener si un cierto atisbo de presciencia les acosara vagamente en un incierto momento del día?. Nadie puede interceder por el hombre:

“Si Noé hubiera poseído el don de adivinar el futuro, habría sin duda naufragado”. (...) **“EVOLUCION: Prometeo sería hoy diputado de oposición”. (CIORAN, “SA”, p. 91, Laia y M.A. Eds).**

Mas, ¿qué esperaba Noé, qué esperamos nosotros de los hombres?. Noé quería sacar al hombre de la tierra, y en cierta manera fue el que menos apreció que escampara. Noé conocía cuál era el auténtico diluvio y en gran modo la tierra era, fue y sería su principal preocupación.

Lo peligroso no fue el aguantar cuarenta días de diluviar permanente: esto es un hecho anecdótico en el tiempo; más bien la tragedia estaba en aguantarle en aquella situación durante ese tiempo, y, lo que es peor, y a medida que aquellos se esfumaban, pensar y plantearse cómo soportarlo (al hombre) a partir de entonces. La tragedia se sostuvo más que en la resolución meteorológica en el imposible vaticinio de la duda acerca de su comportamiento.

Embarcarse para adivinar. El naufragio sería el regreso.

Por conservar su mito, Prometeo no descalificaría; más bien trataría de objetar.

Discutir los trasuntos del hombre, encarnadura de la insatisfacción prometeica.

La declinación del hombre, su desviación, es tanto más patética en su adherencia. Lo que disgusta a Prometeo es su repliegue.

¿Cuál es el sentido de nuestra evolución?. Tal vez instalarse en el tiempo, tal vez salir -no sé si a la manera, también, de Jonás en la ballena- del tiempo.

El verdadero interés de ese desbordamiento del hombre, está más que en su cicatería de intervención multipolar, en su propia desestima, en su autodevastación:

“Habiendo rebasado, con sus conocimientos y sus actos, los límites que tenía asignados, ha atentado contra los orígenes de su propio ser, contra su fondo primordial. Sus conquistas son obra de un traidor a la vida y a sí mismo”. (CIORAN, “DES”, p. 61, Montesinos Editor).

Ni siquiera Pirro puede alardear ya de un “curriculum” tan desesperanzador. Con frecuencia está absolutamente clara la acusación que se le hace en la última parte del párrafo final. Casi diríamos que es una constante debida a misteriosos tirones producidos por las renuencias ante el asentamiento poseído. Parece ser cada vez más persistente el desmentido que de sí mismo hace el hombre. Con todo, y aunque las cifras, los datos y las historias confirman aparentemente otra aserción, el hombre se hostiga más a sí propio que a los ajenos. Los otros tienen más presencia y valor que el llamado yo. “Yo” está menos desvelado que otras presencias y figuras.

Depredar es la única espera, sus capacidad, su solvencia.

Cuando algo se trata de publicitar, nada mejor que el dolor, una ampliación siempre exageradamente ramificada de nuestras querellas. Un sin-reposo, el dolor se aviene mal con el descanso, y no deja de ser un magma de ostentación del que alardea el hombre, a pesar de que su mayor tensión podría corresponder a ganarse cada vez de forma más eficiente un grado máximo de simplicidad o caminar a la búsqueda de la disolución. El dolor presume, pues, por nosotros:

“¿Qué es el dolor?. Una sensación que no quiere pasar inadvertida, una sensación ambiciosa”. (CIORAN, “DES”, 9. 85, Montesinos Editor).

Sí, el dolor lo emparentamos siempre con el vórtice y el altar. Nada tan estimable para la compasión y el curriculum de la dureza como aquél. Vecino de la esencia, si no es su sustentador, su hipotética desaparición dejaría sin sentido al hombre al lado de otro hombre. Nadie está dispuesto a ceder un ápice respecto a los demás, en lo que se refiere a la cualificación siempre diferente y nunca mensurable del dolor propio. Siendo nulamente transferible, paradójicamente es lo que más se transfiere; gozando de invisibilidad, es el mayor artífice, y el mejor, de los estragos más visibles y preponderantes en las personas.

¿Cuáles son las ambiciones del dolor?. ¿Qué hay allá, más de él, para que éste ambicione de tal modo?. Se busca la marca de sufrimiento, uno de los pocos, para él o para muchos, estigmas positivos. También se desea la prueba. Con el dolor, se quiere otro estatuto. Sabemos lo que da de sí mantenerlo; aún no conocemos su póstuma resistencia. Quiere doblegar, no ser doblegado. Por ello es tan humano.

La salud es un relato, toda una circunvolución, redime otros lugares:

“La salud es un estado de no-sensación y hasta de no-realidad. En cuanto dejamos de sufrir, dejamos de existir”. (CIORAN, “DES”, p. 127, Montesinos Editor).

Creo que hemos pensado muy poco, que pensamos escasamente en lo que se ha dado en

llamar frases corrientes; al fin, mal creemos, ellas quedan para la gente corriente: como si nosotros fuéramos algo más, y, lo que es peor, algo distinto. Nos consume la pretenciosidad.

Lo corriente, lamentablemente, ha sido usurpado por lo importante, por la circuncidación patológica, dándose fundamentalmente en nuestro mundo lo que llamaríamos “las difíciles inverosimilitudes cotidianas”. Los trancos sociales más codiciados son los del poder difuso, no por ello menos consistente.

“Mientras haya salud...la salud es lo primero”, frases éstas que oímos caer, y que no pensamos sino como atañendo a los demás...Lo que aún no hemos aprendido es que la salud no sea algo incontrovertible.

Para el que la “disfruta” -efecto casi tan sólo compartido y absorbido por el efebismo multicolor de los medios- si esto se puede afirmar, el tipo de plenitud que alumbra no deja de obviar dos asuntos de gran fuste reductor: la sensación y la realidad.

No es muy afortunada la bicoca del poseedor de una salud que por otra parte el lenguaje común la expresa sustancialmente muy bien con petrificación del giro popular de “gozar de una salud de hierro”.

Existir se compadece con sufrir. Los idilios, descubriremos ahora, son de otra manera. No podía ser distinto.

¿Quién puede sostener, no sin cierta petulancia vecina a una sacralización tecnológica muy al gusto y uso, que desaparece el dolor, o que se alivia en ciertas circunstancias?:

“El límite de cada dolor es un dolor aún mayor”. (CIORAN, “DLS”, p. 34, Tusquets Editores).

El dolor, es de natural expansivo. Pensar en cualquier supuesto de constricción del dolor, en cualquier “fe de aledaño” del dolor, es, cuando menos, hacer competitivo, exclusivo y hasta excelso al sufrimiento.

Arbitristas del dolor, nada nos gustaría más que la idea de establecer repartos proporcionales con aquél, el menos arbitrario de nuestros eventos.

Nadie puede exacerbar el dolor; pero que nadie piense tampoco en su carácter de desavenencia extrínseca, que pueda saldarse con determinados y efectivos bagajes comprensivos que lo aparten de nuestro horizonte; porque eso sí, eso parece el dolor, nuestro plano vital.

La sociedad, impuesto placer laborioso, es una mezcla de participación sometida. Está basada en la suma de advenimientos que a su vez descansan en un advenimiento imposible:

“La base de una sociedad, de toda sociedad, se halla en cierto *orgullo de obedecer*. Cuando este orgullo deja de existir, la sociedad se derrumba”. (CIORAN, “DES”, p. 113, Montesinos Editor).

Es difícil hallar una concentración sintáctica tan sin sentido como aquélla formulada más arriba, y suficientemente subrayada. Es, más difícil aún encontrar una fórmula tan preclara del sometimiento.

De todos es sabido que aquí, cualquier imprecación va dirigida a la desobediencia.

Estamos tan satisfechos, pese a lo que digamos, de nuestra sociedad, que la conciencia de orgullo obediente es inescrutable. Así las cosas, obedecer es, sin variabilidad, un placer rígido, y tanto más caedizo cuanto mayor es su intensión.

Ante un cercano umbral de la inactividad, otro tipo de pronunciamiento sin consecuencias, no estará bien visto, dado que nos desarmamos de toda repercusión:

“La indolencia nos libra de la prolijidad y, por lo tanto, de la impudicia inherente al rendimiento”. (CIORAN, “DES”, p. 145, Montesinos Editor).

Prolijidad que debe ir referida al aplomo enfadoso con que narramos el universo, a la “agónica intervención” que abanderamos en todo y a la “suerte activa”, para la que, según la mayoría de nosotros, estamos hechos.

Cuánto hemos creído en afanes!. Y sin embargo, cuánto más difícil la desgana, la denostada acidia. Evitar siempre el educado enojo de las siempre parciales explicaciones, no me digáis que esto no es una auténtica huida hacia no sé dónde, pero adelante siempre.

Nuestras capacidades han sido adiestradas, dispuestas y domesticadas para la producción. De tal forma que si es cierta la alienación ya estudiada en los circuitos productivos, no lo es menor en los que viven de ella y en los sin-trabajo. Estar alienado es estar ocupado, bien en la producción, en la destrucción o en la marginación. Todo lo humano es excesivo, y pedir equilibrio a un desmesurado, sería tanto como pedirle que abandonara esta vida.

La “gallardía de los hechos”, orgullo distintivo de la casta humana, no puede sino llevar a todos los menosprecios, y principalmente el de la naturaleza.

El error ha sido la proclama del hombre.

Y ahora el encadenamiento de varias preguntas, que tratan de lo insufrible:

“...¿Qué es la verdad”? es una cuestión fundamental. Pero ínfima comparada con: “¿Cómo soportar la vida”?. La cual palidece al lado de ésta: “¿Cómo soportarse”?. Esa es la pregunta capital a la que nadie puede responder”. (CIORAN, “DES”, p. 155, Montesinos Editor).

Lo más “halagüeño” para nosotros es que se siga discutiendo sobre la verdad como cuestión fundamental, aunque se conoce en las fundamentales manos en que puede caer, y que la convierten más que en factor de resistencia en un frente de disuasión. La fragmentación o “aliquotación” de aquella es de los fenómenos modernos más míseros y empobrecedores.

Entrevimos magníficos y deslumbrantes apegos a la verdad, y esto puede estar bien, pero lleva sentido lo de Cioran en lo que viene propuesto en las siguientes interrogaciones, pues la primera nos recuerda el real valor “extralimital” de la vida, la sensación de levísimo arrimo que tenemos con ella. Es, con mucho, “la despegada”.

Averiguar una cuestión fundamental parece menos plausible que la gravidez vital, y esto dicho sin requilorios retóricos. Mucho se habla y se ha hablado de sobrellevarla, pero ello no deja de ser una estéril aquiescencia, cuando no un inveterado venero de sufrimiento. No sé si la soportamos o si ella nos soporta. El acento de la pregunta parece depositarse en una intermediación metódica, mejor, pedagógica, y es indudable entonces que la gran limitación que pretendiera resolver esta pregunta, se encuentra en principio en el aprendizaje. Aparte, debemos

tener en cuenta, está el hecho de la suprasemanticidad que toda pregunta apunta y la elongación especulativa que propone. El problema es que no hay solución, sino sólo pregunta.

La insegura, la inexistente, la imposible reflexividad viene a confirmarse en la inabarcable recepción que hacemos de nosotros mismos.

La referencia entrevista a la soledad, a una soledad inquisitiva, hace más difícil la esquiua de la propia expectación que uno se despierta a sí mismo. De ahí surge la única jactancia realmente fundada: la del inevitable aborrecimiento con que nos sentimos.

Llegados al confinamiento, pocas posturas caben que no sean aquellas de encogerse hasta la impercepción.

Uno puede aguantar las adherencias e inherencias correspondientes, por vecindad o por respeto cultural.

Tal vez ultimando.

Aquí puede no ser tanto la decepción, cuanto una suerte de inasumible gravitación:

“No tengo ya nada que compartir con nadie. Salvo durante algún tiempo aún, con el Solitario”. (CIORAN, “DLS”, p. 107, Tusquets Editores).

Cualquier estigma de cumplimiento sanciona la inevitabilidad de compartir, aunque como bien sabemos este es un dogma cuadrangular y uno de los pronunciamientos humanos más regladamente mezquinos. Formalmente ha llegado a constituirse de forma muy compleja, y es evidente su formidable implicación en “nuestra vida”, su refinada promiscuidad.

Ficción y duelo, llega un momento en que debemos abandonar (la-lo). La amarra del común deviene en un buen tono social, y si se quiere hasta en felicidad colectiva. De acuerdo, hemos creado un grupo, hemos hecho un equipo -el ejercicio más moral de nuestros tiempos-, todo lo que se quiera y piense. Y bien, ¿dónde estamos entonces cada uno?. Compartidas muchas cosas, muchas veces, la sociedad es un argumento exigentemente crítico. Y no hablamos de una exigencia del “yo”, sino de una urgente desaparición. Los otros me han ganado, absorbido, me han convertido absurdamente en ilimitado, o no han reconocido mis límites y limitaciones.

Me han hecho creer, lo que sencillamente es aberrante. Después de esa succión, la “planitud”.

Arregladas ya las cuentas con el género humano, lo que es lo mismo que compartir, nada es tan fuerte e interesante que pueda retenerme. Y, sin ningún esfuerzo, nos deslizamos sin sentido marcado por la preposición.

Consolidados no, nada, y nadie, únicamente cabe un respiro para abordar cara a cara al Solitario, que también es no, nada y nadie.

Al fin y a la postre siempre nos acosan preguntas terminantes: quién eres, dónde vives, qué haces, entre otras cosas:

“¿Qué hace usted todo el día?.

-Me soporto”. (CIORAN, “DIHN”, p. 38, Taurus).

Casi nadie regatea explicaciones de una adicionalidad exasperante: es el turno del habitante el que enuncia.

Pero hay, quien va perdiendo progresivamente todo sentido de la articulación. Y en una línea sostenida de prescindencia, todavía quedan arrestos para hacer alarde del único asco que tal vez tenga justificación: el que se vuelve hacia sí mismo.

Ni siquiera en los momentos espléndidos de la más alambicada complacencia, nos podemos sentir a gusto con nosotros. Detestarse es descubrirse.

Sufrirse es un proceso hacia la insustancialidad.

Y bien metidos -"metidos en harina", suele decirse- que estamos con esta contingencia inimitable que somos:

"Nos hallamos todos inmersos en la aventura de la Creación, proeza temible sin fines morales" y quizás sin significado". (CIORAN, "EPR", p. 26, Montesinos Editor).

Nadie parece escapar a la zambullida en la manipulación del Universo, y el grosor de ésta depende muchas veces de factores tales como la agresividad, el conocimiento y el dinero, capital en resumen, que convierten la aventura en una intervención abocada a la degradación, en un numen destructivo.

En el sumidero creativo en que nos desenvolvemos, no es lo más indecente e indeseado la responsabilidad de mayor a menor, sino el conformarse con seguir siendo ocupante, con proseguir con el hálito de existente.

Recostados en el mundo, participamos en su mella con sólo respirar en él, y si la energía nos cubre, este planeta u otros, adquirirán los costurones que les propine el nunca bien ponderado "rey de la creación". Ya nuestra sorpresa desde hace muchos años -e incluso tratando de entender las palabras finales de CAMUS en *La Peste* - consiste en la aprobación y admiración sin límites que producen las obras y hechos de los hombres. La reprobación es lo mínimo que se nos ocurre.

"*No lamento nada, no*", recordando a Edith PIAFF, sino que el hombre se predisponga, que se "remangue" y ponga manos a la obra.

¿Por qué expandirse en hazañas, en bravatas al Universo?. Y el pavor que produce la tarea, cualquier tarea, sería suficiente para eximirnos y eximirla, de cualquier relevancia.

Metas, logros, consecuciones, parece como si aportaran aparte de contento, satisfacción y orgullo, algo más radicalmente insustancial: una cada vez más grande deserción hacia la insignificancia. Hacer es su exilio:

"Toda conquista *objetiva* supone un retroceso interior. Cuando el hombre haya alcanzado el objetivo que se ha propuesto, dominar la Creación, quedará completamente vacío: será a la vez dios y fantasma". (CIORAN, "EPR", p. 103, Montesinos Editor).

Me pregunto en virtud de qué "análisis objetivos" (que siempre serán unos análisis más), palabras como nihilista y nihilismo son el "a rebato" del rechazo, el adunarse de todos los que suscriben abrigados prestigios. ¿Que este texto y otros muchos, que el autor mismo, son nihilistas?; no cometeremos la desfachatez de decir:"Bueno, que lo digan", o como dice el mismo Cioran respecto de DE MAISTRE cuando quería despachar una objeción: "¿Qué puede importarnos eso?" (Cf. en "EPR", p. 73). Pero diremos algo: el nihilista no contribuye a la

disolución, más que cualquier otro. Antes bien, precipitado en la negación, se niega a ahondar en el abismo corriente, reclusándose en el que mejor se le acomoda a él. Es la única persona capaz de elegir su propio abatimiento, y difícilmente se le ve encarnado en el papel de mantenedor de nada, salvo de su desgana y desidia. Su único “esfuerzo” es ser un esforzado de la abulia entre voluntariosos. Cuando todo predispone, hasta lo más negro, a la comprensión, articular el no, la negación, supone un gesto inamistoso a la delicada coalición entre hombre y entorno. Atacar esa ósmosis costosísima, es abrir las puertas a la animadversión.

No querer llorar en este valle de lágrimas, es “aceptar” purgarla más tarde.

Acudir a la llamada, a cualquier demanda, es descuidar onerosamente la propia perplejidad, la única desaparición.

Pretender domeñar “lo que nos cerca”, es, recordando a CERVANTES, poner puertas al campo. Aun concediendo nuestra admiración a los dominadores de la Creación, por mor de las buenas costumbres, nuestro estupor aparecería multiplicado por el hallazgo del resultado final: omnipresente y deshabitado, resumen y difuminación, logro y expansión inútil...simultáneos. ¿Qué conquista objetiva es esta que necesita de la concurrencia, de la complementariedad, de la contradicción y del vaciamiento?.

Dominar la Creación es hartarse de disminución, saciarse de imposición.

Y acabando con el abono más fecundo que nos mantiene...:

“El fracaso es la versión moderna de la nada. Toda mi vida he estado fascinado por el fracaso”. (CIORAN, “EN”, avec Sylvie JAUDEAU, p. 17, José CORTI, Editor).

Y el éxito es la apreciación más sublime, la fruta más exquisita de la ontología. Nadie conoce más el ser que el ahogado por el éxito. Y por ello el interés sumo en transfundirse en ser que muchos atesoran.

Pertenecer al reino de la nada no es algo sobrevenido como acontecimiento inesperado, sino no narrar la estancia en la informalidad. Los encauzamientos del salir fallido pertenecen a la historia, y la conciencia de fracaso se constituye como una extrapolación irremediable.

El esplendor de la nada desmontaba por sí sola cualquier otra concatenación, pero el desprendimiento del magma, preñado de creación, es el malogro por antonomasia, la síntesis de los derrumbamientos. Así que lo que se presumía como la más radiante de las apariciones, es el fiasco de la constancia en el ser.

La nada es un zapador infatigable de sí misma, un desleimiento inmutable, un marco inapetente cuyo único asombro consiste en relatar la nulidad de toda actuación.

La nada no es curiosa. No quiere ver.

“Nada hay nuevo bajo el sol”, señala el *Eclesiastés* (ECL. 1,9, B.A.C.), ni siquiera el fracaso, o quizás, tal vez, que se lo advierta con una mayor clarividencia; el fracaso no es una condenación, pero vivirlo, sí lo es.

Ver el fracaso es cegarse.

5D: “DISPLACER Y DISGUSTO: LA ACCIÓN”.

“La furia de placer y de éxito que llena cada instante, se transmuta, por el suceder, presencia de la futilidad y de la muerte”. (MIGUEL ESPINOSA, *La fea burguesía*, p. 33, Alfaguara Hispánica).

“Y no hay manera de salvar la vida.

Y no hay manera de ir donde no hay nadie”.

(CLAUDIO RODRÍGUEZ, “Nocturno de la casa ida”, -fragmento- en *Casi una leyenda*, p. 24, Tusquets Eds).

“¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol”? (Eclesiastés, 1,3, p. 684, BAC).

Aviso para emprendedores de cualquier laya, dispuestos a no desperdiciar la ocasión de asaltar la confianza y tranquilidad de sus congéneres:

“El impulso que nos guía y que precipita la ejecución de cualquiera de nuestros actos, es casi siempre inconfesable. Nadie salva a nadie”. (CIORAN, “CT”, p. 39, M.A. Eds).

Subidos a nuestra reserva, allanan cualquier porqué con esa especie de confianza decretada que según ellos exponen, parece descansar en el hombre. Esa ascensión que libran hacia cualquiera de nosotros, parecería alejarle cada vez más de sus objetivos primeros, pero no es así: a mayor penetración, mayor fanatismo. Es así como cualquier técnica de persuasión es harto peligrosa.

Incubados sus delirios en ese depositario inmovilizado que somos cada uno de nosotros, jamás admitirá que ha abatido nuestras escasas resistencias. Y hablará entonces, de propósitos. Propósitos que él desea que le lleven muy lejos (¡qué engañoso el lejos!) y que, sin embargo, de boca cercana admitirá que están dedicados a los que tiene más cercanos y próximos. Es por ello que tal ambición o tal gloria se hacen inconfesables, por el sentido de desmesura que poseen.

Todo afán, todo impulso, toda acción, sólo se conciben en uno propio, pero para concitar la suerte, el lance, se establecen remedos sociales. Es una especie de confabulación permitida, la que a veces se produce entre uno mismo y cualquier grupo que esté de acuerdo con lo que aquél dice.

Pero ni el ser solo ni el ser influido denotan reciprocidad.

Ninguna capacidad se atisba en el hombre que permita hablar sobre sus bondades desplazadas a otro humano. Es más: siempre está postergándose a sí mismo. Cada cual, esa puede ser una de las divisas.

Por último, el “nadie salva a nadie”, puede guardar un paralelismo con ese “pesimismo a ras de la gente”, que se identificaría con frases como aquellas que suenan así: “nadie hace nada por nada, o por nadie”. Quizás.

Toda actividad nos está prohibida:

“El hacer está mancillado por un vicio original del cual el ser parece exento”. (CIORAN, “CT”, p. 100, M.A. Eds).

Y a nuestro pesar, la seguimos acumulando. Pero la paradoja se halla en que no nos pertenece en absoluto, aunque nos agarremos a su historia, a sus trabajos y a sus cumplimientos. Nada más lejos del ser que el ejercicio, que el probarse o probarlo. Hacemos porque probamos, porque medimos, porque nos creemos en la existencia.

¿A qué otra situación se le puede aplicar con mayor justicia y justeza, lo de que todo conspira para que nos sintamos mejor en el frenesí que en la atonía?:

“No veo nada más contrario a nuestras costumbres que el aprendizaje de la pasividad”. (CIORAN, “TE”, p. 11, Taurus).

Desde que se produce el alumbramiento -¿cabe incluir este término como el más esclarecedor y el más razonable, si atendemos a la descripción del momento del nacimiento, y, fuera de la connotación periodística sentimental, ya que presumiblemente “no científica”, bajo una estricta perspectiva lingüística, es la que se ciñe a una mayor adecuación en el puro denominar?- se produce sin interrupción, y como propuesta vital insoslayable, y muy exigente, la superación indesmayable de innúmeros Rubicones; es ahí donde percibimos, como una de nuestras herencias más nítidas y menos discutidas, la del César, para algunos, y para otros -y sin remedio posible- la de su contrario.

Y es que la medra nuestra se nutre -en este gran embargo que llamamos el pergeñamiento vital, al que por cierto, muy pocos están llamados- de la contingencia menos minada y discutida de nuestro siglo, y de todos los siglos: la del laboreo en cualquiera de sus prescripciones.

El trabajo, es la divisa que proporciona mayor índice de notoriedad, el ápice que más se conviene en gregarizar.

La colmena se acredita sobre la desgana y el abandono.

Y, en otro lugar, surgen estas descalificadoras palabras de aquellos que se prendan de cualquier intento:

“Sólo merece confianza quien se constriñe a perder la partida: si lo logra, habrá matado el monstruo, el monstruo que él era en tanto que se empeñaba en actuar, en triunfar”. (CIORAN, “TE”, p. 183, Taurus).

No sólo parecen estas palabras un alegato a favor de todos aquellos a quienes genéricamente se les califica como “perdedores”. Ya es muy importante que alguien las pronuncie y las mantenga, al menos para que el contrapeso arrasador del éxito no propicie la esterilización absoluta de sus contrarios.

Pero hablan también estos términos de un “monstruo” posesivo, de un advenedizo que se recuesta como nadie en el hueco que detenta la manifestación más respetada de la identidad personal: la de la lacerante acción.

Conceder importancia a los hitos que jalonan el tiempo, -colocarle diademas, embridarlo para nuestros “propósitos”- es una de las actividades más plenas de sinsentido con que untamos nuestra importancia en este vivir nuestro, tan singularmente “notorio”:

“La existencia demoníaca eleva cada uno de los instantes a la dignidad de acontecimiento. La acción -muerte del espíritu- emana de un principio satánico, luchar en la medida en que uno tiene algo que expiar. La actividad política es, más que cualquier otra cosa, una expiación inconsciente”. (CIORAN, “OP”, p. 23, Tusquets Editores).

Es cierto que cada una de nuestras presencias la queremos convertir en sustancia relevante, pero la paradoja se halla en que agotamos toda la polisemia de aquel adjetivo último: nos alzamos y nos alejamos.

Hacemos algo, cualquier cosa, por defraudar -y no refrendar, por tanto- la apuesta devoradora de la disolución, por una insistencia obsesiva en la consumación, planteada casi permanentemente y sin apenas fisuras en nuestro encuentro y respuesta práctica a la realidad, e impelida a la conformidad; y otras raras y extrañas veces, planteada (propuesta) como una exigencia acelerada de una debida retrospectiva que cumple la devastación.

Un inconsútil e inconsolable temblor le proyecta fuera de la revocación rebañadora de la quietud. Vencido del alelamiento del silencio, purga el ruido. La acción es un desmán. Hacemos, en fin, porque desistimos. (Probablemente, sin éxito).

¿Qué atrafagada trifulca para con los demás le puede conducir a uno a extremosidades como la santidad, o a la notoriedad al uso, (o a la carrera política), entre otras varias más, que desembocan en un atrafagamiento (atraillamiento) de la purga?.

¿Es la actividad política un pletórico desvanecimiento de la desaparición, un fluido inatacable del “entendido en desentendimiento” que trataría con su prédica de impelernos a derrotas de tránsitos infundados?. ¿Es, además, un sordo sobreentendido que comete, en nuestra amodorrada anuencia, un ángel impune?.

Pocos como el político que lleguen a entender con tan embarullado y sofocante énfasis el significado de la encarnación.

Apenas puede encontrarse nadie ni nada tan predispuesto al requerimiento como el ser humano:

“Jamás el espíritu dubitativo, aquejado de hamletismo, fue pernicioso: el principio del mal reside en la tensión de la voluntad, en la ineptitud para el quietismo, en la megalomanía prometeica de una raza que revienta de ideal...”. (CIORAN, “BP”, p. 20, Taurus).

Él es fundamental y principalmente el llamado, el llamado aquejado y roído (penetrado) de proposición. Siempre es un respondiente, un dado a la proposición.

El que vacila, el que duda, es, de momento, el que se halla fuera de toda contemplación, y al que se le trata sin ningún atisbo de aquélla.

Que la duda aceche, produce y ampara como hecho más notorio el desdoro y el aplazamiento de la actividad, de la comunión productiva, que es la más común y clara delación de los hombres a lo que regularmente se entiende como humanidad. La torsión del dubitante evita, en mayor o menor grado de entusiasmo o de intensidad la declinación del “homo faber”, la abierta e ilimitada predisposición a intervenir, como se dice, constructivamente.

El emprendedor es la antítesis del que se siente enmarañado en el júbilo de la duda.

Pero si aventar la duda parece una de las globalidades menos discutidas de nuestro tiempo (o mejor ensambladas), no parecería exagerado creer que al carcomido por la duda ya no le compete ser portador de un carácter no pernicioso sino muy al contrario.

Cioran, y una vez que ha quedado despejado su apego a la debida extenuación de la vida en el mundo, no ha cesado, desde su cesantía vital, de expresar su repudio, cierto es, sin pretensiones de que sea oído o seguido, por la causa “venatoria” de la voluntad, por el revuelo logrero de la acción o por los jadeos henchidos de la importancia de sus congéneres.

Cuantas veces observo el bullir de la vida y el incontenible prurito del actuante, siento que se dilatan las imposibles e imparables concomitancias con el mundo circundante:

“He querido suprimir en mí las razones que invocan los hombres para existir y para actuar”. (CIORAN, “BP”, p. 60, Taurus).

Siento, sí, que una inapelable incomprensión se fragua entre las celdillas del ocupado y el abismo improductivo del ocioso.

Pero, ¿qué ocurrirá cuando -y el devenir histórico no tolera estas veleidades- la proclama de una sola persona tuviera palabra, ámbito, eco, respecto del cuestionamiento y reserva que se estableciera ante la vida y ante la acción?

La presunción de tal agitador, no infundirá ninguna preocupación y sí mucho sarcasmo cuando no conmisericordia o desprecio. Es por eso que a quien le acucia tal deseo de abandono, le urja de modo paralelo, tomar la derrota de la abulia por seguir estando y por seguir haciendo.

Tal y como se presenta el espasmo de la vida y los hechos (el hacer) de los hombres, sin apenas dificultad, y sin que la transición a abandonar el estado precedente causara lamento o desdicha, renunciaríamos a cobijar por un instante más los argumentos que sellan nuestras servidumbres.

Y no sólo se trataría de (socavar) soterrar los efectos, los resultados, sino de socavar la posturalidad del distendido-en-el-mundo, de desliar el tejido de carnalidad en la materia.

El camino de intervención que hemos emprendido desde el comienzo de nuestra presencia en el mundo, no nos permite ni el respiro ni el repudio. ¿Qué otra cosa podríamos ser sino entreveramientos de labor?. La tarea nos teje:

“Es demasiado tarde para que la humanidad se emancipe de la ilusión del acto, es sobre todo demasiado tarde para que se eleve a la *santidad del ocio*”. (CIORAN, “BP”, p. 62, Taurus).

Parecería que librarse de ese acontecimiento compulsivo que consiste en aportar esfuerzo, fe e ilusión en el ejercicio que no cesa, es una aplicación imposible. Aplicarnos como lo hacemos, ocuparnos en el grado que lo hacemos, nos aleja de la complacencia sin límites en la desconsideración.

Concatenados a la consagración de la cornucopia, ungidos de santo deber por henchir el granero, difícilmente adivinamos que estar amarrados a la ciega noria de la producción, no produce en realidad sino una hegemonía de la destrucción y el desecho. Adoramos, de preferencia, el cascote y el derribo.

¿Para cuándo dejamos la inacción, la sintonía -esa sí, más correspondiente con nuestras entretelas- con la agonía, con cualquier atisbo de participación?. Nada más habitual en las bocas que el “estoy cansado, estoy harto, necesito descanso, etc”, como más sentido, pero también, y al tiempo percibido por todos, como lo que produce más resentimiento social, en lo que compete al individuo y al grupo respectivamente.

¿Cómo es que se detiene, se frena, el clamor ascendente del asco?.

La parálisis viene producida, probablemente porque somos armazones, bastidores de contemplación.

Si cosas hay tangibles, una de ellas es la de la aprobación:

“El observador descubre un matiz suplicante en la mirada de todo aquél que ha terminado una empresa o una obra...” (CIORAN, “CT”, p. 85, M.A. Eds.)

Muy frecuentemente nuestra vuelta a los otros no es para descubrirnos, sino para confirmarnos en sus gestos y palabras. Aquí nadie se abre porque vivimos la paradoja del encierro abierto. Nuestra intimidad es la llave de muchas tragedias, la atada, y bien atada ya, Caja de Pandora de nuestros tiempos. Lo malo de la intimidad es que en ella devoramos muy pronto la rumia de la complacencia que nos prestan los otros. De ahí que adquiera una importancia cada vez más decisiva la demanda de tiempo de ocio, libre, de esparcimiento en todos, aunque, eso sí, tal vez, para inflar la “in trayoidad”. Curiosamente el alimento del hombre se hace en contra del hombre, y es cierto que cada vez somos menos, y menos, asimismo, deseamos ser de este mundo.

¡Aquel grito que aleja la maleabilidad y el cumplimiento del dietario!. Posponer hasta la exasperación la sanción de la parte alícuota que cohesiona la llamada contribución social:

“¡No quiero hacer nada!”; se es más indulgente con un asesino que con un espíritu liberado de los actos”. (CIORAN, “BP”, p. 170, Taurus).

Esa exclamación que cundiría mucho más allá de cualquier mal ejemplo, que se estamparía en el corazón colectivo peor que la más impía de las blasfemias.

Y si no hace falta hurgar mucho para entender cuál sea la reacción de los que alientan por un lado, y de los que por otro, sostienen la Actividad, reacción que, justo es decirlo, resume la implicancia en una execrable obviedad, la espiral de producción y consumo, ¿qué diría, como salida, ante este desplante para obtener nada por parte de algunos, o muchos, una de las más celebradas y loables de las posiciones éticas, cual es la tolerancia?. ¿Están amparados los ociosos por ella?. ¿Es la inviolabilidad el sagrado del trabajo?.

El porqué se le guarden más miramientos (deferencias) al asesino que al mendigo, puede descansar en el considerando de que el primero principalmente se mueve por : -y aquí no nos cabe sino sucesión inacabable de preguntas, algo definitivamente inasible-¿Por una aprensión definitiva a la identidad?. ¿ Por la inevitable, ineluctable, atracción retrospectiva por la caída?. ¿Por un irreductible desprecio al individuo, y no tanto a la especie?. ¿ Por una inevitable (indesplazable) y profundamente escondida secuencia de desplazamiento?. ¿ Por lo que anida, indeleble,

en todos nosotros, de indicio precario, confuso, engañoso síntoma, de común inmortalidad?. ¿ O lo hace, finalmente, por un ilimitado celo por el decrecimiento (rebajamiento) de la frugalidad?.

El segundo no se mueve, y tampoco parece aguardar gran cosa. No espera nada, y cuando lo hace es un sedicente cliente penetrado de indiscutible estatismo.

Y así como al que delinque se le quiere en la mazmorra, a éste no se le quiere en ningún lugar, o, si se le tiene que soportar, se le transfunde al solar de los desprecios, donde están colmadas todas las indiferencias. Es ahí donde comienzan a florecer muchas de nuestras aguerridas violencias, y este “echar de sí” enmohece una de las escasas posibilidades que aún nos restaban de escapar de la familia productiva.

¿Cómo es posible, que, -según se dice, y lo dicen muchos- al socaire de la llamada sociedad de la abundancia, el grito, ese grito primero -toda una historia de la postergación, por otra parte- no sea escuchado, no sea bendecido, sino al contrario, en suma, no sea impostado en nuestra realidad?.

Desde luego, lo importante no sería la múltiple e inacabable edición de explicaciones, sino el incesante crescendo, voz universal, del grito.

El “adelante, siempre adelante” no es potestativo de determinados adalides de la acción, sino espina clavada en casi todos los pensamientos:

“Quien por distracción o incompetencia detenga, aunque sólo sea un momento, la marcha de la humanidad, será su salvador”. (CIORAN. “SA”, p. 53, Laia y M.A. Eds).

Grito de todas las empresas, parecería ineludible la incorporación coral, a no ser que apartemos a un lado prácticas tales como el trabajo, el progreso, el coraje o la valentía. Las cuales, y no a tenor tan sólo de sus resultados pueden ser enteramente discutibles y discutidas.

Bisar figuradamente espacio (adelante) y tiempo (siempre) con tanta energía parece ser uno de los intentos más desafortunados de nuestra presencia en el mundo. Toda reiteración dinámica, es un impulso de destrucción, pero nada conmueve los cimientos de este aserto, porque se dice de inmediato y enfáticamente...de destrucción creadora.

Así que...parar.

Despistados e ineficaces no son, en principio lo que creamos que eran. Una rara “virtud” poseen: no se cobijan en la seguridad ni en la satisfacción y plenitud de este mundo. De ahí los equívocos que transparentan. Colocados en un hueco social, van a advertir como pocos, lúcidos ellos, el desastre de la función, propia y colectiva, amenazando con frecuentes ausencias la tenue irremediabilidad de lo orgánico.

Salvar la inacción, más que salvarse a uno mismo.

Si ya de por sí es costoso, y es un problema hacer algo, lo más genuino y representativo del acto humano es, que precisa y exige una escena, un tornavoz escénico:

“Todo acto halaga a la hiena que hay en nosotros”. (CIORAN, “SA”, p. 61, Laia y M.A. Eds).

Lo que nos preocupa al realizar un acto es su relieve, su oracionalidad.

Quisiéramos, o queremos ser obras, hechos, actos, pero sobre todo estos últimos para poder aspirar a configurar el mapa de nuestra existencia, y que en ella se barajara con deleite una sola suerte: nuestra acción.

Y sin embargo, ¿por qué está mal visto “hacer por hacer”? Es la activa rutina, la exigüidad dramática, ítem más, por el carácter de expectativa en disolución.

Quién, es acto; otros, hacen por hacer. La cara y la cruz de los paradigmas, activo y pasivo, burgués y trabajador.

La visión circundante complace al devorador de proyectos. El caníbal hace la historia.

Agarrados a una perpetua compulsión, cual es la de alumbrar y abortar luego todos los acontecimientos, nos movemos en el arrinconamiento y la exigüidad del recuerdo más válido: el del soterramiento. Por el contrario, nuestra perdición está en la exigencia, en que nos exijamos:

“La ansiedad - o el fanatismo de lo peor”. (CIORAN, “SA”, p. 95, Laia y M.A. Eds).

Devenir en espera insustancial, sostener la desgracia fluyente, aneja como necesidad...pudieran ser primeras reflexiones.

En la ansiedad, no se sufre tanto ella como las anticipaciones que evoca. Invocar, en ello está el sufrimiento.

Nunca nos las prometemos lo bastante felices con nuestras ansiedades, nunca, estamos ahítos de ellas. Es toda una disciplina de la prosecución. Fanáticos ya, por fin, de la errabundez, siempre soñaremos con lo perdición.

Sería difícil incluso ponerse de acuerdo acerca de qué cosas nos insuflan orgullo:

“Podemos estar orgullosos de lo que hemos hecho, pero deberíamos estarlo mucho más de lo que no hemos hecho. Ese orgullo está por inventar”. (CIORAN, “EMY”, p. 50, Tusquets Editores).

Pero concedamos que entre ellas se encuentran el trabajo, la familia, el avance..., de los que se hacen ímprobos esfuerzos por su fluencia vigente.

¿Qué se puede esperar de tan ardientes defensores, de unas defensas tan a ultranza, tan roqueñas, tan pétreas?.

Suelen tomar partido...Orgullosos por tanto de enarbolar algo, nosotros, primates desasosegados.

Henchidos de herencia, nunca convaleceremos de la importancia que siempre respecto a terceros, nos atribuimos. Resueltos, cogidos, aquejados de futuro,

empeñamos hasta los arrestos en proyectos de silencio, en paradigmas de incomunicación, aunque es de lo que más se habla.

Aquel orgullo que exige pararse, contemporizar con la atonía, “deseguir”, en suma, el ser detenido sin autoridad, el ser ovillado y enfangado, merece cuando menos una consideración, y es que no parece difícil probar que es ser inteligente el estarse quieto.

El hacedor de empresas, cualquier emprendedor a mínima escala, necesitan una regresión sin condiciones. Del ilimitado “salto” del hombre estaría en desandar, en una tornavuelta vitalicia:

“La instauración de un equívoco universal ea la proeza mas calamitosa que hemos realizado y la que nos hace rivales del demiurgo”: (CIORAN, “EAD”, p. 19, Taurus).

¿En qué consiste, el porqué de su inamovible presencia?. Por su vecindad con la fluctuación más impredecible, se multiplica en la expansión, adora las fugaces plenitudes, respira en la plasmación. A una mayor presencia y conocimiento por nuestro lado del mundo, se relaciona la abertura y complicidad del equívoco, de tal manera que pensando en incrementos, nos diluimos en insignificancias. Nunca un dislate ha sido tan productivo y el provecho que sacamos de nuestra presencia “hic et nunc et semper” se corresponde con la circunstancialidad de un desacierto.

Como proezas, el hombre, arbitrariamente, ha dispuesto una panoplia que rivaliza con cualquier género de hartazgo o de voracidad. Producen asco y cierta conmiseración asistir a la recepción de las hazañas a las que se nos convida.

Y cómo corren todos tras esas invitaciones, prueba, cuando menos, el vigor del equívoco en que estamos enciscados. Lo que da medida en gran parte de nuestra sustancialidad, es el apartamiento con el error que incluía entre sus pretensiones la de radicalizar el paso por la inclusión en el mundo.

La pasión por desbancar, en nosotros antesala o puerta de eversión, recrudece cada vez más la incomparencia de lo que una vez se creyó humano, y acentúa así mismo la “competencia transformadora” de un ser doblegado a la interrupción, de lo quieto.

No estar contando en el magma de lo inmóvil, obliga a padecer como impostor el dilema de la acción.

Suplantar al creador nos encamina a una función de sustitución de creencia, es burlar y hurtar la mejor disposición que teníamos para desaparecer por el hueco de la historia.

Es difícil contrarrestar -o resistirse, o negarse- el bullo afán de moverse, de un ir y un venir permanente, de un acá para allá:

“La mayor parte de nuestros sinsabores viene de nuestros primeros movimientos. El menor impulso se paga más caro que un crimen” (CIORAN, “DIHN”, p. 73, Taurus).

Pero la pasión, una de sus vetas más poderosas, se encuentra en el propósito de ayuda al correveidile aceptado y tolerado. No está nada bien vista la pasividad, y en términos escolares y sociológicos en general, el pasivo es un portador de estigmas, un apestado. Aquel que se mueve, se dice con un cargado cinismo exento de responsabilidad - va a resultar ser, es decir, es lo más plausible, o sea, el éxito. Por lo tanto, hay una equivalencia que se celebra por encima de cualquier otra y es aquella que identifica activo y vida; nadie que no posea un grado aceptable de convulsividad, llegará a nada. Al menos, eso dicen las reglas. Probar el sabor de la vía activa, nos convierte en postulantes repulsivos de la exasperación.

La queja, profunda, es no sólo por estar aquí sino por hacer lo imposible por permanecer. Una aparente situación de ser tangente se ha trocado en una realidad de enquistamiento en el mundo

Si los presupuestos (más o menos conocidos, mejor o peor expresados) acerca del entorno hablan cada vez más de la paridad insignificante del hombre con respecto a animales, plantas y cosas, no cabe duda que la mayor impostura sería encontrarle un acomodo y una inserción en aquél, aunque se cifre todo en una concurrencia teórica entre iguales. La cuestión está en la mala definición (¿) que se ha dado de naturaleza y de seres naturales.

La marginación de nuestro yo, parece desde hace tiempo el pecado más intolerable, la suma lesa majestad:

“Hemos sustituido la *ausencia*, que debió haber sido una tarea y una obsesión, por el acontecimiento, y todo acontecimiento nos mancha y nos corroe puesto que surge a expensas de nuestro equilibrio y de nuestra duración”. (CIORAN, “CT”, p. 43, M. A. Eds).

Esta es una sociedad “mismática” de arrolladora presencia del yo, y en consecuencia y debido a su misma estructura personalista, de arrastre miserable de otros yo. Las alturas de un yo determinado conllevan los abismos de otros yo, más determinados aún. Un ego escatológico aparece triunfante por doquier.

La exención no es lo que nos proporciona placer, sino más bien el entrometimiento. No figurar en ningún posicionamiento ni evento, es lo mejor que nos podría haber sucedido, aunque nuestras energías se han desbordado en la participación. Y ya no nos “bañamos” una , sino infinitas veces en el río de lo sucedido. Nos sumergimos en la realidad con todas nuestras ganas, chapoteamos en ella de forma inmisericorde, y únicamente braceamos con agonía cuando alguien pretende sacarnos de los cienos de la acción.

Damos todo por estar presentes, por servir de algo. Estamos llenos o inundados de sentido común, y siempre, siempre, tratamos de buscar un sentido a todo.

Cuando tanto nos vinculamos con el acontecimiento, cualquiera que este sea, hay una importante concesión a nuestra insignificancia y un referir ajeno que nada importa.

Pero esta narración que sí cuenta , caiga quien caiga, es lo que permite exprimir la historia.

¿Qué aprenden los pueblos?:

“Ninguna nación ha descubierto hasta ahora el secreto de la sensatez en política y religión a la vez” (CIORAN, “DES”, p. 37, Montesinos Editor)

Sobre el citado secreto, no cabe atribuirle ni siquiera la mención, dado que ni tan siquiera por separado se les puede conceder aquel usufructo tan apreciado por las mentes dotadas de equilibrio. Porque, veamos, ¿qué muestras de tal virtud, interpersonal o social, nos enseñan las conductas de políticos y religiosos?

Claro es que ese reconocimiento nunca va a ser tolerado por los mentores.

¿Cuándo el poder ha tolerado ni siquiera su sombra, o cualquier ensombrecimiento?

Política y religión nunca en verdad han sido dos poderes, sino un “corrimiento” del poder. El porqué de determinadas colisiones, implica más a la descalificación de otros aspirantazgos que a eliminaciones definitivas de los “pares”.

Es entonces cuando aparece la colusión que producirá la amenaza hacia el desahucio y habilitará la cooptación.

Más que en sus propias habilidades, su persistencia se encuentra en el hecho de que nadie - con el llamado “peso” social- va a discutir la indispensabilidad del poder. Políticos y religiosos dominan con desparpajo absoluto la afirmación, de manera que toda secuela de duda alejará a los hombres siempre del poder, de la religión y de la política.

Además, ¿quién asegura que esa conjunción simultánea de “bien hacer” no fuera “inhumana”?

Si nuestra fe en la afonía deseada y nada proclive a ser conocida, si nuestro cada vez más estrecho silencio nos compromete en la angostura del decir, qué hacer sino rechazar todos los remedios, y qué no hacer en lo irremediable:

“Incluso cuando nada sucede, todo me parece de más. ¿Qué decir entonces ante un acontecimiento, ante cualquier acontecimiento?”. (CIORAN, “DES”, p. 92, Montesinos Editor).

Vivimos en la abundancia y en la demasía del “sin suceso”, y , es más, tan imperceptible a veces constatación, semejaría una abrumadora sobrecarga. No creo que sea lo más sobrecogedor el episodio, que siempre se necesita inventar e inventar más tarde, sino justamente su ausencia, Contar para el hombre es algo más que una cuestión de supervivencia.

Desafortunadamente, decimos demasiadas cosas, son un torrente nuestras opiniones ante cualquier acontecimiento. Derrochamos baba ante ellos.

Lo menos gratificante que tienen es la expelencia que desean producir, una especie de aroma personal, ese sí , que conturba todos los deseos más profundos que poseemos de serenidad y de desentendimiento. Lo que se escurre de ellos, lo que se destila, es un auténtico mandamiento de sometimiento.

Nos deja tan mal parados en su resonancia universal y planetaria que difícilmente nuestras resistencias no se pliegan a sus propósitos, aunque este sumidero que todo acontecer es, nos ayuda a desterrarnos un poco más de este mundo. Con la efímera resistencia que le ofrecemos, se instala decididamente el desdén .

Con inclasificable ingenuidad muchas veces he defendido la nobleza de la actividad política:

“La política, baja tentación prometeica, ¿qué es sino un desequilibrio permanente, exasperado, la maldición por excelencia de un simio megalómano?”. (CIORAN, “EPR”, p. 132, Montesinos Editor).

Hoy me he dado cuenta de que cualquier complacencia es perturbadora, y además advierto en mí una cada vez más poderosa conciencia de la imposibilidad. (El reino, la política es el reino). Oyendo hablar -porque verles actuar pertenece a las sombras- a los políticos, esos inclasificables de la dedicación, uno tiene la sensación de encontrarse ante el diapasón de la sinceridad y del entusiasmo. Su peor defecto es sumarnos y agregarnos a todas las expectativas. Es la gente más prometedora...para la desaparición. Los más dados a lo ajeno, son también los más proclives en prohibirlo.

Siempre terciando, de auténtica anomalía puede calificarse su reflexión en el silencio. Excedentario de propósitos, pero nunca dispuesto a la excedencia, los únicos retiros que se permite son los relativos al desbocamiento de las preferencias. Es únicamente la ausencia de las “afinidades electivas” lo que determina su apartamiento. El político, ser político, es la vigencia, ser vigente.

¿Es tópico y gratuito el desprestigio que conocen la política, los políticos?. Aun dejando aparte la incurable tendencia a la difamación que tenemos para con todos, el político es merecedor de exhabruptos por encarnar en muchos sentidos el disparate. Lo que no se le perdona es que no admita parangón posible, su soledad como intérprete de opciones.

Promesa, madrastra de la historia, tambaleante ejercitación (o agitación) de un especialista en promover felicidades cautivas, la política reviste la exaltación de un convencido.

Pocas cosas tan insoportables para el “hombre importante” como la pernocta en las cavernas de la innominación. La más agobiante preterición se esfuma con el más ínfimo elogio. El “Ah, de la vida...” de uno de nuestros clásicos, es el gran vocativo que da fe de nuestra presencia:

“Si cada quien confesara su más secreto deseo, aquel que inspira todos sus proyectos y todas sus acciones, diría: “Quiero ser elogiado”. ”. (CIORAN, “CT”, p. 85, M.A. Eds).

Vivir, sobre todo, es que a uno lo recuerden, que se lo recuerden. Ser asiduos en bocas ajenas, eso nos encanta, nos emociona como ninguna otra cosa. Por eso hay una profesión que apenas ha sufrido modificación en el tiempo: la de panegirista.

¿Por qué querer ser elogiados, por qué se desea con ese ardor lleno de imprescindibilidad?.

Es una excepción, casi inencontrable, sustraerse a la alabanza, sin oponer apenas remilgos a la marca de procedencia.

Parecería que, sin la aprobación que proviene de los demás, fuera hartamente difícil ejecutar cualquier variante de autoafirmación.

Esperamos que del elogio dimane un campo de resarcimiento que en cierto modo aplane la difícil contextura de uno mismo.

El conocimiento de la propia satisfacción, su vivencia, no tiene parangón con las gratificaciones publicitarias del elogio.

La inacción sin valor social ninguno, alumbra sobre todo las oscuras e intraspasables preocupaciones y reflexiones en un “desámbito” que nada desprende ni trasciende:

“Únicamente tengo la impresión de ser eficaz, de hacer algo positivo, cuando me tumbo para interrogarme indefinidamente y sin objeto”. (CIORAN, “DES”, p. 87, Montesinos Editor).

Uno tiene la idea y el placer de estar inconvocato y de ahí podemos comprender como la pereza o la desidia pueden no ser tan inútiles y detestables como pensamos. Pereza y desidia tienen un “desvalor” menos funestos que sus contrarios, con frecuencia: son inconcituables, y ahí es nada.

Cuando me interrogo frenética y desordenadamente, con destino manifiesto, puede ser que no me emancipe de ninguna locura, pero al menos sí me libero de la más dañina y trivial. Tal vez lo portentoso no resulte apostar, sino deslucir el acontecimiento.

Evitar, y eso sí entra dentro de lo posible, la proyección del afán:

“Estar cansado no solamente de lo que se ha deseado sino de lo que se hubiera podido desear. De todo deseo posible, en realidad”. (CIORAN, “DES”, p. 109, Montesinos Editor)

Abandonar toda fuerza y ni siquiera, aunque fuera uno de los caminos y vías, soñar con la flaccidez.

Cualquier situación de concentración tiende a desbocarnos.

Cansancio de seguir, pues el deseo es la continuidad.

También nos corroe lo indeseado, y de esta lacerante presencia nos libramos con un rechazo nunca bien resuelto que nos fatiga en un acosamiento perpetuo.

El cansancio de lo que se desea o bien hubiera podido desearse, aparte de abrir la mayoría de las veces los caminos de la imposibilidad, y del incumplimiento, establece lo inexhausto de la insatisfacción, nuestra nula conformidad.

Agotados en la pandemia del deseo, maltrechos ya por la abundancia de su petición, apenas aspiramos sino a una obvia, clara e ínfima recapitulación del desastre.

Nacidos para hacer, para hacer cosas, difícilmente entendemos este vacar sorpresivo, “horas muertas”, se dice, horas vacuas, horas intempestivas para todo orden sacro:

“El patrimonio que más nos pertenece: las horas en que no hemos hecho nada...Son ellas las que nos forman, las que nos individualizan, las que nos vuelven *desemejantes*”. (CIORAN, “EMY”, P. 35, Tusquets Editores)

Horas impávidas que no ayudan a nada, que dejan incluso de ser horas. ¿Qué pensar, qué pensamos de las gentes que no hacen nada?. Hostigados por el trabajo, delirio de cumplimiento, no alcanzamos a tolerar sino un descanso rentabilizado, apurado en sus dimensiones de programación. Pero ese tiempo baldío, momentos enemistados de activo, sí es capaz de cuestionar tanta orgánica verdad y tanto organizado discurso, y exangüe, se mide a la inoperancia. Descompuestos, vagamos, y no hay mejor mundo que el perdido, el de la perdición.

Nadie nos reconocerá más en las reglas de la simetría.

Deambular por el foro, obscenidad de obscenidades. Uno de los signos que se perciben en este mundo es aquel altar de las propias quejas para encontrar bendición económica. Detestables seres que transitan por todos los sahumerios:

“Si se comenzara por suprimir a todos aquellos que sólo pueden respirar sobre un estrado !”. (CIORAN, “EMY”, p. 170, Tusquets Editores).

Como prueba contrastada de enorme insuficiencia tenemos que ver al hombre. Si ya es difícil soportar las complicadas concatenaciones posibles de todos los días, imaginemos ciertas presencias que se convierten en omnipresentes y omnipotentes en nuestro deambular. Es insufrible el alarde que practican los medios, la cierta “estabilidad” que quieren implantar de la opinión.

Cualquier delectación incluso la más intempestiva, puede anidar en nuestros recovecos.

Deshacernos de ellas y deshacernos nosotros. Abajar las pretensiones, soliviantar a los que se asientan en el poder, es empezar el proceso exculpatorio, al que, sin referentes, todos nos debemos de entregar.

Establecer sobre una caída un palio, equivale a valorar la quimera.

Lo irrespirable es ascender, avanzar.

De los motivos del orden, suplantador efectivo, se va a hablar ahora:

“... de hecho, todo orden que desee perdurar sólo podrá lograrlo si se rodea de cierta oscuridad, si corre un velo sobre sus móviles y sus actos, sólo lo conseguirá mediante esa pizca de “sagrado” que lo hace impenetrable para las masas”. (CIORAN, “EPR”, p. 38, Montesinos Editor)

El problema se halla en el “levantamiento” del orden, del que son inquilinos tanto la derecha como la izquierda, y aquí sí que no se puede acudir a los “matices”, sutiles diferenciadores. Alzar la constitución del orden, es entendida como una de las operaciones más nobles e inteligentes del hombre, más si cabe-se comenta- si se tiene

en cuenta la indocilidad múltiple que encuentra a su paso. Se exagera en su invención contributiva. Se quiere ya empezar a sujetar, a someter a admiración y obediencia. Lo peor, que nadie va a poder desdecir esta “manera de ser o de actuar” del orden. ¿Por qué la turbiedad del orden?. Sería fácil e irónico decir : porque los mantenedores del poder en todo momento, tienen pocas luces. A veces, sucede esto, pese a su redoblado esfuerzo por demostrar lo contrario y por querer hacernos entender que la “misión” de estadista, o de político, es de las más duras e incomprendidas : palabra de ellos.

Pero el orden, sobre todo, “ofrece” pocas salidas, mejor, le gustaría obstruir; es obstructor, y como nadie, entiende estas prácticas. El orden sella. ¿Quién de vosotros puede dirimir contra un orden cualquiera? Podría decirse entonces: “el primer tapón, zurrapa”, y esto que se extienda en validez hasta el último intento.

El orden es turbio porque se obnubila en su propia contemplación y se deleita en sus mandamientos. Llamando a la convocatoria y a la afinidad, nada peor para él que no hallar respuestas o que las haya con distinta iluminación. El orden es un compacto en aguas de placidez, y nada tan pestilente como el agua mansa.

Y luego, la ocultación, el juego, la máscara... ¿A quién sirve el orden?.

Ah, las “causas”:

“Nada más odioso que el tono de los que defienden una causa, aparentemente comprometida, pero triunfante de hecho, que no pueden contener su alegría ante la idea de su triunfo ni impedirse convertir sus mismos espantos en otras tantas amenazas.” (CIORAN, “EAD”, p. 26, Taurus).

Presiento que tendremos que ocuparnos, cada vez con menos espacio para comprenderlas en rigor, en desaparecerlas de su vocación cada vez más “genuinamente germinativa”. Todos nuestros esfuerzos -los pocos que aún somos capaces de allegar por esta gloriosa indolencia que padecemos- deben dirimir la putrefacción del caldo de cultivo que puede hacer posible la aparición de las nuevas. O, mejor aún, esperaremos el agotamiento definitivo de ese poso de beligerancia que poseemos y que consiste en salvar al prójimo de sus ansias.

Si ya concebirla era un reto inane, hacerla audible y darle publicidad semejaría la “liberación” de una disposición a la competencia confrontada con los desánimos, que era preciso soliviantar, o al menos, desterrar: así fueron sembrándose las causas del trabajo, del matrimonio, de la religión, de la guerra... Todas ellas secuestro de un estado de ánimo originariamente indispuerto con su localización.

Confiere la causa, cualquiera, audacia, justicia, vigor, seducción, violencia... El prosélito, en efecto, arremete destempladamente contra la activa promiscuidad que le perturbe: quiere otra actividad, no es que quiera suprimirla.

Cree, a pies juntillas, que la equidad es su salario, y, cruzado de ella, fuerza todos los sometimientos; es en la presión donde alcanza su mayor clarividencia. Su alegato de sobreviviente pasa por ser indiscutido, pero nunca desecha que la vida de los demás esté en entredicho.

En resumen, un caballero andante plegado como intérprete, a las fantasías de los demás.

Exultantes más por la enajenación de los demás que por el propio gozo del buen suceso, es ahora cuando conciben una quimera inextricable de proyectos que acabará en la asfixia... de los demás.

Nótese el ligero énfasis en la expresión “obligación de existir”:

“Sólo es subversivo el espíritu que pone en tela de juicio la obligación de existir; todos los otros, empezando por el anarquista, pactan con el orden establecido”. (CIORAN, “EAD”, p. 138, Taurus).

Ésta se manifiesta en multitud de palabras y gestos que hacen posible la reduplicación y redundancia de la vida, mal que pese. No hace falta recordarlas aquí, son la memoria más y mejor predispuesta.

Hacemos dejación de nuestros más cálidos impulsos en beneficio de una rémora de resignación a la que llamamos existencia.

Pensemos: cómo chorrea ésta a veces, y sobre todo, el goteo de ella en cada segundo, en cada fracción difícilmente mensurable por el reloj: son esos instantes, los últimos, los que hacen inevitable la presencia de un transfigurador que acabe con el agobio de la sucesividad.

El problema es si alguien es detentador de ese espíritu subversivo que encarne en recomendación. O en cuerpo de doctrina, pues, ¿quién se atreve a vaticinar que lo que él inventa no merece un mínimo de atención, y ser escuchado en sus proposiciones?.

¿Es un espíritu aniquilador, destructivo, con plenitud de negación?. No, es un espíritu desgalvanizador, que ha “plantado” al deseo y a la acción, que ha empezado a desfilar él mismo fuera de la historia. Un espíritu, en definitiva, que no aspira a decir: aquí estoy.

6 E: "CREENCIAS"

"Dios mío, estoy llorando el ser que vivo" (Cesar VALLEJO, "Los dados eterno (fragm.), en *Obra poética completa* , p. 105, Alianza 3).

"Es un desierto circular el mundo,
El cielo está cerrado y el infierno vacío".

(Octavio PAZ, "Elegía Ininterrumpida, (fragm.), en *Libertad bajo palabra*, p. 78, Fondo de Cultura Económica).

"Teresa, alma de fuego,
Juan de la Cruz, espíritu de llama,
por aquí hay mucho frío, padres, nuestros
corazoncitos de Jesús se apagan "

A. MACHADO, *Proverbios y Cantares*, XX, en *Poesía y Prosa*, Tomo II, Ed. Espasa Calpe, Edición de Oreste MACRÍ, p. 573).

Cuánto no adoramos lo que damos en llamar ritmo de los tiempos!:

“Al transformarnos en frenéticos, el cristianismo nos preparaba, a pesar de sí mismo, a engendrar una civilización de la que él es víctima”. (CIORAN, “CT”, p. 46 , M.A. Editores).

Y es que vivimos, siempre ha sido así, en tono crucial, alentando no tanto el hacer, como la faena de hacer. Si mucho nos gusta la acción, tanto más, o no se le queda a la zaga, cualquier esbozo o planteamiento de proyecto. Es difícil saber el porqué de la inoculación, de este frenesí. El de la acción desde luego, pero habría que decir más bien el prurito de la acción distinta. Porque las acciones, digamoslo así, de la paganidad, se hallaban acompañadas de un factor de asistencia instrumentado por el mismo hombre, mientras que con el advenimiento del cristianismo este factor adquiere caracteres de distanciamiento más que cósmico, por así decirlo. Puede ser que de ahí se derive el paroxismo de toda acción desde entonces a acá.

La acción posible, cualquier acción, es más compleja por tener que suturar la distancia, aunar las preferencias del que aquí está y del que sin estar, ESTÁ.

A partir de este momento comienza para el hombre el recorrido de los caminos posibles y el de los tramos inconseguibles. Y el habitual infortunio se instala definitivamente en nosotros.

Sobre la presencia, la presencia que se “insoportabiliza” cuanto es más cercana:

“Desprecio al cristiano porque es capaz de amar a sus semejantes *de cerca*. Para volver a descubrir al hombre yo necesitaría el Sahara”. (CIORAN, “DLS”, p. 59, Tusquets Editores).

La proximidad convierte en tangible la manía, la desazón y el empantanamiento. Ser próximos es ser enemigos, beligerar inconsideradamente.

Acercarse, esa es la imposibilidad. Vacío sobre vacío, al menos se prefiere el desierto, que no habla. Esa extensión a la descubierta que es el hombre, no puede compararse en sus oficios -o efectos- nocivos con la extensión estática, con la casi quietud mineral del Sahara.

Nadie se libra del apercebimiento dudoso que mostramos:

“Nos ingeniamos en destruir reputaciones, la de Dios en primer lugar”. (CIORAN, “CT”, p. 60, M.A. Eds).

Jamás explicitamos el “plácer”. Todo contento nos está prohibido.

¿Por qué el deseo, o el afán, o el regusto, de rebajar, de ser tan consecuentes en la maledicencia?.

Podría ser todo un debate en torno a la ubicación, es decir, Dios es aún una irresolución general en lo que se refiere a su localización, pues lo que hemos aprendido de su presencia nos habla con nula contradicción de su inalcanzabilidad y de su más

ardiente cercanía, algo así como si Dios fuera una puesta en escena a la que no podemos acceder, pero de la que es imposible sustraerse.

Hablamos de Él, y con Él por su más que probable e irrenunciable sentido de la ausencia. Nunca podremos explicarnos qué hace posible el clamor irrespirable que vivimos, el lugar que ocupamos, y por qué no pudimos disfrutar de la ciénaga “prometida”, carente.

Hablamos mal, de lo que sea, de quien sea, por mal estar.

Imposible contemplar al hombre sin sus aditamentos. Sin el cortejo apabullante de objetos que le marcan. Comida, ropas, techos, abalorios sin fin, registros en suma de él, no le bastan en ningún momento:

“Llevamos en nosotros, como un tesoro irrecusable, un fárrago de creencias y de certezas indignas. (...) El hombre es el ser dogmático por excelencia”. (CIORAN, “BP”, p. 77, Taurus).

Tiene que ejecutar el añadido inabarcable de todos los censos agregados y adjuntos con él. Tiene que ensartar cualquier brizna de universo en el devenir de su pobre sangre. Es, siempre, el magnate insaciable del postizo.

La gran excusa que todos los elementos naturales poseen para arrojarle de la indistinción, es que no se con-forma.

Llegado al pensamiento, todo un centón de expresiones ideológicas se sobreponen a sus manifiestas debilidades, y comienzan a atiborrar de manera incesante sus días y sus noches, como culminación de sus excelencias reflexivas. Pero falta lo más importante, como es lo de penetrar con dichas elucubraciones, y con propósito de conquista, en el ánimo del feliz descuidado, que acabaría siendo desalojado de la inadvertencia.

No están muy lejos de ser lo más importante para el hombre la preservación y mantenimiento tutelar de que lo que ellos creen y afirman, pasa por ser el sedimento basal sobre el que van a crecer las grandes expectativas, propias y ajenas. Fundidos en la delectación de lo que piensan de sí mismos y de la proporción en que eso mismo influya febrilmente en los demás, creen que la única suerte de embebimiento es la que nos sujeta, vía coyundas, al yugo del acarreamiento conceptual que concebimos, como herencia y como voluntariosa aportación, esa nimia, aunque pensemos siempre decisiva, cuota intelectual que nos corresponde.

No hay otro animal más transido por las preocupaciones que este ambulante desastre que es el hombre.

Ducho en indeclinables -por mucho tiempo- convicciones, gran parte de sus tempestuosas (equivocas) afinidades conceptuales descansan, más que en la propia y dispuesta aceptación en lo que de difusivo e impregnante guardan para los demás. Es la única concesión heterodoxa que de la herencia en sentido lato, deciden programar.

Trasojados de seguimiento, sólo nos queda guardar la pulverización de la máscara.

En muchas ocasiones sí echaremos de menos no haber sido coetáneos de otras fidelidades o de otros pronunciamientos para, en el cotejo, poder arrumar los presentes, los actuales presupuestos, o tal vez adivinar que en la confrontación inevitable entre los pasados y los actuales se derivaría necesariamente de ello una hecatombe de todas sus exigencias y premisas:

“...no puede evitarse el ser contemporáneo de una fe, de un sistema, de una ideología, el ser, en resumen, de su tiempo. Para emanciparse, haría falta tener la frialdad de un *dios del desprecio*”. (CIORAN, “BP”, p. 161, Taurus).

Nos alcanzaría, sin duda, un alto grado de satisfacción y de conformidad, el ser testigos, absolutamente abúlicos y desinteresados, de una pugna inagotable entre las seguridades inamovibles de cada tiempo. Una dura pelea entre premisas engalladas.

Si fuera menos exigente la succión del tiempo... Si, como pensamos muchas veces, proscritos de cualquier atisbo de continuidad, descortezados de la imposibilidad de los convictos, nos apartaría de toda la desazón omnipresente la consumación de nuestro inaplazable relevo en estos dominios, lo que cada vez se nos ocurre, concediendo una mayor operatividad al énfasis de lo verbal y de la decisión, es desembarazarnos de la rueda de los días, y en estos, de sus acontecimientos y circunstancias. No es una malandanza ni una tragedia el hallarse en la situación del alienus, del enajenado en las directivas de los vivientes.

Siempre será preferible retozar en la inmunidad que no en la colaboración.

Para buscar más allá de la tangencialidad con nuestras épocas, con cualquiera de ellas, nada que no sea sino el desinterés más corrosivo o la apertura sin desmayos por las trochas de la supresión más ferviente, va a hacer posible el gran y más descartado de los deseos: concluir.

Ser, como un dios, cuyo desdén propicie y alimente sin intermitencias ni vacilaciones, la abstención.

Son estas palabras perfectamente percibidas de un espacio y de un tiempo:

“Así que, pensé, la decadencia es, en España, un concepto corriente, nacional, un cliché, una divisa oficial. La nación que, en el siglo XVI, ofrecía al mundo un espectáculo de magnificencia y de locura, hela ahí reducida a codificar su abotargamiento”. (CIORAN, “TE”, P. 46, Taurus).

Acierta, de plano, y sin nombrarlo, el tipo de ecos verbales que el poder - entonces vigente en España, la dictadura- quería que se oyesen y reprodujesen.

La decadencia en España...No es tanto una sensación de prolongada postración, cuanto una imposibilidad real e histórica de poder volver a infligirla sobre otros... (Para los que creen en la losa pesada de la citada decadencia).

No está confirmada todavía la esperanza en España de que se solvente el pasmo y el contraste que produce el efímero -o poco prolongado- disfrute del amor efectivo del poder, y el lance amargo -celos del poder- que provoca la sostenida permanencia del componente de decadencia. Que se puede compendiar en. “Cuánto fuimos...qué

somos” (o pintamos). Este es un pueblo que encuentra inexplicable no haber ido en ser más allá de lo que se fue, que peor va a comprender el rapto del ser.

La segunda parte de la cita nos remite emocionalmente, a autores y obras finiseculares, que, si en su momento fueron certeros en el análisis de fenómenos de su tiempo, hoy sus consideraciones quedan bastante desdibujadas y poco congruentes en la mentalidad y preocupaciones del común.

Sigue estando, no obstante, presente, por debajo de la corteza de los recuerdos, determinado componente de esa ruda nostalgia de un poder y una presencia universales, que se va adelgazando, debilitando, y que siempre surge, aunque cada vez más como ingrediente grotesco, en todos los proyectos de ambigüedad universal de las políticas, pero cada vez más dilapidado como caudal heroico.

Saldar la articulación multigénero, pero también la verbal:

“Más fácil es renunciar al pan que a las palabras”. (CIORAN, “TE”, p. 91, Taurus).

Puestos a averiguar dónde la mella nuestra es más profunda, no nos sería harto difícil entender que fuera en la progresión hacia un inatacable laconismo, paraíso del sin-ánimo-de-respuesta.

Sonar y “saber” las palabras: uno de los trasuntos que debe considerar nuestro tiempo.

¿Por qué se oyen, se lanzan, se proyectan, tantas palabras?. Ninguna época hasta la presente, ha jaleado y demolido tanto las palabras.

Nada tan mediático, y nada tan inversor.

Pero, sí queremos responder, o movernos en el intento, a la pregunta anterior:

Las palabras buscan. Tratan, por mor de la descripción del mapa del tiempo, de incluirnos entre los receptores de su efímera y evasiva determinación. Se oyen porque perpetran una equívoca y extraviada indagación, interesada, desmentida, indiferente, aquélla que trata de asestar un golpe a la fundamentación del silencio. De lo que se trata es de soliviantar al hombre, en origen, vicario incontestable del mutismo.

Llagados por el hambre, antes musitaremos en la bocanada última cualquier palabra que prescinda como referente de un bocado, y rodaremos, exangües sin remisión, por el desgranamiento de raras y oscuras palabras que nos refieran a cualquier estremecimiento que no tenga que ver con la necesidad...

Decimos las palabras porque nos decimos, porque (necesitamos decirnos) más que ellas, nosotros por su mediación.

Sorprendemos, un día, sin palabra en la boca, nos recuerda estar ganados ya por fin, en la abolición.

Todo es hartazgo. “Me queda la palabra”.

Ya se dijo del Dolor más atrás, pero siempre rezuma su presencia. Su explicación es más efectiva que la de Dios, más dispersa su geografía. La sensación, acrece a la creencia:

“No es Dios, sino el Dolor, quien disfruta de las ventajas de la ubicuidad”. (CIORAN, “SA”, p. 72, Laia y M.A. Eds).

¿Cómo hablar de la ubicuidad en términos de existencia y asistencia?. Para nosotros no es un “lleno”, sino más bien un vacío.

Lo que la ubicuidad presupone, lo que quiere decir, no es hacer suyo el alrededor, sino superarlo.

Debiéramos desaparecer de nuestros lugares, apagar nuestra actividad. ¿Qué cuota de importancia o volumen, se consigue atizando el trabajo y el deseo, por ejemplo?. Todo proyecto viene definido justa y precisamente, por su fracaso. Lo más intolerable de la ubicuidad es su querencia.

Efectivamente, más yace el dolor que la salvación.

Seguramente, Dios se abisma. No hay nada de contradictorio en el Dolor. A más activación de nuestra presencia, más se ahínca el Dolor.

Desear y permanecer vienen a ser premisas del Dolor. En la escala de asediar, si es que alguna queda, Dios es el asediado, no el asediador. Nada más consanguíneo que el Dolor.

No tiene ningún futuro, y sobre todo, se le nota entre aquellos que han pretendido instalarse en alguna forma de aquél.

Siempre nos produjo temor un Dios que estaba en todas las partes, y a este respecto existía también un Dios inconfesable, lo cual nos mantuvo en tiempos difíciles en una cierta intimidad. Dios dejó de interesarnos porque Él no tiene intereses, por carecer de egoísmos. Era demasiado para nosotros. Con la humildad ganada y el dolor, regresamos a Él, pero, ya, desatentos.

El reclamo, la oferta es, engarzarse:

“Si es verdad que Dios detesta tomar partido, yo no me sentiría nada incómodo en su presencia, tal sería mi placer de imitarlo en todo, de ser, como Él, un sin-opinión”. (CIORAN, “DIHN”, p. 25, Taurus).

Como si una inadvertida, y flaca y pálida solidaridad nos urgiera a modo de comezón de tenia. Se nos urge a cada instante hacia un pronunciamiento de bajos fondos, el de la abisalidad de inexpresivas e inútiles concordancias. ¿Quién nos ha pedido que deseamos oírnos?.

Desde el momento en que se produjo el silencio de Dios, hemos equivocado nuestra pasión, y así, en lugar de callarnos tal cual Él hizo al contemplar su obra, principiamos a hablar incansablemente, comenzando la nuestra: el ruido. Y de esta forma, en lugar de sumirnos en la estupefacción, nos recreamos en la estupidez, nos encanta oírnos, y, como se dice en un castellano recio, nos gusta que nos regalen los oídos.

Hechos de una textura de incontables adscripciones, sometidos a una inevitable connotación oral, lo que procede es el silencio y la desagregación más radicales. Pero, creadores de tumulto, vivimos con una conciencia de alharaca sangrante.

De lo que hace y cumple Dios, estas palabras:

“Dios cumple en definitiva una función: la del diálogo”.(CIORAN, “EN”, avec Sylvie JAUDEAU, p. 19, José CORTI, Editor “.

¿Quién es Dios, además de parecer el único interlocutor, cuya reserva y silencio son proverbiales, y donde lo oculto define la mediación?. ¿Quién explicita formalmente su comunicación con Él, salvo santos y elocuentes?. Dios es la discreción, nosotros el estruendo. Dios, es el recurso anhelante.

Cómo acudir a los hombres y mujeres, con los que a duras penas acaba por compartirse la desazón. Cualquier intercambio produce zozobra y ese malestar nos arrastra a departir fuera de las exclusas del vivir.

Quedarse con Dios como último asidero para conversar, no puede ser sino un a hecatombe de la continuidad. Dios quedará en su obra, el mundo, y nosotros descenderemos a nuestra natural imperfección.

De donde se ve que la religión tiene que ver mucho con la pasión:

“Una religión no es nada por sí misma, su destino depende de los que la adoptan”. (CIORAN, “CT”, pp. 73-74, M.A. Editores)

Necesita seres afectos, personas que se rindan a la “gran solvencia”.En cierto modo, la adopción por parte nuestra de cualquier religión, viene a ser un hermanamiento con la inocencia intrascendente en la que desde siempre hemos deseado vivir. El éxito- y el fracaso en suma- de toda religión es incluir la trascendencia en todos sus pasos.

Seguir la corriente religiosa entraña abrazar una creencia hasta el atiborramiento o el desaire; también, buscar una implicación en la defensa, en abrir los cauces del allanamiento espiritual. El resumen bien puede ser un reino. Atarse a una contribución al mensaje.

Este fragmento pertenece a un artículo de 1969, en el que Cioran recuerda sus primeros tanteos con M. ELIADE:

“Somos todos, y ELIADE el primero, excreyentes, somos todos espíritus religiosos sin religión.” (CIORAN, “EPR”, p. 188, Montesinos Editor).

En él aprovecha para rememorar los equívocos y las inmaduras reticencias que a veces adornan a la juventud con respecto a los “mayores”, es decir, el matiz darwinista que inevitablemente ponemos en candelero en algunos momentos de nuestra vida.

Lo que se creía y tenía como nortes, como referencias inapelables, ha desaparecido insensiblemente de nuestras preocupaciones. Habiendo superado el primer “abandono”, ahora sí somos capaces de abandonar las “creencias inmunes”, entre otras cosas porque no se corresponden con nuestro desmenuzamiento inevitable.

Dejamos de creer por darnos cuenta del inalcanzable rasero en el que se deben citar nuestro propósito y la perfección. Cualquier religión implica una redundancia que no siempre se está dispuesto a acometer; es en esa cifra de altura, es en ese criterio de elevación importante que siempre se recuerda, donde previsiblemente se pierde la concentración y el interés. La religión compromete en exceso el sometimiento, y olvida que, pese al consuelo, es demasiado arduo el sortear este mundo.

Por esa conciencia de lo inabarcable, de lo inabordable, es por lo que el hombre se desliga de la religión.

Pero, siempre mantenemos un apego, el apego de una “salida”.

7F: “UN SUJETO A ACHAQUES ”.

“Qué patético fracaso
la belleza y la salud”.

(Jaime GIL DE BIEDMA , *Moralidades* , p. 52, Ediciones Orbis)

“¿No perciben un paralelismo entre los destinos de los hombres y de las imágenes? ”.

(Adolfo BIOY CASARES, *La invención de Morel*, p. 87, Alianza Emecé).

“...Porque la enfermedad principal del hombre es la inquieta curiosidad de las cosas que no puede saber; no le es tan malo estar en el error como en esta inútil curiosidad ”.

(Blas PASCAL, *Pensamientos* , 147, p. 73, Ediciones Sarpe)

La aparición del hombre en la tierra, aún es objeto de perentorias y lentas aproximaciones de muchos especialistas, de la múltiple conjugación de diversas aventuras científicas en sus ciernes:

“Siempre que la palabra *extravío* acude a mi mente, trae consigo la revelación del hombre. Y también es como si las montañas reposaran sobre mi frente”. (CIORAN, “OP”, p. 16, Tusquets Editores).

Aun y suponiendo que la ley de inserción, perdida entre las “partes” se recupere con el muy buscado “eslabón”, la noción (idea) de desencaminar es la que nos acompaña. Habría que convenir en que aquella expresión que se utiliza para sellar el pecado en determinadas bocas, como “camino de perdición”, no se encuentra tan lejos de las palabras citadas, y aun de la desaparición de un paraíso tratado con irreverencia, con sumo desdén probablemente.

El hombre se ha de-portado, desquiciado, y aparece y aparca (se estaciona) a la luz de todas las intemperies. Finalmente, es abajado.

Como si de enterrar el debate se tratara, pueden estar pronunciadas estas expresiones:

“...Resulta torpe y vulgar hacer una afirmación que no sea para corroborar la totalidad del mal, el dolor y la tristeza. El optimismo es un aspecto degradante del espíritu, porque no se origina en la fiebre, ni en las alturas ni en el vértigo...”. (CIORAN, “OP”, p. 34, Tusquets Editores).

La estremecedora ausencia que en nosotros es el silencio, pasa por ser la más inconstante de nuestras más reales variaciones, con él sellamos -con el silencio- nuestro real dar de sí. Nos compromete, es un mal compromiso, la locuacidad.

Al hablar, cuando hablamos, vertemos a borbotones los limos que nos constituyen, y que, arrebatado de un desafortunado emplazamiento, mejor haríamos en dejar espesarse por sus subterráneas acequias.

Nuestra proyección esencial hacia los demás, casi siempre consiste en espetarles temores, quejas, estados difusos. Nuestra conquista del otro, estriba en enquistarle una inyección de paisanaje cósmico, en inducirles una convicción cierta de que comparten remedos de existencia.

Cualquier aseveración o cualquier ronda de cualesquiera de nuestros pronunciamientos, cualquier textura del gesto, nos exprime en jugos amargos, es decir, destilamos desasosiego y desazón, y cuyo último propósito es que compartan como impregnación severa los demás.

¿Cabe entonces, suspirar, alentar, porque se fragüe el optimismo entre nosotros, aparecido él y procedente, como sabemos, de las cimas (simas) inversas?.

El hombre es presencia, quiere ser presente:

“Sólo cuando te ves desnudo te acuerdas de que existes y de que eres mortal. La vestimenta nos confiere una superioridad artificial sobre el tiempo.

¿Cómo va a ser uno mortal con un sombrero en la cabeza y una corbata al cuello?. Las ropas han creado más ilusiones que las religiones”. (CIORAN, “OP”, p. 108, Tusquets Editores).

Nada más arrebatador de su naturaleza que el no tener asiento en la nómina de efectos del mundo.

En una propiciación sin precedentes de la esterilidad, el hombre se siembra en el mundo, es la sembradura de la imprescindencia (de preocupación por él mismo) dentro de la más estricta inadvertencia universal.

Vestirse es trazar el estancamiento de la proximidad, dilatar el inevitable emplazamiento, reanimar la decadencia inherente a toda presentación... Vestirse es siempre una extralimitación, como si uno se aparejara única y simplemente para vivir de contertulio en el conciliábulo del tiempo.

Cuando uno o una se viste, se pretende anular la pertinaz constancia de los despojos, y en ese acto de recubrimiento que provoca la vestimenta, acto de espesa fe, se depositan un complicado dispositivo de esperanzas y se espera asimismo de los demás que obliteren todas sus deficiencias.

Para nuestros ojos, vestir es conseguir un cierto grado de obnubilación, y es algo aceptado que todos nos sentimos abocados a un marco conciliatorio en la insinceridad, y que nada nos causa menos perplejidad que ser portadores de exagerados instantes de inversión.

La fe anchurosa que concedemos a la expectación que suscita nuestra presencia en el mundo, nos hace olvidar dónde y cómo se mellan todas las creencias:

“El defecto de todos los hombres que creen en algo consiste en menospreciar la muerte. Lo absoluto de ella sólo se revela a quienes tienen un agudo sentido del carácter accidental de la individuación, del error múltiple de la existencia. El individuo es un fracaso *existente*, un error que afronta el rigor de cualquier principio”. (CIORAN, “OP”, p. 281, Tusquets Editores).

La más segura de las resoluciones nada es en el confrontarse con la más firme disolución que nos envuelve. Y por encima de la profecía está siempre la promesa. La soledad personal proviene de lo incurable que es en la muerte el hecho de que cometa cualquier inadvertencia, y es esta presencia intersticial de ella con el resquicio para cualquier otra esperanza abolido, lo que nos deja solos.

En algo coincidimos en que estamos (dados) a la muerte: en nuestra negativa a retractarnos, como ella hace.

La existencia, más que navegar, vaga en el desacierto; cualquier individuo es un desacierto que desafía a conciencia el rigor sumo de la decepción.

¿Cuál es la ofrenda de nuestro universo?. ¿Hay otro, u otros, que lo pudieran sustituir, mejorar, hacerlo menos áspero, duro, imposible, pongamos por caso, y como vías de ejemplo?:

“Que me ofrezcan otro universo, o sucumbo”. (CIORAN, “BP”, p. 139, Taurus).

Qué podremos decir, como respuesta, a la primera pregunta, nos coloca como sermoneadores y dadores de respuestas, en un brete, y en una de las mayores precariedades como animales locuaces, más allá de la descomprometedora (cada vez más perentoria) mudez.

Un singular espacio baldío se extiende por siempre como baldón de inapropiación recíproca entre mundo y hombre.

“No ha lugar”, parece ser como eco lo que con más insistencia martillea en el entorno -nada acogedor- despojador del hombre.

Nada me es ofrecido porque desde el supuesto oferente se entrevé la plantación del derrumbamiento, como referente perturbador de un orden inasistencial para el incansable agresor.

Es de dudar, que éste con cierta fuerza asentado en los hombres el anhelo de otro universo, disparejo en todos los órdenes al que sufrimos o... aceptamos. Todos los trasfondos humanos que conocemos desmentirían radicalmente otro proyecto de aceptación de mundo que no fuera el ya conocido, con el interés añadido de que uno ya se encuentra mejor dotado para seguir perpetrando los desafueros en el ya trillado, y tal vez las fechorías se desvanecerían o no tendrían mucho sentido en un mundo inopinado que sobreviniera (suciedera) al anterior.

No se quiere otro mundo cuando se tiene éste.

El mundo -éste, el consabido, cualquier otro que lo suplantara si este fuera el suceso- sólo es maldecido por los miserables del mundo, por los que aterrizaron aquí para ser refregados como el esparto. Su suerte, es prestar aliento a la desgracia.

De no encontrar otro lugar donde desplegarse, como alternativa de desaparición, lo más conveniente es rendirse.

El estado de feliz laxitud y abandono que es la salud nos deposita sin lugar en el mundo:

“Mientras sea un hombre sano se parecerá a los objetos; en cuanto deje de estarlo, se abrirá a todo y todo lo sabrá: omnisciencia del temor”. (CIORAN, “CT”, p. 101, M.A. Editores).

Es el estado de burda indiferencia el que transcurrimos.

Perdida la salud, la expansión a un lugar, a cualquier lugar donde brilla la pertenencia de diverso signo, es el itinerario que nos va a recorrer.

Con el bienestar más conseguido, el de la salud, nada le perturbaba. La quiebra del “estado de ostracismo saludable” dará paso a su asombro por la normalidad que es el dolor. Si el mundo se identifica más claramente con algo, esto debe ser con la patología. Pasará el hombre a revisar cada vez con más asombro, sus sobresaltos, sus sorpresas, los asaltos que sufre de la discontinuidad que van a constituir las diversas morbilidades. Sin quererlo va a ser un blanco de todas las asechanzas que

proporcionan las diversas epidemias, habidas y por haber. No le importa tanto la enfermedad cuanto su instalación suplantatoria, su mostrenco adueñarse de cuerpos y conciencias. De ahí que la enfermedad avive su predisposición por el descubrimiento.

No teme al hecho muerte; más teme a la maraña, a la falta de sencillez en que ésta se envuelve desde hace tiempo entre nosotros. ¿ Por qué tememos?. Por el conocimiento.

¿Quién se resiste a la desobediencia en ciertas ocasiones?:

“La enfermedad es la apostasía de los órganos”. (CIORAN, “CT”, p. 101, M.A. Eds).

Desobedecer es lo más amplio y más confuso. Ser un enfermo es romper la organicidad.

La enfermedad, si es cierto que ofrece la cara de una defeción (la orgánica), no lo es menos que nos confronta por entero el pensamiento con un cierto atisbo de desmoronamiento físico. Frente a una ausencia cada vez más aguda, la presencia cada vez más exaltada de nuestro razonamiento. Se halla comprometida esa idea maciza de unidad cuerpo-pensamiento de que tanto se ha hablado.

¿Cómo presumir de esta vida?:

“La vida es una rebelión en el seno de lo inorgánico, un vuelo trágico de lo inerte, la vida es materia animada y, hay que decirlo, arruinada por el dolor”. (CIORAN, “CT”, p. 103, M.A. Eds).

Una vida que se nos escapa del contacto con lo que está ahí, que huye de la tierra, ¿adónde?. Una vida insoportable para las cosas, pero que se extingue en ellas. Una vida nada rebelde por lo demás, puesto que una actitud de rebeldía consistiría en conformarlas de modo diferente a como están.

El hombre sobrevuela lo inerte, y esta pretensión absurda, y calificada de gloriosa muchas veces y en todos los tiempos, destruye su controversia con lo natural, con lo más próximo y querido para él. Lo que el hombre debe hacer, es destruir el mundo que ha encontrado, y derruirse y derrumbarse en él. Sus escombros, en la escombrera universal del mundo.

Una vida que, es verdad, se anima velozmente, incluso con precocidad, y que de otra forma, ferozmente es asaltada, tomada, cogida por el dolor.

Pero, volvamos a la vida, hilo frágil donde los haya, latencia teñida de sobresaltos, cerco provisorio:

“La vida es un estado de inseguridad absoluta, que es provisoria por esencia, que representa un modo de existencia accidental. Pero si la vida es un accidente, el individuo es el accidente de un accidente”. (CIORAN, “CT”, pp. 103-104, M.A. Eds).

Ganados por la novedad, estos asertos no nos sorprenderían apenas ni tan siquiera en su contundencia enumerativa. Pero novedad y contundencia no parecen ser expresiones tan determinantes en la aceptación, al menos, en ciertos lugares y para

determinadas personas. Lo más sospechoso de la novedad es su penosa “adscripción superadora” del pasado. Lo que de la contundencia debemos guardarnos, es de su debelador optimismo. No es en Cioran el deseo de “incorporación a la defensa” que toda novedad conlleva, ni el “fasto afirmativo” de la contundencia.

La vida, por tanto, no es que esté adobada de inseguridad, es que es la misma inseguridad. Aquí se está todo el tiempo, aunque singularmente lo estamos muy provisionalmente. En esencia, lo que llamamos nuestro tiempo de vida, es una protuberancia insignificante en el tiempo de las cosas, un tiempo abultado que se desmenuza en el surco del tiempo, nada más que un tiempo florecido en el yermo que es el Tiempo. Una vida prestada -aquí vemos el plegamiento o declinación de ella- a la provisionalidad, por la que notamos la inclinación de la vida en el tiempo de la vida.

Una vida que es un accidente, se diría que nos la encontramos. Y en ese aparecer desvaído de la vida, que nadie necesitaba, eso sí, pero que ha trasfundido de algo y está aquí, el individuo adquiere aún menos fijeza, menos sensación de alimentar la pertenencia a este mundo. En él, en el individuo, comienza a advertirse el deslizamiento de su aposento, la tremenda improbabilidad que plantea de fijeza. Nada más contrario al individuo que el despuntar, el sobresalir. Es, sin duda, su gran extrañeza.

Es extremo nuestro grado de cumplimiento con el destino:

“Todo el secreto de la vida y del arte, todo lo de *aquí abajo*, reside en esa pasión del sabor”. (CIORAN, “CT”, p. 133, M.A. Eds).

Sí que nos importan las adherencias, vaya que sí.

No parece haber mayor trascendencia en lo que hacemos que lo que aquí se ha subrayado. La importancia no está en la misión, sino más bien en la aceptación y recepción de una alternativa a la gloria. Si de preferibles fuera, antes la sujeción al placer que el sometimiento al dolor.

¿Qué es la pasión del sabor?. Parece que pudiera ser la reincisión en la penitencia, el corte destructor que en ella se da para abolirla.

La degustación es el área. Lo que nos ciñe y tapa; el único rodeo que nos permitimos, es el cinchado del goce.

Toda pasión, cualquier pasión, es un recurso, la sal de la recurrencia.

De tejas abajo, refiere el sabor. Y remite, al cabo, la conciencia.

Remoloneando aburrimiento, eso es lo que hacemos gran parte de nuestra vida:

“Todo lo que está vivo se afirma y se niega en el frenesí”. (CIORAN, “CT”, p. 145, M.A. Editores).

Con ello queda establecida la feroz norma de la contigüidad.

Nadie es lo bastante sin el desenfreno. Si se trata de vivir, que sea furiosamente, con una cólera tan longeva que arranque desde el principio del mundo. Así matamos lo fugaz, la vida que se va derritiendo en el pasmo de lo apacible.

¿Quién asumirá el papel de demiurgo, si es que aún queda sitio para él?. Todo control, por más progresivamente innecesario que nos parezca en cualquier ocasión, tiende a la reducción y a prácticas inermes. Su más grande error consiste en ocultarse de la desaparición, en un mundo que por otro lado, está condenado a ella.

Nada más absurdo que perder nuestras cabezas en él, que calificarlo de racional como se hace frecuentemente. Los grandes atormentados construyen sus obras sujetos a fragmentos controlados de su existencia. De ninguna de las maneras, la impotencia carece de importancia. Y el ritmo frenético de lo vivo nos pasa como un margen de desapercibimiento.

El empeño en nombrarla, es una insana incidencia:

“¿Alguien emplea continuamente la palabra “vida”? Sabed que es un enfermo”.(CIORAN, “SA”, p. 40, Laia y M.A. Editores).

Todo fervor garantiza la pérdida de consistencia en el mundo, y nada - o pocas cosas-, puede llegar a ser tan activo como aquél. Ninguna mención de indiferencia. Cuando glosamos la vida de forma tan persistente, cautiva, sin duda incurrimos en una desproporción y resulta patológica la convocatoria verbal de una circunstancia que pretende ser todo y estar en todo. Nada tan inconveniente como un “viva!” cualquiera, incluso el más oportuno, o toda una imprecación que signifique: “vive!”, dado que estos supuestos siembran la impunidad, ser inmune a otros ofrecimientos.

En nuestro entorno, donde en ciertos ámbitos tanto rebulle la “casta”, triunfar es un prefijo, una consumación asimismo:

“¿Habéis triunfado en la vida?. Jamás conoceréis el *orgullo*”. (CIORAN, “SA”, p. 44, Laia y M.A. Editores).

El triunfo tiene que conmemorar absorbentemente, o mejor, resulta ser una conmemoración pregnante. En cierto sentido es la muerte, dado que a veces lo menos importante es la vanagloria, cuanto el soterramiento de los demás.

¿De qué nos podemos enorgullecer?. Y si esto resultas así a veces, lo cual te convierte en un ser virtuoso, ¿qué préstamo de vida ajena te estás cobrando!.

El orgullo de “ser” y de “llegar”, el más y el lejos , es una de las mayores infamias e imposturas, pues, ¿quién puede sentirse satisfecho en vivir con tanto aprecio?.

Orgullo y triunfo, últimas palabras. Mejor, el silencio.

El triunfo es una pérdida en la consumación y en el aplauso, y tal vez porque es uno de los grados máximos de disponibilidad hacia los demás, de cesión para la ajena anuencia. Es de esos escasos momentos en que la lucha con los demás no exige confrontación, sino consentimiento.

¿Cuál es la sensación de malestar más profunda, cuál me afecta en mayor medida: la que proviene de la reverencia al éxito o lo que se ahínca en el reconocimiento de los demás?.

En el primer caso, yo pierdo momentáneamente en mi concentración pero luego me encuentro; en el segundo supuesto, yo estoy decidido a empacharme de ajena opinión, de halago común, y lo que hago es sacudirme en el tiempo, pero de los otros.

Vivir ya no es tanto, y menos cuando se asoma a la inevitabilidad de las legitimaciones:

“Que nadie intente vivir sin haber hecho su aprendizaje de víctima”. (CIORAN, “SA”, p.62, Laia y M. A. Editores).

Lo sabíamos. Y aún con todo, la obstinada obsesión, vivir, persiste.

Vivir es conquistar aquiescencias, allanar predisposiciones, ser un docente del suspiro.

Si hubiera un blanco a quien apuntar sempiternamente, aquel sería el del quejido.

Vivir sólo es posible desde la perspectiva de la pérdida y de la concatenación de sucesivas mutilaciones. Vivimos desagregadamente, en el equilibrio de la desagregación.

La cuota exigida es pensar en el sufrimiento: he ahí nuestro oblicuo Prometeo.

Si la vida en cuanto “hecho en proyección” es un sublimado ya difícil de aceptar, lo que molesta grandemente es pensar en que fuera resuelta con alguna intención:

“La vida, esa chulería de la materia “. (CIORAN, “SA”, p.66, Laia y M. A. Editores).

Uno de los aspectos más controvertidos está en que preguntamos en exceso a la vida, cuando ésta resulta que apenas responde.

Es claro que aquélla persiste - y pervive- gracias a un clamoroso silencio.

No está ahí la vida, con nosotros, como fácil y extremosamente se dice. Entre otras cosas porque se nos convoca con obsesivo aplazamiento a una peregrina trascendencia, y por otras, porque la materia pone de continuo siempre en juego a la vida.

Nosotros buscamos desesperadamente la promiscuidad, pues pertenecemos - por lo que parece- al género de los des-validos, somos el des-encajamiento, y a aquellas “claves de unión” les auguramos un futuro eterno e indiscutible: tribu, familia, país, profesión, estado... hasta la amistad sale beneficiada del rico fenómeno de la interacción.

No parece que la vida sea un error de la materia, ni que aquélla pueda-o deba- ser su mejor aportación al devenir.

Tampoco puede caber en el desarrollo de la materia la idea de persistencia de una organización determinada en ella y gracias a ella. El capricho de la vida nos lo hemos forjado nosotros, no ella. Nosotros queremos plantarnos, ella apuesta.

El que aún nos preguntemos de esa manera y de esa traza, parece entre otras cosas, una afirmación redonda de desacuerdo, de desamparo, del recorrido sempiterno que en nosotros - y menos mal - la duda y el ansia de invalidez tienen:

“Hay quien se pregunta aún si la vida tiene o no un sentido. Lo cual equivale a preguntarse si es o no *soportable*.

Ahí acaban lo problemas y comienzan las *resoluciones*”. (CIORAN, “DLS”, p. 40, Tusquets Editores).

Es, incluso, esta pregunta, una cristalización secular, o una tautología urgentemente asistida. Pertenece a la filosofía corriente, que es, paradójicamente la de menor aceptación en su curso legal. La otra filosofía, que yo sepa y conozca, se encuentra a la intemperie de ese sentido buscado, lo que, como espera tiene mérito, pero como posibilidad de cobijo- caso de hallarlo- sería realmente repugnante.

Estaría esta cuestión dentro del campo de las uniformidades que a veces tan furibundamente perseguimos.

¿Tiene, o no, un sentido la vida?. Debe tenerlo, justo en el momento en que lo recomendamos, lo exigimos y lo planteamos de forma ardorosa. En la petición, en la exigencia, en la necesidad, está ya el sentido. Lo infundimos reflexiva y transitivamente, pero no lo tenemos, no lo palpamos. Decimos cosas terribles acerca de él, hoscamente rechazamos a quien no lo posee, y desde todas las instancias se pide afanosamente: sentido, sentido, sentido, lo que bien pensado nos dice más acerca de una carencia y de una imposibilidad que de un objetivo que deba conseguirse.

Y en el supuesto de haberlo conseguido, nadie nos garantiza que la sorpresa del hallazgo sea mayúscula, y que, o bien haya que detenerse, o por último, seguir indefinidamente preguntándose. Si tal es la disyuntiva, no merece la pena preocuparse por tan leve - y repetida- oposición.

Además, al lado de los que se preguntan verdaderamente angustiados por esta cuestión, se hallan, aunque menos, aquellos que han desechado tal argumentación de novísimos, aquellos que no preguntan ni se preguntan.

Lo que no se puede es ratificar el sentido, cualquier sentido.

Es cierto que, sin llegar a decirlo, se establece la ecuación entre sentido y soportabilidad. Y parece ser cierto también que sobre la precariedad de nuestro establecimiento en el mundo, no se debieran levantar -o apenas- expectativas.

¿Cómo, sobre la impostura, seguir discutiendo?. Caer en un vacío, nunca es, ni de intento, llenarlo. Lo único coherente es admitir que ya estamos desaparecidos en la primera aparición, y el único esfuerzo, e irrepetible, es ayudar al deslizamiento. No pueden soportarse dos confrontaciones, o colisiones absolutamente abrumadas. Tanto el mundo como el hombre sobraron al juntarse, al poblarse.

La resolución, tiene que ser exigua o dudosamente ambiciosa. Ocurre, sin embargo, que debemos contar con nuestras ampulosidades y, venidos a cuentas, no estamos tan hechos a resolver como se presumía. Una cierta indolencia cuya proveniencia carece de esta ubicuidad, nos libra de la elección robusta de cualquier determinación. Estamos abocados, a dudar en cualquier caso, de nuestro asentamiento.

La vida de cada cual, de cada uno, está atravesada por una interferida contrariedad que nos convierte en tocados por la perdición. Es innegable la herida:

“Salir indemne de la vida- eso es algo que podría suceder pero que sin duda no sucede jamás” (CIORAN, “EMY”, P. 100, Tusquets Editores).

Bien o mal pasados, constantemente se oye el rumor más habitual entre nosotros: “ cuánto se pasa”, que revela ya la imposibilidad de escapar ni tan siquiera a la queja o al lamento por el lugar y el orden en que se vive. Por lo tanto, la primera herida es la del clamor.

Los embates consiguientes no hacen sino confirmar- corroborar- el vaivén del daño al que estamos sometidos. Se dice que hay seres que pasan de puntillas por la vida, pero se omite que la gangrena se les ha infiltrado desde los pies hasta la punta de los cabellos.

Nadie escapa a la laceración, y hasta se convertiría en un reproche social la no exhibición de la muy particular y privada parcela de sufrimiento. Estamos siempre con estos, con los malhadados, y cualquier otra afirmación, es tenida por estúpida e inhumana.

Aparte está el efecto roce que es el más perturbador de todos y que nos acredita a todos en una muy teórica, pero asumida posición semejante de malicia o de maldad. Lo único que bien aprendido no hemos podido retener es nuestro movimiento de ludir.

Todo, todos los acontecimientos se condensan y precipitan en anomalía:

“Todas las anomalías que nos seducen, y en primer lugar la vida, anomalía por excelencia”.(CIORAN, “EMY”, p. 169, Tusquets Editores).

Esa atracción por la anomalía puede explicarse por la unimismidad de la aparición en el mundo y el capricho que aquel suceso supone. Vencidos por la deficiencia, la amamos con la misma intensidad con que fuimos atraídos a ella.

Si repasamos los más “elevados” logros del hombre, veremos que la asimetría entre lo ideal y lo mostrenco lleva todos los visos de la deformidad y de lo grotesco. Amamos la excepción por una noción clara que poseemos aquí, y que tal vez sea la de nuestra inviabilidad.

El exceso es nuestro amamantamiento.

Sobre todas nuestras preferencias, la indiscutible es la vida. La rareza en todas sus acepciones, pensadas y no, preside todas sus “desenvolturas”. Puestos aquí y así, a vivir. ¡ Cómo vamos a discutir esto ! ¡Qué difícil es discutirla!. Discutamos nuestras adopciones, nada más seductor.

La panoplia de otorgamientos de extinción se extiende ante nosotros e insospechadas ignorancias ponemos entonces en juego:

“Lo maravilloso de esta vida es que cada día nos aporta una nueva razón de desaparecer”. (CIORAN, “EMY”, p. 171, Tusquets Editores).

¿ A qué se debe este apego, pese a las inconveniencias?. Debe haber algo más en juego; después de la constatación de lo insostenible e insufrible, quizá la miseria que proporciona lo irresistible, lo impensable.

Todo ayuda a que la Vida que nos ofrecen - y que , según algunos, nos legan- aparezca esmaltada de más contribuciones, o trances, de desaparición. El mismo derecho- clarividente es lo deferente - tiene el autor al hablar de una vida maravillosa que nos deposita sin esfuerzo en la muerte, que, quien, primaveral el ánimo, nos dice con exclamación enfática y feliz: “ qué vida tan maravillosa”, interpretando que es una perpetuidad envidiable.

Desde luego el progreso, como tentación evasiva, algo “definitivo” habría de ofrecernos, y es que, nuestros saludados adelantos lo que producen es un precipitado de desvanecimiento en la compostura, quien asidua con la acción y el riesgo, nos hace desembocar en la “conclusión aceptada”.

El acarreo innúmero de posibilidades, convierte a las circunstancias en algo cada vez mas estricto, y se propende a la disolución.

¿Se puede corroborar lo que se dice del vivir?:

“Vivir es una imposibilidad de la que no he dejado de tomar conciencia, día tras día, durante, digamos, cuarenta años...” . (CIORAN, “EAD”, p. 109, Taurus).

Suscribir muchas veces es una afirmación no exenta de sobresaltos. Pero confirmar lo impracticable en un sólo ser, impulsa la creencia en aquella imposibilidad ya referida. Ratificar una experiencia parecería en principio empeñarla a la normalidad, y lo que vivir tiene de hecho anormal se resentiría. Se resentiría en su proyección imposible, en su inhacadero porvenir. Nos encontramos que vivir no tiene futuro, o que el futuro va a remachar lo inalcanzable.

Aquí no se trata de la constatación del sufrimiento, porque éste es vida intransferida; bien que de la improcedencia, de la expectativa de una improcedencia.

Vivir es un recuento de impresencias.

Cuando precisamente se piensa por lo común que a uno se le abren y expanden todos los horizontes...:

“Vivir es ir perdiendo terreno”. (CIORAN, “DIHN”, p. 91, Taurus).

La retórica hace creer que las ideas de ganancia y supervivencia son, con creces, más duchas y habituales en la memoria de la gente, que el sentimiento de pérdida.

Mordemos del tiempo, y mientras, nos lame la erosión de toda la inconstancia con que estamos conformados. Somos más proclives al sentido de abandono - y no sabemos por qué- que a cualquier permanencia. Estamos inbuídos de deuda, pese a todo.

Y si es perceptible - en ocasiones, aunque pocas- que se nos atraganta cualquier género de asiento, si es verdad que estamos levantados sobre un derrumbe, tendríamos que alegrarnos al descubrir nuestra condición de sin pares de la inestabilidad, a condición de que también creamos que no hay lugar para nosotros en el “vasto” mundo.

Que yo asuma esto, no supone preterición con respecto a nada, ni tan siquiera a la muerte: esta nunca gana.

Vivir, los adioses.

Incansables y malditos de reproducción, ningún freno nos hace vacilar:

“La irracionalidad de la vida se manifiesta en ese desbordamiento de formas y de contenidos, en esa frenética tentación de renovar los aspectos desgastados”. (CIORAN, “ECD”, p. 47, Tusquets Editores).

La avalancha creativa del hombre necesitaría de otras explicaciones que las que de ordinario se ofrecen; y así frente a esas proclamas que hablan de la superación de todas las dificultades que opone la naturaleza, y del papel superior del espíritu o del genio humano sobre los demás seres, cabe manifestar otros puntos de vista, dilatorios de tanta gloria, a saber: el empantanamiento prescriptivo que adelantan, no sólo hurta otras formas de vida, sino que impone arrasadoramente un modelo de desequilibrada validez para todos, o sea, la irracionalidad consiste en una planificación de los discursos variables. Más grave aún, parece abundar y sobreabundar en la esfera, en un planeta que sumido en la desgana muy probablemente, tiene que soportar la actividad de un intruso, de un zurupeto providencial. ¿Para qué ese caudal de la humana cultura, siempre lindando con la aprobación de iguales, y con la expectación inútil y vacua de los demás?.

Cabría, darle sentido a lo que hacemos , si una planta o un metal, vibraran con la más torpe de nuestras propuestas. (Pero la zafiedad no nos interesa).

¿Por qué reproducir, por qué ese fragor en las intenciones ya vertidas?. Repetimos, para nuestra desgracia, más que un olvido, la renuencia que se cristalizó con nuestro establecimiento en el mundo. Quizás se nos pueda acusar de falta de originalidad, quizás se diga que todo reaparece, pero no: ocurre que el pleonismo de la vida es la indefectible y aburrida caracterización de la muerte.

Vivir sin resultado; donde la idea del final, de la carrera, quedan atrapados es la desautorización:

“Vivir verdaderamente, es vivir sin meta” (CIORAN, “EN”, avec Sylvie JAUDEAU, p. 21, José CORTÍ, Editor).

Vivir sin cumplimiento, obstando todos los plazos y presupuestos.

Cuando principiamos todos los descartes, la espesura de la colaboración en el mundo se difumina, y reaparece una vieja idea: la de la precipitación- succión- en el vacío.

Para la mayoría de nosotros vivir es saborear el hartazgo, el estar fronterizo con un plenario de satisfacción; es un hedonismo basado en la exclusión de los otros, en la inmoderada prole de necesidades. Vivir, así, es constituyente.

Las premisas de nuestra arribada, fijaban un punto de partida desde el desconsuelo, cita inmejorable para abatirse en el rendimiento; pero, no fue así. Ahitados de objetivos, pertrechados a fondo de plazos y de logros, caminamos sin límites hacia el escarmiento.

El hombre es una glosa de inestabilidad. En el tiempo, la pugna entre quietud y tráfago, se resuelve en sobrevolar siempre la yacente creatividad:

“La voluntad de retornar a la materia constituye el fondo del deseo de morir. Por el contrario, tener miedo a la muerte es temer ese regreso, es huir del silencio y del equilibrio de lo inerte, del equilibrio sobre todo”. (CIORAN, “CT”, p. 103, M.A. Editores).

Retorno a la materia que indica que aquella no va a sufrir ninguna otra concurrencia, ningún concurso de recepción parejo con otras presencias.

Uno muere cuando no se tiene presente la materia, cuando nos damos cuenta del soslayo en que nos ha dejado. Morirse es comprobar la irrespirabilidad de una materia excesivamente individualizada.

Tenemos miedo a la muerte por el trayecto, por el regreso. El gran sobrecogimiento proviene justamente no de la nada, sino de nuestra incomparencia, del carecer a partir de entonces del sentimiento de singularidad. Estamos vencidos de una acción y cualquier sugerencia de inaptitud nos devora. Hemos alterado el sentido magnífico de la primordialidad.

La tan desmesurada injerencia de la muerte, acaba por sustituir el pasmo que siempre producía, por la inédita sorpresa de no producir ninguna preocupación. Su extensión, su predominio, limita la acepción de la que disponíamos en relación con ella y en cada momento:

“Se extiende tanto la muerte, tanto lugar ocupa, que ya no sé dónde morir”.(CIORAN, “SA”, p.26, Laia y M.A. Editores).

Se puede creer, sin temor a exagerar, que aquella máxima o proclama evangélica que manifiesta: “Creced y multiplicaos”, está dicha desde la perspectiva de notoria ubicuidad de la muerte. Esta, como fenómeno crucial que es, alienta lo inabarcable de cualquier otra situación y hace competente a la contingencia.

Dicho de otro modo: no tener donde caerse muerto. La muerte personal no adquiere dimensión en un espacio repleto de terminalidad y cualquier fluir es un contrasentido, y no se entiende entonces muy bien qué hacemos buscándonos un hueco para vivir y morir aquí.

En principio, parece ser que, como en tantas cosas, tenemos un mal cotejo o un mal contraste del miedo, de los miedos:

“No corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento”. (CIORAN, “DIHN”, p. 10, Taurus).

Parecería que con esta afirmación quedaran derribados tópicos vitales y extáticos más que ilustres. Hemos edificado mal la perennidad, o, tal vez, la hemos acomodado a nuestra existencia razonablemente, lo que en ningún momento no quiere decir que ésta sea una concreción mezquina, o que, tal vez, esto viene a corroborar en buena parte la real medida del hombre.

Equivocando el norte de su hecatombe, desoyendo su desastre, el hombre se nos aparece como un despojado, como un ausente de propiedad en todos los ámbitos.

La confesión de que el pavor y el horror reales y auténticos, no se cifra en un punto, en una coyuntura, sino que es un territorio, un cerco de extensión, se encuentra entrevisto en estas palabras. He aquí la verdadera intromisión del espacio en el tiempo.

Desde el momento en que nos censamos en el vivir, cuando nos ratificamos una y otra vez en el ejercicio y la promesa de vivientes, planea sobre nosotros el infierno. Éste da paso a una circunstancia de igualdad cuyo rasero se establece sobre un único aspecto; la enfermiza fuente de padecimiento que sustentan los hombres:

“La única igualdad que nos importa, la única también para la cual estamos capacitados, es la igualdad del infierno”. (CIORAN “CT”, p. 105, M.A. Editores).

El activo político que en todo momento es el hombre deja de tener importancia, no sufre de valoraciones. El ideal de igualdad, tan perseguido, tan luchado, no tiene ahora consideración. Ningún hombre parece haber luchado por esta igualdad, sino más bien por una de tipo avérnico. Tendidos en el mundo, apremiados por el dolor en muchas ocasiones, nos complacemos ante todo con similar embadurnamiento de desgracia.

El infierno es una amamantada fianza del recelo.

Esa suerte de penuria compartida es la que nos exalta.

Marcada la escisión de la identidad, marcado el sufrimiento:

“Sufrir es ser totalmente uno mismo, es acceder a un estado de no-coincidencia con el mundo, pues el sufrimiento es generador de intervalos”.(CIORAN, “CT”, p. 109, M. A. Editores).

No hay nada que nos desligue del sufrimiento. Es la piel, y el meollo. No parece ser un acompañante dado a la conjugación. Sufrir es arrimarse a la soledad. En cierta medida, el dolor es lo incompatible, lo socialmente indeseable, y también, por qué no, lo socialmente más extendido e innegable.

No es en vano el placer:

“Hay efectivamente alrededor del placer una atmósfera de impostura que nunca se encuentra alrededor del dolor; promete todo y no ofrece nada...”. (CIORAN, “CT”, p. 112 , M. A. Editores).

Éste, celebra sus máscara con visos de feliz eternidad, o mejor, de felicidad encontrada.

Pero no pasa de ser un apaño, un cosido a los costurones de la vida, al desgarrón de cada segundo. El placer, principalmente, figura. La extremosidad del placer, su desmesura, está en su incompatibilidad con el hombre. Su desaforado ofrecer y su mengua práctica nos convierte en desaliños del placer. En realidad lo que vivimos y llamamos placer, es una prosequente obcecación.

¿Quién se detiene a contemporizar con los que apenas arrostran la pelea del universo?.

Lo providente se encuentra propiciado un marco de la aceptación y de la conformidad, es un nexo de acuerdos, al tiempo que aquel que ofrece reservas de intervención, es el candidato más firme para ser bamboleado por todas las derivas:

“Decididamente la Providencia no hace grandes esfuerzos por los delicados”. (CIORAN, “CT”, p.111, M. A. Editores).

Tampoco se puede decir que de tejas abajo, se guarden muchas consideraciones con la asignación de debilidad hecha a ciertos habitantes de nuestro mundo.

El delicado queda a expensas de una solidaridad descomprometida, de un auxilio providente, por más débil, más necesario.

El delicado no participa, en cierto modo, de la celebración de la apertura del hombre en el universo. Es una anomalía que se atiende, pero no una normalidad que se tiende.

Hay pasiones que, como tal, pasan desapercibidas, no son caracterizadas como perniciosas socialmente, antes bien lo contrario, pero es su reiteración en el empeño, esfuerzo, empuje, lo que las hace aborrecibles, y las que a su porteador o estandarte convierten en un individuo peligrosamente dotado para la recomendación:

“Una pasión es de por sí un castigo”. (CIORAN, “CT”, p. 111, M. A. Editores).

Muchas notas duras aporta Cioran sobre la pasión. Y éste como epítome desencantado y prisionero - del que no nos podemos desenlazar o desembarazar - parece helarnos en nuestra laxitud y conformidad. Nada satisface menos a una pasión que la persistencia lograda. La cima es el castigo. O el grado de dedicación a ella, como a cualquier otra cosa, dado que si hay algo que nos cueste realmente aprender en esta vida, es la realidad de inconsistencia de lo que nos rodea y es ahí donde se encuentran los límites de la pasión.

Hay en nosotros muchos elementos “no”, que son testigos de nuestra “negatividad”, de nuestra reacia inserción en este mundo, y uno de ellos sin duda debe ser la tristeza, el aparcamiento suburbial en el mundo, el disgusto por el abismo:

“Sólo accedemos a la liberación tomando como modelo una forma de ser opuesta a la nuestra”. (CIORAN, “CT”, p. 113, M.A. Editores).

¿Mienten quienes dicen estar contentos con su suerte?

Henchidos de sentido, no advierten la infinitesimal parte que de él gozan, protagonizando su vida en el mundo y a su modo, que es una de las cosas menos interesantes de que se puede disfrutar. Un “de contemptu mundi” cada vez menos prometedor e individualizado. Lo que se rechazan son los modelos bienhabientes, bien pensantes, y caso de admitir alguno, ¿qué mejor que un mundo hecho a la medida nuestra por alguno de nosotros, y que está totalmente des-mundado, un mundo, por otra parte, donde por hablar de derechos, tantos tiene una piedra como un alma?. Un mundo que en vez de rechazarlo o quedarse postrado en él, ha sido destruido, o lo que es lo mismo, maltransformado por el hombre.

Y la irónica verdad, es que el mundo está inédito, es inédito entre nosotros.

Menos da una piedra se dice en España. ¿Cuándo el mundo podrá decir qué damos nosotros? .Un estado muy mal visto, el alelamiento; un ciudadano, el lelo: esa es mi opción, debiéramos hablar.

Fue la naturaleza quien realmente mostró la cara (preocupada) de la intemperie, aquélla - una, la “inerte”, ya la conocemos- otra de la preocupación, del pensamiento, de la excomunió del mundo. Probablemente, no era su venganza, sino su razón, su defensa:

“La naturaleza se ha mostrado generosa sólo con aquellos a quienes ha otorgado el privilegio de no pensar en la muerte”.(CIORAN, “CT”, p. 115, M.A. Editores).

En primer lugar la confirmación -o tal vez reiteración- en nuestro autor de aquella frase que alguien apuntó acerca de la avaricia de la naturaleza. Los despavoridos tiene menos suerte.

Pensar en la muerte no es algo desinteresado. Supone una fértil apuesta por la vida. Se abonan expectativas aplazadas de no desaparecer. Cuando se piensa en ella, parece ser otra cosa, cosa de otros, una impertinencia. Parecería como si pensar en ella hubiera de favorecer la ajena atribución.

Es la relativización de la gran contingencia, ocultar el reparto del fin.

Vamos a ver por qué sea un privilegio no pensar en la muerte. Y lo es por la reinante exclusividad de la vida, por su perdurable carcoma. Nuestro tiempo se distingue tal vez por una inatacable concurrencia que trae aparejada la uniformidad, quien a su vez viene producida por la inabordabilidad del poder. No hay cosa peor vista, por tanto, como la diferenciabilidad de la muerte. Y es que a ninguna instancia que esté por encima (¿supral?) le interesa el más leve pensamiento atisbante acerca de aquella.

El poder detenta la muerte, y cualquier alusión a ella, es minarlo y al tiempo arrebatárle su competencia, que en esencia, es una competencia de ocupación. Fenómenos como el del terrorismo, aparentemente hablan de muerte, pero ésta apenas les importa, y de hecho ya conocemos la poca o nula compasión que despiertan en los terroristas sus víctimas. En realidad, hablan de poder con el poder. Pensar en la muerte, es poder. Poder hacer. Poder matar. Poder vivir, en resumen. No pensar en la muerte es la indiferenciación, el amorfamiento, el ser- ahí y el estar- ahí, sin más.

Como postulador de asientos sin ninguna vigencia es visto el pesimista. Es el sempiterno desencanto profundo de los recursos con que nos adornamos. Rebusca en el eco de lo incompatible:

“El pesimista debe inventarse cada día nuevas razones de existir: es una víctima del “sentido” de la vida”. (CIORAN “SA”, p. 16, Laia y M.A. Editores).

Y esto sucede así, porque el pesimista tiende a amortiguar la desutopización.

Trata de hacer compatible la personal decepción con la puesta en relieve de la decepción ajena. Lo que le interesa es ser adjuntor de razones. No le importa tanto la sinrazón presente como la carencia de respuestas razonables.

Es un emprendedor de argumentos, y en el fondo, un auspiciador de acontecimientos.

Lo que al pesimista le gusta es la organización, suspira por los “modelos”. Y cuando es víctima, lo es de la incompetencia reconocida, y, paragonando un título libresco, recompensada.

En otro momento, nos acercamos de nuevo al pesimista:

“En el pesimista se conciertan una bondad ineficaz y una maldad insatisfecha”. (CIORAN, “SA”, p. 59, Laia y M. A. Editores).

No es el retrato de los más favorables, pero no importa qué rasgos puedan cuadrarle mejor. Parece ser que como al pesimista todo le compete, es una de las figuras humanas más fácilmente tildables. El pesimista se excede en sus preocupaciones, y a la personal, siempre añade la de la lateralidad, sin censarla como “otro” o “margen”, lo que revierte en el estrechamiento de la seidad - o mismidad- y en el cerco poco prudente de la alteridad.

Su error es no - entender los “términos” en clave de futilidad.

Siendo uno de los seres más comunicativos, casi siempre merece una condena de aislamiento, por lo que su insistencia en el mundo es cuando menos paradójica, motivo éste por el que, de momento, puede encontrarse fuera de todas aquellas dudas con que consideramos a los mortales. Es plenamente dudoso en las alternativas y en la ambigüedad, por lo que difícilmente establecerá contacto con los gestores sociales o con el común.

La sazón del pesimista se encuentra en las crisis de cohesión social, aunque sin entender que esa porosidad o cuarteamiento no tiene por qué ser objeto de restañamiento.

Su mayor desatino, creer que el mundo era su gran valedor. El mundo sólo ha estado dispuesto a admitir imitadores, seguidores, glosadores.

Punto de mira, desacierto. Herir al mundo, saludar al mundo.

Con una reserva tan generosa de credibilidad en el mundo, es difícil entender que pueda afincarse una conciencia de contienda amarga, tal que mundo y hombre acaben mirándose de hito en hito:

“Nacemos con tal capacidad de ilusión que otros diez planetas no podrían agotarla - La Tierra lo logra naturalmente”. (CIORAN, “SA”, p. 57, Laia y M. A. Editores).

No se agota ni se merma un ápice la ilusión. Lo que se sume, y ya desde el comienzo, es la relacionalidad. El mundo contempla al hombre como materia escindida, y el hombre ve al mundo como réplica de la indefensión.

La incompatibilidad no es un resultado interpersonal, sino principal y radicalmente unas inoperantes resultas, un esquematismo impracticable entre hombre y mundo.

Ilusiones tan “rampantes” cuyo devenir ni siquiera se distiende.

No es precisamente la Tierra un lugar que redunde sino a favor de su giro.

¿Qué suave ingerencia hace des-concebir las expectativas del hombre?.

¡Qué extraña - y ajena- manera de habitarse el hombre y el mundo!.

Lamentarse por el nacimiento es la extemporánea fluencia de la decepción, siempre mal tratada y aplazada. Si uno se decidiera por resolver lo que aquélla nos aconseja sin dilaciones, por primera vez hablaríamos con sentido y con preocupación del despoblamiento del universo. Somos maestros en problematizar la desventura:

“El apesadumbrarse sobre el nacimiento es sólo el gusto por lo insoluble llevado hasta la insania”. (CIORAN, “DIHN”, p. 22, Taurus).

La inevitable desdicha que comporta el nacimiento, sólo se debe arrostrar con la “incondicionalidad” humana en un sentido absolutamente riguroso, es decir, degustando la desaparición, extremando los desenlaces del ser-estante, preparando de forma irrenunciable el papel incomprendido de actor “mútico”.

Un “qué quieres que te diga!”, siempre viene bien, y para este caso, al dado.

Padecer locamente, viene a ser como el ritmo más exasperado - y exasperante- de la homineidad, de la humanización.

Está visto que la intrascendencia es estéril.

Ver la luz es, más que expansivo fluir, un entramado que compromete o maniatada la reposición:

“Nacimiento y cadena son sinónimos. Ver la luz: ver grilletes...”. (CIORAN, “DIHN”, p. 187, Taurus).

El libro se cierra con este aherrojamiento. Impares Segismundos, tampoco obtendremos de nadie el aplauso por resistir, ni en ninguna Polonia subsistirá nuestro recuerdo. Por el contrario, de la condición del prendimiento, nos rebosaremos en él.

Anegados de condena, ¿para qué salvarnos?.

El pesar, la congoja, la ausencia, manifiestan parte de la comezón que nos habita por medio de la lágrima, cuya labor de intermediación se resuelve en una gran efectividad. Lo peor, lo malo de la lágrima, es que acaba proporcionando resultados:

“Las lágrimas son el criterio de la verdad en el mundo de los sentimientos. Las lágrimas y no los llantos. Existe una disposición para las lágrimas que se expresa mediante una avalancha interior. Hay iniciados en materia de lágrimas que nunca han llorado realmente “. (CIORAN, “DLS”, p. 52, Tusquets Editores).

Hay, en los renglones de arriba, como un ligero reproche a todos, o al menos a aquellas posturas “románticas” que suponen un desparramamiento de las fibras sensibles. Sentimiento y lágrima se asocian para hacerse respectivamente más veraces.

Las lágrimas, conmoción, derrumbamiento, recuerdan apenas el espíritu arquitectónico que aquellas adoptan en todas las presencias donde esté el hombre. Toda la constructividad que ha originado la lágrima, viene contraída por el desvanecimiento, de manera que lo que se llora realmente es la desaparición de lo que pensábamos importante, cuando la importancia estaba justamente no en este tiempo y lugar. Se llora por no estar.

Si pudiéramos elegir acerca de nuestra continuidad o no en lo que convenimos en llamar mundo, seguro que en la disgregación no contaríamos con ningún iniciado.

El hombre exprime tristeza que necesariamente tiene que rumiar, y que así mismo debe hacer apurar. El llamado a hombre es, sin que la exageración sufra ni se resienta, una certeza en la congoja:

“No creo haber perdido una sola ocasión de estar triste. (Mi vocación de hombre)”. (CIORAN, “DLS”, p. 101, Tusquets Editores).

Cierto que no produce conmoción ninguna prescindir de la mayoría de las ocasiones. Y hasta resulta un motivo de inusual gozo, por aquello de la persecución obligatoria a la que están sometidas aquéllas. O las pintiparamos, hecho también deleznable.

Pero estar triste, ¿qué es estar triste?, es otra cosa bien distinta.

En principio no hay acompañamiento ninguno en la tristeza. Nada hay tan solo, o pocas cosas se pueden cifrar en esa circunstancia. El triste no está solo, es un propietario, incluso actúa con determinada propiedad. Estar triste, el que está triste, es un complejo de desajenación, a diferencia del triste, metódico enajenado.

Estoy triste cuando no sé ni quiero nada. Cuando alcanzo, cuando me sumo en la postración.

Estar triste es dejar de ambular, sentir todos los desmoronamientos y que ninguno nos afecte, transitar por la prescindencia...

Que nada se haya cumplido, que nada conozcamos de la consumación....

Tener la sensación de que siempre es más dudoso lo pensado y sentido que cualquier tierra prometida... Que en nosotros fermenta la desgana de “entenarse”:

“Todo lo que he podido sentir y pensar se confunde con un ejercicio de anti-utopía”.(CIORAN, “DIHN”, p. 127, Taurus).

Hay un dicho, que, como una especie de leyenda, suele figurar en determinados establecimientos y medios de transporte y otros lugares, que reza así: “El sol sale para todos”. Tal expresión demuestra ante todo, la precisa y necesaria codicia que se debe acreditar para aprehender el mundo.

Tal leyenda, es ya una agresión.

Una casi ley que nos aflige siempre, es que pensamos que el hombre nos sorprende permanentemente; nos asombramos de su versatilidad. De ahí a pensar que es capaz de todo, no parece un salto excesivo para sus dotes. Pero la cardinalidad del hombre parece más constreñida de lo que plantean los supuestos más optimistas.

La mayor pesadumbre del hombre es sentir que llega tarde al universo, que, cuando él se planta, la materia, de la que él participa, ya ha participado en el carrusel sin él. No va a olvidar nunca su postergación material, y es entonces, en la historia, cuando comienza su labor de descomposición, su tarea de transformador, hartado más penosa para aplaudir.

Es el síndrome de la usurpación lo que avanza, es el espíritu de la más vengativa de las homologaciones.

Entonces, la utopía es vanidad. Y el acuerdo que alumbra, es la demolición.

¿En qué consiste- no me atrevía a emplear dos adverbios que, sin embargo, sí menciono: real y verdaderamente- el éxtasis ?:

“Yo siento que debería morir de vivir y me pregunto si tiene sentido buscarle una explicación a ese sentimiento”. (CIORAN, “ECD”, p. 13, Tusquets Editores).

¿Se refiere a un lleno o a un vacío?. Para los místicos, es una huida, un devaneo fuera de lugar; para nosotros, un destello de ardua rareza, un acontecimiento completo que olvida la renuncia.

Morir de vivir parece más próximo a los místicos, aunque lo hemos ahondado en los aledaños que conserva con la rutina, expresión atormentada del ser y muy vilipendiada.

Urge una defensa de fenómeno tan maltrecho.

No hurgamos en la explicación que el autor por otra parte no parece querer. Una de las cumbres del paroxismo se alcanza en el estrujamiento del desconsuelo, y éste apunta a la exaltante duplicidad que sobrellevamos.

No resistir era el plano del hombre. Pero aquél, que busca perfiles de distinción, domina como nadie el arte de intervenir, y oponerse, es su sangre y su divisa.

Estar metidos en los antípodas de la indisposición, ese es nuestro cargo.

Padecemos de la adulación de los cotejos, y siempre es una intensa procura por nuestra parte, acolcharnos y rodearnos. Parecería como si con esto se ahuyentaran los ladridos de la intemperie, no siempre desaparecidos de nuestro ámbito:

“Querer vivir y morir en sociedad es una debilidad lamentable: ¿acaso existe consuelo posible en la última hora?”. (CIORAN, “ECD”, p. 18, Tusquets Editores).

Esta alegación, que no tiene ningún crédito entre nosotros, que no goza sino de un repudio blando cuando se oye, es la constatación más fluida de la inepticia que blandimos.

¿Es tan fuerte la presión física del mundo sobre uno mismo?. ¿Es la gravitación del irresponsable la que exige el concurso de los demás, para evitar funciones inéditas del que deviene?.

Esa querencia que nos convierte en asiduos de lugares y de gentes, es una muestra de una inflexión temerosa, desamparada. Es, en buena parte, precipitar nuestra declinación más borrosa y menos interesante.

Vivir, o morir, conjuntamente, es animar anhelosamente la regresión.

8G: Y AL FINAL, VARIAS COSAS.

“Cioran: algo así como una singladura hacia el velo”.

...Canta el fracaso humano

en un éxtasis de tristeza.

(W. H. AUDEN, *Poemas escogidos*, en “En memoria de W.B. YEATS”, III, Editorial Visor, p. 62).

Creencias hay, y entonces semejan ser las más peligrosas, que adquieren un tinte potestativo:

“... me reconozco próximo a la creencia profunda del pueblo rumano, según la cual la creación y el pecado son una y la misma cosa”. (CIORAN, “CON”, p. 13, Tusquets Eds).

Las hay, asimismo, que aparecen como privativas de una comunidad o grupo, y es entonces cuando el perfil de mayor o menor ofensividad o inofensividad, depende principalmente de su carácter difusivo o de retraimiento en sí mismas. No obstante, en todas, en ambas, persiste siempre un especial y persistente -aunque inexplicable- encono del hombre contra el hombre.

La creencia de que estamos hablando ahora no figura, asimismo, como exclusiva de un tiempo, de un lugar, de unas solas personas, sino que más bien ha discurrido con disímil y variable pauta a lo largo de la historia.

¿Por qué sucede, qué ocurre para que se llegue a pensar en una tan desconsoladora y árida identidad?

Inclinados nos sentimos a pensar varias cosas: que la creación fuera una desafortunada e impertinente inmiscusión en la nada ingerente imperturbabilidad universal, por lo que cualquier incisión en ese magma indiferente, podría tomarse como una mácula de variabilidad llena de inoportunidad, de alteración; que, asimismo la creación, inevitable salida a la decepción, viene a ser la más inasistida de las soledades, por el hecho de que, si por una parte, hay una recalitrante desconsideración del intruso por el lado del natural indiferente, por otra se halla la imposible emanación de un hermanamiento de difusión y de difuminación a la par entre ambas, entre la persona con inquietudes y el natural sin pretensiones, algo así como una investidura imposible entre el desaliento y la estridencia.

La creación ama el riesgo. Dada a hacerse y a hacer, su forma multiplicada de intervenir provoca la transgresión de un orden explanado por siempre en la plenitud. Es, por tanto, lo de mejorar el propio asiento, producir de manera simultánea el demérito del primigenio, como de esa forma se consigue el arrumbamiento original de ambos proyectos: el de uno, abatido por la interrupción de su quietud, y el del otro, cruzado ya por siempre por la comezón del acontecimiento.

Estatismo frente a bullir no podía sino ofrecer unos resultados de animadversión inagotable para siempre. Visto tal choque como una contradicción irresoluble, el exceso es, siempre, como promotor de demasia, quien nos arroja -y aleja- de la imposible concurrencia entre establecimiento y cambio.

Pecar es la distancia, ya se refiera a desconocimientos o a propósitos, algo así como dilatar la desventura y el proyecto, y es entonces cuando en ese momento se hace costura con la creación.

Está, finalmente, la consideración de que sobrevenidos en esta tierra y en este tiempo, nada ni nadie parece librarnos de aquellas palabras que aparecen en un texto de José SARAMAGO: “Todo hombre, respondió Dios, en tono de quien da una lección, sea quien fuere, esté donde esté, haga lo que haga, es un pecador, el pecado es, por así

decir, tan inseparable del hombre como el hombre se ha vuelto inseparable del pecado, el hombre es una moneda, le das la vuelta, y ves el pecado, No has respondido a mi pregunta, Respondo, sí, y de esta manera, la única palabra que ningún hombre puede rechazar como cosa no suya es Arrepíentete... (...) y a esos hombres no tendrás que decirles más que Arrepentíos, Arrepentíos, Arrepentíos.” (Vid. en José SARAMAGO, *El Evangelio según Jesucristo*, p. 288, Seis Barcal, Biblioteca Breve, Barcelona, 1.992).

El sufrimiento comienza con el primer deslumbramiento, en ser transferido del seno materno a un descampado, en pasar del habitáculo al desierto.

Proferido el empeño bien temprano, nadie extrañará la amalgama que a partir de entonces redundará en creación y pecado, y cuya concreción nunca evanescente se plasmará en el Arrepentimiento.

Esa arrasadora punición de los tiempos...:

“Esa ideología de víctima es también mi concepción actual, mi filosofía de la historia.” (CIORAN, “CON”, p. 19, Tusquets Eds).

¿Cuántos de entre los políticos, historiadores, columnistas y analistas de toda laya, han entrevisto que el último reducto de las ideologías, su más íntimo poso, sea aquél de celebración del triunfo, aunque en ocasiones se trate de catástrofe?. Este llegar a congraciarse con la facción, y aun si ésta no llegara a ser tal, sino todo el conjunto, alienta todos los sobrepasamientos, y con toda probabilidad, allana el sufrimiento.

Eliminada cualquier adscripción a los cantones ideológicos, no por ello se resuelve la más integral de las consumaciones: la de ser víctima.

Nunca ha sobrevolado sobre el ser humano tanta amenaza como ahora, haciéndole participar de una situación inalienable cual es la de su disponibilidad ubicua como víctima. No hay retórica más afilada, ni perfil más bien estructurado que éste, ni lenguaje más insoslayable.

Penetrados como nunca de agresión, llegamos a convencernos de que somos adquirentes sobre todo de un papel propiciatorio. Sólo inopinadamente somos felices, y nuestros pensamientos, como en ninguna época, están ocupados por una pereza inducida de deshumanización, por el desalojo de la más ínfima de las posibilidades y por la desertificación de la libertad. Vivimos en el páramo más insufrible del cumplido catálogo de las insuficiencias.

Siento que, como jamás aconteció, la latencia ya no es mía, que la gravitación se ha trocado en algo cada vez más escindidamente oneroso, y que estoy cada vez más agarrado (aherrojado) a los grilletes de la determinación. Sobre nuestros cuellos, la espada de Damocles ha dejado de ser una frase hecha, un lugar común.

Lo que yo crea que es la Historia, se ciñe escrupulosamente con un concepto de repetición inclemente, de duda sobre el hombre, en fin, de un hervidero de malparado desarrollo.

Sobre la desilusión provocada por cualquier esfuerzo, que ni tan siquiera se aproxima a la futilidad:

“Creo, la verdad, que nada tiene sentido.” (CIORAN, “CON”, p. 131, Tusquets Eds).

Que esto se diga, en nada indica que no se reconozca cuantos intentos han sido -y se han dado- para buscar en el cofre donde radica el sentido, como tampoco puede descartarse la persecución bienintencionada que de él se diere. El autor no maldice estas andanzas, sino la expectativa como posturalidad y los insípidos frutos en que redundan nuestros propósitos.

Pero, ¿Qué es el sentido?. Correr impávidamente tras la traslación, pero siempre desazonadamente. Ser morosos en la pátina del tiempo. El sentido es un discurso, un discurrir, sobre los avarientos, hostiles e indiferentes limos de una tierra no menos dispuesta a la ignorancia del hombre que la que hiciera desde su primer pasmo.

Se ve en ocasiones el sentido como una busca, como un resultado aceptable salido de destilada interrogación. Así sí es factible salir a todos los encuentros, por lo que aquél bien pudiera entenderse como una proposición eternamente probada y repetida de amigarse con un rechazo igualmente terco e inveterado, el del mundo, probado en desinterés.

Siempre veremos al sentido como un acercamiento por nuestra voluntad e inquietud, como una instancia de alcance de la Desestima. En este respecto no hay sentido, al menos por una de las partes; pero es que tampoco nada se aleja de nosotros. Si al menos percibiéramos que lo que mejor se pliega a lo que nosotros entendemos por sentido, se confirmara como un ostracismo del deseo.

En otros momentos, el sentido es asiduamente una conformidad, lo que le hace retraerse y encogerse ante lo que se consideraría como un ataque definitivo a lo que es su matriz fundamental: su desenvolvura. Alegrados (alentados) por nuestra obcecación con el acuerdo, consentimos en la obligación de creer a lo que aspiramos: lo de consagrarnos a la remediabilidad de un desdén, de un rechazo, de un olvido, el que se entronca con el desdoro de lo natural no afectado.

Luego, está el cariz de la propiedad y menesterosidad del sentido. En el primer supuesto, ¡ qué alharaca y cinismo para concederlo a tantas infamias cuando se dice: “Tiene eso sentido”!. Sólo tan generosas atribuciones a sombrías expresiones de lo humano, bastarían para desjarretar la encarnadura del sentido. Pues hablemos claro, profundo y alto, y más cada vez, de lo que no tiene sentido, y que, al tiempo, confirma y detenta todas las designaciones que de él quepa anotar e imaginar.

Tener sentido se resuelve, inevitablemente, en influir, y no en con-venir, como, si lo pudiéramos probar, veríamos que es cuanto menos, no atentatorio.

Y, sobre la pobreza del sentido, no hay más que acudir a la nulidad efectiva de los sin-predicamento, a aquella gran parte de la población (mundial) conocida como la desposeída de las lacras del pronunciamiento.

Con la palabra prestada, acumula mensajes con una inusitada prestancia, entreverado su específico logos de fantasía mercantil. Es, cuando alcanza con mayor holgura su status de dependiente en todas sus acepciones.

Piensa y cree, entonces, estar al tanto de todos los discursos, y no se concibe privado y alejado siquiera sea de la locuacidad del disgusto.

Pero todo está hablado, esa parece ser la máxima indiscutible de nuestros tiempos. El sentido, entonces, se amasa con el espejismo.

Y, finalmente, ¿para qué el sentido?. En una otra parte, en un otro tiempo, tal es la punzante observación que podría desprenderse de las palabras de la cita. O tal vez se trate de adivinar un escurridizo y oscuro -aún- bastidor, donde se puede tejer una diferente cimentación del sentido.

O, siempre sería el retorno imposible al abismático fondo de la primitiva nostalgia, desperdigada en notas mil, sin capacidad ya para la armonía del apareamiento.

¿Quién aprecia la debilidad?

“Pero, ante todo, busco el caso: en pensamiento o literatura tengo interés ante todo por lo frágil, lo precario, lo que se derrumba y también por lo que resiste la tentación de derrumbarse pero deja constancia de la amenaza...” (CIORAN, “CON”, p. 22, Tusquets Editores).

El aprecio se apareja con la normalidad, y la inquietud de lacerar nace de la confusa y oscura percepción de la diferencia. Todo se justifica, o gran parte (al menos lo más importante) en nombre del sano juicio -¿existe tal fenómeno?- Una indecible incomodidad nace ante el desamparo y la deformidad, y casi como que nos sentimos obligados al desplazamiento y a la ocultación de lo que rigurosamente no es normativo.

Sentirse incluido en el margen de lo escasamente ajustado naturalmente y en la desestima encubierta de conmiseración...

“Buscar el caso”, es encontrarse aún en la esperanza de poner en solfa, en entredicho, la terrible continuidad en alza de la evolución, es buscar los parentescos imborrables entre el dechado y el aborrecimiento. Es, con todo, no perder de vista la nula remisión del ejercicio de la desigualdad y de la desgracia.

Cuando el hallazgo se ha producido, parecería algo así como un repunte de una creación que se desdibujara cada vez un poco más, como si se ejerciera un inevitable resquebrajamiento de su autoridad indiscutida. También, y nos lo dice asimismo ese hermanamiento incipiente e implorante, surge, urgida, la inconsútil traba y plegamiento impensable que se pergeña frente al universo. Ellos, ellas, los plagados y plagadas en mayor o menor grado en taras, nos hablan de lo ineluctable de la presencia del gran estigma: del imposible avenirse y atenerse entre hombre y la tierra que le recibió. El débil promueve de continuo el desentonamiento, y antes preferirá la apatía que el vigor, y nos enseña que la tentación y el deseo por alzarse se corresponden

estrictamente desde un plano de simetría restauradamente cruel, y siempre rediviva, con la cruda y nunca olvidada nostalgia de la caída.

Mejor que en nada, en ellos se escuchan los ecos hondos, profundos, lejanos, casi inaudibles, del primer y no desaparecido derrumbamiento.

Gana y desgana, asidero y abulia, ardor y despeñadero, esos son los cotejos que nos componen:

“La paradoja de mi naturaleza es la de que siento pasión por la existencia, pero al mismo tiempo todos mis pensamientos son hostiles a la vida.” (CIORAN, “CON”, p. 28, Tusquets Editores).

Sorber la existencia lentamente con fugitiva delectación a cada instante y oponer a ese saber de hálito fugaz que es la vida la más incustrada de las decepciones, incubados en ella misma en cada latir.

La paradoja de que se habla sirve fundamentalmente para no mitigar el tormento irredimible de muchas personas, no de todas: el tormento irrestañable (insuperable) de personas, signadas por la melancólica y destructiva aflicción de la paradoja, pues tal es la quintaesencia desbaratadora de ella. Vivir en la paradoja, en ésta también, pues este es el caso, si nos despide por un lado de la trivialidad, por el resultado de este mismo hecho nos vemos abocados a la insoportable gravedad de la conciencia, del distinto y peliagudo camino abierto a la preocupación.

La paradoja amplifica el abismo; no hay saturación que enjuge la herida abierta por ella. La paradoja asume en su expresión, en su aparecer, el deseo y el descanso, la conmoción y el silencio. Hoguera y cenizas, pero ante todo el rescoldo, al amparo del hogar que es el vivir.

Aquella voluptuosa concatenación con la existencia, se compadece con atisbar la ruina de ese ensalzamiento por la luminaria de la razón.

¿Por qué los pensamientos han de arruinar, han de hacer decaer, los sentimientos?. ¿Por qué ha de arredrarse la pasión ante el empuje crítico?.

La paradoja siempre va más allá de la literatura. Expresa el sustrato del descontento, de la malograda afinidad, de la tristeza inamovible de nuestro surgimiento, de nuestra aparición.

Sentir que tienes un asiento en la pasión, y en la misma suerte, tener pegado sin remisión, un pie ya en el estribo. El esplendor y la sombra nos constituyen.

Todo un delirio la impunidad...

“Todo lo que el hombre hace se vuelve contra él: ése es mi destino y la ley trágica de la historia. Todo se paga, el bien y el mal.” (CIORAN, “CON”, p. 123, Tusquets Editores).

Lo que hagas, donde vayas, lo que persigas, no te ha de librar de la transgresión que provoca el intento, el propósito, la fe que invade cualquiera de tus poros. Puesta la divisa, presupuesta la ruina y la sanción.

Imaginemos un hombre no poseído por ninguna empresa, por ningún afán. No hay tal bajo el sol. Pero imaginémoslo: nada le va a diferenciar de una piedra, nada de como objeto perseguir un objeto, rodea de vida (en el sentido de dar un rodeo) y le rodean. Que no exista, que no haya entrado en la historia, decir no quiere que sea postor de otro lugar, que padezca por no embutirse en la historia. Somos, aquí y ahora, con las mutilaciones propias, e inexpresables siempre, de la limitación.

La maldición de Babel sigue estragando sin remilgos las composturas que acomete el hombre.

Atento a los resultados, prescinde la comprensión del gran desvarío en el que se va a implicar con todas sus energías: el de la intervención.

Pagado de que su intromisión no es tal, sino necesaria refriega con el desorden entrevisto, se dispone a rebasar todas las previsiones y cautelas que una entente mínimamente cordial había fijado entre naturaleza y hombre en ella, viciando en cada momento el equilibrio pertinente que se había presupuesto en un conciliábulo sólo ocasionalmente coincidente.

Embebido en el festín de sus prestaciones, volcado en la orgía de la maceración que es toda rutina, es decir, dado a la figuración productiva, de nada le va a valer que la definitiva proyección de su esfuerzo, cargado en cosas, sea buena o mala. Se ha impuesto en la labor, y en el incidente del que alardea con presencia, de todo el que se reduce a no encadenar la conciencia, de todo el que presume en el escalofrío de la identidad, todo está burlado.

Y no parecen destinadas (en exclusiva) las palabras siguientes a contentar sin restricciones a los mantenedores de las conveniencias eutrapélicas:

“La falta de autocontrol, de moderación, es el pecado mortal.” (CIORAN, “CON”, p. 149, Tusquets Editores).

Alimentados para el trájín, toda nuestra energía se despliega tanto para catalizar la intromisión en lo que ahí sigue estando -lo que con presuntuoso eufemismo se glorifica como transformación- como para, a guisa de reto mortificante, espetar al tiempo, conminándole de nuestra presencia, de nuestra nada anodina comensalidad.

La prédica insurgente de morigeración no deja sino de orientarnos hacia la incommovible certeza que tenemos de nuestro destino, y siempre sería una especie correctora de nuestro empinamiento levantisco, aunque necesario. Levantar, levantarnos, parte fundante y fundada de nuestro oficio.

Cumplidos de actos, queda aún inquirir sobre esa inapagable y obsesiva abyección que comportan, y que determinamos que se soterre como de vacua complejión. Sin medida y sin tino, nos condenamos a un indeleble juego de justificación de los hechos, a una desenfrenada carrera por acreditar competitivamente la Explicación. Y sucede que es en la ruptura del exilio del silencio donde comienza a labrarse nuestra derrota, ese camino equívoco del echar el pie hacia adelante.

Aquel primer desprendimiento de exceso verbal, aquel descenso del mutismo a la sinceridad estableció (estatuyó) sin más los primeros achaques de desvarío y de desmesura, que sin interrupción y desde entonces nos habitan.

Si nos quedáramos donde antes de... ser, y si es que vale emplear donde. Y aun establecidos en lugares y tiempos, dejáramos de decirnos y de ostentarnos, sin que seamos capaces de escuchar la sorda y ronca consternación de todo lo que nos rodea.

In-currir, in-cursos, el pensamiento y la acción nos baten, nos atraíllan.

Pecar es des-adentrarse, salir al paso de una cita con las cosas, en las que ellas no han consentido. Sobrepujar es la llamada, tanto respecto de hombres como de lo demás.

Y cómo del sinfín de problemas y de preocupaciones que nos estrujan, todo parece reducirse a esto:

“A fin de cuentas, sólo conozco dos grandes problemas: cómo soportar la vida y cómo soportarse a sí mismo.” (CIORAN, “CON”, p. 200, Tusquets Editores).

Ah, si pudiéramos sortear con plenitud de desarrimo la vida!. Si nos amparara y definiera un estatuto de indemnes...

Nada tan clarificador de nuestra provisionalidad, de nuestra fugacidad y nuestro pasaje, como aquellas banales preguntas eternas, que se refieren al irnos y al estar: ¿qué tal, cómo te va, qué es de tu vida?. En ellas aparece embozado el ser, o tal vez se recree en una laberíntica inmadurez, o quizá se entiende como un experimentado buscador de asilo. El ser, semejaría el veto, el gesto y la cantinela en agraz.

También en ellas palpita, bajo la costra duradera de la repetida convencionalidad, un hálito de escondido y profundo interés que, sin explicación dada hasta ahora que al menos yo conozca, no pasa a formar parte del elenco de las inquietudes de quienes oficialmente piensan y escriben; son frases hechas, se dice, con el desprecio de quien se siente en la santa obligación de abrir nuevos caminos, de desbrozar por entre lo consabido, y dotado con el espíritu de un aventurero que lo único que pretende es amasar notoriedad, conciencia-guía. Y sien embargo, los que así se expresan transitan por lo trillado con la autoridad del descreído, simplemente instalados en la llaneza del dolor, sin decaer en aspavientos editoriales que tanto pueden y valen para muchos, agarrados a la cuerda del daño, pero sin ninguna pretensión de enmaromar a nadie, y extrañándose de una manera que no acertamos a considerar ni a entender.

Convendría que, de una vez, nos zambulléramos en la despreocupación, pozo tan fecundo.

Ser ajeno a la vida, y que ambule en ella, esa es la sustancia del soportar.

Si aguantar la triste empresa se mueve en lo insoluble soportable, resistirse a sí mismo nos aposenta en el fragor de inagotables disconformidades. Lo que se nos abre con nosotros mismos, al advertirnos, es un interminable baño en lo recurrentemente inexplicable, una inacabable refriega en la contradicción.

Ese ejercicio inextinguible de tenerse y no saberse, conduce a un irreprimible y desconsolador fermento de descontento y de desasosiego consigo mismo que no ampararía la más sólida de las fes.

El rechazo que vivimos tan cerca de -y hacia- nosotros mismos, se acompasa con otra repulsa más regular, sostenida y absolutamente original, padecida desde los comienzos, la que es aparecida como aspirativa subyugación entre naturaleza y hombre, y que es aprovechada por aquélla como desquite de éste.

Disgusto es el aliento.

Por fin, soportarse a sí mismo devengará una naturaleza insufrible y convertirá al devenir en algo totalmente despreciable.

AÑADIDO COMO ADVERTENCIAS

En algunas de las citas reseñadas de CIORAN, aparecen palabras o frases entre paréntesis, cuya función es aclarar el asunto o tema que se está considerando en dichas citas, y que de ninguna manera pertenecen al autor, a CIORAN: son precisiones nuestras. (Vienen explicitadas en las páginas: 42, 47, 81, 82, 83, 87, y pertenecen a los siguientes textos de nuestro escritor: CT, p.57; EN, p.11; CT, p.34; CT, p.49; CT, p.54; DES, p.50).

Las citas objeto de tratamiento y estudio en este trabajo, pertenecen a diversas obras de CIORAN, cuya mención abreviada en siglas es la que sigue:

La caída en el tiempo: “CT”.

El aciago demiurgo. “EAD”.

Del inconveniente de haber nacido. “DIHN”

Desgarradura: “DES”.

Ensayo sobre el pensamiento reaccionario: “EPR”.

Silogismos de la amargura: “SA”.

Ese maldito yo: “EMY”.

De lágrimas y de santos: “DLS”.

Entretiens...: “EN”.

En las cimas de la desesperación: “ECD”.

Breviario de podredumbre: “BP”.

La tentación de existir: “TE”.

El ocaso del pensamiento: “OP”.

Conversaciones: “CON”.

Hemos creído conveniente que antecediendo a las citas propias de CIORAN, se incluya una concisa y breve introducción, y que gráficamente viene indicada en un margen mucho más amplio.

Aquellas citas que aparecen entrecomilladas, y que figuran en diferentes lugares de este trabajo sin atribución, son a manera de licencias que el autor de este trabajo se ha permitido, sin pretender lograr equiparaciones -por otro lado imposibles- con nadie, y sin buscar pretensiones de ninguna índole.

Un Octavo Apartado, que originalmente no se atendía, aparece bajo la denominación: “Y al final, varias cosas”. Recoge opiniones de CIORAN vertidas en diferentes entrevistas a lo largo de los últimos años, y que vienen reunidas en *Conversaciones*, Trad. de Carlos MANZANO, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996, libro ya recogido en nuestra Bibliografía. Por la fecha de edición y la naturaleza de este volumen, nos ha parecido oportuno dedicarle un breve espacio para comentar alguna de las opiniones de CIORAN que aparecen en él, y por tanto, aparte de su inclusión en los apartados que le preceden.

Los Indices de Autores y de Temas están lejos de las preferencias de exhaustividad que tanto cuentan y valen en ámbitos y circunstancias diversos. No es nuestro propósito expresar ningún asunto, aspecto para el que sí hay una nómina generosa de adeptos.

La última advertencia, vaya como amonestación hacia mi persona, por mis errores y atrevimientos en este trabajo, de los que siempre estaré dispuesto a responder y a retractarme.

INDICE DE AUTORES POR ORDEN ALFABÉTICO

A

- ABATE DUBOIS (DES, 30)
- ACTERIN, ARSAVIR (CON,184)
- ACTÈRIAN, JENY (CON, 184)
- ADÁN (DES, 123 ; SA, 83, 97 ; DIHN, 50, 124)
- ALARICO (DIHN, 118; SA, 52)
- ALCÁNTARA, Pedro de (TE, 138)
- ALCIBIADES (BP, 24; TE, 82)
- ALCMEON DE CROTONA (DES,171)
- ALEJANDRO MAGNO (EAD, 136; BP, 82)
- ALIOSHA Y SMERDIAKOV (DIHN, 181)
- ANAS (TE, 66)
- ANGELA DE FOLIGNO (EPR, 134; BP, 118, 144; TE, 142)
- ANGELUS SILESIUS (TE, 135-136)
- ANÍBAL (DES, 18; SA, 53)
- ANTIGUO TESTAMENTO (OP, 90, 121)
- ANTISTENES (CT, 43. DES, 162)
- APOCALIPSIS, EL (DES, 96)
- ARANY, JĀNOS (CON,151)
- ARIMAN (DES, 47)
- ARISTARCO (TE, 127)
- ARISTÓTELES (EMY, 28; DLS, 45; DIHN, 98, 109; BP, 51, 159; OP, 49; CON, 200)
- ARNOLDO (BP, 144)
- ASAGNA (EMY, 164)
- ASVAGHOSHA (EPR, 181)
- AUGUSTO, OCTAVIO (TE, 82)
- AYAX (CT,143)

B

- BABILONIA (DES, 61)
- BACON, F. (DES,171)

- BACH, J.S. (OP, 122, 246, 300; EMY, 28, 44, 198; SA, 87; DLS, 30, 58, 62; DIHN 104, 110; BP, 65, 122, 137, 165; OP, 122, 246, 300; TE, 39; CON, 160,175,224)
- BALDUNG-GRIEN, J. (EAD, 51; DLS, 30)
- BALZAC, H. DE (EPR, 75, 179, 180; TE, 120)
- BARRÁS (DES, 112)
- BARRÈS, MAURICE (CON, 87)
- BARTHES, ROLLAND (CON, 190)
- BARUZI, JEAN (CON, 110)
- BASÍLIDES (EAD, 114)
- BAUDELAIRE, CH. (SA, 15; EPR, 74, 75, 151, 174, 219; EAD, 43; DLS, 47; DIHN, 161; BP, 117, 118, 147; TE, 11, 169, 196; CON, 34, 41, 56, 210)
- BECKETT, S. (EPR, 113-127; CON, 11, 139, 143, 159, 181, 210, 235, 238)
- BEETHOVEN, L. van (SA, 31, 87; BP, 165; OP, 248)
- BELLARMIN (EPR, 77)
- BEN AL-HAMARA (EMY, 119)
- BENES, EDVARD (CON, 147)
- BENN, GOTTFRIED (CON, 134, 135)
- BERDIAEF, N. (EN, 11; CON, 166)
- BERGSON, H. (SA, 50; EPR, 59; EN, 12, 29; CON, 166, 167, 176)
- BERNINI, J.L. (BP, 145)
- BHAAGAVAD-GITA (CT, 126; DES, 106; SA, 19; EAD, 92; DIHN, 101)
- BIBLIA. LA (EMY, 76)
- BICHAT (TE, 192)
- BLAKE, W. (SA, 81; TE, 29)
- BLANCHOT, M. (EPR, 194)
- BLOCH, ERNST (CON, 12, 22)
- BLOK A. (DIHN, 71)
- BLOY, L. (BP, 141)
- BLOY, L. (DES, 75)
- BOCOVIA (EPR, 208; CON,231)
- BODHIDHARMA (DES, 78)
- BOEHME, J. (EPR, 116; TE, 141)
- BOILEAU, N. (SA, 11)

- BONALD, L.G., vizconde de (EPR, 39, 40, 43, 49, 52 Y SS.)
- BONAPARTE, N. (BP, 109, 119; EAD, 106, 133; TE, 353, 93; CON, 148, 149, 161)
- BORGES, J.L. (EPR, 137-140)
- BOSSUET, J.B. (EPR, 17; DIHN, 54, 61, 74; BP, 164)
- BRAHMS, J. (EMY 71; SA, 89; EN, 28, 31; CON, 177)
- BRENTAND, F. (BP, 144)
- BROD, MAX (CON, 189)
- BROGLIE, L. de (EMY, 137)
- BRONTË, E. (DIHN, 40)
- BRUTO, M.J. (DIHN, 85)
- BUDA (CT, 70; SA, 32, 42, 68; EPR, 174, 217, 218,; DLS, 100; DIHN, 12, 31, 67, 76, 77, 107, 124, 157, 183; DES, 83, 130, 140; EMY, 41, 92, 135; EAD, 43, 81, 91, 94, 95, 111; BP, 75, 157, 164; OP, 15, 124, 155, 156; TE, 12, 14, 81, 153, 191; CON, 65, 66, 67, 102, 241)
- BYRON, LORD (TE, 93; CON, 43)

C

- CABET, ETIENNE (CON, 23)
- CAIFÁS (TE, 66)
- CAILLAUX, JOSEPH-MARIE (CON, 148)
- CAILLOIS (EPR, 193-199)
- CALÍGULA, El Emperador (EAD, 107; DIHN, 153)
- CALVINO, El REFORMADOR (SA, 48; EAD, 128; DIHN, 87)
- CAMPANELLA, TOMMASO (CON, 23)
- CAMUS, ALBERT (CON, 44, 139, 181)
- CARITAT, NICOLÁS DE (marqués de Condorcet) (con, 128, 149, 150)
- CARLOS V, Rey de España (DIHN, 63, 134)
- CARNAP, RUDOLF (CON, 80)
- CARNÉADES (DIHN, 121)
- CAROLINE DE GUENDERODE (BP, 177)
- CARUS, K. G. (DES, 75)
- CASANDRA, La Profetisa (SA, 97; EAD, 106)
- CASIANO (TE, 182)
- CATALINA DE GÉNOVA (BP, 144)
- CATALINA DE SIENA (BP, 144)
- CATALINA EMMERICH (BP, 144)

- CATÓN EL CENSOR (DIHN, 121)
- CAZALIS (EPR, 91)
- CEAUCESCU, NICOLAI (CON, 157, 158)
- CELAN, P. (EPR, 238; CON, 139)
- CÉLINE, LOUIS-FERDINAND (CON, 93, 139)
- CELSO (EPR, 63, EAD, 27, 28, 35, 37; EN, 26; BP, 132; TE, 64)
- CERONETTI, G. (EPR, 221)
- CESAR, C. J. (SA, 56)
- CICERÓN (EMY, 19; DIHN, 110; EPR, 105, 108; TE, 64)
- CIORAN, AUREL (CON, 186)
- CLAUDEL, P. (EMY, 19; DIHN, 110; EPR 105, 108)
- CLAUSEWITZ, C. von (SA, 95)
- CLEMENCEAU, GEORGE (CON, 147)
- CLÍO (DES, 14, 158)
- CODREANU, CORNELIU (CON, 14)
- COLERIDGE, S.T. (DIHN, 48)
- COMTE, A. (EPR, 74, 103, 202)
- CONFUCIO (DIHN, 144)
- CONNOLLY, C. (DES, 7)
- CONRAD, JOSEPH (CON, 43, 44)
- CONSTANT, B. (SA, 14; EPR, 70, 71)
- CRESO (SA, 67)
- CRISIPO (CT, 43)
- CRISTO (DES, 90; ECD, 25, 106, 161, 164; OP, 12, 16, 28, 210; SA, 65; DIHN, 122; BP, 96, 103, 145, 148, 183; OP, 97, 99, 121, 171)
- CRISTÓBAL COLÓN (OP, 213)

CH

- CHAMFORT, N. de (DES, 33; EMY, 179; EPR, 121, 180; DIHN, 36; BP, 164; CON, 46, 61, 62, 123, 194)
- CHANDRAKIRTI (DES, 121; CON, 56)
- CHANKARA (CON, 64)
- CHARGAFF, E. (EPR, 238)
- CHARRON, P. (DES, 10)
- CHATEAUBRIAND, F.R., Vizconde de (EPR, 46, 71; BP, 164; OP, 141; TE, 161; CON, 43, 55)

- CHATEAUBRIAND, LUCILE DE (CON, 43)
- CHEJOV, A. (DES, 163; CON, 12, 56, 226)
- CHESTOV, L. (EPR, 207, 208, 210, 211, 212; EN, 11; CON, 12, 22, 102, 166)
- CHINA (DES, 47)
- CHOPIN, F. (SA, 88; OP, 210)
- CHRISTOMANOS, CONSTANTIN (CON, 87)

D

- D'ALAMBERT (EPR, 47)
- D'ORS, E. (EPR, 181)
- DANGEAU (CON, 74)
- DANTE ALIGHERI (SA, 12; EPR, 108; TE, 119)
- DASGUPTA, SURENDRANATH (CON, 63)
- DE ASÍS, F. (TE, 183; DLS, 57)
- DEFFAND, MARQUESA DE (CON, 55, 58, 60)
- DEMÓSTENES (EMY, 151)
- DESCARTES, R. (SA, 11; TE, 130)
- DHAMMAPADA (EAD, 55; DIHN, 86, 168)
- DIANA DE ARNOLD (BP, 144)
- DICKINSON, E. (DIHN, 50; CON, 35, 116)
- DIDEROT, D. (DES, 84)
- DILTHEY, WILHELM (CON, 22)
- DIODATA DEGLI ADEMARI (BP, 144)
- DIÓGENES LAERCIO (BP, 82, 83)
- DIÓGENES, El Cínico (EMY, 42; SA, 83; BP, 21, 82, 83; OP, 12, 35, 133, 134, 135, 181; CON, 199)
- DON QUIJOTE (EMY, 92; SA, 47, 56; BP, 104; TE, 11, 46)
- DONOSO CORTÉS, J. (EPR, 151, 159; DES, 171; CT, 127; EMY, 65; SA, 14; DLS, 40, 41, 97; DIHN, 178)
- DOROTEA DE MONTAU (BP, 144)
- DOSTOIEVSKI, F. (EPR, 151, 159; DES, 171; CT, 127; EMY, 65; SA, 14; DLS, 40, 41, 97; DIHN, 178; BP, 147; TE, 11, 45, 124, 167; CON, 14, 22, 23, 35, 43, 44, 56, 70, 71, 102, 103, 121, 122, 209, 226, 232, 233)
- DUCLOS, CH. P. (DES, 25, 35)

- DUQUESA DU MAINE (EMY, 186)
- DUMUR, GUY (CON, 49)
- DURERO, A. (DLS, 30; BP, 92; CON, 211)
- DYLAN THOMAS (DIHN, 73)

E

- EBNER, M. (TE, 142)
- ECD (EN, 34: se alude a esta obra)
- ECKHART. *El Maestro* (BP, 135; TE, 20, 122, 135, 137, 139; DES, 76; EMY, 27, 81, 144; DLS, 64, 94, 112; CON, 63, 64, 70)
- ECLESIASTÉS (CT, 120, 122; DLS, 95, 96; DIHN, 126; BP, 44, 139)
- ECLESIÁSTICO (EPR, 224)
- EDIPO (DES, 90)
- EL GRECO (DLS, 80, 81, 83; BP, 147)
- ELIADE, NIRCEA (CON, 51, 66, 113, 154, 155, 159, 160, 184, 185, 224, 231, 232)
- ELIOT, T.S. (EPR, 147, 150; TE, 122)
- EMERSON, RALPH WALDO (CON, 35)
- EMMERICH, C. (SA, 106; DLS, 26)
- EMPÉDOCLES, de Agrigento (DES, 67)
- ENCICLOPEDIISTAS, Los (DES, 31)
- EPICTETO (CT, 142; DES, 78, 101, 161; DIHN, 126; CON, 200)
- EPICURO (CT, 43, 47; DES, 20, 82, 140, 192; EMY, 13, 42, 43, 144; DIHN, 38; TE, 152; CON, 197)
- ESCOBAR (EMY, 164)
- ESQUILO (SA, 102; DIHN, 133; BP, 104; TE, 28, 78)
- EUSEBIO de Cesárea (EAD, 34)
- EVAGRO (TE, 182)
- EZEQUIEL, El Profeta (TE, 83)

F

- FAURÉ, G. (EPR, 170)
- FELIPE II, Rey de España (TE, 41)
- FENELÓN, F. de S. (DIHN, 74)
- ~~FENOMENOLOGÍA DEL ESPÍRITU~~ (DIHN, 52)
- FITZGERALD, F. S. (EN, 27; CON, 175)
- FLAUBERT, G. (DIHN, 167; TE, 100)

- FONDANE, B. (EPR, 207-212)
- FONTENELLE, B. de Bovier de (EPR, 107,173; EAD, 106; OP, 131)
- FORTNAGEL, L. (DIHN, 97)
- FOUCHÉ, J. (BP, 109)
- FOURIER, CHARLES (CON, 23)
- FRANCISCO JOSÉ, Emperador de Austria-Hungría (CON, 12)
- FRAY LUIS DE LEÓN (TE, 136)
- FREUD, S. (EMY, 24, 35; SA, 85; EAD, 128; DIHN, 85; TE 152))

G

- GABIUS APICIUS (BP, 128)
- GALILEO (SA, 95)
- GANIVET, A. (TE, 46)
- GANNDHI, El Mahatma (EMY, 189)
- GASCOYNE, D. (EPR, 212)
- GÉNESIS, EL (EAD, 16; DIHN, 187)
- GENGIS KHAN (EMY, 147; EAD, 136)
- GIBBON, E. (DES, 53; SA, 99)
- GINZA (EMY 32)
- GOETHE, J. W. von (CT, 118; EMY, 51, 96; SA, 17; TE, 93, 103; CON, 63, 150, 154)
- GOGOL, N. (EPR, 138; EMY, 89; DIHN, 90; TE, 165-169; CON, 56)
- GORVACHOV, MIJAÍL (CON, 158)
- GRECIA (DES, 47)
- GRÜNEWALD, M. N. (DLS, 30)
- GUI, B. (EAD, 72)
- GUILLERMO EL CONQUISTADOR (EMY, 147)

H

- HAENDEL, G.F. (DLS, 30)
- HAFFNER, SEBASTIAN (CON, 152)
- HAMLET (SA, 12, 45)
- HARTMANN, EDUARD VON (CON, 16)
- HEGEL, G. W. F. (SA, 51; DIHN, 80, 109, 127; BP, 52, 68, 138, 158; TE, 13, 32, 93, 151; CON, 227)
- HEGESÍAS (DIHN, 171)

- HEIDEGGER, M. (EPR, 166; EMY,40; EN, 10, 11; CON, 22, 45, 55, 166, 196)
- HENRI DE HALLE (BP, 144)
- HENRI DE KLEIST (BP,177)
- HERÁCLITO, de Éfeso (DES, 66, 67, 90, 158; EMY, 62; SA, 50; BP, 69)
- HÉRCULES (DIHN, 121)
- HERNÁN CORTÉS, El Conquistador (TE, 137)
- HERTZ, H. (DIHN, 120)
- HESÍODO (DES, 129; DIHN, 120, 135)
- HITLER, A. (EPR, 209; EAD, 107, 114; SA, 11, 51, 95; DIHN, 124; TE, 67; CON, 135, 148, 152, 153, 161, 162, 240)
- HOLBEIN, El Viejo (EAD, 51; DLS, 30)
- HÖLDERLIN, F. (SA, 11; BP, 117; TE, 93, 140; CON, 150)
- HOMERO (DES, 158; EAD, 29, 124, 139; DIHN, 149; BP, 68, 127, 130)
- HUME, D. (CT, 58; DLS, 52; EAD, 65; CON, 197)
- HUSSERL, EDMUND (CON, 22, 45)
- HUXLEY, ALDOUS (CON, 150)
- HUYSMANS, CH. G. (EPR, 224)

I

- IGNACIO DE LOYOLA (EMY, 173; EAD, 53; BP, 51)
- INDIA (nación) (DES, 47; EPR, 177, 178)
- INDIOS DELAWARE (DES, 16)
- INOCENCIO IX (DIHN, 108)
- IONESCO, EUGÈNE (CON, 12, 140, 154, 158, 159, 238)
- IONESCO, NAE (CON, 186)
- ISAAC, El Sirio (DES, 174)
- ISABEL, Emperatriz de Austria-Hungría (CON, 87, 89, 90, 143)
- ISAÍAS, El Profeta (EPR, 224; EAD, 130; TE, 83)
- ISHI, indio americano (DIHN, 112)
- IVAN KARAMAZOV (DLS, 70)

J

- JEKILL (DES,83)
- JEREMÍAS, El Profeta (EAD, 130; TE, 83)
- JERJES (SA, 65; DIHN, 122)

- JOB (EPR, 27, 224; DIHN, 13, 17, 36, 103; SA, 68, EAD, 13; DLS, 31; BP, 58, 65; OP, 17, 91, 101, 119, 128, 201; TE, 72, 78, 79, 80)
- JOUBERT, J. (SA, 10; DIHN, 85; EPR, 43, 46, 180; CON, 61)
- JOVINIANO (DIHN, 126)
- JOYCE, J (EPR, 118, 169; CON, 11)
- JUAN DE LA CRUZ (BP, 147; TE, 136; SA, 63; DLS, 24, 60, 64)
- JUAN DE MARIENWERDER (BP, 147)
- JUDAS, El Apóstol (BP, 74, 75; TE, 66, 102)
- JULIANO EL APÓSTATA (DES, 163; EAD, 25-29, 35-36)
- JULIUS CAPITOLINUS (DES, 183)
- JÚPITER (EMY, 39)
- JUSTINIANO (BP, 132)
- JUVENAL (EMY, 153)

K

- KAFKA, FRANZ (CON, 13, 189)
- KANDINSKY, V. (EMY, 20)
- KANT, I. (EMY 15; BP, 52, 65, 68, 138; OP, 229; CON, 211, 227)
- KASSNER, K. (EPR, 138)
- KATA-UPANISHAD (EAD, 54)
- KEATS, J. (CT, 65; EMY, 17; TE, 93, 193)
- KIERKEGAARD, S. (EPR, 138, 159, 187; BP, 187; TE, 11, 99, 159, 166; CON, 22, 92, 145)
- KIRILOV (EPR, 234)
- KISSINGER, HENRY (CON, 153)
- KLEIST, H. von (DIHN, 47, 49; TE, 193; CON, 71, 150)
- KSOMA DE KOROS (EPR, 181)

L

- LA BRUYÈRE (TE, 108)
- LA CÁBALA (DES, 85, 123; EMY, 27; DIHN, 110, 141)
- LA COMBE (CON, 59)
- LACOSTE (CON, 153)
- LAMENNAIS, H. F. R. DE (CON, 151)
- LA METTRIE, J. O. de la (EPR, 217)

- LA ROCHEFOUCAULD, F. de (DES, 23; DLS, 94; DIHN, 122; BP, 174; CON, 46, 61, 194)
- LA TORAH (EMY, 91)
- LAO TSE (CT, 146; EMY, 39; EAD, 136; BP, 68; TE, 10, 19, 20, 39, 153)
- LAVATER, J.C. (EMY, 179)
- LAVELLE, LOUIS (CON, 110)
- LÁZARO, Personaje bíblico (OP, 102)
- LEIBNIZ, G.W. (EPR, 100; BP, 52)
- LEMONTEY (DES, 35)
- LENIN, V. I. U. (SA, 95)
- LEONARDO DA VINCI (EPR, 99)
- LEOPARDI, G. (EPR, 217-219; EAD, 63, 123)
- LERMONTOV, MIHAIL (CON, 56)
- LESPINASSE, JULIE DE (CON, 58)
- LEVI STRAUSS, C. (EPR, 210)
- LIBRO DEL FIN (DES, 63)
- LICHTENBERG, G. C. (EPR, 180; CON, 62)
- LISIEUX, TERESA DE (CON, 70)
- LISZT, FRANZ (CON, 160)
- LUCIANO de Samosata (EMY 153)
- LUCIFER (DIHN, 184)
- LUCILA DE CHATEAUBRIAND (BP, 85)
- LUCRECIO (EMY, 163)
- LUIS FERNANDO (DIHN, 120)
- LUIS XIV (DES, 29; CON, 54)
- LUKÀCS, GEORG (CON, 12, 22)
- LUPASCO (CON, 51)
- LUTERO, M. (EPR, 63, 72; EMY, 87; SA, 11, 31, 48; BP, 20, 188; TE, 11, 137, 157-159; CON, 211)
- LYDWINA DE SCHIEDAM (BP, 144)

M

- MACBETH (DES, 135; SA, 16; DIHN, 56)
- MADÁCH, IMRE (CON, 154)
- MADAME D, HEUDICOURT (DIHN, 103)
- MADAME DE GENLIS (DES, 26)

- MADAME DE MAINTENON (DIHN, 117)
- MADAME DE STAËL (EPR, 70)
- MADAME DU DEFFAND (EPR, 65; BP, 25, 174; DES, 25, 32, 35)
- MADAME SWETCHINE (EPR, 11)
- MADYAMIKA. Escuela (DES, 8)
- MAHABHARATA (DES, 18, 86)
- MAHAYANA (EAD, 54)
- MAHOMA (DIHN, 50)
- MAINE, Duquesa de (CON, 112)
- MAISTRE, J. De (EMY, 90, 126; EPR, 9-86; TE, 111)
- MALEBRANCHE, M. de (DIHN, 74)
- MALLARMÉ, S. (EMY, 70; BP, 99; CON, 25, 57, 110)
- MANIU, JULIU (CON, 239)
- MANN, THOMAS (CON, 22)
- MARA EL TENTADOR (DIHN, 31, 107)
- MARCEL, G. (EPR, 161-175)
- MARCIÓN (EMY, 11; EAD, 14)
- MARCO AURELIO (EPR, 148; DES, 89, 163; SA, 16; DIHN, 82, 150; BP, 168; TE, 157; CON, 14, 197, 200)
- MARQUESA DE BRINVILLIERS (DES, 116)
- MARX, K. (EPR, 17, 41, 74; TE, 32; CON, 47)
- MASOCH (SA, 81)
- MECHTILDA DE MAGDEBURGO (BP, 144)
- MEINECKE, F. (EPR, 18)
- MENDELSSOHN, M. (TE, 68)
- MENIPO (BP, 82)
- METTERNICH, KLEMENS (Príncipe de) (CON, 153)
- MICHAUX, H. (EPR, 129-136; CON, 124, 139, 181, 182, 210, 244, 245)
- MICHELET, J. (DES, 31; TE, 35)
- MIRCEA ELIADE (EPR, 177-188)
- MITTERRAND, FRANÇOIS (CON, 162)
- MOCTEZUMA el rey azteca (DIHN, 183)
- MOISÉS (EPR, 40; SA, 24; EAD, 28; OP, 20)
- MOISÉS, personaje bíblico (TE, 69, 81)
- MOLIÈRE, J. D. P. (SA, 10; EPR, 106)

- MOMMSEN, CH. (DES, 19)
- MONTAIGNE, M. de (CT, 58; DES, 196; EAD, 122; DLS, 34; DIHN, 128; CON, 63, 80, 104)
- MONTESQUIEU, CH. L. de *Secondat* (DES, 34, 37; EMY, 82; EPR, 95; BP, 128; TE, 110)
- MONTEVERDI, C. (EPR, 170; TE, 39)
- MORO, TOMÁS (CON, 23)
- MOSCHUS (EMY, 178)
- MOZART, W. A. (SA, 88, 89; DIHN, 76; OP, 182; TE, 39; CON, 150)
- MUSSOLINI, BENITO (CON, 152)
- MUYCHKINE (EPR, 222)

N

- NABUCODONOSOR (DES, 191; TE, 67)
- NAGARJUNA (DES, 140; DIHN, 183; CON, 56, 57)
- NECKER, J. (EPR, 70)
- NERÓN (DES, 30, 63, 122; DLS, 95; DIHN, 142; BP, 96, 100)
- NERVAL, G. de (SA, 11; DIHN, 159; BP, 177)
- NEWTON, I. (DES, 59)
- NICOLÁS IORGA (EPR, 178)
- NIETZSCHE, F. (DES, 30, 90, 171; EMY, 59, 100; SA, 11, 31, 33, 34, 99; DLS, 27, 43, 48; DIHN, 25, 32, 81-82, 183, 186; EPR, 9, 122, 124, 159, 210; BP, 118, 187, 188; OP, 104; TE, 11, 20, 135, 151; CON, 14, 21, 22, 35, 45, 46, 62, 83, 92, 112, 115, 127, 160, 194, 195, 209)
- NIXON, RICHARD (CON, 153)
- NOÉ (SA, 91)
- NOVALIS, F. *barón von Hardenberg* (EPR, 210; DES, 197; EMY, 96; DLS, 35; TE, 150, 169, 193)

O

- OLIMPUS (BP, 131)
- OMAR KHAYYAN (SA, 20)
- ONÁN (SA, 81)
- ORÍGENES (DES, 94; EAD, 28)
- ORTEGA Y GASSET, J. (EPR, 190; TE, 46; CON, 22, 94, 122)
- OTÓN (DES, 118)
- OTTO, RUDOLF (CON, 63, 64)

P

- PADRE GALIANI (DES, 30; TE, 35)
- PAGANINI, N. (DIHN, 110)
- PALADAS (BP, 131)
- PALAMÁS, G. (DIHN, 137)
- PARMÉNIDES, de Elea (EMY, 29)
- PASCAL, B. (EPR, 34, 72, 94, 103, 155, 158, 175, 187, 203, 219; CT, 58, 110, 111; DES, 23, 75, 84, 147, 181; EMY, 40, 73, 164; SA, 10, 72, 109; EAD, 53; DLS, 43; DIHN, 74, 134, 161; BP, 145, 164, 176; OP, 30, 104; TE, 11, 80, 91, 130, 151, 159, 161, 162, 196; CON, 34, 37, 58, 83, 104, 210)
- PASCAL, Jacqueline (DES, 139)
- PASTERNAK, B. (EMY 22)
- PATMOS (DES, 65)
- PAZ, OCTAVIO (CON, 104)
- PECHORIN Y STAVROGUIN (byronianos rusos) (DIHN, 102)
- PEDRO DE ALVA STRA (BP, 144)
- PÉGUY, CH. (TE, 70)
- PINDARO (EPR, 148)
- PIRRÓN (CT, 65, 146; EMY, 13, 42, 43, 144; EAD, 116, 136; BP, 20)
- PIRRÓN, el escéptico (TE, 82)
- PLATÓN (SA, 87; EAD, 29; DLS, 48; DIHN, 80; BP, 51, 82, 83, 138; OP, 12, 260; TE, 39; CON, 101, 160)
- PLAUTO (EAD, 29)
- PLINIO EL ¿...? (DES, 144; DIHN, 142)
- PLOTINO (DES, 104; EMY, 44; DLS, 64; EPR, 218; DIHN, 41, 129)
- PLUTARCO (SA, 11; EAD, 106)
- POE, E. A. (EPR, 95, 96, 98, 99)
- PORFIRIO (EPR, 218; DIHN, 41)
- PORT-ROYAL (DES, 31)
- POSIDONIO DE APAMEA (TE, 64)
- PRAJNAPARAMITA (EAD, 46)
- PROMETEO (DES, 46, 195; SA, 91)
- PROUST, M. (EMY, 52; SA, 15; EN, 29; EPR, 118, 170; BP, 175; TE, 47, 122; CON, 44, 176)
- PUSKIN, A. (TE, 167)

- RABELAIS, F. de (TE, 159)
- RACINE, J. (TE, 114)
- RAMANA MAHARSHI (DES, 104)
- RAMEAU, J. PH. (SA, 74)
- RANCÉ (DES, 18; EAD, 122)
- RAQUEL LEVIN (DIHN, 120)
- RASKOLNIKOV (SA, 13)
- RASPUTIN (DIHN, 62)
- RAYMOND DE CAPUA (BP, 144)
- REISNER, E. (DES, 16)
- REMBRANDT, el pintor (DLS, 81)
- REMIZOV, A. N. (EMY, 22)
- RENAN, E. (DES, 66; TE, 35)
- REY LEAR (DES, 95; DLS, 70)
- REYNOLDS, J. (DLS, 93)
- RICARDO III (EMY, 145)
- RIGONI, M.A. (EPR, 217)
- RIGVEDA (DES, 77)
- RILKE, R. M. (SA, 17; DLS, 35; EPR, 138, 143, 151, 168; BP, 117; TE, 57; CON, 22, 73, 105)
- RIMBAUD, A. (SA, 15; DIHN, 183; TE, 20, 47; CON, 97, 196)
- RIVAROL, A. (DES, 33; BP, 174)
- ROBESPIERRE, M. (DES, 112; EPR, 46)
- ROBIN, A. (EPR, 118)
- ROMANTICISMO (SA, 11)
- ROSA DE LIMA (BP, 144)
- ROSTAND, J. (EN, 34; CON, 179)
- ROUSSEAU, J. J. (DES, 37; SA, 31, 51; DIHN, 126; EPR, 46; BP, 188; TE, 35; CON, 212)
- ROZANOV, V. (EPR, 228; TE, 80; CON, 22)
- RUMANÍA (EPR, 114)
- RUSSEL, B. (EPR, 172)
- RUTILIO NAMACIANO (EAD, 40)
- RUYSDAEL, S. (DLS, 78; OP, 223; DLS, 78)

- SADE, marqués de (SA, 63, 81; BP, 174)
- SAINT EVREMOND, CH. De M. (BP, 176; TE, 110)
- SAINTE-BEUVE, CH. A. (EMY, 23; EPR, 77)
- SAINT-JOHN PERSE, A. S. L. L. (EPR, 141-148)
- SAINT-MARTIN, L. C. de (EPR, 18, 45)
- SAINT-SIMON, L. de R. duque de (EPR, 76, 77; CT, 140; DES, 24, 30, 51; EMY, 23, 52; DIHN, 103; TE, 108, 169, 196; CON, 54, 74)
- SAKYA-MUNI (BUDA) (CT, 126)
- SALOMÓN, rey bíblico (TE, 72, 82; CT, 126; DIHN, 16)
- SALUSTIO (DES, 27)
- SALVIANO (CT, 72)
- SALVIEN (DES, 12)
- SALVIO (EPR, 18)
- SAMYUTTA-NIKAYA (DES, 43)
- SAN AGUSTÍN (EMY, 90; EPR, 184; TE, 34)
- SAN ALBERTO MAGNO (EMY, 188)
- SAN GREGORIO NACIANZENO (EAD, 25)
- SAN JERÓNIMO (EAD, 29; TE, 102)
- SAN JUÁN CLÍMACO (TE, 95)
- SAN JUÁN, el evangelista (TE, 83)
- SAN LUCAS (EAD, 29)
- SAN MATEO (EAD, 29)
- SAN NILO (TE, 182)
- SAN PABLO (EPR, 9; EMY, 13, 141; EAD, 13, 28; BP, 20, 132; TE, 65, 153-155; CON, 185)
- SAN SERAFÍN DE SAROW (EMY, 57; DIHN, 134)
- SANKARA (TE, 39)
- SANKHYA (EPR, 178)
- SANTA BRÍGIDA (BP, 144)
- SANTA HILDEGARDA (BP, 150)
- SANTO TOMÁS (SA, 77; EAD, 53, 88; DIHN; 109)
- SARIPUTA (CT, 70)
- SARTRE, JEAN-PAUL (CON, 45, 68, 139, 181)
- SATANÁS (SA, 72)
- SCIASCIA, LEONARDO (CON, 78)

- SCOTT FITZGERALD, F. (EPR, 149-160)
- SCHLEGEL, A. W. (EPR, 140; TE, 193)
- SCHOPENHAUER, A. (EPR, 91, 139, 170; CT, 126; SA, 32, 85; DLS, 98; DIHN, 80; CON, 144, 176, 199, 211)
- SCHUBERT, FERANZ (CON, 175)
- SENANCOUR, E. P. de (EPR, 46; TE, 161; CON, 54, 55)
- SÉNECA, L. A. (DES, 162, 196; EAD, 65; DIHN, 142, 153; TE, 64)
- SEVIGÉ, MADAME DE (CON, 55)
- SEXTO EMPÍRICO (CT, 57-58)
- SHAKESPEARE, W. (EPR, 77, 106, 233, 234; DES, 84, 171; EMY, 175; SA, 12, 105; DLS, 24, 40BP, 35, 65, 84, 103, 137; OP, 30, 90, 242, 282; TE, 28, 119, 120, 140, 167; CON, 35, 70, 71, 88, 100, 103, 109, 117, 121, 122, 209)
- SHELLEY, P. H. (BP, 20, 132)
- SHIVA (DES, 93)
- SIMMEL, G. (EN, 12; CON, 12, 22, 110, 166)
- SÓCRATES (DES, 93; EMY, 174; SA, 23; DIHN, 72; BO, 65, 83; OP, 12; TE, 151-152; CON, 197)
- SONTAG, SUSAN (CON, 127)
- SOFÍA KOWALEVSKY (EPR, 104)
- SOLOVIEIV (CT, 50)
- SPENCER, H. (EPR, 202)
- SPENGLER, O. (SA, 99; EN, 22)
- SPINOZA, B. (OP, 229)
- STALIN, J. (EMY, 30; EAD, 114; CON, 15)
- STEFAN GEORGE (BP, 117)
- STERNE, L. (EPR, 138)
- STHENDAL (TE, 110)
- STRINDBERG, A. (DES, 131; EMY, 178)
- SUSO (SA, 72; OP, 16; TE, 137)
- SWIFT, J. (EMY, 21, 137; SA, 15; EAD, 43; DIHN, 123; TE, 166, 181; CON, 122)

T

- TÁCITO (TE, 68-69, 111; DES, 51, 118; EAD, 36; CON, 197)
- TALES DE MILETO (DIHN, 136)
- TALEYRAND, CH. M. de (DES, 37, 112, 173; EMY, 95; EAD, 113; BP, 109; TE, 110; CON, 49, 153)

- TALMUD (DES, 119, 177; EMY, 101)
- TAULER, J. (EAD, 103)
- TEILHARD de CHARDIN, P. (CON, 23)
- TEMÍSTOCLES (DIHN, 122)
- TERESA DE ÁVILA (DES, 116; DLS, 23, 24, 72; DIHN, 33, 48; BP, 20, 51, 118, 141, 144, 145, 146, 150; TE, 195; CON, 70, 94, 115, 227)
- TERTULIANO (EMY, 162; EAD, 25, 26, 28; DIHN, 72)
- TERTULIANO (TE, 99)
- THE ANATOMY OF MELANCHOLY (DES, 76)
- THEOGNIS DE MEGARA (EMY, 43)
- THIBON, G. (EN 25; CON, 173)
- TIBERIO, el emperador (SA, 55; TE, 181)
- TIUTCHEF (TE, 51)
- TOCQUEVILLE, CH. A.-H., señor de (DES, 36; EMY, 43; TE, 35)
- TOLSTOI, L. (CT, 115-128; EMY, 60, 189; SA, 109; EAD, 125; DLS, 34)
- TORQUEMADA, el Inquisidor (DES, 191; BP, 183)
- TRACIOS Y BOGOMILES (DIHN, 24)
- TRISTÁN (SA, 85)
- TROTSKY, L. (EMY, 36)
- TUCÍDIDES (EMY, 151; EAD, 29)
- TUDOR ARGHEZI (EPR, 177, 210)
- TURGUENIEV, I. S. (EMY, 125)
- TZARA, TRISTAN (CON, 12)

U

- UNAMUNO, M. de (TE, 46)
- UPANISHADES (EPR, 111; DIHN, 149)

V

- VALÉRY, P. (SA, 48; EPR, 59, 89-111, 147, 211-205; BP, 37, 117; TE, 47; CON, 114)
- VAN DELFT (DLS, 79)
- VAN DER NEER (DLS, 78)
- VAN GOGH, V. (DLS, 83)
- VAUGELAS, C. F. (EMY, 20)
- VAUVENARGUES, L. de C. marqués de (BP, 174)
- VEDANTA (EMY, 102)

- VERLAINE, p. (EPR, 91)
- VICTOR HUGO (EPR, 209)
- VIGNY, A. de (EPR, 173)
- VILLIERS DE L'ISLE ADAN (EPR, 91)
- VIRGILIO (DES, 27)
- VOLTAIRE, F. M. A. (CT, 51; DES, 171; EPR, 28, 40, 47, 64, 65, 72, 77; BP, 174; TE, 90, 110, 112; CON, 55, 149)

W

- WAGNER, R. (EPR, 92; OP, 115, 168, 174, 182, 212, 253, 300)
- WALTER PATER (TE, 93)
- WEIL, S. (DES, 86; CON, 109, 123)
- WEININGER, O. (BP, 177; EMY, 178; EPR, 213-215; CON, 22)
- WERNER, Z. (EPR, 43)
- WITTGENSTEIN, L. (EMY, 189; EPR, 120)
- WORDSWORTH, W. (DIHN, 48)

Y

- YEATS, W. B. (EMY, 77)

Z

- ZAMBRANO, M. (EPR, 189-191; CON, 23, 122)
- ZENÓN, de Elea (DES, 162; CON, 56, 77)
- ZHUANG ZHOU (EPR, 118)
- ZOHAR, EL (EMY, 99, 129; DIHN, 47, 125)
- ZOLA, E. (EMY, 140)
- ZURBARÁN, F. (DLS, 81)

INDICE ALFABÉTICO DE TEMAS Y ASUNTOS CITADOS EN SUS TEXTOS

- ABATIMIENTO (EMY, 182, 188)
- ABISMO (DES, 63-64)
- ABORTO (SA, 107)
- ABSOLUTISMO (EPR, 60-61)
- ABSOLUTO (EAD, 87-88)
- ABSTENCIÓN (DES, 170)
- ABSURDO (LO) (ECD, 23)
- ABULIA (EMY, 193)
- ABURRIMIENTO (DLS, 86, 89; DES, 89; BP, 30, 31)
- ACCESORIO (LO) (DIHN, 152)
- ACCIÓN (EN, 21; OP, 23; CON, 30, 171)
- ACEDÍA (DLS, 84; EN, 16)
- ACONTECIMIENTO (DES, 92; SA, 91; TE, 36)
- ACTIVIDAD POLÍTICA (OP, 23)
- ACTIVOS (EAD, 121-122)
- ACTO (EPR, 156, 238; DES, 65, 70; EMY, 62, 79, 126, 186-187; SA, 61; BP, 62, 89, 171; OP, 71; TE, 18)
- ADÁN (CT, 97)
- ADJETIVO (SA, 63)
- ADMIRACIÓN (DES, 36)
- ADULACIÓN (EMY, 74-75)
- AFORISMO (SA, 13; DIHN, 138)
- ÁFRICA (DES, 11)
- AGITACIÓN (EMY, 64)
- AGNUS ET LUPUS (SA, 94)
- AGONÍA (ECD, 34, 45, 46, 52)
- ALABANZA (EPR, 13)
- ALEGRÍA, AMARGURA (EAD, 93, 113, 132; EMY, 155; SA, 43; DIHN, 49, 110)
- ALEMÁN (DES, 13; SA, 49, 89)
- ALEMANES (TE, 32, 84)
- ALIENTO (EAD, 107)

- ALMA, EL (SA, 15; DIHN, 151, 182; BP, 140; TE, 150)
- AMBICIOSO (DES, 143; DIHN, 140)
- AMISTAD (EAD, 116; DES, 81, 146-147; EMY, 48-49, 74; DIHN, 21, 97; CON, 31)
- AMOR (DLS, 73; CT, 89; EMY, 65, 88; SA, 81-86; ECD, 145-146, 150, 190; BP, 104, 167; OP, 45, 46, 108, 112, 113, 114, 115, 118, 126, 204)
- ANÁLISIS (DES, 50)
- ANARQUISTA (EPR, 54)
- ANGEL (CT, 89; DES, 7)
- ANGUSTIA (SA, 26, 27, 65, 110)
- ANIMALES (EAD, 106; CT, 97; DES, 64, 70; EMY, 71; SA, 58)
- ANOMALÍA (EMY, 169)
- ANONIMATO (CT, 92)
- ANSIEDAD (EAD, 50, 107, 108; EMY, 107-108; SA, 29)
- ANTIGUO TESTAMENTO (TE, 79)
- ANTI-UTOPIA (DIHN, 127)
- APARIENCIA (CT, 131)
- APÁTRIDA (SA, 48)
- APEGO (DIHN, 23, 29, 42, 51, 88)
- APOCALIPSIS (ECD, 90-91)
- ARIDEZ (EMY, 28)
- ARTE, ARTISTA (SA, 12; DIHN, 39-52; OP, 193; TE, 121, 129, 184-185)
- ASCETISMO (DES, 175; SA, 110)
- ASCO (SA, 39, 42, 68)
- ASTRÓNOMOS (SA, 93)
- ATEÍSMO (TE, 99)
- ATEOS (EAD, 13; SA, 76; EN, 12)
- ATRASO (CT, 37-38)
- AULLIDO (CT, 141)
- AUTOMOVILISTAS (CT, 48)
- AUTOR (CT, 39-40)
- AUTOR (EL) (EAD, 77, 78, 105, 119, 120, 132; EPR, 11, 89, 93, 107, 117, 142, 163, 185, 218, 230-231)
- AUTORIDAD (EPR, 38)
- AVERSIÓN DEL HOMBRE (EMY, 159)

B

- BANDERA (SA, 95)
- BAÑO DE FUEGO (ECD, 79-80)
- BÁRBARO (CT, 71-73; DES, 12; SA, 52)
- BELLEZA (OP, 80)
- BIEN (EL) (EAD, 9, 15; CT, 51; SA, 63)
- BIÉN Y MAL (OP, 14)
- BIOGRAFISMO (DES, 160)
- BIOLOGÍA (SA, 30)
- BUDISMO (EPR, 113, 135; DES, 8, 45; EMY, 12, 120, 148-149; EN, 15, 19; DIHN, 18, 35, 52, 101, 149; CON, 16, 64-67)
- BUDISMO JAPONÉS (SA, 57)
- BUDISMO MAHAYANA (149)
- BUENA CONCIENCIA (TE, 13)
- BURDEL (SA, 97)
- BURGUESÍA Y PROLETARIADO (EPR, 51-52)
- BÚSQUEDA (DLS, 89; EPR, 195-196)

C

- CAFARD (CT, 133)
- CAÍDA (LA) (EAD, 137; EPR, 29; CT, 80, 155; DES, 86; EN, 15-16)
- CALUMNIADOR (CT, 138)
- CALLA (LA) (EMY, 44)
- CARTAS (EPR, 14, 151; EMY, 52, 157)
- CÁTAROS (EAD, 72, 134)
- CATÁSTROFE (DES, 69-70; CON, 47)
- CATOLICISMO (SA, 48)
- CAUSAS (LAS) (DES, 115-116)
- CELOSO (SA, 81)
- CERTEZA (CT, 81)
- CIELO (SA, 40; DIHN, 31-32)
- CIENCIA (EPR, 103-104, 194; CT, 51; DES, 79; SA, 28; CON, 86)
- CÍNICOS (CLS, 63)
- CIUDAD (SA, 56; DIHN, 60-61)
- CIVILIZACIÓN (CT, 37-38, 41, 43, 45, 50-51; DES, 15; SA, 48, 98-99; DIHN, 91, 128; BP, 131; TE, 25 y SAUSSURE.; CON, 129)

- COBARDÍA (DES, 98)
- CÓLERA (CT, 136 y SS.; SA, 87)
- COMIENZOS (DIHN, 20)
- COMPETENCIA (CT, 86)
- COMPRENDER (EAD, 85; DES, 107)
- CONCEPTO (SA, 87)
- CONCIENCIA (DLS, 97; EAD, 86; CT, 105-106 y SS.; EMY, 101, 189; ECD, 77, 197-198; DIHN, 25, 49, 89, 112, 159, 183; BP, 77, 135; TE, 40, 173, 174)
- CONFESIÓN, LA (TE, 90)
- CONOCER (CT, 29; DES, 136; EMY, 83, 192; ECD, 206; DIHN, 9, 31, 38, 41)
- CONOCIMIENTO (BP, 109; OP, 169; CON, 31)
- CONOCIMIENTO DE UNO MISMO (CT, 151; EMY, 39, 173-174)
- CONSUELO (CT, 141)
- CONTEMPORÁNEO (EAD, 100; DIHN, 32)
- CONTRADICCIÓN (SA, 98)
- CONVICCIÓN (DIHN, 180)
- CORAZÓN (DLS, 26, 31)
- CORRUPCIÓN (BP, 109)
- COSA (EAD, 75, 113)
- CRÁNEOS (EAD, 43-44, 46, 51, 102)
- CREACIÓN (LA) (EAD, 10-11, 49, 71; EPR, 26, SA, 74)
- CREACIÓN LITERARIA (ECD 20)
- CREENCIA (BP, 77, 135)
- CREER (OP, 286)
- CREYENTE (SA, 76; BP, 106)
- CRIMEN (DIHN, 12)
- CRISTIANISMO (DLS, 38, 56-57, 59, 88, 93; EAD, 11, 25, 26, 31-36, 38-40; CT, 47, 48; DES, 20, 144; SA, 72, 74; ECD, 190; DIHN, 47, 55, 126, 142; BP, 151; OP, 194; TE, 64-67; CON, 82)
- CRISTIANO (EPR, 187)
- CRÍTICO (DIHN, 73, 153)
- CRUELDAD, BONDAD (EAD, 117)
- CUALIDADES (CT, 93)

- CUERPO (CT, 102-103; DES, 126, 175; EMY, 134, 143; ECD, 83; DIHN, 151, 182)
- CULPABLES (CT, 46)
- CURAS (SA, 58)
- CURIOSIDAD (EPR, 173, 184)

D

- DÉBIL (EL) (CT, 73)
- DECADENCIA (DES, 11; SA, 93; BP, 128, 131, 134)
- DECEPCIÓN (EMY, 93, 95, 98; DIHN, 12, 36, 117)
- DEFENSORES DE CAUSAS (EAD, 26)
- DEFINICIÓN (EPR, 53; DES, 176)
- DEÍSTAS (EPR, 24)
- DEMÓCRATAS (EPR, 38-39)
- DEMONIO (EAD, 11, 73; CT, 75-76, 80-81; SA, 25, 78, 79)
- DEPRESIÓN (ECD, 201, 202; DIHN, 53)
- DERECHA (EPR, 57)
- DERROTAS (EMY, 194)
- DESACEGO (EAD, 52-53, 93, 132, 135-136; DIHN, 15, 23, 29, 31, 33, 36, 42, 51, 88, 89, 100, 158, 174, 182)
- DESCREAR (DIHN, 11, 18, 29, 30, 172)
- DESENGAÑO (EPR, 158-159, 203; CT, 92, 122; SA, 112)
- DESEO (EL) (EAD, 54, 67, 90, 111, 125, 127; CT, 45-46; EMY, 187; SA, 41, 82; BP, 89, 119)
- DESESPERACIÓN (SA, 55-56; ECD, 36, 68-69)
- DESESPERANZA (OP, 120)
- DESGARRAMIENTO (EPR, 30, 138; DES, 49-50)
- DESGRACIAS (SA, 57)
- DESHONOR (DIHN, 11)
- DESPOTISMO ILUSTRADO (DIHN, 127)
- DESPRECIO (CT, 83)
- DESTINO (SA, 107; BP, 56; TE, 174)
- DESTRUCCIÓN (DIHN, 125-126)
- DESTRUCTOR (SA, 60)
- DEVENIR (BP, 139)
- DIABLO, EL (BP, 38, 85, 86, 189; TE, 18)

- DINERO (SA, 57)
- DIOS (DLS, 32, 35, 37, 40, 53, 55, 56, 62, 63, 91-92, 107; EAD, 27-31, 38-40, 133; EPR, 25, 54, 231; CT, 81, 83, 131-132; EMY, 31, 41, 114, 148, 154, 171, 195, 198; SA, 19, 32, 58, 59, 61-62, 64, 66, 71-73, 73 y SS., 80, 111; ECD, 163; EN, 19; BP, 26, 152, 153, 156; OP, 11, 78, 100, 165, 174, 180, 186, 220, 226; CON, 132, 170, 207)
- DIOS Y EL TIEMPO (CT, 148-149)
- DIOS Y LA CREACIÓN (DLS, 48-49, 51)
- DIOS Y NOSOTROS (DLS, 105; CT, 29-32...)
- DIOSES (DES, 65, 86; DIHN, 11, 13, 30, 31, 41, 72, 76)
- DOGMA (DES, 112)
- DOLOR (DLS, 34, 100; CT, 102 y SS., 77; DES, 85, 132; EMY, 120, 159, 181; SA, 44, 61, 64, 72, 75; ECD, 181; DIHN, 52, 53, 87)
- DUDA (EAD, 67, 92, 128, 131; CT, 57-61, 63 y SS., 75-80; des, 27, 90, 118; EMY, 141, 151; SA, 24, 63; ECD, 68, 69; EN, 24-25; DIHN, 86, 102, 144)

E

- EFÍMERO, PERECEDERO (DLS, 54)
- EGIPTO (DES, 11)
- ELOGIO (CT, 85, 89)
- ENEMIGO (EMY, 18; DIHN, 77)
- ENFERMEDAD, ENFERMO (EPR, 156; CT, 101, 104, 105; DES, 131; EMY, 21; SA, 110; ECD, 48; DIHN, 37, 45, 133, 162, 169; OP, 24, 57-59, 144, 166, 169, 193, 223, 302)
- ENTUSIASMO (ECD, 130-136; DIHN, 124; CON, 15)
- ENVEJECER (SA, 60)
- ENVIDIA (EMY, 14, 169)
- EPICÚREOS (EMY, 184)
- EQUÍVOCO (EAD, 19)
- EREMITAS (EAD, 46, 120, 135; TE, 200-201)
- ERROR (OP, 31)
- ESCARNIO (DES, 91)
- ESCEPTICISMO (DLS, 48; EAD, 68, 76, 110, 125-126, 131; EPR, 168; CT, 58, 63, 69; EMY, 184; SA, 9, 21, 28, 35, 55, 93, 95; ECD, 68-69; EN, 23-24, 26-27; DIHN, 19, 76, 104, 123, 141; CON, 118, 173-174)
- ESCÉPTICO (TE, 82, 92, 93, 94, 115)
- ESCRIBIR (EPR, 229-231, 236-237; EMY, 30; EN, 33; DIHN, 17, 31-33, 37, 39-40, 51, 64, 72, 77, 85, 89, 180; CON, 17, 39, 41, 42, 59, 115, 121, 140, 235)

- ESCRITO (EAD, 126)
- ESCRITOR (CT, 116; DES, 113; EMY, 53, 135-136; SA, 14; DIHN, 77)
- ESENCIA (DIHN, 33, 156, 163)
- ESPAÑA (BP, 147; OP, 280; TE, 46, 47, 48; CON, 39, 94-95, 211)
- ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES (DLS, 56, 79; CT, 38; SA, 49, 51-52, 98-99; DIHN, 115, 119, 121)
- ESPERANZA (SA, 55-56, 64; DIHN, 54; BP, 164)
- ESPERMATOZOIDE (SA, 110)
- ESPÍRITU (EPR, 151, 180, 188; CT, 59-60, 87; SA, 16; ECD, 28-29, 83-84, 135; BP, 188; OP, 270; TE, 14)
- ESQUEMA (ECD, 71-72)
- ESTACIONES (DE TIEMPO) (EMY, 127)
- ESTERILIDAD (DES, 87, 89)
- ESTÉTICA (ECD, 59, 74, 195)
- ESTILO XVIII (DES, 25)
- ESTIO (SA, 10, 13, 18; DIHN, 31-32, 138)
- ESTOICISMO (DLS, 70; EMY, 184; SA, 69; DIHN, 149; TE, 156)
- ESTUPIDEZ (SA, 9)
- ESTUPOR (EAD, 88)
- ETERNIDAD (DES, 96, 164; ECD, 109-110, 112-114, 116)
- ETERNO RETORNO (DES, 101; EMY, 170)
- EUFEMISMO (DIHN, 149)
- EUFORIA (DES, 147, 165)
- EUROPA (EPR, 58-59; SA, 20, 52-54; DES, 11; TE, 34, 35, 37-41)
- EVANGELIO (SA, 15, 74)
- EVOLUCIÓN DEL HOMBRE (EAD, 44-45, 121; SA, 91)
- EXILIO (EPR, 15; TE, 55 y SS. hasta 58)
- EXISTENCIA (EAD, 63, 67-70, 81, 138; EPR, 143, 236; DES, 85; ECD, 24; DIHN, 49, 52, 81, 98, 101, 108, 156-157, 185; BP, 65)
- EXISTIR (OP, 231; TE, 192, 202)
- ÉXITO (EMY, 22, 175; DIHN, 21, 107, 159, 167)
- ÉXTASIS (EAD, 14, 31, 99, 108; ECD, 54, 65-66, 138, 205; EN, 16, DIHN, 11)

F

- FALSEDAD (DIHN, 177)
- FALTA DE FUNDAMENTO (DIHN, 13, 67, 112)

- FAMILIA (DES, 112)
- FANATISMO (EMY, 128; BP, 20,22)
- FANFARRÓN (CT, 95)
- FATALIDAD (SA, 69; ECD, 122)
- FATIGA (EMY, 72, 126)
- FATUO (CT, 94)
- FE, LA (EAD, 30, 32, 38-39; DES, 76; EMY, 190; SA, 107; EN, 25; DIHN, 151; BP, 103, 134; TE, 181-182; CON, 183-184)
- FELICIDAD (CT, 46, EMY, 112-113; SA, 26)
- FILOSOFÍA (DLS, 45-46; EAD, 36; EPR, 102, 161, 170-171, 174; SA, 13, 20, 27, 34, 96; ECD, 52; en, 9, 10; DIHN, 24, 36, 41, 49, 73, 106-107, 121, 138, 168; BP, 65, 66; OP, 27, 29, 146, 193; TE, 47, 163; CON, 21, 82, 199, 200, 211)
- FILÓSOFO (EAD, 134; EPR, 102, 161, 170-171, 174; CT, 52; DES, 105-106, 155-156, 166, 176; EMY, 31; SA, 27-28, 32, 34, 35; EN, 11; OP, 49-50, 74, 228)
- FRACASO (EN, 17; DIHN, 21, 107, 159, 167; CON, 81)
- FRAGMENTO (DES, 179; EMY, 26, 26, 123, 144, 197; CON, 61-62)
- FRANCÉS (DES, 13, 27, 28, 36-38; SA, 32, 49, 77, 94; DIHN, 115, 119, 121)
- FRANCIA, FRANCESES (OP, 215; TE, 27, 197)
- FRIVOLIDAD (BP, 25)
- FUNDAMENTACIÓN (EPR, 235)
- FÚTIL (DIHN, 112)
- FUTILIDAD (TE, 98)
- FUTURO, EL (EAD, 37, 74-75; EMY, 116; DIHN, 22, 74, 97, 119, 124, 185; TE, 39; CON, 29)

G

- GENERACIÓN (EAD, 16-18, 50, 136)
- GENEROSIDAD (EMY, 38, 122-123)
- GENTE (DES, 102)
- GINECOLOGÍA (EPR, 223)
- GITANOS (SA, 93)
- GLORIA (CT, 95,98; BP, 120)
- GNOSTICISMO (EN, 20; DIHN, 149)
- GRACIA (ECD, 102-104)
- GRIEGOS (SA, 32)

- GROTESCO (LO) (ECD, 36-38)
- GUSTO, EL (TE, 110-111)

H

- HACER (CT, 85, 100)
- HASTÍO (DES, 33, 151; EMY, 34, 154, 163; SA, 26, 38, 43, 81; DIHN, 29, 139, 92; OP, 65-66, 96-97, 205, 216, 235, 246, 253; TE, 92, 122; CON, 26, 55, 56, 93, 230)
- HAZAÑA (EMY, 36)
- HEREJÍA (EPR, 61)
- HERENCIA (DIHN, 10)
- HÉROE (ECD, 82; BP, 69)
- HEROÍSMO (OP, 52)
- HIJOS (EMY, 23)
- HISTORIA (EAD, 114; EOR, 30, 51, 62, 130; CT, 52, 99; DES, 7, 20, 41, 43, 45-48, 51-52, 57; SA, 94, 97, 99; ECD, 115-116; EN, 20-21; DIHN, 51, 99, 120, 127, 128, 129, 172; BP, 19, 22, 115, 121, 136, 158, 160, 184; OP, 93; TE, 19, 197; CON, 51, 53, 95, 96, 97)
- HOMBRE (DLS, 99; EAD, 18, 53, 124, 140; EPR, 103, 120-121, 124, 225; CT, 27, 30, 34, 35, 49, 86, 89; EMY, 38, 40, 63, 106, 114, 116, 127, 154, 158; EN, 20-22; DIHN, 36, 39, 52, 56, 75, 85, 111, 125, 127, 151, 152, 155, 158, 159, 174, 183-185; DES, 50, 179, 195, 61; SA, 26, 57, 59, 93, 97-98; ECD, 118-119, 158, 186, 189; BP, 43, 77, 85, 87, 135, 137, 192; OP, 16-17, 44, 90, 109, 150, 162, 247, 249; CON, 46, 47, 79, 85, 125, 130, 171, 191, 194, 195, 196, 197, 212)
- HONOR (SA, 51)
- HORAS VACÍAS (EMY, 35; DIHN, 10, 13, 30, 42, 104, 105, 179)
- HOY (EL) (CT, 51)
- HUMANIDAD (CT, 57; SA, 91, 101)
- HUMANISMO (SA, 54)
- HUMILLACIÓN (SA, 111)
- HUMORISTAS (DES, 148)

I

- ICONOCLASTA (SA, 73)
- IDEAL DEL HOMBRE (EAD, 84)
- IDEAS (EPR, 54; EMY, 69, 83, 135; SA, 10, 24, 29, 130; DIHN, 117, 120; CON, 51)
- IDEOLOGÍA (EPR, 17; EMY, 30, 188)
- IDIOMA FRANCÉS (EPR, 238)

- IDIOMAS (DES, 28)
- IDIOTA (SA, 66)
- IGLESIA, LA (TE, 10, 177)
- IGNORANCIA (CT, 129)
- IGUALDAD (CT, 105)
- ILUSIÓN (DES, 99)
- IMAGINAR (DIHN, 167)
- IMPASIBILIDAD (EMY, 107)
- INACCIÓN (DIHN, 172)
- INDIFERENTE (CT, 39, 79, 145; SA, 42; DIHN, 164)
- INDIGNACIÓN (EPR, 229; SA, 92)
- INDOLENTE (SA, 42)
- INDUMENTARIA (OP, 108-109)
- INFIERNO (DLS, 50; EAD, 19; CT, 151 y SS.; SA, 11; DIHN, 31-32)
- INFINITO (ECD, 165-169)
- INFLUENCIAS FILOSÓFICAS EN CIORAN (CON, 22)
- INGENUIDAD (ECD, 81-82)
- INGLATERRA (TE, 28-29)
- INGLESES (EPR, 121; DES, 13; SA, 32, 51; DIHN, 119)
- INIQUIDAD (EAD,)
- INJUSTICIA (ECD, 159; DIHN, 18)
- INMORTALIDAD (SA, 77)
- INOCENCIA (CT, 99)
- INQUISICIÓN (EPR, 12)
- INSIGNIFICANTE (CT, 82)
- INSOMNIO, VELA (DLS, 44; EPR, 153; ECD, 143, 147-148; DIHN, 18, 55, 60; CON, 67-70)
- INSPIRACIÓN (EPR, 229; ECD, 72; BP, 84)
- INSTRUMENTOS MUSICALES (DLS, 82-83)
- INTELECTUAL (SA, 65)
- INTERROGACIÓN (EAD, 99)
- INTOLERANCIA (EPR, 55)
- IRONÍA (DLS, 90; EPR, 195; DES, 35; EMY, 171; SA, 72; ECD, 156-157; DIHN, 80)
- IRREALIDAD (EAD, 48)

- ITALIA, ITALIANOS (SA, 89; DIHN, 115, 119, 121)
- IZQUIERDA (EPR, 57)

J

- JOVEN (SA, 56)
- JUDÍOS (DES, 119; SA, 32; TE, 61-85)
- JUICIOS (EMY, 164)
- JURAMENTO (SA, 57)
- JUSTO (DIHN, 18)

L

- LÁGRIMA (DLS, 23-25, 52, 91; CT, 140)
- LATINOS (DIHN, 46)
- LECTOR (DES, 75; DIHN 89)
- LEER (EMY, 143; DIHN, 89)
- LENGUA, IDIOMA (EAD, 103; TE, 55, 113)
- LENGUAJE (EPR, 106; EMY, 116-117, 197-198)
- LIBERACIÓN (EAD, 54, 55, 70, 88, 94; CT, 130)
- LIBERALISMO Y AUTORITARISMO (EAD, 34)
- LIBERTAD (EAD, 34, 127; EPR, 124; CT, 151 y SS.; DES, 34, 194; EMY, 25; SA, 29, 92; DIHN, 14, 77, 87; BP, 71, 72)
- LIBRE ALBEDRÍO (DES, 17)
- LIBRO, EL (DES, 70, 78, 170; SA, 14; DIHN, 76, 77, 93; TE, 91; CON, 19, 20, 104)
- LINGÜÍSTICA (EPR, 204)
- LISONJA (SA, 58-59)
- LITERATO (DES, 37)
- LITERATO, EL (TE, 89, 92, 93, 94, 115)
- LITERATURA (CT, 116; EMY, 140, 146, 156; SA, 13, 20; DIHN, 139, 154; TE, 56, 131)
- LO QUE ERA CIORAN (EPR, 182, 233-239)
- LOCO, EL (TE, 16)
- LOCURA, LOCO (EAD, 109-110; CT, 134; DES, 127; SA, 44, 68, 105-106, 109; ECD, 39-42; DIHN, 125)
- LUCIDEZ (DES, 33; DIHN, 14, 17, 91; EAD, 19, 66, 104; EPR, 98-99, 149; CT, 108; EMY, 54; SA, 26, 51, 75; EN, 16; OP, 42, 104, 151, 156, 161, 169, 196, 296; TE, 173, 190; CON, 229)
- LUTO (OP, 12)

LL

- LLORAR (CT, 140)

M

- MAESTRO (EPR, 162)
- MAGIA (ECD, 121-122)
- MAL, EL (EAD, 10, 15, 37, 72, 121; EPR, 24-26; CT, 51, 75; EMY, 24, 48; SA, 31, 101-102; OP, 24)
- MAL GUSTO (CT, 55)
- MALDECIR (EPR, 114)
- MALESTAR (DIHN, 16, 20, 62, 86, 134)
- MANDAR (BP, 124, 125)
- MANIQUEÍSMO (DIHN, 52)
- MÁQUINAS (CT, 54)
- MAR (OP, 139-143, 213)
- MARXISMO (EPR, 36, 62; CON, 136)
- MASOQUISMO (DES, 52)
- MATERIA (EMY, 15, 125, 145, 156)
- MATERIALISMO (EPR, 217)
- MATIZ (EL) (EPR, 137)
- MÁXIMA (LA) (DES, 24)
- MEDITACIÓN (DLS, 37; DIHN, 56, 140; BP, 157)
- MELANCOLÍA (ECD, 54-62, 73; SA, 38, 41, 104; BP, 79, 124; OP, 23, 42, 52, 55, 147, 186, 235)
- MEMORIA (DLS, 65-66; EPR, 172)
- MENDIGO (SA, 64)
- METAFÍSICA (EMY, 121; SA, 28, 42; ECD, 66-67, 168; EN, 22; DIHN, 24; BP, 153; CON, 172)
- MIEDO, EL (DLS, 34; EAD, 47-49, 111; CT, 91; DES, 59-60; DIHN, 24; BP, 91; TE, 178)
- MILAGRO (DES, 109)
- MISANTROPIA (SA, 15; DIHN, 51)
- MISERIA (ECD, 158-160)
- MISIÓN (EMY, 85, 109)
- MISTERIO (SA, 15)

- MÍSTICA Y MÍSTICOS (DLS, 24, 44, 46, 55, 59-60, 61; EAD, 115; EPR, 42, 44, 45, 90, 134, 154; CT, 68; EMY, 31, 191; SA, 76; EN, 14-46, 30; DIHN, 156-158; TE, 136 y SIGUIENTES; CON, 64, 118, 167-169)
- MODESTIA (DES, 111)
- MONOTEÍSMO (EAD, 30-31, 33-34)
- MORAL, MORALISTAS (EPR, 202; DES, 23; ECD, 108-111, 198-199; OP, 88-90)
- MORIR (EMY, 149-150, 153, 160, 164, 187-189, 192-193, 195)
- MORIR Y VIVIR (OP, 67-68)
- MOVEVERSE (CT, 53; SA, 91; DIHN, 73)
- MUERTE (EAD, 62-63, 68, 117, 130; EOR, 182; CT, 103, 115 y SS.; DES, 88, 114-115, 184, 191; EMY, 85, 117, 125, 142-143; SA, 19, 26, 28, 44, 58, 60, 61, 68, 74, 107, 112; ECD, 19, 35, 43-53, 74-75; DIHN, 10, 14, 18, 22, 24, 34, 37, 52, 54, 67, 76, 88, 93, 135, 137, 143, 156, 168, 177; BP, 27, 29, 178; OP, 95, 111, 173, 281)
- MUERTE (LA) (DLS, 29, 33-34, 102-103; TE, 190 y SS. hasta 203)
- MUERTE DE DIOS (EAD, 38)
- MUJER (OP, 95, 111, 173, 281)
- MUJERES (EPR, 189; EMY, 64, 83, 89, 178; SA, 32, ECD, 104-105)
- MUNDO (SA, 57; ECD, 30, 166, 196; EMY, 135, 188; DIHN, 19-20, 25, 130; OP, 15)
- MÚSICA (DLS, 25, 27, 33, 39, 50, 58, 77; EPR, 170; EMY, 50, 55, 60, 65, 81, 91, 97-98, 109, 117, 151, 177, 182; SA, 87-89; ECD, 168, EN, 28-30, 32; DIHN, 56, 65, 88; BP, 122; OP, 61, 73, 75, 167, 168, 206, 274; TE, 39; CON, 175, 176)

N

- NACER (MAL DE) (CT, 50)
- NACIMIENTO (CT, 144; DIHN, 10-13, 15, 19, 21-22, 35, 56, 92, 108, 144, 160, 162, 187)
- NACIÓN (SA, 93)
- NACIONALISMO (TE, 48, 49)
- NADA (LA) (EAD, 89; EPR, 198, 217; DES, 157; EMY, 120, 148-149; BP, 36; OP, 86, 148, 188)
- NATURALEZA (DES, 61; DIHN, 50, 53-54, 65, 75)
- NEGACIÓN (EPR, 235; CT, 63, 76-77; DES, 120; DIHN, 34, 109)
- NEGAR (TE, 189)
- NIHILISMO (EPR, 169; SA, 30, 68; EN, 18; CON, 36)
- NIRVANA (DIHN, 157)
- NO SABER (DIHN, 20-21, 52)

- NO SER (CT, 129)
- NO TENER NADA (DLS, 107)
- NOCHE, SOLEDAD (DLS, 44-45)
- NOSTALGIA (EAD, 75; ECD, 60-61; EN, 30BP, 49, 50)
- NOVELA, LA (TE, 120 y SS. hasta 131)
- NULIDAD DE LA CARNE (EAD, 43-45)
- NUROSIS (SA, 40, 57, 102)

O

- OBJETIVIDAD (EMY, 177; DIHN, 40)
- OBRA (DIHN, 10, 17, 36, 46, 48, 52, 71, 73, 76, 89, 111, 137, 152, 171, 174)
- OBRA (SU) (EN, 34)
- OBRA LITERARIA (EPR, 146, 229; CT, 39-40; SA, 20; DIHN, 38, 41, 51, 85)
- OCCIDENTE (DES, 11, 13, 14, 47; SA, 47 y SS., 53; DIHN, 118)
- OCIOSO (SA, 32)
- ODIO (EAD, 99; CT, 125, 138; SA, 78; DIHN, 65; BP, 93, 94)
- OLVIDO (ECD, 88)
- OPINIÓN (CT, 64, 91; DES, 93, 122; EMY, 162)
- OPRESIÓN (DIHN, 116)
- OPTIMISMO (EMY, 180; OP, 34)
- ORACIÓN (CT, 94; DES, 132, 135; BP, 107)
- ORDEN (EPR, 38)
- ÓRGANOS (DES, 172)
- ORGULLO (EMY, 51; SA, 44, 47)
- OTRO (EL) (EMY, 116, 127; DIHN, 37, 46, 75, 125)

P

- PALABRA (CT, 140; DES, 126, 129; EMY, 20, 156, 158; SA, 17, 32; DIHN, 39; BP, 138, 172)
- PALABRAS, LAS (TE, 91, 92, 169-172, 176)
- PÁNICO (DES, 68; SA, 50)
- PAPAS (SA, 50, 78)
- PARADOJA (OP, 19, 20, 22, 144)
- PARAÍOSOS (EPR, 36; CT, 97; SA, 11; DIHN, 18, 31-33, 150, 173, 181)
- PARIS (SA, 108)

- PARTIDO (EPR, 17)
- PASIÓN (CT, 111; EMY, 96)
- PASIVIDAD (DES, 160, 174; TE, 11)
- PATÉTICO (SA, 31)
- PATRIA (DES, 101; EMY, 28)
- PATRIMONIO (EMY, 35)
- PECADO (EPR, 28-29; EMY, 19, 181; SA, 110; CON, 23, 206, 207)
- PENA (DIHN, 19)
- PENSADOR (EPR, 13, 72, 76; DIHN, 45; OP, 39, 163, 164)
- PENSAMIENTO (EAD, 82-83, 85, 102-103, 111, 113, 123; CT, 63; EMY, 26, 36, 123, 144, 187, 197; SA, 23-25, 31-32, 65; ECD, 75; DIHN, 19, 20, 47, 52, 75, 105, 154, 171, 186; OP, 15)
- PENSAMIENTO (SU) (CON, 16, 127, 130, 137, 160, 192, 193)
- PENSAMIENTO REACCIONARIO (EPR, 31, 34, 35, 40, 56)
- PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO (EPR, 35, 36, 55)
- PENSAR (DLS, 43; DES, 171; TE, 154)
- PERDEDOR, EL (TE, 183)
- PEREZA (SA, 57; BP, 40; OP, 163, 165)
- PERFECCIÓN (DLS, 27, 28)
- PERPLEJIDAD (SA, 106; DIHN, 45)
- PERSEGUIDOS (SA, 32)
- PERSONAJES TRÁGICOS (TE, 120)
- PÉSAME (EMY, 17)
- PESIMISMO (BP, 174; CON, 121)
- PESIMISTA (DLS, 98; DES, 146; SA, 59; ECD, 201-202)
- PIEDAD (CT, 78; EMY, 159; DIHN, 65; OP, 38, 39)
- PIEDRA (EPR, 196-197)
- PLACER (EL) (EAD, 17, 123; CT, 77, 112; SA, 44; ECD, 182)
- PLEBE (SA, 96)
- PLEGARIA (DIHN, 92, 136, 153)
- PLENITUD (DES, 128)
- POBRE (BP, 126)
- PODER, EL (CON, 24)
- POETA, POESÍA (DLS, 52-53; EPR, 75, 107, 202; EMY, 12; SA, 18, 19, 24, 28; EN, 31-32; DIHN, 38, 50, 86, 155; BP, 35, 84, 116, 117; OP, 147, 161, 164-165, 176-177; TE, 98, 142, 170, 171; CON, 116)

- POLICÍA (SA, 92)
- POLÍGRAFO (BP, 185, 186)
- POLITEÍSMO (EAD, 29-34, 38)
- POLÍTICA (EPR, 55, 132; SA, 96)
- PORVENIR (EPR, 196; DES, 48)
- POST-HISTORIA (DIHN, 15)
- PRECARIEDAD (DIHN, 179)
- PRECIOSISMO (EPR, 106)
- PREDESTINACIÓN (EAD, 62)
- PRENNIDAD (CT, 96)
- PROBIDAD INTELECTUAL (EPR, 167)
- PROBLEMA (SA, 31)
- PRODUCIR (DIHN, 63)
- PROFESORES (SA, 18)
- PROFETA (EAD, 101, 130; DIHN, 125, 127)
- PROGRESO (CT, 42; DES, 29; EMY, 122, 170; DIHN, 118, 122, 155; BP, 190, 191; CON, 96, 149)
- PROLETARIADO (EPR, 51-52)
- PROSTITUCIÓN (BP, 97)
- PROTESTANTISMO (EPR, 12)
- PROVIDENCIA (EAD, 66; EPR, 16, 18)
- PROYECTO (DES, 188; EMY, 62-63)
- PRUSIA (SA, 50)
- PSICOANÁLISIS (EAD, 104-105; CT, 44, 140; EMY, 29; SA, 24, 111)
- PSICOLOGÍA, PSICÓLOGOS (ECD, 205-206; BP, 130; OP, 101-102)
- PSICOSIS (SA, 93-94)
- PÚBLICO (EL) (SA, 15)
- PUEBLOS (SA, 96)
- PURGATORIO (SA, 11)

Q

- QUERER (CT, 156)

R

- RAMERA (SA, 69, 83)
- RAZÓN, LA (TE, 36)
- REAL (LO) (SA, 31; DIHN, 101, 162)

- REALIDAD (BP, 30)
- REBELIÓN, DESOBEDIENCIA (DLS, 73-74; CT, 80; ECD, 160)
- REFORMA PROTESTANTE, LA (TE, 158)
- RELIGIÓN (DLS, 68, 106; EAD, 20, 40, 45, 99, 104; EPR, 10, 24, 43, 62, 73; CT, 74, 93, 142; DES, 193; EMY, 30, 188; OP, 16; CON, 100)
- RELIGIÓN (NATURALEZA DE LA) (SA, 71 y SS., 105; EN, 20; DIHN, 46, 71)
- REMORDIMIENTO (OP, 12-13)
- RENACIMIENTO (DES, 58)
- RENCOR (SA, 56)
- RENUNCIA (CT, 46, 50; EMY, 60, 102, 116, 154; ECD, 78, 139-141)
- REPUTACIÓN DE DIOS (CT, 60)
- RESIGNACIÓN (CT, 111)
- REVOLUCIÓN (EPR, 12, 53, 54, 57; DIHN, 117, 123)
- REVOLUCIÓN FRANCESA (DES, 27, 32; DIHN, 116)
- REVOLUCIÓN RUSA (EPR, 67, 68)
- RIDÍCULO (SA, 96)
- RIGOR (BP, 159)
- RISA (SA, 93)
- ROMANOS (DES, 122; SA, 53-54; DIHN, 118-119)
- ROMANTICISMO (SA, 13)
- RUMANÍA (TE, 49-50)
- RUSIA (DLS, 79; DES, 14; TE, 30, 45, 48; CON, 204, 205)

S

- SABER (EAD, 47, 52, 82-84,; CT, 26; DES, 70; EMY, 187; ECD, 77; BP, 157, 158, 159, 160, 161)
- SABIDURÍA (EPR, 229; CT, 51)
- SABIOS (CT, 47; DES, 161-13; SA, 19; ECD, 153; DIHN, 50, 53, 125, 171; TE, 185)
- SACIEDAD (SA, 65, 84)
- SAJONES Y OTROS (CT, 140)
- SALUD (EPR, 156, 223; CT, 101; DES, 127; EMY, 94-95, 140; DIHN, 18, 168; BP, 149)
- SALVACIÓN (CT, 134; DIHN, 34)
- SALVADORES (DIHN, 105, 124)
- SANGRE (CT, 148)
- SÁNSCRITO (DIHN, 66)

- SANTO, SANTIDAD (BP, 142-143 y SS. hasta 156)
- SANTOS (EN, 17; DIHN, 179; DLS, 24-30, 33, 39, 41, 45, 53-54, 57; EPR, 224; CT, 142; DES, 161-163; EMY, 100; SA, 29, 71, 73-74)
- SANTOS (TE, 142, 143, 144, 145)
- SARVAKARMAFALATYAGA (DES, 9)
- SECRETO (DIHN, 135)
- SEMBLANZA (LA) (DES, 24)
- SENSACIÓN (CT, 112; DIHN, 11, 17)
- SENSATO (CT, 132, 134, 142)
- SENTIDO DEL RIDÍCULO (DES, 144)
- SENTIMIENTOS (SA, 30; OP, 17)
- SER (EL) (EAD, 48, 52, 74, 81, 82, 101, 103, 125, 128; EPR, 125, 169, 225; CT, 52, 92, 86, 97; DES, 15, 105, 134; SA, 21; EMY, 73, 107, 127, 148, 149, 160; DIHN, 14, 20, 63, 78, 86, 100, 106, 157, 159, 178; BP, 66, 77, 81; 156; OP, 190; TE, 199)
- SER CONSCIENTE (EPR, 203)
- SER LÍRICO (ECD, 13-17, 99-100)
- SER OBJETIVO (DIHN, 40)
- SEXUALIDAD, LA (DLS, 31; DES, 117-118; EMY, 81-82, 157; SA, 84; TE, 166)
- SIBERIA (SA, 50)
- SIGLO FINAL (CT, 51, 53)
- SIGLO XVIII (EPR, 64; DES, 25-26, 28 y SS, 58, 84)
- SIGNO, SINTAXIS (SA, 17)
- SILENCIO (DES, 61-62; ECD, 203; OP, 15-16)
- SINCERIDAD (DES, 160)
- SISTEMA (DES, 146; TE, 135; CON, 22, 23)
- SOCIEDAD (DES, 113)
- SOFISTA, EL (TE, 107)
- SOLEDAD (DLS, 50, 100, 103; EAD, 112; EPR, 166; CT, 88; DES, 189; EMY, 13, 193; SA, 55 y SS., 80; ECD, 27-28, 58, 67, 87; EN, 15; DIHN, 93, 184; OP, 11, 35, 41, 100)
- SOLLOZO (SA, 102)
- SOMOS (CT, 25)
- SONRISA (OP, 39-40, 43)
- SOPORTARSE (DIHN, 38)
- SUBJETIVISMO (ECD, 188)

- SUBLIME (OP, 28)
- SUEÑO (EAD, 116, 137; EPR, 130-131; EMY, 36, 110, 129, 152; SA, 104; DIHN, 99; BP, 73)
- SUFRIMIENTO (DLS, 31, 108-109; EAD, 61, 76, 102, 137; CT, 109, 113; EMY, 105; SA, 61-62, 71, 73; ECD, 25-26, 92-93, 94, 126, 182)
- SUFRIR (DIHN, 76, 156, 174; OP, 29, 93; TE, 21)
- SUICIDIO (EAD, 59-78; EPR, 125; CT, 120, 143; DES, 77, 84, 104, 130, 134, 144; EMY, 65-66, 73, 173; SA, 12, 65, 66, 67, 106; ECD, 41, 95-97; DIHN, 35, 90, 97, 177; BP, 53, 54, 55, 178; OP, 105-106, 118, 124, 131, 136, 246; CON, 73-75, 134)
- SUR (SA, 49)
- SUSPENSIÓN DEL JUICIO (CT, 64)
- SUTILEZA (SA, 32)

T

- TALENTO (SA, 17; DIHN, 78)
- TAOISMO (TE, 10 y SS.)
- TARADOS (SA, 32)
- TARAS (DE EXISTIR) (EMY, 66, 155, 173; DIHN, 112)
- TEATRO DE VANGUARDIA (EPR, 165)
- TEDIO (EPR, 94, 203, 218, 219; CT, 155; DES, 97, 169, 180; EMY, 21, 69, 94, 183, 195; SA, 42)
- TEMOR (DIHN, 75, 170)
- TEOLOGÍA (DLS, 72, SA, 32, 78; BP, 37; OP, 260)
- TERROR (DLS, 45; OP, 230)
- TIEMPO (CT, 48-49, 147, 149; DES, 110, 142, 146; EMY, 24, 87, 107-108, 110, 192; SA, 37 y SS., 73; ECD, 150, 207-208; DIHN, 42, 105; BP, 71, 136; OP, 21, 23, 24, 244, 245)
- TIEMPO METEOROLÓGICO (DIHN, 35)
- TIMIDEZ (SA, 62; DIHN, 167; OP, 18, 31, 79)
- TIRANO (EAD, 107; EMY, 25; SA, 92, 94)
- TODO (EMY, 120, 134, 197)
- TOLERANCIA (BP, 183)
- TORTURA (SA, 92; DIHN, 156)
- TRABAJO (ECD, 174-175)
- TRADUCTOR (EMY, 53, 135-136)
- TRAGEDIA, LA (TE, 175)
- TRÁGICO (DES, 17)

- TRANSMIGRACIÓN (SA, 71)
- TRASCENDENCIA (CT, 25)
- TRISTEZA (EAD, 65, 99; CT, 76; EMY, 155; SA, 24, 38, 40, 43-44; ECD, 73-74, 173; DIHN, 80; BP, 154; OP, 37, 38, 76, 138, 144, 206, 251)
- TRIUNFADOR (EMY, 29)
- TRIVIALIDAD (OP, 291)
- TURCOS (DIHN, 119)

U

- UNIDAD (EPR, 60-61)
- UNIVERSIDAD (EPR, 160; CON, 33, 198, 199)
- UNO (CT, 134)
- USA (TE, 30)
- UTOPISTAS (DES, 47; SA, 103; CON, 23)

V

- VACACIONES (EMY, 96)
- VACÍO (BP, 70; CON 56, 57)
- VACUIDAD (EAD, 77, 83-89, 109; CT, 109-110; EMY, 195; SA, 45)
- VAGUEDAD (SA, 60)
- VALENTÍA (DES, 98)
- VALOR (BP, 91)
- VANIDAD (OP, 230)
- VECINO (EAD, 20)
- VENGANZA (DIHN, 62)
- VERDAD (LA) (EPR, 17, 130; DES, 19; SA, 105; ECD, 151, 187; DIHN, 10, 101; OP, 32, 100, 295; BP, 178, 179)
- VESTIDOS (BP, 184)
- VICIOS (CT, 46, 93; DES, 136; ECD, 199; DIHN, 29, 136; BP, 168, 169)
- VÍCTIMAS (EAD, 134)
- VICTORIAS (EMY, 194)
- VIDA (LA) (EPR, 51; CT, 103, 104, 136; DES, 138, 154; EMY, 15, 125, 145, 156, 169, 171, 178, 196; SA, 20-21, 25, 28, 40, 43-44, 62, 65-66; ECD, 21-23, 31, 47, 63, 113, 180; OP, 11, 40, 67, 93, 97, 102, 103, 123; BP, 31, 34, 71, 90, 97, 104, 138; CON, 243, 246)
- VIEJOS (EMY, 128, 157; DIHN, 61, 103; OP, 44)
- VINO (DLS, 39)
- VIRTUD (CT, 46; DIHN, 29, 136)

- VISION (MI) (EMY, 151)
- VIVIR (CT, 66; EN, 21; DIHN, 91, 97, 100, 127, 152)
- VOLUNTAD (LA) (CT, 156; EMY, 193)
- VOLUPTUOSIDAD (SA, 65, 84)
- VULGARIDAD (BP, 78, 79)

Y

- YO (EL) (EAD, 32, 47, 84, 87, 91, 131-132; EPR, 140; DES, 173; EMY, 16, 121, 170; SA, 24, 40, 63; ECD, 30; DIHN, 16, 38, 55, 61, 88-89, 127, 170; SA, 24, 40, 63; ECD, 30; DIHN, 16, 38, 55, 61, 88-89, 127, 136, 186)

Z

- ZANGOLOTEAR (EMY, 199)

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA Y EMPLEADA EN ESTE TRABAJO.

La relación bibliográfica que sigue, es, sin pretensión ninguna de descargo por mi parte, muy parca. Es una limitación que asumo en toda su crudeza.

Debo a la amabilidad de Esther SELIGSON y de ciertos amigos, el conocimiento de ciertos artículos y reseñas críticas que “espantan” un tanto la exigüidad bibliográfica anteriormente mencionada.

La mención de las obras de Cioran, se hará por su publicación en castellano, excepto el librito publicado por José CORTI, que oportunamente reseñaremos.

Omito ciertos apartados bibliográficos que ya se encontraban incluidos en “Ensayo sobre Cioran”, de Fernando SAVATER, Taurus Ediciones, 1.974.

LIBROS DE CIORAN EDITADOS EN ESPAÑOL.

Adiós a la filosofía (Selección de textos); prólogo y trad. del francés de Fernando Savater, Madrid, Alianza, 1.980.

Desgarradura, trad. del francés de María Dolores Aguilera, Barcelona, Montesinos, 1.983.

La tentación de existir; trad. del francés de Fernando Savater, Madrid, Taurus, 1.988.

De lágrimas y de santos; trad. del francés de Rafael Panizo; Barcelona, Tusquets Editores, 1.988.

El aciago demiurgo; trad. del francés de Fernando Savater, Madrid, Taurus, 1.989.

Silogismos de la amargura; trad. del francés de Rafael Panizo; Barcelona, Tusquets Editores, 1.990.

En las cimas de la desesperación; trad. del francés de Rafael Panizo; Barcelona, Tusquets Editores, 1.991.

Breviario de podredumbre; trad. del francés de Fernando Savater; Madrid, Taurus, 1.992.

Del inconveniente de haber nacido; trad. del francés de Esther Seligson; Madrid, Taurus, 1.992.

La caída en el tiempo; trad. del francés de Carlos Manzano; Barcelona, Tusquets Editores, 1.993.

Ejercicios de admiración; trad. del francés de Rafael Panizo; Barcelona, Tusquets Editores, 1.995.

Historia y utopía; trad. del francés de Esther Seligson; Barcelona, Tusquets Editores, 1.995.

Ese maldito yo; trad. del francés de Rafael Panizo; Barcelona, Tusquets Editores, 1.995.

El ocaso del pensamiento; trad. del rumano de Joaquín Garrigós; Barcelona, Tusquets Editores, 1.995.

Conversaciones; trad. del francés de Carlos Manzano; Barcelona, Tusquets Editores, 1.996.

Ensayo sobre el pensamiento reaccionario; trad. del francés de Rafael Panizo; Barcelona, Montesinos Editor, 1.985.

OBRAS SOBRE E.M. CIORAN.

Agonía de la lucidez en Cioran y Ionesco; tesis doctoral de Servando Montaña Peláez, presentada en la Universidad de Puerto Rico en Mayo de 1.968.
Ensayo sobre Cioran; Tesis doctoral de Fernando Savater, Eds. Taurus, Madrid, 1.974.

LIBROS EN LOS QUE SE TRATA LA OBRA DE CIORAN.

MAURIAC, Claude, *L'alitterature contemporaine*; Ed. Albin Michel, Paris, 1.958.
NADEAU, Maurice, *Littérature présente*; Ed. Corrêa, 1.952.
LOPEZ ARANGUREN, José Luis, *Entre España y América*; Ediciones 62, Barcelona.
SAVATER, Fernando, *Nihilismo y acción*; Taurus Ediciones, Madrid, 1.970.
BONDY, François, *Gespräche mit James Baldwin, Carl Burckhardt, Mary McCarthy, E.M. Cioran...*; Viena, Europa Verlag, 1.970.
JALFEN, Luis Jorge, *Occidente y la crisis de los signos*; Buenos Aires, Editorial Galerna, 1982.
VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena, *Vienne 1.880-1.938. L'apocalypse joyeuse*; Paris, Éditions du Centre Georges Pompidou, 1.986.
BERGFLETH, Gerd, *Ein Gespräch-Geführt von Gerd Bergfleth*; la versión francesa, de E. M. Cioran, apareció en *L'Ire des Vents*, 1.987.
LIICEANU, Gabriel, *Itinéraires d'une vie: E.M. Cioran suivie de Les Continents de l'insomnie, un entretien avec E.M. Cioran*.
JAKOB, Michael, *Aussichten des Denkens*; Múnich, Wilhelm Fink Verlag, 1.994.

ARTICULOS QUE TRATAN DE CIORAN.

1: En Francés

AMER, Henry, *Cioran, le docteur des décadences*, "Nouvelle Revue Française", Agosto, 1.960.
BOSQUET, Alain, *L'homme et ses contradictions*; "Le Monde", 28 de Junio de 1.969.
DAVID, Catherine, *Le dernier des cyniques*; (Carezco de la fuente de este artículo-reseña).
DORMANN, Geneviève, *Pour Cioran, la liberté n'a pas de prix*; Junio, 1.977.(Carezco de la fuente de este artículo).
DUVAL, Jean-François, *Conversación*; en "Conversaciones", Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.
DUVIGNAUD, Jean, *Histoire et utopie*, "Preuves", Febrero, 1.961.
FABRE-LUCE, Anne, *Le mauvais demiurge*; "Nouvelle Revue Française", Agosto, 1.969.
GUILLERMOU, Alain, *E.M. Cioran*; "Culture Française", 1.962.
GILLET, Léo, *Conversación*; en "Conversaciones", Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.
HELL, Henri, *La chute dans le temps*; "L'Express", 28-12-65.
LÉVY, Bernard-Henri, *l'existence posthume*; en "La règle du jeu", Enero, 1.992; recogida en "Conversaciones", Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.

LIICEANU, Gabriel, *Conversación*, en “Conversaciones”, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.

MARCEL, Gabriel, *Un allié à contre-courant*, “Le Monde”, 28-6-69.

MAURIAC, François, *Joseph de Maistre*; “L’Express”, 26-4-57.

ROUDAUT, Jean, *La faute originelle*; “La Quinzaine Littéraire”, 31-10-69.

SIGAUX, Gilbert, *Cioran ou la vocation métaphisique*; “Le Figaro Littéraire”, 13-8-60.

WORMS, Jeannine, *Des steppes de fin du monde*; “Le Monde”, 28 de Junio de 1.969.

2: En Inglés

CAWS, Peter, *The temptation to exist*; “New York Times Book Review”, 14-3-71.

AUDEN, W.H., *The anomalous creature*; “New York Times Book Review”, Enero, 1.971.

IVRY, Benjamin, *Conversación*, “Newsweek”, 4-12-89. (Recogida en “Conversaciones”, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996).

SAID, Edward, *Amateur of the insoluble*; “The Hudson Review”, Vol. XXI, 1.968-69.

SONTAG, Susan, *Introduction*; (A la versión americana de “La tentation d’exister”).

WEIGHTMAN, John, Reseña crítica a la traducción americana de “De l’inconvénient d’être né”, “The New York Times Book Review”, 23-5-76).

3: En Alemán

BONDY, François, *Der untätigste Mensch in Paris*; “Die Zeit”, 10-4-70.

CARPAT FOCKE, Georg, *Conversación*; Publicad0 en el diario en lengua alemana de Bucarest “Neuer Weg”, los días 10 y 17 de Abril de 1.992.(Recogida en “Conversaciones”, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996)

PERZ, Helga, *Ein Gespräch mit dem Schriftsteller E.M. Cioran*; Publicada en el diario alemán “Süddeutsche Zeitung”, 7 y 8 de Octubre de 1.978.

RADDATZ, Fritz J., “*Tiefseetaucher des Schreckens*”; en el semanario alemán “Die Zeit”, el 4 de Abril de 1.986. (Recogida en “Conversaciones”, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996).

SCHEWERIN, Christoph, *Hiob unter den moralisten*; “Süddeutsche Zeitung”, 13-11-69.

4: En Italiano

FEJTÖ, François, *Conversación*; publicada en el periódico milanés “Il Giornale”, Mayo de 1.986. (Recogida en “Conversaciones”, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.)

VERGINE, Lea, *Anarchia, disperazioni, tenerezza*; en la revista italiana “Vogue Italia”, Agosto de 1.984. (Recogida en “Conversaciones”, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996).

5: En Español

AIZARNA, Santiago, *Un fascinante y demoledor libro sobre las claves íntimas de la humanidad*; “Unidad”, 23-6-72.

- ALMIRA, J.L., *Los detalles mínimos y las pasiones desencadenadas*; en el diario "El País", 13-11-1.983. (Recogida en "Conversaciones", Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.).
- ARQUES, Rossend, *Los suicidas prefiguran los destinos lejanos de la humanidad*, (Ent.), en "El viejo topo", nº 38, pp. 27-31, Barcelona 1.979.
- AZANCOT, Leopoldo, *Cioran o las ilusiones perdidas*; "Informaciones", Junio, 1.972.
- "BABELIA" (Revista de "El País"); sábado, 24 de Junio de 1.995, número 192.
- BONET, Laureano, *E.M. Cioran o la destrucción de la filosofía*, "El Ciervo", Mayo, 1.972.
- CARANDELL, José María, *Contra Cioran el puro*; "Quimera", Enero de 1.981.
- CARANDELL, José María, *Cioran cada vez más lejos*; "Quimera", Abril de 1.981.
- GULLON, Ricardo, *La podredumbre del dogma*; "Cuadernos para el diálogo", Julio, 1.992.
- POSSE, Abel, *Cioran en la noche de París*; "ABC", 25-10-89.
- SAVATER, Fernando, *Sobre Cioran*; (Prólogo a la traducción española del "Précis de décomposition"), Taurus Eds., 1.972.
- SAVATER, Fernando, *Le mauvais demiurge*; "Revista de Occidente", Junio, 1.970.
- SAVATER, Fernando, *El indefendible e indefenso Cioran*; "Quimera", Febrero, 1.981.
- SAVATER, Fernando, *El último dandi*; "El País", (Entrevista), 25-10-90.
- SELIGSON, Esther, *Anatomía y elogio de la decadencia*; 4-9-1.966. (No dispongo de la fuente escrita).
- SELIGSON, Esther, *Nota sobre Cioran*; "El Urogallo", número 7, 1.971.
- SELIGSON, Esther, *Cioran, ciudadano de ninguna parte*; "Diorama de la cultura", 28-1-73.
- SELIGSON, Esther, *Reseña crítica de "De l'inconvénient d'être né"*, "Plural", 15-1-74.
- SORDO, Enrique, *Frente al diablo*; reseña crítica de "Breviario de podredumbre", "El Ciervo", Mayo, 1.972.
- STOLOJAN, Sanda, *Prefacio a "De lágrimas y de santos"*; pp. 7-19, Tusquets Editores, Barcelona, 1.988.
- USCATESCU, Jorge, *Nihilismo de derechas*; "ABC", 22-7-1.973.
- VARIOS: "El País", "El Mundo" y "ABC", 21-06-95.

6: CIORAN SOBRE CIORAN

- CIORAN, E.M., *Manía epistolar*; trad. de Rafael Panizo, "El Paseante", número 12, pp. 9-12.
- CIORAN, E.M., *Carta-Prefacio; a Ensayo sobre Cioran*, de Fernando Savater, pp. 11-12, Eds. Taurus, Madrid, 1.974.

7: ANALISIS BREVE DE SUS OBRAS

- JAUDEAU, Sylvie, *Entretiens*; José Corti editeur, pp. 39-92, 1.990.
- MANZANO, Carlos (Traductor), *Conversaciones*, Tusquets Editores, Barcelona, 1.996.

8: OTRAS APORTACIONES BIBLIOGRAFICAS

- AMARIU, C., *Cioran à la recherche de Dieu*; "La Nation roumaine", número 259, 24ème année.
- BOSQUET, Alain, *Un cynique fervent: E.M. Cioran*; "Le Monde", 19-12-1.964.
- COMPAGNON, Antoine, *Eloge des sirènes*; "Critique", número 396, Mayo, 1.980, pp. 457-473.
- DUPONT, Jacques, *Cioran, le vide l'ortie et le saxophone; in Territoire de l'imaginaire: hommage à J. P. Richard*, éd. du Seuil, 1.986, pp. 115-126.
- FUMAROLI, Marc, *Cioran ou la spiritualité de la décadence*; "Commentaire".
- GARRIC, Alain, *L'autre Sissi, exercice d'admiration*; "Libération", 7-4-1.986.
- GEORGES, François, *L'époque de Cioran*; "Critique", número 479, 1.987, pp. 267-282.
- GROSJEAN, Jean, *Cioran: "Ecartèlement"*, NRF, número 324, 1.980, pp. 112-114.
- HENRIOT, Emile, *Le Prix Rivarol*; "Le Monde", 28-6-1.950.
- JAUDEAU, Sylvie, *En hommage nocturne à E.M. Cioran*; "ORACL", número 6, 1.983, pp. 29-32.
- NADEAU, Maurice, *Un penseur crépusculaire*; "Combat", 29-9-49.
- NUCERA, Louis, *Rencontre avec Cioran*; "Magazine Littéraire", número 83, Diciembre de 1.973.
- NUCERA, Louis, *Cioran: le salut par le rire*; "Magazine Littéraire", número 83, Diciembre de 1.988.
- ROSSET, Clement, *Le mécontentement de Cioran*, in "La Force majeure", éd. de Minuit, 1.983.
- ROUDAUT, Jean, *De l'inconvénient d'être né*, in "Cahiers du Chemin", número 26, 15-1-1.976, pp. 150-162.
- SORA, Mariana, *Cioran jadis et naguère*; suivi de "Entretien à Tübingen", Paris, éd. de L'Herne, 1.988.
- SORESCU, Marin, *Triste avec méthode*; "Lettre Internationale", número 24, Printemps, 1.990.
- VUARNET, Jean-Noel, *Cioran, les larmes et les saints*; in "NRF", número 411, 1.987, pp. 67-77.

ÍNDICE GENERAL

	<u><i>Página</i></u>
A manera de presentación o prefacio.	5
Paráfrasis del pesimista.	9
1A: Una apuesta por la decepción.	11
2B: Sobre vagos estudios, o el conocimiento en entredicho.	37
3C: La fuga del ser, o la pendiente del ser.	61
4CH: La desenvoltura del hombre.	79
5D: Displacer y disgusto: La acción.	119
6E: Creencias.	137
7F: Un sujeto a achaques.	147
8G: Y al final, varias cosas.	169
Añadido como advertencias.	179
Índice de autores	183
Índice de temas	201
Bibliografía	223